

Besos bajo la lluvia

JOANA ARTEAGA



 **Correctivia**

BESOS BAJO LA LLUVIA

Joana Arteaga

OceanofPDF.com

© Joana Arteaga, 2017

Diseño de la portada: Fernando G. Mancha

Foto: Peter Zelei (iStock)

Maquetación: Lorem Ipsum

Edición impresa: Podiprint

Primera edición: mayo 2017

“No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

OceanofPDF.com

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

*Para Pili, mi siamesa, mi hermana en la distancia,
por tenerme siempre en cuenta y obligarme a dar lo mejor de mí misma.*

*Para Marta, mi conciencia, mi guardiana, mi confesora,
por levantarme cuando me caigo y recordarme que yo puedo.*

*Para Vane y su pequeña Emma,
por demostrarme que el tiempo acaba por dar la razón.*

*Para Begoña, siempre parte de mí, por dedicarme tiempo
y aguantarme en lo bueno y en lo malo.
Y ya son 37 años aguantando...
te mereces un monumento.*

Os quiero.

“A pesar de ti, de mí y del mundo que se resquebraja, yo te amo”.
Lo que el viento se llevó
Margaret Mitchell

OceanofPDF.com

Prólogo

Agosto de 1994

El primer beso de Emma se lo dio Manolito Sánchez Bilbao. Él era el niño gordito y ella, la cuatro ojos del camping. Ninguno de los dos pensó que había mejores opciones y se conformaron con las sobras que los chicos *guays* y molones les habían dejado.

Pese a todo, Emma no lo recuerda como algo que la avergüence, muy al contrario. Sorprendentemente, Manolito besaba muy bien. Tenían catorce años y el mundo cabía en las acotaciones que la valla alrededor del camping Las Cascadas les imponía.

La noche anterior, Laura, la perfecta, simpática, preciosa y listísima mejor amiga de Emma durante aquellas vacaciones, se había conseguido enrollar con Alex, el chico más interesante que habían conocido en todo el verano. Amparados por la oscuridad y la complicidad de todos los que se movían en aquel grupito heterogéneo y tan desigual que se juntaba cada mes de vacaciones. Estaba Laura, sí, pero también estaban Pili, Vanessa, Vicente, David, Sergio, Toño, Begoña... y Manolito.

Manolito era de los más veteranos en el grupo. Veraneaba en Las Cascadas desde que podía recordar y, sin pretenderlo mucho, en torno a él y sus primeras amistades, allí en el camping, se fue conformando una pandilla de lo más variopinta, que iba creciendo según pasaban los años y las vacaciones estivales.

Y siempre había un nuevo al que acoger. Aquel verano fue Alex, que llegó con sus vaqueros desteñidos, su melena leonada y sus gafas de sol rojas. Al ritmo de *Basket Case*, de Green Day, hizo que todas las crías del grupo cayeran rendidas a su arrebatador estilo de adolescente chulesco y seguro de sí mismo, de esos que van de castigadores y no te puedes sacar de la cabeza. Acababan de ir al cine a ver una reposición de *Dirty Dancing* y él llegaba al más puro estilo Patrick Swayze, dejándolas a todas con la boca abierta.

La última noche de agosto, el día de la despedida de la temporada, se organizaba la fiesta de fin de verano y la locura siempre se disparaba ese día. Los enamorados se despedían entre lágrimas, prometiendo mantener

vivo ese amor fugaz que el calor y las vacaciones habían hecho nacer. Los amigos se prometían escribirse y volverse a encontrar el año siguiente. Y los que no habían ligado, confiaban en que esa última noche fuera la señalada para romper un verano de sequía y falta de emociones.

La suerte hizo que todos los chicos y chicas se emparejaran esa noche y que solo quedaran Manolito y Emma. Ambos se llevaban bien, se conocían desde hacía un montón de tiempo y no tuvieron reparos en decidir que, si bien podían irse a su bungalow y dar por concluida la fiesta, también le podían poner su propio broche. Y no es que ninguno de los dos hubiera dado un beso con anterioridad...

Acordaron, casi sin palabras, alejarse del lugar del baile, donde niños y mayores celebraban sus últimas horas de aquellas vacaciones, y se adentraron entre caravanas y tiendas, más allá de las zonas comunes. El sonido de la fiesta los acompañaba de lejos, donde sonaba *All that she Wants* De Ace of Base. Manolito hizo un tímido intento de tomarla de la mano, que Emma no supo entender a tiempo y que hizo que él no volviera a intentarlo. Ella, azorada, se cruzó de brazos. Empezaba a refrescar y unas nubes oscuras, distinguibles perfectamente en la penumbra de aquella noche de agosto, fueron cubriendo el cielo.

Se sentaron junto a la valla, al fondo, justo a los pies del pequeño lago interior del camping. Evitaron mirarse, abrir la boca o moverse. Los nervios los tenían atenazados y no sabían qué paso dar a continuación.

Un relámpago iluminó el cielo a lo lejos y se removieron incómodos.

—¿Quieres que volvamos? —La voz de Manolito era apenas un susurro, cargado de una congoja que Emma comprendía muy bien.

—¿Tú quieres? —No estaba segura de nada. Nunca se había sentido tan nerviosa en toda su vida.

—Si quieres podemos volver, y no... ya sabes.

—Pensé que tú sí querías... ya sabes.

¡Vaya dos! Pensó Emma cada vez más inquieta y con más ganas de vomitar. Nadie dijo que el primer beso fuera tan complicado, solo les faltaba decidir si se jugaban a cara o cruz el besarse o no.

Las primeras gotas rompieron ese callejón sin salida al que parecían haberse abocado. Miraron al cielo a la vez, mientras la lluvia descargaba con la fuerza de las tormentas veraniegas. Luego fijaron sus ojos el uno en el otro y, sin mediar más palabras o más dudas, se lanzaron uno a los labios del otro, los ojos cerrados, las manos en busca del cuerpo de al lado.

No supieron cuánto tiempo permanecieron así, empapados y enlazados, dentro de ese esperado final a tantas dudas y tantas reservas. Lo que sí era seguro es que ninguno de los dos quería que se acabara.

Y fue un beso hermoso, fue un beso inocente pero intenso. Fue un beso bajo la lluvia que Emma recordaría durante mucho tiempo como el mejor que nadie había logrado darle.

OceanofPDF.com

PRIMAVERA

OceanofPDF.com

Capítulo 1

Los lunes al sol

Abril de 2010. Dieciséis años después.

—Lamento que te toque a ti, Emma, pero no me salen los números — Alfonso Terreros, mi jefe desde hace ocho años, me mira con los ojos tristes mientras me comunica mi salida inmediata de su empresa.

Pese a que se rumoreaba desde hace un par de días que habría despidos y que no tardarían en llegar, nada te prepara cuando resultas ser una de las damnificadas. Adiós a las vacaciones en Nueva York. Bye-bye coche nuevo. *Arrivederci* hipoteca con cláusula suelo incluida. Ante mis ojos desfilan todas las cosas que la falta de mi sueldo provocará que deje de tener, y me entra una angustia terrible.

No me malinterpretes; yo no soy materialista. Bueno, no soy muy, muy, muy materialista, pero algo —una parte superpequeña y superinsignificante— dentro de mí, parece que se niega a pensar en otras consecuencias de mi despido que no tengan que ver con el dinero que voy a dejar de ingresar.

Por un fugaz instante se me olvida pensar en lo mal que lo está pasando este hombre, que ve cómo la agencia de comunicación que levantó de la nada hace más de una década, se está derrumbando por culpa de la maldita crisis. O qué más compañeros me acompañarán a las filas del paro. Incluso se me olvida que hay cientos de miles de personas que estos días están perdiendo sus trabajos y hasta sus casas por el camino.

Cuando tomo conciencia, poco a poco, de que soy una parada más, de esas que llenan las portadas de los telediarios estos días nefastos, las lágrimas de impotencia y miedo amenazan con hacer acto de presencia. Miro a Alfonso con algo parecido al pánico, y no sé si abrazarle para consolarlo a él por despedirme o salir corriendo a hincharme a llorar al baño. Difícil cantinela.

Nunca me habían despedido antes. Soy una patosa redomada que ha trabajado en varias cafeterías, en una pescadería, vendiendo seguros y hasta embotellando vino. Pero nunca antes, NUNCA en toda mi vida, nadie me había despedido. Y es duro asumirlo y no sentirte como una *loser*, como el miembro prescindible del equipo. Esto, sin duda, hará que mi autoestima reciba un duro golpe.

ComunicaInnova está al borde de la quiebra. Hasta la semana pasada todos aquí, los nueve que trabajamos en la empresa de Alfonso, creíamos que podríamos capear la crisis. Dejarla de lado como si se tratara de una leve brisa que te despeina con fastidio nada más salir de la peluquería. Quizá la empresa lo logre. Yo, desde luego, ya no.

Alfonso me mira con lástima y me tiende una hoja que contiene las condiciones de mi despido, que no es tal. No entiendo mucho de estas cosas por más que en la tele estén todo el día hablando de ello. Le devuelvo la mirada, más confusa que hace un minuto, segura de que mi semblante refleja todo lo patidifusa que me siento ahora mismo.

—No entiendo nada —acuerdo a decir en medio de mi desconcierto.

—Es normal, nadie está acostumbrado a este tipo de situaciones y es habitual tener preguntas. —Quien ha hablado es Santos, desde su enorme altura de dos metros, tras su barba blanca y sus labios finos. Es el contable de la empresa y el otro ocupante de esta habitación llena de malas vibraciones y pesar. Está de pie junto a Alfonso, que se sienta tras su escritorio de caoba y aspecto decimonónico. Los dos, frente a mí, parecen el retrato sesentero de un matrimonio en el día de su boda: la esposa, sumisa y recatada, de pie, con la mano apoyada en la silla, en la que el marido se sienta como un marqués.

Pero mi jefe —mi *exjefe*, debería empezar a acostumbrarme a ese nuevo término— no luce precisamente como un marqués de esos de los retratos de boda de hace medio siglo. Parece un hombre abatido por los acontecimientos que hoy me han sentado en esta silla en la que ninguno de los dos querría verme.

—Vamos a lanzar un ERE que tendrá una duración inicial de seis meses. Podrás cobrar el subsidio de desempleo y, a la vez, seguir cotizando a la Seguridad Social. Lo que es una ventaja, creemos nosotros —explica Santos con su característica voz neutra, de ser superresponsable y totalmente aséptico.

Por un instante solo puedo pensar en que me está vendiendo la moto. Me lo está pintando de color de rosa para que me vaya contenta y su conciencia no sufra. Valoro la oferta como lo que es, un parche, porque tiene toda la pinta de ser precisamente eso.

—¿Y después? —pregunto mirando a Alfonso directamente a los ojos, pese a que quien me está contando las *maravillas* del ERE es Santos.

—Después podremos hacer una prórroga de otros seis meses si las cosas no han remontado aún —añade Santos, aunque no haya sido él quien haya recibido mi pregunta—. Tenemos la esperanza de recuperarlos a todos.

—¿A cuántos más mandáis a la calle?

Silencio. Miradas perdidas de ambos que no saben dónde meterse ante la franqueza de mi interrogación. Sé que lo están pasando mal, pero no pienso ayudarles a sentirse mejor cuando yo por dentro estoy empezando a resquebrajarme.

—No podemos compartir esa información aún —dice Santos tajante.

—A cinco, incluyéndote a ti. —Alfonso me mira directamente a los ojos y contesta con algo parecido a la emoción en sus palabras. Definitivamente, no lo está pasando nada bien en estos momentos.

Le agradezco la franqueza con un gesto de cabeza, mientras trato de asumir que cuatro compañeros más tendrán que pasar por este trago que no le deseo a nadie. Un nudo se instala en mi garganta y me hace comerme mis siguientes palabras, unas complacientes y llenas de algo parecido a la compasión. Porque sí, me da pena Alfonso y que todo lo que ha levantado se le caiga como un castillo de naipes arrasado por un vendaval. Pero es que yo también me doy pena, y así, como sin buscarlo, de repente me nace una vena rebelde que no quiere pasar por este aro que parece que tienen tan perfectamente planeado para mí.

—No voy a pasar por eso, lo siento, Alfonso. —De nuevo me dirijo solo a él, en busca quizá de un entendimiento que creo que, con Santos, no sería capaz de alcanzar.

—El que lo siente soy yo, Emma. Está hecho, no puedo salvarte. No os puedo salvar a ninguno... estoy con el agua al cuello.

—Me lo puedo imaginar, pero no quiero el ERE. No quiero estar pensando en si las cosas mejorarán o en si un día me llamarás de nuevo. Me siento muy a gusto en este sitio, eso ya lo sabes. Pero si esto es el final... quiero que sea de verdad el final.

—¿De qué estás hablando? —interroga Santos con el ceño fruncido. Sé que lo he pillado por sorpresa. A los dos.

—Quiere que la despedamos —comprende Alfonso con el rostro serio.

Asiento en silencio, despacio, sin quitarle los ojos de encima. No sé si hay desafío o aquiescencia entre ambos. Él no se lo esperaba, pero, para ser sincera, yo tampoco. Nunca me he caracterizado por ser combativa o salirme de lo que dictan los demás. Lo más fácil sería acogerme al ERE,

olvidarme de todo hasta que me dieran el veredicto final, en seis meses, en un año. Dejarme llevar por la corriente templada de estas aguas medio serenas.

Pero mientras... ¿qué? ¿Qué pasa con mi vida si la pongo en pausa cuando está claro que las cosas no tienen visos de mejorar a corto y medio plazo? ¿Qué pasa si me relajo tanto y me confío que luego me cuesta volver a arrancar? No quiero ponérselo fácil porque no quiero perder nada de lo que me he ganado en esta empresa con mi sudor y mis esfuerzos. No quiero ponerme en pausa y que se les resuelvan a ellos las cosas por sí solas. No... no quiero conformarme o darles todo hecho. Solo hay una salida y esa es el despido.

—No quiero un ERE. Si no podéis seguir contando conmigo, quiero estar libre para tomar decisiones, sin que con ello pierda mi indemnización. —Lo digo despacio, seria, sin ninguna fisura en mi voz, por más que por dentro me esté muriendo de ganas de gritar de miedo y frustración.

Ellos intercambian una mirada llena de dudas, de lo más elocuente. Están tan descolocados que casi me dan ganas de reír. Los nervios me podrían jugar una mala pasada, así que para evitar tentaciones y no empezar a carcajearme de verdad, miro al suelo durante el rato que ellos tratan de ordenar las ideas, y recomponerse de la sorpresa que les estoy dando por no avenirme a sus planes ya programados.

—Emma... si te despedimos ahora, solo te vamos a ofrecer veinte días por año. —Santos es el que más difícil me lo va a poner, lo cual no me sorprende lo más mínimo.

—Veinte días es lo que me daríais si el ERE se convirtiera en despido.

—Efectivamente.

—Vamos, Alfonso, no puede estar hablando en serio —me envalentono con mi jefe, que me mira serio y compungido.

Cierra los ojos por un segundo y, cuando los abre, hay cansancio en sus ojos, antes siempre vivos.

—¿Qué propones, Emma? —concede por fin, mientras yo me cargo de una especie de energía nerviosa (aún más nerviosa) que hace que mis pies bailen al son de una inexistente música eléctrica y desenfrenada, como si tuvieran vida propia y ya no dependieran más de mí.

¿Qué propongo? ¿Qué narices voy a proponer? Lo que es justo, lo que es mío. Lo que he dado por esta empresa desde que salí del cascarón y me encerré entre estas paredes: que me reconozcan que lo he dado todo, que he

estado siempre disponible y que nunca les he dicho que no, a nada, ni a trabajos de cuestionable moralidad donde se vendían editorialmente al mejor postor (y, por consiguiente, me hacían entregarles mi honor y mi integridad periodística), ni a trabajar horas eternas para tener listo un vídeo o una cuña, y cumplir así con el ajustado plazo que Alfonso siempre ofrece a sus clientes para tenerlos bien atados a su vera.

Tengo claro que debo negociar y ser dura para no perder lo que me corresponde por derecho. Soy un poco pánfila, lo reconozco. No sé decir que no pese a que me cueste llevar a cabo ciertas cosas. Pero de ahí a dejarles que se queden con lo que es mío, creo que hay un trecho enorme que no estoy dispuesta a pasar por alto.

Me yergo y apoyo los codos en la mesa de mi (casi) ex jefe. Mis ojos se clavan en los suyos con mayor intensidad si cabe. Me humedezco los labios y acallo el bombeo ensordecedor de mi corazón latiendo a mil por hora. Si quiero salir victoriosa del peor momento de mi vida, debo ser yo quien lleve las riendas y no dé pasos atrás. Eso, ni siquiera para coger impulso, como decía Lola Flores.

—Solo quiero que me trates como me merezco, Alfonso —le digo con el tono controlado, con los nervios acallados y sin rastro de miedo en la voz—. Quiero que pienses si, de verdad, me merezco ese trato.

—Emma...

—No, no recurras a los inconvenientes económicos, ni a la mala racha de la empresa. Ahora mismo me importa todo bastante poco. —Puedo jurar que apenas me reconozco en mi discurso mientras subo la intensidad de mi alegato—. Me importo yo, hoy me importo solo yo. Porque si os hago caso, si vuelvo a dejar que la empresa me gane, no me respetaré a mí misma. No pido nada que no sea mío por derecho... Lo sabes ¿verdad?

—¿Cuántas horas extra llevas en lo que va de año? —pregunta Alfonso anteponiéndose a las claras quejas que Santos va a ponerse a lanzar en contra de mi petición, por más justa que sea.

—¿Y qué tiene eso que ver ahora? —La confusión se refleja en mi rostro, estoy segura. Me reprendo internamente por dejar que algo me desconcentre en este momento tan crucial de la negociación.

Noto que mis manos están húmedas y me las miro por un breve instante. Me siento como si fuera una niña pequeña delante de una profesora que la ha pillado en falta y espera aterrada la reprimenda. Me seco las manos en

los pantalones y vuelvo a centrar mis ojos cargados de determinación en Alfonso. Puede que sea joven, pero hoy he decidido no irme sin luchar.

—Tiene que ver con que no te puedo ofrecer más de esos veinte días, Emma, porque si todos los demás vienen con esa demanda, esto será irrecuperable —comienza, serio, neutro, triste. Yo ya me espero lo peor... ¡Maldita sea! ¡Mis opciones se escapan y casi no he podido luchar por ellas!

—Alfonso...

—Déjame acabar, Emma, por favor —me pide con un gesto cansado de sus hombros—. No puedo darte algo que luego no podré negarle al resto. Pero sí puedo darte todos esos días que en su día no te pagué. Pagarte las horas extras. Si lo sumas, te saldrán bastante más que esos decepcionantes veinte días que sí, que tienes toda la razón, no te mereces después de lo que has hecho por nosotros desde que llegaste, pero que es lo único que te puedo dar.

Concluye con una sonrisa que me parte el corazón. Sé que quiere hacer lo correcto, aunque a Santos le provoque un derrame cerebral y la empresa aún se resienta más de lo que ya está.

—Deberías pensar más en tus compañeros...

—No, Santos, debería pensar en mí. Soy yo la que se va a la calle, la que debe empezar de cero con la que está cayendo —le espeto con una rabia que ya no quiero mantener a raya. No con él que roza un grado cero de empatía. Malditos números que le han robado hasta la más humana de las emociones: la compasión.

—¿Cómo lo ves? ¿Crees que podrías aceptar un arreglo así? —Alfonso interviene para evitar un enzarzamiento mayor. Sabe que el horno no está para bollos y es bastante más comedido y juicioso que su subordinado contable. Si deja que esto lo lleve Santos, a buen seguro que no acabaríamos bien. Ninguno de los tres.

Me muerdo los labios por un instante, es mi gesto de pensar. El que me sale natural cuando sopeso algo. Cuando estoy planeando maldades, también.

Le doy vueltas a la cabeza. Es un trato provechoso para ambas partes. Yo me llevo lo que me corresponde económicamente, y ellos salvan los muebles. No sé qué pasará si a mis otros compañeros al borde del despido también les da por negociar, pero me da que ellos son más de acogerse a la idea del ERE y ver qué pasa. Así que los miedos de Alfonso son prácticamente innecesarios.

—Podría aceptarlo —concedo finalmente, asintiendo con un leve movimiento de cabeza.

He sellado mi destino.

He firmado mi salida de la empresa y aún no sé si lo he hecho por la puerta grande o por la de atrás.

No sé si me siento contenta por mi pequeña victoria o sumamente triste por el tremendo contratiempo de haber perdido mi trabajo. Llevo en esta empresa casi toda mi vida laboral y es duro pensar en pasar página. He sido redactora en ComunicaInnova desde que me licencié en Periodismo, hace casi ocho años, y no me puedo imaginar haciendo otra cosa que esto... ¿Cómo voy a vivir sin tener nada que hacer al levantarme de la cama cada mañana para venir aquí, a la oficina, y ganarme el sueldo que siempre me fundo antes del día 10 del mes siguiente?

Vuelvo a mi sitio, el que siempre ha sido mi sitio, junto a la ventana que da al patio interior de esta oficina a la que, desde esta misma tarde, ya no tendré que volver nunca más. Me siento ante la atenta mirada de mis compañeros, que se huelen algo raro. Sí, por los rumores y mi cara de haber sido atropellada por una apisonadora, creo que se pueden imaginar que uno de esos boletos ganadores con el premio del despido que se están sorteando estos días, es todo mío.

No quiero llorar delante de ellos, pero tampoco actuar como si dentro de mí se estuviera celebrando una fiesta. No quiero *escenitas*, ni palabras de ánimo. No quiero que me compadezcan los que se quedan ni que se hermanen en mi dolor los que tiene un pie tan fuera como yo. Pero a ver cómo coño consigo una cosa y la otra, que ya se sabe que en la oficina es imposible no hacer dramas y grupitos cuando el fantasma del despido sobrevuela cualquier empresa.

Mi móvil, bendito cacharro, se pone a sonar a todo volumen justo cuando veo que Luis, el más lanzado y lenguaraz de todos mis compañeros, se arranca a soltar lamentos y condolencias por esa boca de piñón que tiene. La *Marcha Imperial* de *Star Wars* que sale de mi teléfono me envuelve y me suena a música celestial. Me levanto de mi sitio en el que apenas llevo unos segundos, y salgo al horroroso pero socorrido patio interior para hablar con privacidad.

En mi fuero interno doy gracias a Dios por la suerte de tener a Fer en mi vida, mi alma gemela, mi media naranja, el hombre de mi vida... el mismo que, conectado por un hilo invisible, parece que ha sabido en la distancia del trago por el que acabo de pasar, y me llama... ¿existe algo más perfecto?

—¡Fer! —casi grito al descolgar el teléfono. El alivio de poder hablar con alguien sin sentir que me tienen pena lo inunda todo, y a punto estoy de desplomarme del alivio—. Fer... tenemos que hablar, ha pasado algo en el trabajo...

—¿En serio? ¡No me lo puedo creer! —exclama él con entusiasmo al otro lado del teléfono—. ¡Justo te llamaba para decirte eso mismo! ¿Comemos juntos donde Curra a eso de las dos y nos contamos?

Por su tono de voz, entre eufórico y exaltado, ya me puedo imaginar que sus noticias no son como las mías. Para nada suena preocupado o triste y, por más que mi novio sea algo raro y excéntrico en ocasiones, no es de los que se ponen a saltar de alegría si les ha pasado algo malo en el trabajo.

Sean cuales sean sus buenas noticias, me alegro por él, de verdad que sí, aunque dentro de mí, muy, muy, muy dentro, un resquicio de celos me anima a odiarlo un ratito por su maldita suerte justo hoy. Precisamente cuando yo me hundo, él brilla. Es que no es justo.

Me recobro de mi pequeño recreo en la autocompasión y le aseguro que a las dos estaré como un reloj, clavada y puntual, en nuestra mesa habitual del restaurante de Curra.

El resto de la mañana pasa volando, mientras recojo mis cosas y algunos compañeros, los otros damnificados, van pasando por el despacho del jefe a recoger sus nefastas noticias laborales. El ambiente en la oficina es de lo más deprimente, pero ¿qué te esperabas? Estamos de funeral, hoy se acaba la vida en ComunicaInnova para varios de nosotros, que debemos acostumbrarnos a recomponernos lejos de aquí.

Cuando el reloj marca la una y media del mediodía, lo tengo todo preparado. Me despido con abrazos y promesas de quedar de vez en cuando con las personas con las que me llevo mejor de aquí, las que se han grabado en mi corazón a fuerza de años y años de trabajar duro, codo con codo, para sacar unos proyectos muy bonitos e ilusionantes de este lugar.

Las lágrimas incluso amenazan con brotar al fundirme en un sincero y emotivo abrazo con Verónica, mi redactora jefe, la persona que aquí me ha

dado alas, me ha hecho crecer y me ha dado toda la confianza del mundo. A ella, sobre todas las demás personas, es a quien más echaré de menos.

—No te olvides de nosotros, ¿eh? —me alecciona cuando ya estoy cerca de la puerta—. Y ven a vernos. No te alejes mucho ¿vale?

Le sonrío con todo el cariño que le tengo y le prometo que me tendrá cerca con un asentimiento de cabeza. Es bonito saber que en tu vida vas coleccionando gente a la que atesorar con amor en tu interior.

Mientras camino por las calles de León, pienso en que esta ciudad quizá ofrezca pocas posibilidades para una licenciada en Periodismo, especializada en comunicación corporativa. Aquí no hay muchos medios y, con esto de la crisis, solo van quedando jefazos y becarios en casi todos ellos, fagocitando sin remedio todos los puestos de responsabilidad intermedia. No quiero irme porque mi vida está aquí, mis amigos y, sobre todo, Fer. Pero tampoco puedo ser una mantenida. Veremos a ver cómo hago para estirar la indemnización, que no es millonaria, pero sí sirve para aguantar unos meses y complementar el subsidio por desempleo. ¿Y después? Después... ya se verá.

Ahora mismo soy como Javier Bardem en *Los lunes al sol*, una parada sin rumbo ni planes de futuro. Solo una desempleada más que añadir a las filas del paro, como un número que sumar a los muchos que esta crisis se está cobrando. Que se sigue cobrando a diario.

En mis oídos suena *Bad Romance* de Lady Gaga, en la radio no ponen otra cosa y es difícil escuchar un programa musical sin la colaboración de este tema tan pegadizo. Mientras recorro el camino que me separa de mi destino, no puedo evitar tararearla bajito, como si fuera incapaz de no dejarme llevar por su ritmo y su estribillo. Y es que, verdaderamente, es muy difícil resistirse.

Llego al bar de Curra un poco antes de las dos y me siento en la barra a tomarme una caña de cerveza. Vengo acalorada por los acontecimientos y, además, creo que ya va siendo hora de que empiece a ahogar mis penas en alcohol. Si a eso le sumamos que tengo que acomodar mi ánimo a las que parecen ser muy buenas noticias por parte de Fer, cuanto antes me suba la borrachera, antes podré dejarme ir.

Curra me mira con un ojo puesto en mi semblante alicaído y otro en la caña que me está poniendo. Me conoce bien, venimos aquí a comer o a tapear desde hace más de cinco años. Junto a la cerveza, que posa a mi lado,

deja una cazuelita de arroz con conejo que huele de maravilla. Nadie guisa como Curra en todo León, por eso su bar es nuestro sitio de referencia.

—Traes cara de funeral y vas cargada como una mula... —deja caer Curra mientras me mira con los labios fruncidos.

—Pues suma dos y dos, y hallarás la solución al problema. No es muy complicado.

Durante unos segundos, no dice nada y no aparta sus ojos de mí. Es una mujer imponente, alta y rubia, parece más nórdica que leonesa de pro. Es justo lo contrario a mí, que soy menuda y delgada como un alambre, con pocas curvas y el pelo... bueno, el pelo ahora lo llevo castaño y a media altura, aunque eso es solo ahora. En cualquier caso, mi actual corte y el color hacen resaltar mis ojos claros y mis elevados pómulos (sí, he dicho elevados, una palabra que suena superdistinguida y que me chifla).

Curra podría ser mi madre. Ha rebasado ya hace tiempo los cincuenta y sus facciones, a veces duras e implacables, pueden resultar también las más dulces y cariñosas del mundo. Lleva su fino pelo atado en una tirante coleta, y hoy se ha decidido por una camisa de leñador de cuadros rojos que la hace parecer uno de los siete hermanos (para esas siete novias de la *peli*).

Torna su mirada inquisitiva por una sonrisa triste, se agacha un segundo tras la barra y, cuando se pone de pie de nuevo, veo que su mano sujeta una botella de un licor oscuro. Su famoso licor de cerezas, alcohol de quemar prácticamente, de esos que te queman la garganta solo de mirarlos y que, tras alguna comida, nos ha obligado a ingerir a modo de *digestivo saludable*.

Sirve dos vasitos con el temible líquido y sale de detrás de la barra, acercándose a mí con ojos decididos. Coge uno de los vasos y lo alza, sin despegar su mirada de la mía y yo, que soy incapaz de llevarle la contraria, tomo el otro vaso con manos temblorosas.

—¿No es un poco pronto para beber esto? —Intento quitarle intensidad al momento.

—Bebe y calla. Yo decido cuándo es el momento, que para eso es mi bar.

No me da más opciones de réplica. Se lleva el vasito a los labios y, de un trago sin vacilación, apura todo su contenido sin inmutarse. Si le está abrasando la garganta mientras el licor baja, desde luego nada en su rostro delata tal cosa.

Yo la imito con torpeza. También me bebo el bebedizo de un solo trago, pero el escozor es tal que hasta se me saltan las lágrimas, y no puedo evitar un estremecimiento general que me recorre entera. Curra me sonríe con afecto y me abraza para darme ánimos y ayudar a que el licor haga su función: reconfortarme y hacerme olvidar las penas del día. Al menos es un paso para comenzar a hacerlo.

Su abrazo es intenso y lleno de vibraciones positivas. Es uno de esos abrazos que son capaces de recargarte las pilas por completo, a la vez que se llevan el malhumor y los malos pensamientos lejos. Me pasaría todo el día aquí encerrada, protegida como me siento ahora mismo.

—¿Me he perdido algo? ¿Habéis comenzado a celebrar sin mí? —La voz de Fer nos hace separarnos de inmediato, como si hubiera roto la magia del momento. Me da pena abandonar la calidez del abrazo de Curra, pero supongo que es engañarse a sí misma dejar que me protejan de todo a todas horas.

Miro a mi novio con una sonrisa nerviosa y me acerco a darle un beso. Su semblante es el de la más pura felicidad, y algo parecido a un latigazo azota mi corazón por un instante. ¿Cómo puede estar tan contento él cuando yo estoy pasando uno de los peores días de mi vida? ¿Qué clase de justicia poética es esta?

—¿A qué hueles? —pregunta tras separarse de mi beso—. Sí que has empezado la celebración, sí.

Evito mirarle a los ojos para que no descubra que mi celebración es más bien del tipo funerario, y le precedo de camino a la mesa que Curra nos tiene preparada para comer.

Una vez frente a frente, siento que no voy a ser capaz de mantener un semblante neutro por mucho tiempo, y decido quitarme el peso muerto de encima. No puedo fingir que todo van a ser buenas noticias solo por no estropear el júbilo de la suya. Tengo que deshacerme de mi sensación de aguafiestas.

—Fer... verás... —comienzo reticente. Las palabras no acuden y noto cómo mis piernas comienzan a temblar ligeramente—. No estaba de celebración precisamente...

—¿No? —pregunta intrigado y claramente contrariado—. Entonces ¿a qué venía ese abrazo? ¿Eres bollera y no me lo habías dicho? ¿Os he pillado en un momento parejita o algo?

—No, Fer —le digo ofendida por su tono jocoso—. Lo que has visto es a Curra dándome ánimos porque acaban de echarme a la calle.

Se queda mudo. No sabe por dónde salir, qué decir, cómo reaccionar. Sí, él venía a darme una supernoticia, de esas que hacen que tu vida laboral dé un paso de gigante. No se esperaba que la mía lo hiciera en sentido contrario.

—¿Te... te han echado? —balbucea sin digerir aún lo que acaba de oír.

—Sí, esta mañana. Justo antes de que me llamas.

—Joder, Emma, podrías haberme dicho algo. He quedado como un gilipollas.

Me mira dolido, como si le hubiera hecho una faena de las gordas. Supongo que ahora se siente culpable por traer buenas noticias y yo acabar de darle la peor de todas. Tengo que hacerle ver que su buena suerte no enturbia aún más la mía. Aunque lo haga, tengo que conseguir que él crea lo contrario.

—No has quedado como nada. Venga... comparte conmigo, ¿qué es eso que me querías contar y que tan feliz te ha hecho esta mañana?

Mientras se piensa si hablar o no, una de las camareras de Curra nos trae el primer plato. En este bar nunca se nos deja ver la carta. Curra siempre nos sirve lo que cree que vamos a degustar con mayor placer, así que siempre es una sorpresa sentarse a la mesa y dejar que la comida llegue al plato sin conocerla previamente.

En este caso concreto, la camarera, una jovencita de apenas veinte años que no habíamos visto antes y que parece estar pasando por su primer día de trabajo, nos sirve una menestra de verduras que huele de maravilla. El problema es que, no sé si por el despido, el licor de cerezas o la cara de desilusión de Fer, mi estómago no está muy por la labor de aceptar alimentos ahora mismo.

—No sé, Emma... ahora me he quedado pillado. ¿De verdad quieres oírlo? ¿Justo ahora? —pregunta como un corderillo al que acaban de mandar al matadero.

Dejo el tenedor que he cogido para comenzar a comer y muevo mi mano hasta la suya, por encima de la mesa. Se la estrecho intentando transmitirle confianza y animándole a contarme lo que sea que deba contar. Ya es mala suerte que nuestras noticias, tan opuestas, coincidan el mismo día.

—Dímelo ya —digo con suavidad y toda la dulzura de la que soy capaz—. Me está matando la curiosidad.

Remato mi actuación con una sonrisa que, espero, termine de convencerle de que de verdad quiero escucharle. Fer se remueve inquieto en su silla, mueve la mano de debajo de la mía y saca su móvil, que deja junto a su plato, boca abajo. Me mira un segundo más antes de coger aire, cerrar los ojos durante medio instante y comenzar a hablar.

—Verás... esta mañana he recibido un *e-mail* que llevaba meses esperando. Bueno, en realidad, tenía la esperanza de que llegara, aunque no era del todo seguro. —Me mira con cierta reticencia y tengo que animarlo con un gesto de mi mano para que continúe—. El caso es que sí, ha llegado y las noticias son muy buenas, Emma. Las mejores. Voy a trabajar en un equipo multidisciplinar durante al menos un año, en un proyecto alucinante sobre la materia oscura. En el CERN, ¡nada más y nada menos que en el CERN!

—Pero eso está... eso está en Ginebra, ¿no? —digo en un susurro, absolutamente anonadada por lo que estoy oyendo.

—¡Efectivamente! —exclama eufórico. Está claro que su reticencia inicial a hablarme de ello está más que superada—. Es como un sueño y aún no me lo creo. Todo gracias al algoritmo matemático en el que llevo trabajando media vida.

Cuando Fer se pone con sus cosas de científico loco suelo desconectar del todo. Es ingeniero informático y trabaja en el INTECO, aquí en León. Le gusta su trabajo, aunque se queja mucho de lo pequeño que se le queda todo esto. Supongo que era cuestión de tiempo que le llegara el momento de volar lejos de aquí.

—Verás —continúa con el entusiasmo más arrollador, mientras mi cerebro ya está buscando alternativas a la nueva situación que, de pronto, nos ha pillado a los dos el mismo día—. El proyecto trata de crear un algoritmo muy parecido al mío. Uno que ayude a encontrar patrones para solucionar problemas relacionados con la materia oscura. Se genera mucha información derivada de los estudios que se llevan a cabo en el CERN sobre esto, así que hay que discriminar los datos innecesarios o duplicados para conseguir resultados. Así se reducirá el número de unidades de cómputo necesarias: menos máquinas y menos tiempo. Es un desafío, algo histórico y trascendental.

Sus ojos brillan de un modo que nunca antes había visto. No entiendo ni una sola de las cosas que dice, pero sí sé que esto es su sueño y que no cabe en sí de felicidad al estar a punto de acariciarlo. ¿Quién soy yo para interferir en esa felicidad con mis malos rollos de reciente parada? Además... ¿no soy una desempleada sin planes ni futuro claro a la vista? Pues mira, acaba de salir un plan, al menos la posibilidad de hacer algo lejos de aquí...

—Me alegro muchísimo por ti —aseguro con una sonrisa que no es comparable a la suya pero que intenta demostrarle apoyo y cierto entusiasmo—. Y el momento es inmejorable... A estas alturas de la relación, separarnos como que no pega, ¿no?

Su semblante empalidece de pronto y mi corazón da un extraño vuelco que hace que, incluso, me duela dentro del pecho.

—¿Qué quieres decir? —pregunta cauteloso. Aunque lo sabe, sé que sabe lo que he querido decir.

—Pues que me he quedado sin trabajo. No tengo que pedir excedencia para irme contigo, ni tengo que quedarme aquí sola por culpa del trabajo.

Y sé, con claridad meridiana, que él sí tenía esa intención. Dejarme aparcada aquí para ir a cumplir su sueño. La certeza me golpea con fuerza y hasta me cuesta respirar. Él no dice nada y tengo que ser yo la que confirme mis horribles sospechas.

—No quieres que vaya, ¿verdad? —Mis palabras son apenas un susurro. Sus ojos ni siquiera se atreven a mirarme.

—Creo que... —vacila y se pasa la mano por la frente. Está nervioso y esquivo, y a mí nunca me había parecido tan guapo y deseable como ahora mismo. Debo de estar un poco chalada, si no, no me lo explico—. Creo que es mejor para mí que haga esto... solo.

Lo ha dicho en voz alta y escucharlo solo hace que mi nivel de nerviosismo se acreciente. Definitivamente, mi estómago se ha cerrado y es imposible que la deliciosa menestra de Curra baje por mi garganta sin sentir náuseas.

—No lo entiendo, Fer —digo en un intento desesperado de retomar el control de la situación—. ¿Quieres que tengamos una relación a distancia? ¿Ahora? Llevamos más de seis años juntos...

—Ese es el problema. Seis años y no hemos avanzado. Creo que eso quiere decir algo.

—Igual quiere decir que estamos bien como estamos. Al menos, ayer estábamos bien.

Su semblante no se acaba de relajar. Quiere decir algo más y no se atreve o, aún, no ha encontrado la forma o las palabras para hacerme frente. Los sudores fríos ya han hecho su aparición y me resbalan por la espalda. Un escalofrío lo inunda todo.

—Creo que esto tiene que cambiar. Es mucho tiempo sin cambios y uno acaba por preguntarse a dónde lleva todo esto. —La angustia atenaza su voz, antes siempre suave y encantadora.

—Podríamos... podríamos avanzar. —Me cuesta verbalizarlo porque es algo en lo que no suelo pensar mucho, pero creo que es el momento ideal para plantear todas las posibilidades—. Podríamos casarnos.

Se queda quieto, congelado en el sitio. Queda claro que jamás se imaginaría que fuera a usar esa carta en un momento así. Aunque, pensándolo bien, es lo más lógico cuando uno se plantea una relación de años estancada: o tiras hacia delante o te paras definitivamente, ¿no?

—¿Crees queirme al extranjero a trabajar en el sueño de mi vida me va a dejar tiempo, ganas y motivación para preparar una boda? —lo dice seco, distante, disgustado y yo ya siento que, definitivamente, hoy es el peor día de mi vida—. Además, somos muy jóvenes, para eso aún hay tiempo...

—¿Jóvenes? Tú ya tienes veintiocho y yo este año cumpla treinta —replico ya con la amargura controlando mi voz y mis gestos. Las lágrimas se agolpan en los párpados y no sé cuánto tiempo voy a poder contenerlas—. Fer... Fer, no hagas esto, por favor. No nos rompas. No me digas que también te pierdo a ti hoy...

Fer deja los cubiertos a un lado, se limpia con la servilleta los inexistentes restos de comida en las comisuras de su perfecta boca que, ahora lo sé, jamás volveré a besar, y me mira con tristeza. Ya no puedo evitar ponerme a llorar, aunque sea bajito y sin hacerme notar, para que el resto de gente alrededor no se haga eco de mi drama, algo que no podría soportar.

—Sé que el momento es de lo más inoportuno, Emma, pero cuando descubrí que el puesto era mío, supe que debía hacer esto solo. Quizá cuando vuelva...

—¿Te refieres a que quieres que te espere? —suelto con rabia mal contenida—. Ni lo sueñes... si me dejas, no volveré contigo nunca.

—Lo entiendo —dice despacio—. Nena... yo no quería que esto acabara así... pero ¿qué más puedo hacer?

Se pone de pie y me mira con una sonrisa triste que ha dibujado en su rostro de niño grande. Sus ojos oscuros son inescrutables y su pelo negro le cae sobre la frente antes de que se lo aparte con una mano temblorosa. Está tan guapo... y yo me siento tan perdida...

Se inclina ante mí y me da un beso en la mejilla, que siento que me quema en lo más profundo de mis entrañas. Me ahogo y me rompo con tanto dolor por dentro que creo que de esto hasta una se puede morir.

—Esta noche me quedaré en casa de Pedro. Si quieres, hablamos mañana más tranquilos. Tampoco era mi intención que lo nuestro acabara en un lugar como este. Te llamo ¿vale?

Y se va. Se va con esa sonrisa amarga, con ese adiós que me abrasa, rematando el peor día de toda mi existencia con un beso que sabe más a abandono cobarde que a despedida merecida tras seis años de vida en común.

Pero qué perra puede llegar a ser la vida.

Capítulo 2

Todo sobre mi madre

La casa de mi madre me recibe vacía y fría.

No he querido decirle que venía ni lo que me ha pasado hoy, así que el comité de bienvenida no está en la puerta para recibirme con fanfarrias y abrazos. No hay consuelo, no hay besos y ánimos.

Además, mi madre tampoco es de esas. No suele expresar su cariño con mucha profusión y prefiere las frases cortas y categóricas, de esas que sientan cátedra. Es más fácil que, tras contarle lo ocurrido, me friera un escalope a la milanesa, con patatas y ensalada, antes que decirme un lo siento o darme un cálido abrazo maternal.

No me preguntes el porqué, pero pese a todo, este lugar, su casa, la casa de su infancia, y su compañía, son lo único que ahora mismo me hacen falta para no saltar al pozo negro de la desesperación.

He realizado todo el trayecto desde León, donde trabajo, hasta Valderas, el pueblo donde mi madre se crio y a donde decidió volver cuando su vida colapsó, con la sonrisa condescendiente con la que Fer se despidió clavada en mis retinas. Sesenta y tres kilómetros con esa mirada de pena, ese adiós tan definitivo y tan irreal como único pensamiento. En el reproductor de música, sonando en bucle y a todo volumen, mientras yo me desgañitaba en medio de mis lágrimas, *This is How I Disappear* de My Chemical Romance.

*And without you is how I disappear,
And live my life alone forever now
And without you is how I disappear,
And live my life alone forever now.*¹

Nada mejor que el rock duro con mensaje desgarrador para comenzar el duelo. Y no es que sea de esas mujeres que piensan que sin un hombre al lado no son nada. Pero es que yo no solo he perdido al hombre con el que pensaba pasar el resto de mi vida, he perdido también a mi mejor amigo, a mi confidente, a mi saco de boxeo en los días malos, mi roca en la adversidad. El que me reía los chistes malos, el que me traía el desayuno a la cama cuando tenía fiebre, el que tiraba de mis botas de caña demasiado estrechas para que abandonaran mis maltrechos pies... Sí, es duro decir

adiós a tantas cosas como he perdido de un plumazo, así, sin ni siquiera verlo venir.

Porque juro que no lo he visto venir. Que vale que teníamos nuestras cosas, pero nunca hubiera imaginado que la rutina le pesara tanto a Fer o, qué se yo, el futuro o lo que quiera que le haya hecho tomar esta decisión. Lo pasábamos bien, nos entendíamos a las mil maravillas, en la cama no había quejas... ¿qué más podíamos pedir?

Llevábamos juntos desde que acabamos la carrera, desde que nos conocimos una noche en el Húmedo; él, de despedida de soltero, yo, de fiesta de fin de rodaje del corto de un amigo. Nos enrollamos a los diez minutos de conocernos y, en menos de una hora, ya nos habíamos intercambiado los teléfonos y habíamos quedado para seguir viéndonos al día siguiente.

Lo que empezó como un rollo, una noche cualquiera de frío intenso, acabó por convertirse en la pareja que fuimos durante seis largos años. Seis años de planes, viajes, sexo salvaje, pelis, series, copas, amigos, música, una casa... seis años de Fer y Emma que se han acabado en un bar a la hora de la comida. Qué triste, ¿verdad?

Miro a mi alrededor, en la casa vacía, y me doy cuenta de lo realmente cansada que estoy. Dejo mi bolso al pie de la escalera y subo como una zombi hasta la habitación que siempre he ocupado aquí, desde los tiempos en los que era el hogar de mis abuelos. Me tumbo en la cama sin desvestirme, y le ordeno a mi mente y a mi corazón que dejen de trabajar por un rato. Pero la angustia que lleva anidada unas horas en mi estómago no me lo va a poner tan fácil.

Pasados veinte minutos sin que el sueño me visite, oigo que la puerta de la calle se abre. Mi madre ha vuelto, algo es algo.

—Emma, ¿estás ahí? —Su voz sube desde el piso de abajo, al pie de la escalera, donde mi bolso dejado de cualquier forma, sin duda, ha delatado mi presencia en su casa.

Me incorporo, suspiro sin muchas ganas y bajo los escalones en silencio. Al verme, mi madre torna su semblante curioso por uno más preocupado. Al final resulta que me va a sorprender y todo, y su natural desapego va a quedar relegado durante estos momentos de dolor.

Solo con echarme un ojo ya ha intuido que algo va mal, así que, de forma absolutamente imprevista, abre los brazos para recibirme en ellos y procurarme una poco de ese consuelo que ahora mismo necesito.

Noto su calor y su cariño maternal, que me ayuda a tragar un poco el dolor del momento. Es extraño y reconfortante a la vez. Creo que esto nunca había pasado entre las dos.

No dura mucho, y tampoco me hago ilusiones de que vaya a repetirse. Al separarnos ya sé que mi madre vuelve a ser la de siempre. Esa mujer más próxima a un témpano de hielo a que una persona con sentimientos. La quiero, pero a veces me cuesta mucho entenderla.

Deja que te cuente cómo es mi madre. A modo de película de Almodóvar, me marcaré un *Todo sobre mi madre* en toda regla, para tratar de diseccionar a este ser que me trajo al mundo y me ha educado y cuidado toda la vida.

Mi madre nació en este pueblo, pero se marchó muy joven, primero a estudiar y, luego, porque conoció a mi padre y ya no concibió la vida sin él. Aunque su nombre es María Teresa, así solo la llamaba su madre cuando estaba realmente enfadada. Todos a su alrededor la conocen como Maite. Durante muchos años fue una niña y una adolescente feliz, risueña y afectiva, o eso son capaces de afirmar aún hoy algunos lugareños de este pueblo suyo.

Se fue a estudiar Derecho a Bilbao, a casa de unos tíos que se habían ido allí en los cincuenta a labrarse un futuro mejor. Y allí conoció a mi padre, de quien pronto se enamoró y ya apenas se separó. Entonces seguía riendo a menudo y se la conocía por sus locas ocurrencias, siempre apuntada a todo aquello que resultara emocionante o un desafío.

Se casaron al año y medio de empezar a salir, recién licenciados ambos. Mi padre ya tenía en la mano su título de Empresariales, que había obtenido en Sarriko, y tenía las cosas muy claras: seguir el negocio familiar y convertir la inmobiliaria que abriera su padre treinta años atrás, en un referente vizcaíno. Mi madre, que empezó de pasante en un bufete de la capital, acabó por dejarlo todo para asociarse con mi padre en la inmobiliaria, que pronto había empezado a marchar mejor que en toda su etapa anterior. Se notaba la mano del hijo que, tras aplicar lo aprendido en la cerrera y ponerle más entusiasmo que nunca, no tardó en cosechar muy buenos rendimientos.

Y ahí es donde entro yo en escena. Cuando la inmobiliaria empezó a dar más beneficios e, incluso ya se hablaba de una segunda ubicación en Getxo, mi madre anunció a bombo y platillo que la familia aumentaría a finales de septiembre. Fueron momentos de muchísima intensidad laboral a lo que

sumar una incipiente maternidad que los traía a todos de cabeza. Ella no tuvo un buen embarazo, pero jamás perdía su sonrisa.

Me da pena no recordar esa etapa, la de mi llegada, cuando mi madre era más cercana, risueña y cálida que nunca. Cuando cambiar su vida por mi causa era lo que más feliz podía hacerle.

Un año y medio después, la alegría se multiplicó con la llegada de Jon, mi hermano. La familia que entonces éramos parecía fuerte, con mucho camino por delante, con planes y miles de proyectos encima de la mesa. Nadie auguraba que las cosas pudieran torcerse.

Todo cambió drásticamente en uno de los viajes familiares a Valderas, el pueblo de mis abuelos. Yo tenía solo tres años por aquel entonces, y mis padres ya gestionaban un negocio de cinco pequeñas inmobiliarias en Vizcaya y Álava. Siempre íbamos por Navidad a pasar las fiestas con la familia materna, porque cualquiera le quitaba la idea de la cabeza a mi madre.

Aquella fue la última Navidad feliz para ella. Para todos, en realidad, pero especialmente para mi madre, que perdió mucho, muchísimo en un solo instante.

Cuando volvíamos a casa tras pasar parte de las fiestas en León, nos sorprendió una de las peores nevadas de los últimos años. Mi padre, casi sin visibilidad, quiso parar para no correr riesgos. La mala suerte hizo que, al aminorar la marcha, él perdiera el control del coche, y acabara chocando contra el vehículo al que precedíamos, que se vio impactado de golpe y sin previo aviso.

Aunque mis padres salieron prácticamente ilesos de la colisión, yo estuve a punto de no pasar de aquella Navidad. Estuve en coma cerca de seis días. Cuando abrí los ojos, algo faltaba. Jon, que no llegaba a los dos años aún, se quedó en aquella carretera cerca de Burgos, donde mi pequeña familia empezó a fragmentarse.

No quiero ni llegar a suponer lo que debe de ser perder un hijo, así que jamás entenderé el dolor que mi madre atravesó durante esos días aciagos, en los que había enterrado a su pequeño, mientras yo aún me debatía entre quedarme o seguir a mi hermano. Por supuesto, de eso uno tarda en recuperarse, si es que alguna vez llega a hacerlo.

La única forma que mi madre encontró para sobrevivir fue cubrirse de hielo y frialdad. No me preguntéis si en ello encontró el consuelo que tan

desesperadamente empezó a buscar tras el accidente, pero sí es cierto que su coraza inquebrantable fue haciéndola más inaccesible y difícil.

Dejó de preocuparse por el negocio y de mí se encargaba de forma mecánica. No me dejó en manos ajenas, pero tampoco crecí con una madre amorosa y atenta, de esas que recuerdas con cariño y a las que debes tu forma de ser. La mía, afortunadamente, siempre se ha parecido más a la de mi padre, reflexiva y prudente, aunque no me hubiera importado parecerme un poco más a ella, a la que fue antes del percance, esa chica jovial y llena de vida que siempre estaba dispuesta a embarcarse en una nueva aventura.

Si antes ella y mi padre habían descubierto juntos parte del mundo (él siempre hablaba con los ojos brillantes de cuando habían visitado París, Roma o Nueva York), tras el accidente y la pérdida de Jon, las ganas de volver a esa vida se murieron con su pequeño. Ella se encerró en su mundo y costó mucho sacarla de allí. Por más que mi padre se esforzaba, la relación se acabó resintiendo, y eso que él siempre ha sido un luchador nato.

Para intentar traerla de vuelta, le propuso pasar un verano en un entorno relajado, donde yo pudiera disfrutar y ella, encontrar una vía de escape en forma de paraíso natural. Descartados ya todos los destinos de playa y sol, incluido el entonces tan socorrido y tan de moda apartamento en Torrevieja, solo le quedaba ese último cartucho en la recámara. Y parece que funcionó.

El primer verano que pasamos en el Camping Las Cascadas, en el valle de Sakana, al norte de Navarra, yo estaba a punto de cumplir ocho años. A mi madre, sin curarla del todo de esa enfermedad llamada tristeza, sí que le procuró una especie de consuelo al que no quiso dejar de agarrarse en años sucesivos. Y así fue como aquel pedazo de tierra, donde alquilábamos la casita más cerca del lago, la más tranquila por las noches y bulliciosa de día, se convirtió en nuestro hogar un mes cada año.

Allí yo hice amigos, me liberé de la presión de ser la hija que sobrevivió a su hermano, la niña acomplejada, fea, con aparato en los dientes y gafas de culo de vaso. Esa niña sin cariño materno ni presencia paterna, porque él empezó a viajar más a menudo para abrir más inmobiliarias, y solo ese mes de agosto, cada año, era casi mío por completo.

Uno de esos veranos, cuando ya era una adolescente y el camping se había convertido en algo imposible de sacar de nuestras vidas, sucedió algo que, por desgracia, lo sacó por completo de la de mi madre y de la mía.

Mi padre se enamoró.

Se enamoró locamente, como si tuviera mi edad y viviera su primer amor. Se volvió ciego y sordo, y cambió por completo todo a su alrededor. Incapaz de mantener la vida que mi madre había provisto a la familia durante trece años, harto de vivir al lado de alguien que había decidido enterrar su alegría con su hijo fallecido, cansado de darlo todo y obtener tan poco a cambio... mi padre eligió y no fue a mi madre.

Eligió a Soraya, una viuda que trabajaba en el camping y que era todo lo que mi madre había dejado de ser. Era cariñosa, amable, alegre y dispuesta a abrir su corazón, sin reservas, a un hombre como él. Y a mí, porque Soraya también me quiso desde el primer momento a mí, hermanándome con sus dos hijos, Ane, de mi edad, y Rodrigo, dos años mayor.

La noticia fue devastadora para mi madre, pero lo asumió con deportividad. La máscara se hizo más presente y su implicación personal y social con el resto del mundo fue cayendo en picado. Tras el divorcio, se retiró al pueblo donde se había criado, después de llegar a un acuerdo con mi padre para dejarle a él el control total de la cadena de inmobiliarias, salvo dos, la de León y la de Valladolid, que quedaron en sus manos.

Yo me quedé en Bilbao, en casa de mis abuelos, a acabar el instituto, adonde muchos fines de semana me venía a buscar mi padre, para llevarme al pueblecito de Navarra donde intentaba conciliar su nueva vida con el negocio, cada vez más floreciente.

Lo peor para mí fue que tuve que sacrificar mis veranos. Pasaba todo el invierno a un paso del camping, aunque me daba igual, porque fuera de temporada era un desierto que apenas nadie pisaba. Mi frustración creía en verano, cuando no podía volver a esos años mágicos en plena naturaleza, porque debía estar con mi madre, que comenzó a sacarme por el mundo, quizá en un intento desesperado por darme algo que mi padre no hiciera. Volvió a viajar y me llevó con ella: Santorini, París, Venecia, Dubrovnik... eran veranos especiales y llenos de cosas nuevas, pero yo me moría por volver al camping. A mi pequeño oasis verde, a mis amigos, a las tardes junto al lago y Las Cascadas, a Manolito y su beso. Mi primer beso.

En fin, pasaron muchas cosas en esos años. Con mi madre, con mi padre, con su nueva mujer y sus hijos... muchas cosas que nos hicieron tomar los caminos que hoy nos han hecho ser como somos. Sobre todo a ella, a ella que puso en marcha todo el mecanismo que nos separó hace tantos años.

Hoy, mi madre tiene cincuenta y cinco años, aunque, como es ciertamente vigoréxica y está obsesionada con el paso de la edad, es probable que no le echés más de cuarenta y dos o cuarenta y tres. Es alta y fibrosa, ha corrido varias maratones y solo come comida ecológica que compra en mercados locales, o por la que paga una pasta en tiendas especializadas a través de Internet. De hecho, las naranjas se las traen de un campo libre de fosfatos de la Manga del Mar Menor, y la verdura de un caserío de la Gipuzkoa profunda.

Con eso ella no juega: no come grasas, ni prueba el alcohol o el tabaco, y bebe todo tipo de bebidas antioxidantes como mejunjes con té blanco o *smoothies* de granada y guaraná.

No siempre ha sido así, claro, pero el divorcio y el estar sola la han cambiado de una manera que resulta difícil de comprender, más si la comparas con esa madre ausente y triste de cuando éramos una familia.

La frialdad y la distancia aún están en sus rasgos distintivos, pero, no sé muy bien por qué, hay algo que es diferente en ella.

Cuando se separa de mí tras el breve abrazo que ha tenido a bien regalarme he podido notarlo. Sí, hay algo en mi madre desconocido hasta la fecha. Llevo solo dos meses sin acercarme al pueblo... ¿Son suficientes dos meses para que una persona cambie?

Un ruido tras mi madre hace que me ponga alerta. *Me asusto hasta de una mosca*, pienso mientras intento calmar mi desbocado corazón, que se ha puesto a martillear dentro de mi pecho con el alboroto que se oye en la cocina.

Sorprendentemente, mi madre no solo no se alarma, sino que esboza una sonrisa enigmática en su rostro de cristal, que la hace parecer una mujer totalmente despreocupada, bonita, joven y vigorosa. Apenas dura un segundo, pero juro que esa mujer ha estado ocupando el lugar de mi madre hace nada.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto no muy convencida de querer saber la respuesta.

—Eso ha sido *Gertie*, que ha venido con hambre del paseo.

¿*Gertie*? ¡¿*GERTIE*?! ¿Quién demonios es *Gertie*?

La respuesta se manifiesta en forma de perro, el más feo que he visto en toda mi vida. Es gris, con alguna mancha blanca repartida por su piel, que parece brillante y muy lisa. Solo tiene pelo en la cabeza, pelo blanco en forma de melena de estrella de rock de los ochenta, y en las patas, como los

calentadores que, en esa misma década, puso de moda Eva Nasarre. Es pequeño y delgado y saca la lengua mientras no le quita ojo a mi madre, que lo mira con un arrobo que juro que nunca antes he visto dibujado en su rostro.

La imagen en surrealista, mi madre jamás se ha ofrecido a velar por otro ser vivo, incluidos todos los animales y las plantas del planeta. Ni siquiera una maceta con un triste cactus ha entrado jamás en su casa. Y ahora... ahora vive con este ser extraño y alopécico, cuyas babas están haciendo charco a sus pies. *Madre mía de mi vida.*

—Esta es *Gertie*, mi...

—¿Mascota? Tú no eres de mascotas, mamá.

—No, nunca he tenido ninguna. Creí que no me gustaban los animales, pero ya ves... a todo puede acostumbrarse una.

Desde luego, aunque a mí me costará acostumbrarme a esta nueva madre que parece que está emergiendo de las cenizas de la antigua.

—Se llama *Gertie* porque... me recuerda a ti, en cierto modo.

La cara de tonta que se me queda debe de ser espectacular. *¿Que este chucho tan feo le recuerda a mí?* A esta mujer se le ha ido por completo la cabeza de tanto estar sola. Bien que le va a venir la compañía del perro, al menos para no desvariar.

—¿En serio, mamá?

—Verás... de pequeña eras igual que ella, me refiero a *Gertie*, la niña de ET, Drew Barrymore y tú erais clavadas con cinco años. Te encantaba esa película... ¿te acuerdas? Podías pasarte horas sin pestañear si estaba puesta en la tele. Acabaste por desgastar la cinta de vídeo y todo. El día que *Gertie* llegó aquí la estaban echando y se quedó mirándola tan embobada como tú... ella no se parece a Drew Barrymore, está claro —dice dejando patente que no me considera tan fea como a su perro—, pero tenéis las dos algo... no sé.

Pasa por delante de mí, como si se hubiera olvidado del dolor que hace un momento le ha hecho darme el primer abrazo en eones, y se adentra en la cocina con su nueva compañera de piso, que la precede y mueve su ridícula cola como si fuera un día de fiesta.

—¿Y bien? —me interroga impaciente, sin apenas mirarme, mientras le echa una lata de comida a *Gertie*

—¿Y bien qué? —Me encojo de hombros y continúo flipando con mi nueva madre—. Una historia preciosa, mamá.

—No, tonta —esboza un conato de sonrisa—. Me refiero a ti... Que si me vas a contar de una vez qué haces aquí un miércoles a estas horas. Por la cara que traes, me puedo imaginar que no es por nada bueno.

Bueno, ha llegado el momento de poner en palabras la terrible experiencia de hoy. No sé por qué me cuesta, porque, al fin y al cabo, para eso he venido hasta aquí. No me he quedado sola en el apartamento, al que sé que Fer no irá a dormir esta noche, ni tampoco me he ido a ver a Abril, que sé que me acogería con los brazos abiertos y que me consolaría a base de tequila y abrazos cálidos y sinceros. No... por alguna oscura, absurda e incomprensible razón, mi duelo ha elegido este lugar y esta compañía para soltarlo todo.

Así que lo hago. Mientras mi madre acaba de dar de comer a su crestado chino (esa dice que es la raza de su chucho) y pone a preparar un poco de tila para las dos, yo me siento a la mesa de la cocina y empiezo a desgranar mi desgraciado día. Desde el despido hasta la extraña comida con Fer que ha acabado en ruptura.

Y ella, pese a no darme ningún otro abrazo ni darme ese calor que una hija espera de su madre en un momento así, sé que me está escuchando y que, si ahora mismo pudiera, saldría a buscar a Fer a romperle la nariz por lo que me ha hecho. Y a mí eso me sirve. Por alguna estúpida razón, me sirve.

Tanto, que consigo subir las escaleras después de soltar todo el lastre emocional y ese nudo del estómago, y acostarme en la cama con la absoluta convicción de que podré dormir esa noche. Antes de cerrar los ojos, esbozo una sonrisa, porque acabo de comprender que mi madre le ha echado alguna hierba de las suyas a mi tila.

Cuatro días después de llegar a casa de mi madre, encuentro por fin el valor de volver a encender mi teléfono.

Las cosas en mi interior no han mejorado ni un ápice, pero sé que estoy en el lugar correcto. Mi madre me deja espacio, pero también está dispuesta a escuchar y a ofrecer consejo si se lo pido. Eso es justo lo que necesito ahora, un sitio donde llorar, pero también donde no sentirme agobiada.

El teléfono, en mi mano, se pone a vibrar sin parar mientras recibe todos los mensajes que estaban esperando en el limbo, hasta que yo me dignara

volver a traer este cacharro de nuevo a la vida. Tengo el buzón de voz lleno, y tantos Whatsapp que creo que no tendré horas en el día suficientes para leerlos todos. Y, si te soy sincera, no me apetece nada leerlos. Ninguno de ellos.

Casi todos son del Fer, pero también hay alguno de Abril, un par de ellos de la oficina y un número larguísimo que, estoy convencida, pertenece a mi sucursal bancaria, donde tenía cita hace dos días.

Antes de ponerme a leer nada o escuchar los mensajes, me entra una llamada que me sobresalta y que hace que el móvil se me caiga al suelo del susto.

Mi corazón, que hasta este momento estaba alerta, se ha puesto a danzar en mi pecho un peligroso baile que amenaza con sacármelo por la boca. Me tiemblan las piernas y noto cómo un frío hilo de sudor me resbala por la espalda.

El teléfono permanece en el suelo, boca abajo, con las notas de la *Marcha Imperial* saliendo del terminal, llamando mi atención.

Si es Fer... Dios, si es Fer me da un ataque. No puedo hablar con él, no todavía, aún tengo que procesar muchas cosas. Tengo que asumir la ruptura y tener un camino claro por el que transitar antes de enfrentarme a él. Sí, soy un poco cobarde, ese es uno de los defectos que más me cabrean en el mundo y, justamente, tengo que serlo yo.

Me convenzo mentalmente de que, al menos, debo saber quién me llama, y recojo el teléfono del suelo. Creo morir de alivio al comprobar que la llamada es de Abril, con quien tampoco tengo muchas ganas de hablar. No es personal, la quiero a rabiar, pero ahora mismo no sé si quiero sacar todo otra vez.

—Yo te mato. —Un saludo muy Abril, sí señor.

—Hola a ti también —contesto sin muchas ganas, no quiero que piense que estoy en plan borde cuando la claramente enfadada es ella.

—¿Cuándo pensabas decirme todo el lío este que se ha formado? —casi grita al otro lado del auricular.

—¿Qué lío?

—Pues que Fer y tú os habéis dado un descanso.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí, ¿qué pasa? ¿No es cierto?

Con menos ganas aún de seguir esta conversación ahora mismo, me masajeo el puente de la nariz en busca de una relajación que me impida

colgar el teléfono y escapar, una vez más, de la pesadilla en la que mi vida se ha convertido en los últimos días. Tomo una gran bocanada de aire y me armo de un valor que no sé de dónde saco para continuar con la conversación. Al fin y al cabo, sé que Abril se preocupa por mí.

—No, no es cierto. Lo hemos dejado. Bueno, él me ha dejado. Y es definitivo, nada de descansos.

—¡Será cabrón!

—¿Por qué lo dices? ¿Por dejarme o por mentirte? —pregunto conteniendo una carcajada que solo la naturalidad sin filtros de mi amiga es capaz de provocar en momentos como este.

—¿No es obvio? —pregunta alucinada— ¡Por las dos cosas! Pero qué tío más cobarde...

—¿Y por qué demonios ha tenido que llamarte a ti? —inquiero cuando me doy cuenta de que mi ex novio le ha ido con la cantinela a mi mejor amiga, lo cual no logro comprender por más que lo piense.

—Me llamó hace dos días porque no era capaz de localizarte. Con el teléfono apagado nos has tenido preocupados, Emma. —Eso es cierto y cierro los ojos en señal de aceptación de esa culpa. Pero mis razones eran bastante nobles... no quería ni que me agobiaran ni que me tuvieran pena. No hasta saber qué hacer con mi vida—. Pensó que estarías conmigo al no haberte encontrado en vuestra casa. O sea, en la casa que... en la que fue...

—Tranquila, que te he entendido.

—Pues eso. Acabó por llamar a tu madre, aunque le costó hacerlo, y le confirmó que estabas con ella. Cuando me lo dijo, yo también la llamé para ver qué tal estabas y me pidió que te diera tiempo.

—Y tú, por supuesto, no le has hecho caso. —Sonrío una vez más.

—Ya me conoces. —Y su tono es dulce como una caricia.

Abril está en mi vida de forma incondicional desde hace años. Nació, como mi madre, en este pueblo y desde siempre hemos sido amigas. Amigas de esas que se pasaban los veranos juntas y el resto del año se escribían una carta semanal con todas las novedades, con todos los sueños y todas las aventuras vividas en ausencia de la otra. Hay pocas cosas que Abril no sepa de mí. Solo un secreto he interpuesto entre ambas, ese dolor profundo y mortal que recibí a los diecinueve años de la mano de la persona en la que más confiaba del mundo. Esa traición que es solo mía y que nunca he compartido con nadie más.

A los dieciocho años, y con todo el futuro por delante, Abril se vino a Bilbao a estudiar, y pasamos juntas alguno de los mejores años de nuestra vida. Luego, cuando acabamos, ella volvió a casa a trabajar en un colegio, y yo tuve la buena suerte de encontrar también trabajo en León, ese trabajo que recientemente he perdido y que tanto me ha dado durante estos años.

Fuimos compañeras de piso desde que vino a Bilbao, y solo nos separamos cuando, hace dos años, Fer y yo nos fuimos al piso que iba a ser nuestro hogar para el resto de nuestra vida. Otra pérdida... otra más.

—Quiero decirte que lo entiendo —dice después de un momento de silencio.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Que hayas huido y que necesites estar sola... o con tu madre distante o lo que sea que estés buscando. Pero ya sabes que estoy aquí, siempre, por si lo que de verdad te hace falta es emborracharte y recibir muchos mimos.

Me estremezco al oírla ofrecerse, así como yo lo había supuesto. Tequila y abrazos, Abril nunca decepciona.

—Prometo ir a buscarte en cuanto me apetezca perder el sentido a base de chupitos de alta graduación alcohólica —aseguro—. Para eso no hay nadie como tú.

—¡Eh! ¿Qué estás insinuando? ¿Qué soy una mala influencia? —se ríe abiertamente—. No lo digas muy alto, que se supone que soy la responsable de una clase entera de niños de tres años... si esto se llegara a saber...

El sentido del humor de Abril es una de las cosas que me acabó atando a ella de forma inexorable. Con ella siempre me río. Por oscuro que sea el temporal que esté atravesando en cada momento.

—Te prometo que tu secreto está a salvo conmigo —digo muy seria, lo que provoca aún más risas de su parte.

—Emma... ¿qué tienes pensado hacer ahora? ¿Te vas a esconder por mucho tiempo?

—¡No me estoy escondiendo! —grito desconcertada.

—Sí, sí que lo haces. Y lo sabes. Pero es lo normal, así que no pasa nada. Solo quiero saber si ya tienes planeado el siguiente paso.

Me quedo en blanco y no sé qué responder porque, para ser sincera, con ella y conmigo misma, no he pensado absolutamente nada en el futuro. Llevo cuatro días lamentándome de lo que he perdido, pero sin trazar planes ni buscar alternativas. Y esta es una Emma desconocida, una Emma que

hacía mucho que no tenía que lidiar con la pérdida y con sentirse tan desnortada...

—No sé muy bien qué hacer —acabo confesando—. No sé si quedarme aquí a consumirme por el dolor o salir a pelearme con el mundo. Solo sé que tengo que esperar una señal o algo... porque nunca en toda mi vida he visto menos claro el camino.

—El camino está ahí, cariño —dice dulce y cercana—. Solo debes apartar las ramas... y ya sabes, si me necesitas solo tienes que silbar.

—Ojalá fuera todo más fácil. Supongo que me largaré de aquí. Quizá a Londres o a Berlín... a un sitio chulo donde se pueda empezar de cero a mi edad.

—¿A tu edad? ¡Estamos en la mejor edad!

—Sí, bueno... eso de largarse a la aventura lo veo más como para las de veinte años... las de casi treinta ya estamos talluditas para estas cosas ¿no?

Me imagino a Abril poniendo una mueca de disgusto al otro lado de la línea y espero con resignación el rapapolvo que me va a caer.

—Si piensas así, muy mal lo llevas, nena. Ve a Londres o a Berlín. Vete a la Conchinchina si te apetece... pero vete segura de que lo que hagas, bien estará. No dejes que nade te pare porque tienes capacidad para empezar de cero donde sea, sin que tener treinta años suponga ningún problema.

—¡Eh! ¡Casi treinta! —atajo— Aún me falta para cumplirlos.

—Sea como sea... sácate los billetes y vete mañana mismo.

Aunque la idea es tentadora y aterradora al mismo tiempo, sé que algún día tengo que dar el paso. No sé si aquí cerca o a muchos kilómetros de distancia... pero darlo, lo acabaré por dar.

—Mañana es imposible. Ni pasado. Dentro de tres semanas tengo la boda, ¿recuerdas?

—La boda de tu hermanastra, es verdad.

—No es mi hermanastra. Es la hija de la esposa de mi padre.

—Lo que sea. Es la boda de la odiosa Ane y no puedes saltártela.

—Eso es. Y encima me tocará explicar por qué voy sola y se anotará otro punto más.

—Nunca he entendido el rollo que te traes con ella —admite de una forma que refleja ese desconcierto que le provoca mi insana relación con Ane—. En fin, míralo por el lado bueno: vas a ver a su hermano después de... ¿cuánto tiempo ha pasado?

—Casi once años —contesto sin pensar, dejando que el recuerdo de Rodrigo entre en mi cabeza por un instante y lo inunde todo—. Once largos años sin cruzarnos ni una sola vez.

—Y mira que es difícil siendo hermanastros.

—Abril...

—Vale, vale —ataja divertida—. Yo solo digo que seguro que verle te alegra mucho... no os llevabais nada mal.

Me niego a dejar que Rodrigo entre en mis pensamientos, de donde fue desterrado hace mucho tiempo. No, si puedo evitarlo, Rodrigo y yo apenas interactuaremos en las pocas horas que dure ese odioso evento.

—Eso fue hace una vida entera... ni siquiera sé si sería capaz de reconocerlo —miento descaradamente—. De todos modos, nada de eso es relevante. Iré a la boda, pondré buena cara y, después del trance, me pondré manos a la obra para acomodar mi vida.

—¡Esa es mi chica! —Juro que su entusiasmo es hasta contagioso.

—Gracias, Abril. —Y lo digo de corazón.

—¿Estarás bien? —Su voz expresa lo mucho que se preocupa por mí y, por segunda vez durante esta conversación, tengo ganas de abrazarla.

—Estoy haciendo esfuerzos infinitos por estar bien. Aún no lo estoy y creo que voy a tardar en volver a estarlo. Pero prometo intentar salir de esta mierda de dolor y volver a ponerme en marcha.

Y sé, en lo profundo de mi corazón, que eso va a ser así. Aunque me cueste enfrentarme a mí misma y al resto del mundo, voy a dejar atrás esta horrible versión de Emma que soy ahora mismo.

Capítulo 3

Orgullo y prejuicio

Dejo pasar los días sin tomar ninguna decisión drástica sobre mi vida ni, tampoco, trazar ninguna hoja de ruta que me ayude a encauzar todo esto.

Sé que dejo pasar unos días preciosos, que dicen que hay que pelear por quedarse en el mercado laboral, que, si no te contratan de nuevo en el primer mes de parada, luego cuesta cada vez más encontrar trabajo... pero he ido a la oficina de empleo completamente convencida de que mi destino, durante algún tiempo, va a ser precisamente ese.

Necesito poner las ideas en claro, porque ni siquiera sé si quiero volver a ejercer de periodista. Aunque, por otro lado, tampoco sé hacer muchas más cosas.

Mi madre me saca de paseo, con ella y con su chuchito. Contra todo pronóstico, el perro y yo nos llevamos bien y mi madre sonríe enigmática cuando le hablo a *Gertie* sobre la mierda que es el amor. A mi madre no se lo cuento directamente... ella va más por libre en el tema conversación. Se queda tras nosotras en el paseo, no sé si lamentándose por mi visita o agradeciendo mi compañía casi silenciosa.

Y en todo este tiempo, con un par de charlas con Abril, a quien he prohibido que me visite en mi oasis, y todas las llamadas del mundo no contestadas a mi ex, que ya estará a punto de irse a Suiza, la pena se ha quedado como anquilosada y marchita dentro de mi pecho.

Noto que sigue ahí y que me grita desde algún recóndito lugar de mi interior. Pero me niego a escucharla, me niego a llorar, a lamentarme sobre mi negra suerte o a añorar al hombre con el que había planeado mi futuro. Toda mi vida.

Me da un miedo terrible la certeza de estarme helando por dentro, al más puro estilo de mi madre. Y ella, contrariamente a lo que esperaba, me anima a llorar y a soltar el lastre. A no dejar que eso se me quede dentro y se endurezca hasta el punto de cristalizar en el corazón.

Por las noches me acuesto después de beberme el brebaje mágico que me prepara y, aunque a veces el sueño no acude enseguida, sí tengo que reconocer que consigo dormir del tirón hasta las primeras horas del día.

Cuando amanece, bajo despacio a tomarme un vaso de leche caliente y una tostada de pan de pueblo con miel y aceite, lo único que me como con

ganas a lo largo de todo el día. Y, con el estómago saciado y los oídos llenos de música energética a todo volumen, salgo a correr como cuando era una estudiante.

Mis años en el equipo de atletismo del instituto y de la universidad, me recuerdan lo joven y flexible que era y lo abandonado que ha estado mi cuerpo durante los últimos años. Sacar del sistema a Fer a base de sudarlo me parece un plan tan bueno como cualquiera. Y, además, vuelvo tan cansada que la mayoría de las veces se me olvida hasta pensar.

Como algo rápido y sin muchas ganas, y leo un rato, o simplemente miro por la ventana pensando en cosas absurdas, como las tapas del bar de Curra o si en Suiza aún se podrá esquiar en esta época del año. Después de comer veo la tele, mientras mi madre trabaja con su ordenador en la mesa del salón, gestionando su negocio a golpe de clic. Luego salimos a pasear con *Gertie*, hasta la hora de la cena, después de la cual, me retiro a intentar dormir sin pensar mucho, antes de que el sueño me venga a hacer compañía.

Es una vida anodina y gris, acorde con este ánimo aburrido y pequeño que se me ha quedado. Un ánimo que me pide a gritos seguir escondida, callada, en calma, sin lágrimas. Sin salir de esta esquiva zona de confort en la que me he instalado.

Solo quiero consumir los días y, quizá, despertarme una mañana con un plan claro dibujado delante de mí. Una revelación, una señal del destino.

Y, mientras tanto, la maldita fecha de esa boda a la que no deseo ir, se acerca, sacando la peor versión de mí misma: la de casi-hermana de una novia detestable.

—Me es imposible pasaros a buscar para ir juntos a la boda. —La voz de mi padre me llega lejana, como si me hablara desde Siberia o Sebastopol—. ¿Podrás perdonarme? Estoy con unos tipos de Catar viendo unos terrenos en Cuenca, donde quieren construirse una casa, y por casa quiero decir casi palacio, al menos por las dimensiones de las que hablan... ¡madre mía! En fin, que no sé en qué momento me soltarán, pero va para largo, quizá sea una cosa de días, incluso. Así que al final creo que no llego si no cojo un vuelo hasta Pamplona... imposible pasar a recogeros por León.

Me pilla tan de sorpresa este plantón de mi padre, justo en medio de las peores semanas de mi vida, que, sin previo aviso y sin ser del todo consciente de lo que me ocurre, me pongo a llorar como si mi mundo acabara de volar en pedazos.

Por fin estalla la tormenta. Por fin siento algo que se mueve en el centro de mi pecho, y no sé si agradecerlo o meter la mano ahí dentro para arrancarme el corazón.

Todo se vuelve borroso a mi alrededor, por las lágrimas que brotan a borbotones de mis cansados ojos tristes. Mis berridos desconsolados deben de estar llegando hasta el último rincón del vecindario de mi madre. Pero ¿sabes qué? No me importa, porque está todo tan patas arriba que lo que piensen los demás, mis padres incluidos, ahora mismo me trae sin cuidado.

—Cariño, ¿estás bien? —Mi padre, más asustado que sorprendido, suena más cercano al preocuparse por mi repentino estallido en llanto—. No... no sabía que podía afectarte tanto...

Mi padre, por supuesto, no sabe nada de lo que me ha pasado con Fer. No se lo he querido decir porque he creído oportuno hacerlo en persona, ya que se había ofrecido a pasar a buscarnos para ahorrarnos el trámite de coger el coche hasta Navarra. Fer y yo, los dos, odiamos conducir por las monótonas carreteras que nos separan del pueblo donde mi padre rehízo su vida, y donde su hijastra se casará dentro de tres días.

Las conexiones entre León y Navarra no son muy buenas ni frecuentes, si exceptuamos un tren diario que tarda más de seis horas y que te deja en Pamplona, a otra hora del pueblo en cuestión. Así que mi padre, sabedor de que esta boda no me hace ninguna gracia y que, de ninguna de las maneras, podría huir de ella, se ofreció hace ya un par de meses a pasar por León, de vuelta de una de sus semanas laborales típicas en Madrid.

Sus noticias me dejan desarmada. No puedo ni imaginarme lo que sería, a estas alturas, ponerme a gestionar un viaje yo sola y desde aquí, sin más recursos que las pocas (o ningunas) ganas que tengo de hacerlo.

Mientras el llanto se ha empeñado en tomar las riendas, puedo notar cómo mi padre se tensa al otro lado del teléfono. Casi puedo sentir cómo su nivel de preocupación crece. Nunca he sido llorona y sabe, por la ausencia de dramas en mi vida, que si me he puesto así no es simplemente porque él no cumpla con su palabra.

—Emma, mi vida —dice suave—, respira. Respira e intenta calmarte. Por favor, cariño, tienes que tranquilizarte.

Yo sigo dominada por los hipidos y el llanto desconsolado, mientras le intento contar qué es lo que me pasa. Claro que es imposible que el pobre se entere de algo... no soy capaz de articular ni un solo sonido reconocible en ningún idioma conocido por el hombre.

Mi pecho sube y baja, y la tensión hace que me duelan hasta los músculos. Nunca, ni de pequeña, me había pasado esto, jamás había tenido una crisis tan grande, una ansiedad y unas ganas de explotar tan enormes como las que me invaden ahora mismo.

La voz tranquilizadora de mi padre no deja de escucharse a través del teléfono y, poco a poco, una calma que necesito más que el aire para respirar, se va apoderando de mis nervios, de mis lágrimas, de esta inquietud y negrura que me están consumiendo y me controlan por completo.

Pasados unos minutos, mi corazón deja de bombear sangre con frenética velocidad y fuerza, y mi pulso comienza a parecerse al de una persona normal. Los hipidos se van espaciando en el tiempo y, poco a poco, voy siendo capaz de dominar mis propias reacciones.

—¿Estás mejor, cariño? —Aún hay preocupación en su voz.

—Lo siento, papá... lo siento mucho.

—No hay nada que sentir, mi vida, pero supongo que esto no tiene nada que ver con que no pueda ir a recogerte... ¿quieres contarme algo? —Se ofrece solícito a escuchar.

Lo pienso solo durante un segundo y, luego, se lo cuento todo a trompicones, luchando por no romper a llorar otra vez. Él escucha, paciente, mientras yo le cuento lo que me pasó aquel día de hace ya casi tres semanas en el que mi mundo entero se resquebrajó y todo se puso tan patas arriba.

—Debí habértelo contado antes, papá —admito avergonzada—, pero no quería que lo supieras por teléfono.

—No pasa nada. Puedes contarme todo, sea en persona, por teléfono o vía paloma mensajera, ya lo sabes. Y te entiendo... de este modo no puedo darte un abrazo y eso me está matando —su voz se apaga un poco, denotando una tristeza que sé que he acabado por contagiarle.

—Gracias, papá... gracias por no enfadarte.

—¿Enfadarme? ¡Claro que no, Emma! El que te ha fallado he sido yo. Ahora mismo mando a paseo a estos señores de Catar y a su palacete —exclama—. Estaré ahí mañana mismo, tal y como habíamos acordado.

Me conmueve su solicitud, su cariño que me llega a través de sus palabras y sus propósitos. Me saca una tímida sorpresa, sobre todo porque, durante muchos años he acusado a mi padre de muchas cosas y le he echado encima culpas de las que yo quería descargarme. Nuestra relación siempre ha sido complicada desde el divorcio y no se lo he puesto nada fácil en la mayoría de las ocasiones.

Pese a todo, pese a nuestro pasado y todas sus buenas intenciones para venir a consolarme, no puedo permitir que desatienda sus negocios por mi causa. Al fin y al cabo, nos vamos a ver dentro de tres días en la boda.

—Eres el mejor padre del mundo —casi susurro—. Y como yo también soy la mejor hija de todo el universo, te prohíbo que dejes sin palacete a esos pobres hombres y que acabes eso que estás haciendo. Ya me las arreglaré de algún modo... cogeré el coche si no me queda más remedio.

Se ríe bajito ante mi ocurrencia. Sabe que no me gusta conducir por esas carreteras, pero menos aún, me gusta hacerlo sola. Detesto viajar en coche sin darle la chapa a alguien, preferiblemente yendo de copiloto. Se aclara la voz y me rescata de esos pensamientos tan angustiosos que se están empezando a formar en mi cabeza donde me veo horas y horas en mi viejo coche, más aburrida que una ostra.

—No te preocupes, que no irás sola. Te llamaba, precisamente, para comunicarte que no podré ir yo, pero que envió un chófer especial para que me sustituya y no se te atragante el viaje.

Su gesto protector me conmueve, al contrario que en otras ocasiones, en las que algo así me sacaría de mis casillas. Supongo que estoy superando cosas, madurando. Aunque, no me preguntes por qué, algo en mi interior me dice que este ofrecimiento tan generoso, tiene truco.

—¿A qué te refieres con un chófer especial? —pregunto con el miedo rondándome la boca del estómago.

—Rodrigo llega mañana a primera hora de Estados Unidos. Le he pedido que te pase a recoger.

Silencio. Más angustia. Ganas de desaparecer y hacerme pequeñita. Preferiría pasar las cinco horas de viaje en compañía de su odiosa hermana Ane antes que con él... una década de distancia y aún me cuesta pensar en Rodrigo sin sentir escalofríos en mi interior. Es como si una supernova hubiera estallado en mil pedazos dentro de mi pecho, de lo mucho que me quema.

Rodrigo... cómo afrontar una situación como esta después de tantos años. Cómo pensar en pasar cinco horas a su lado en un recinto tan pequeño como es un coche.

No es que le tenga miedo, a él nunca se lo he tenido, pero sí me asusta volver a convertirme en la niña torpe y tímida que salió del cascarón gracias a la ayuda de su hermano de mentira. ¿Y si volver a verlo significa retornar a aquella época en la que yo no estaba segura de nada? No es que me pille en mi mejor momento, los nervios están más que justificados.

Mis recuerdos de esa época, lo que pasó entre ambos, el dolor que quedó cuando todo aquello nos estalló en la cara... todo me inunda por un momento y me echo a temblar de manera irremediable.

Mi padre no quiere ni oír hablar de rechazar la oferta de Rodrigo que, según asegura, se ha comprometido a llevarme sana y salva hasta la boda. Sí, eso me suena mucho a Rodrigo. El caballero andante, el salvador de damiselas en apuros.

—Tengo muchas ganas de darte ese abrazo, cariño —se apresura a terminar la conversación mi padre, una vez que comprende que puedo empezar a ponerle objeciones a su plan magistral—. Nos vemos el sábado. ¡No queda nada!

Y cuelga, dejándome con la sensación de que mi vida está a punto de sufrir otro revés considerable.

—Llegas tarde. —Es lo único que se me ocurre decir cuando salgo a abrir la puerta y me encuentro con Rodrigo, once años después.

Pese a que mi padre me dijo que vendría, creo que no estaba lo suficientemente preparada como para afrontar el momento de volver a verlo. Por eso estoy a la defensiva, porque desde ayer no puedo estar más nerviosa.

Mi madre me ha visto andar de un lado para otro, y cuando le he contado que mi padre no vendría, pero sí Rodrigo, ha puesto mala cara y ha hecho sus planes. Me siento como si fuera Kiera Knightly en *Orgullo y Prejuicio* y estuviera a la defensiva con su Mark Darcy. No entiendo muy bien mis propias reacciones, pero es lo que tiene dejar de sentir que se tiene el control total de la situación.

—Hola a ti también, Emma —dice sonriendo, con esa sonrisa suya, tan franca y tan amplia. Ha cambiado en estos años, es obvio, pero esa sonrisa que siempre fue su seña de identidad no ha perdido ni un ápice de su brillo. Deslumbra y calienta, y eso, inconscientemente, me hace sonreír (muy ligeramente, que conste).

Está tan guapo que corta la respiración. Su pelo oscuro y su piel morena destacan poderosamente el azul de sus preciosos ojos, chispeantes y risueños, tal y como los recordaba. Ha dejado de ser el muchacho de mi adolescencia para convertirse en todo un hombre. Y tengo que decir que la edad, reflejada en su semblante limpio y tan lleno de vida, le confiere un atractivo que no le recordaba, y que mejora considerablemente al muchacho guapo, atento y divertido que era entonces.

Lleva unos pantalones de traje y una camisa blanca arremangada, un conjunto formal pero terriblemente casual por la forma en la que él lo lleva. Probablemente haya pasado un par de días sin afeitarse y ese rastro de vello facial le da a su rostro una apostura que hace incluso suspirar.

Me quedo mirándolo durante unos segundos, quizá más de los recomendables, pero noto que él también me está evaluando y examinando con la misma minuciosidad que yo a él. Supongo que casi once años son excusa suficiente para echar un largo vistazo y percatarnos de lo que ha cambiado y de lo que sigue exactamente igual.

—Estás muy guapa. —Y en sus ojos baila una chispa que me descoloca por completo. Tanto es así que me ruborizo como una quinceañera tímida, y sé que el rubor enciende mis mejillas, de una manera que no puede avergonzarme más. ¿En serio me he puesto roja dos minutos después de abrirle la puerta de casa?

Carraspeo e intento recobrarme, pero él ya sabe los estragos que ha causado y esboza otra vez esa sonrisa demoledora y brutal.

—Tú... tú estás mayor —tartamudeo como si no fuera capaz de articular bien las palabras. Esto mejora por momentos, me pregunto hasta dónde llegará mi capacidad para ponerme en ridículo a mí misma.

—¡Auch! —exclama divertido.

—¡No! —Ahogo un grito de frustración— ¡No pienses que te estaba llamando viejo!

—Pues a eso ha sonado —Y sí, ahí sigue la sonrisa. *Madre mía, ¿cómo voy a ser capaz de salir airosa de esta boda?*

—Quería decir que... que ya no eres un chaval, que... que eres más un hombre que un chico, ya sabes, que... ¡Dios! Puedes callarme cuando creas que ya me he humillado lo suficiente.

Se echa a reír con ganas, haciendo que mi nivel de rubor y vergüenza crezcan hasta niveles de 1995. Y vuelvo a ser la adolescente torpe y patosa, la que metía siempre la pata, la *cobardica*, la que se aguantaba cada poco unas horribles ganas de llorar.

Por esto, precisamente por esto, no me apetecía nada volver a verle y retroceder diez años o más, y reencontrarme con la chica perdida que un día fui.

—¿Quieres pasar y descansar un rato? —le pregunto de muy mal talante, intentando sin éxito acallar sus carcajadas. No te miento si te aseguro que, ahora mismo, hasta le odio un poquito.

Cuando por fin se calma, veo que no tiene ninguna intención de pasar al interior de la casa, a pesar de haberlo invitado. No me creo que quiera coger ya mismo el coche de nuevo y ponerse en ruta sin descansar un poco. Nos espera un viaje largo y me parece que es mejor que antes coma, descanse y se refresque.

—Creo que es mejor que te espere por aquí —me dice algo cohibido—. Cuando estés lista, nos vamos.

—¿En serio no quieres entrar?

Y, entonces, como si se encendiera una vela en medio de la más intensa oscuridad, veo las cosas claras y sé, exactamente, qué le mantiene fuera de la casa. Mi madre. Seguro que todavía la tiene miedo.

—No está —intento tranquilizarlo con una pequeñísima sonrisa que procuro reprimir—. Casualmente hoy tenía que ir a la oficina de Valladolid a resolver varios asuntos.

Bueno, casualmente no. Ella tampoco tenía muchas ganas de encontrarse con el hijo de la mujer por la cual su marido la dejó. Siempre ha sido así, por lo que su oportuno viaje no tiene nada de casual y sí mucho de premeditado. Mejor así, evitar conflictos es una de mis reglas básicas.

Rodrigo accede a entrar ante la perspectiva de no encontrarse con mi madre, y yo me aparto levemente de la puerta para dejarle pasar. Cuando lo tengo justo al lado, tan cerca que nuestros cuerpos se rozan durante un instante, su olor me llega como un bálsamo. Huele exactamente como hace una década, un olor dulce y fresco a la vez que, por lo que parece, no he

olvidado en todo este tiempo. *¡Dios mío, cuántos recuerdos acuden a mi mente ahora mismo!*

—¿Te importa si me cambio? —pregunta señalando la mochila que ha sacado del coche antes de entrar—. Llevo con esta ropa desde que salí ayer de Palo Alto y no veo la hora de quitármela.

Vuelvo a ruborizarme porque soy así de tonta. Ha sido hablar de quitarse la ropa y ya se me ha ido el santo al cielo. De verdad, parece que me han idiotizado.

—Claro... —consigo decir cuando recobro el control de mis emociones—. Arriba a la derecha tienes un baño. Hay toallas bajo el lavabo por si quieres darte una ducha o algo.

Me sonrío de nuevo y me pellizca la mejilla en un gesto tan familiar por el que nadie diría que ha pasado una década entera. Y entonces, sí que vuelvo, ya del todo, a ser la adolescente que fui en aquellos años que compartimos tras el divorcio de mis padres.

No dejo de darle vueltas a esos tiempos, no desde que mi padre me dijo ayer que Rodrigo vendría a buscarme. Y mientras él sube a ducharse y yo me entretengo en preparar algo para picar antes de salir hacia Navarra, los recuerdos que su presencia, su olor y su gesto cariñoso han despertado en mí, se agolpan en mi mente y luchan por inundarlo todo.

Recuerdo la llegada acobardada a su casa cuando mi padre se instaló allí a vivir con ellos. Recuerdo la fría acogida de Ane. Recuerdo las sonrisas cálidas de Rodrigo, sus consejos, su forma de alentarme y de animarme. El modo tan adulto con el que me trataba, su confianza en que podría superarlo todo. Las risas que nos echábamos en el porche, los baños en el lago de la cantera, las pelis y series que nos tragábamos de madrugada, comiendo todo lo que conseguíamos saquear de los armarios y la nevera de su madre. La última noche antes de irme de viaje con el equipo de atletismo, el beso y todo lo que vino después, la despedida que tan tocada me dejó...

Todo lo que ocurrió entre nosotros está envuelto en un halo de nostalgia, como si fueran recuerdos prestados o escenas de alguna película de las que nos gustaba empacharnos, en esos maratones que duraban horas y horas.

Pero fue real, todo aquello fue real. Encontrar a mi mejor amigo en aquellas circunstancias, cuando más sola y necesitaba me hallaba, fue el mejor regalo que la vida me tenía preparado. Qué pena que durara tan poco, y que un océano y bastante orgullo se interpusieran entre aquello que teníamos.

—Así que... ¿tu novio se retrasa? —me pregunta cuando entra en la cocina quince minutos después, con unos vaqueros y una camiseta, muchísimo más desenfadado que con su indumentaria anterior.

—Perdona ¿qué? —Juro que, por un momento, no sé ni de qué me está hablando.

—Tu novio... ¿no viene a la boda? Asumí que os pasaba a buscar a los dos.

No sabe nada. Mi padre no le ha dicho nada, no sé si por protegerme o por no meterse en explicaciones tediosas. Creo que mi cara lo dice todo porque él cambia su semblante jovial a uno mucho más preocupado.

—¿Mi padre no te dijo nada? —pregunto cautelosa.

—Solo me pidió que pasara por aquí si me venía bien, porque él no estaba disponible por culpa de algo del trabajo. Me pidió que viniera y que...

—¿Qué? —pregunto cuando deja la frase en el aire.

—Que cuidara de ti, que te tratara bien.

—Propio de mi padre, ¿no? —Y sonrío al imaginarme su conversación.

—¿Pasa algo? Me da la sensación de que he metido la pata —dice cohibido, como si fuera culpa suya hacer la pregunta más lógica y normal en este caso.

—No, claro que no —procuro sonar normal y tranquila—. Es solo que voy sola a la boda. Fer no viene en esta ocasión.

No añado nada más. Ahora mismo, lo que menos me apetece es explicarle mis tristes circunstancias a Rodrigo. Supongo que tampoco es que le interese mucho, al fin y al cabo, en tres días nos volveremos a decir adiós y, quizá, vuelva a pasar otra década hasta nuestro siguiente encuentro.

Toma asiento donde le indico, y le ofrezco toda mi escasa destreza culinaria en forma de bocadillo de jamón serrano, agua fresca y unas aceitunas para picar. El menú más cutre del mundo, pero tenemos prisa, ¿no?

Mientras come, subo a por mis cosas a la habitación. Me cepillo el pelo, me saco la camiseta por fuera de los vaqueros y me calzo mis Converse rosa, que medio ato por pura pereza.

Preparada, me miro en el espejo y me recuerdo cómo respirar, cómo mantener la compostura y cómo ser capaz de pasar cinco horas en un coche con la persona a la que más reproches le debo en esta vida.

Sí, va a ser un viaje de lo más interesante.

OceanofPDF.com

Capítulo 4

Dos en la carretera

—Me gusta cómo llevas el pelo. Te queda bien... No puedo creer lo poco que dura un corte de pelo y un mismo color en esa cabeza tuya —dice Rodrigo de repente, mientras subimos de nuevo al coche tras un descanso a medio camino—. ¿Me lo estoy imaginando o una vez incluso lo llevaste de color rosa?

Salimos ya hace tres horas y tocaba descansar un rato y estirar las piernas.

Tal y como me temía, no está siendo un viaje fácil. Ha pasado demasiado tiempo y ya apenas nos conocemos. Las personas no solo cambian por fuera en once años. Maduran, avanzan, crecen emocionalmente y, también, se hace más pequeñas en otros aspectos. En definitiva, somos más extraños que amigos y eso es algo que cuesta gestionar desde el asiento de un coche de alquiler.

Hemos pasado la primera hora del viaje hablando de trivialidades tales como el tiempo o lo atareados que han estado nuestros padres con la boda. Hemos pasado por silencios incómodos (muchos) y preguntas retóricas (bastantes, también).

Ha habido un momento en el que, incluso, me he hecho la dormida para no pasar por el mal trago de buscar sin éxito cosas de las que hablar. Porque quiero hacerle mil preguntas, eso que quede claro, pero tampoco sé cómo afrontarlo sin que parezca una cotilla de esas de portería de patio de vecinos. No en vano, soy periodista y se me va muy fácilmente la mano. Para mí es muy sencillo empezar charlando inocentemente y acabar aplicando un tercer grado en toda regla.

—¿Y tú cómo sabes que me cambio el pelo con tanta frecuencia? No creo que tu madre te haga resúmenes de mis actualizaciones capilares cuando la llamas —le respondo verdaderamente maravillada por lo que parece un cambio de tercio en lo que a conversaciones de viaje (de este viaje) se refiere.

Y no es que mis muchos cambios de *look* me parezca el más interesante de los temas para centrarnos en él, incluida mi locura de llevar el pelo rosa por un efímero mes de mi vida, pero por algo se empieza, ¿no? Si quiere que charlemos sobre mi fijación por la búsqueda del corte y el color

perfectos, adelante, sobre ello y mis muchas experiencias podría estar hablando durante horas.

Claro que es mucho mejor ponerse a la defensiva e interrogarle sobre la forma en que ha conseguido esa información, difícil de lograr si hace tanto tiempo que no nos vemos y no ha sido testigo directo de mis constantes y, a veces, drásticos cambios de *look*.

—Somos amigos en Facebook. Te veo cuando subes fotos —contesta relajado— Y sueles subir muchas fotos.

Es cierto. Para qué negarlo. Soy una adicta al Facebook donde retrato la que, hasta este momento, era mi bulliciosa vida social. Salíamos, quedábamos con amigos, nos divertíamos y se lo contábamos al mundo a través de las redes sociales. Desde la ruptura, sin embargo, todo eso me parece un sinsentido y creo que va a pasar mucho tiempo hasta que retome esa parte de mi vida.

—Sin embargo, yo no sé nada de ti. No subes ni una miserable foto desde que me mandaste la solicitud de amistad —le reprocho con toda la razón—. Ni siquiera puedo describir ahora mismo tu foto de perfil.

—Es Batman.

—¿Ves? Ni siquiera eres tú mismo.

—No uso Facebook para nada —confiesa—. No soy de los que airean su vida, así como así.

—Para nada, no. Para comprobar mis cambios de estilo parece que sí —refunfuño molesta—. Y no airear tu vida, así como así, no te convierte en alguien mejor que yo.

—Desde luego que no. Solo quería decir... bueno, que no lo uso de forma activa. Aunque me gusta estar enterado de cómo anda la gente que me importa.

—¿La gente que te importa? Pues si te refieres a mí llevas más de diez años sin decirme ni un hola tan siquiera —le digo con crispación. Creo que esta conversación me está sacando de quicio.

—Bueno... esas cosas no se me dan bien. Ya lo sabes. Lo mío es la ingeniería. La de las palabras eres tú.

—No me puedo creer que digas eso —exploto—. ¿En serio? Ahora hace falta una carrera universitaria de letras para saber escribir un simple “Hola, ¿qué tal estás?” No puedo creerlo.

El silencio se hace fuerte en el coche. Casi preferiría que fuera producto de esa incomodidad de no saber qué decir exactamente, tal y como nos ha

pasado en la primera parte del viaje, que por este enfrentamiento estúpido y tan acelerado en el que me he involucrado.

Me reprendo a mí misma por ser tan previsible. Por enfadarme a la primera. Mi padre me suele llamar *Polvorilla* por la rapidez con la que me enciendo y exploto cuando me tocan alguna tecla. Cada vez que me pasa, solo puedo darle la razón, aunque me pese.

—...

—...

—Somos la viva imagen de Audrey Hepburn y Albert Finney ahora mismo —dice de pronto, rompiendo el incómodo silencio y desconcertándose por un momento.

Al menos hasta que me doy cuenta de lo que quiere decir. Esbozo una sonrisa cuando un recuerdo más me viene a la cabeza, y me retorna de nuevo a nuestras noches de pelis, muchas de ellas joyas del cine clásico de los cincuenta y lo sesenta.

—Ya quisieras tú ser como Albert Finney —bromeo.

—Tú, sin embargo, eres la viva imagen de Audrey.

Nos reímos bajito, con la segura convicción de que ambos estamos pensando exactamente en aquellos días.

—Tienes razón —concedo—. Esto es todo muy *Dos en la carretera*. Tenemos una carretera, obviamente, somos dos, y este es un viaje de reencuentro donde no faltan los reproches. Solo nos falta el haber estado casados diez años.

—Y repetirlo dos veces más —añade aún divertido.

Otro minuto de silencio se instala entre nosotros, pero esta vez es un silencio dulce, lleno de recuerdos, de nostalgia, de pensamientos bonitos y de recuperación de aquella amistad que nos tuvo tan cerca y que tanto nos dio a ambos.

—Lo siento —digo tras el silencio y el viaje a través de la memoria.

—Yo también lo siento. Tienes derecho a enfadarte. No saludar ni decir hola no está nada bien y, realmente, tampoco cuesta tanto —admite él.

Una de las cosas que más me han gustado siempre de Rodrigo es que nunca estábamos más de un minuto enfadados. Siempre, por la razón que fuera, algo nos compelia a pedir perdón y solucionar las cosas de manera inmediata. Nunca me he tragado tanto mi orgullo como en mis disputas con él.

—Ya... Bueno.

—Bueno...

—Y... ¿qué tal por Palo Alto?

—Bien... es una ciudad genial —añade escuetamente.

—Me alegra que estés a gusto.

—Vuelvo a España. No sé si mi madre o tu padre te lo han contado —dice apartando por un instante los ojos de la carretera y clavándolos en los míos.

Por un instante, por un segundo fugaz, veo en su mirada una chispa de emoción que logra clavarse en mi interior de una forma que soy incapaz de describir.

—¿Vuelves? ¿Después de la boda?

—¿Después de la boda de Ane? Sí, tengo que volver a cerrar un par de cosas y luego, trabajaré desde aquí —dice volviendo a fijar sus ojos en la carretera y usando un tono de voz más distante, como si tratara de huir de algo.

—Me refería a tu boda.

—¿Mi boda?

—Mi padre me dijo que te habías prometido a una chica de allí, una abogada o algo así. Tu madre estaba un poco triste porque decía que, si te casabas allí, ya no volverías nunca —le reporto las noticias que mi padre me dio hace algo más de un año y que yo recibí con una especie de indiferencia autoimpuesta que ahora no sabría cómo describir—. Le habrá alegrado saber que viviréis aquí.

—No, no viviremos aquí. Al menos no los dos juntos. —No sé por qué, pero su jovialidad se ha perdido en los últimos segundos.

—¡Qué modernos sois los americanos! —exclamo intentando distender la conversación de nuevo.

—No, nada de modernidades. Es solo que ya no va a haber boda. Rompimos el mes pasado —dice muy serio.

—¡Oh! Vaya, lo siento. He metido la pata entonces al sacar el tema.

Si la noticia del compromiso me dejó fría en su día, no puedo negar que una lucecita cálida y luminosa se enciende en alguna parte de mi interior ante esta noticia. Y no es que tenga ninguna intención amorosa por Rodrigo, sino que me provoca una ternura inmensa ahora mismo, me parece que necesita un abrazo, un amigo, un consuelo que no sé si querría obtener de mí.

—Tranquila, no me afecta hablar de ello. Simplemente llegamos a la conclusión de que era lo mejor para los dos. Al menos a largo plazo.

Miente. Le afecta, le tiene que afectar porque eso es lo que sucede cuando pierdes a la persona con la que creías que ibas a compartir el resto de tu vida. Ya sea por una decisión unilateral, como la que Fer tomó por nosotros dos, o de mutuo acuerdo como Rodrigo asegura que fue la suya. Eso siempre pasa factura emocional.

Supongo que podría consolarle contarle mi parte de la historia, saber que yo también he acabado mi relación. Que aún es reciente. Que todavía no he empezado a pensar como una sola persona. Que aún lo busco por las mañanas al despertar y que se me parte el corazón cuando alargo la mano y no lo encuentro en la misma cama que yo.

Podría contarle que me cuesta seguir adelante, sonreír, comer o hacer planes. Que rehúyo de la vida social, que no quiero ver a nadie, y menos a aquellos dispuestos a compadecerme. Podría decirle que entiendo su dolor porque Fer aún no se me ha ido del corazón. Ni siquiera una pizca.

Pero me callo.

Me callo como quien guarda un secreto. Como quien desea mantener las cosas como están y no arrojar aún más pena al momento. Odio la compasión ajena. Odio que me consuelen (algo que solo le dejo a mis padres), odio que me traten con conmisericordia. Ahora mismo, es algo que no podría soportar que viniera de parte de Rodrigo.

Y por eso tampoco le consuelo yo a él, tampoco le muestro pena ni compasión.

—¿Quieres una chocolatina? —le digo tendiéndole la enorme bolsa repleta de chocolates que he adquirido en la estación de servicio en la que paramos hace un rato—. El chocolate es lo mejor a lo que puedes recurrir para pasar el trago de las malas noticias.

Sonríe otra vez. Sonríe y el coche se ilumina entero, llenando de una luz preciosa este momento. Subo el volumen de la radio, donde suena en estos momentos *It's only Rock 'n' Roll (but I Like it)* de los Rolling Stones, y me recuesto en el asiento del copiloto.

No sé por qué, pero creo que el camino para hallar a los antiguos Emma y Rodrigo se ha acertado considerablemente. Y eso es algo que me hace acompañarle en la sonrisa y quitarme un enorme peso de encima.

Estamos llegando a casa. Estamos llegando a donde todo esto empezó. Donde nosotros empezamos a ser nosotros. Estamos llegando a casa y el

corazón quiere salirse del pecho. Qué cosa tan caprichosa son los recuerdos...

Enero 1996

A pesar de que fuera del coche hacía un frío horroroso, en su interior Emma sudaba copiosamente. Eran los nervios, obviamente, pero saberlo no aplacaba la necesidad de una ducha fría para combatir esa fiebre repentina que le había dado.

Su padre se había mudado recientemente y de forma definitiva a Unanua, un diminuto pueblecito de la Navarra más rural, del que no paraba de hablar maravillas. El divorcio le había cambiado completamente. O, quizá, era el amor el que había hecho de Pedro un hombre nuevo a sus cuarenta años. Había tardado casi un año entre su separación de Maite y el cambio de domicilio, pero ahora que las cosas estaban hechas, a Emma le daba la sensación de que todo iba demasiado deprisa y no podía dejar de sentir una rabia silenciosa, pero certera, que le crecía en el interior hacia su padre y hacia toda esa situación que la desbordaba.

Una opresión en el pecho la mantenía rígida, sin apenas despegar los ojos de la carretera, cuyos arcones estaban cubiertos de una nieve oscura y amontonada, en claro contraste con la blancura que inundaba los campos aledaños. De fondo, la voz de Jon Bon Jovi cantaba *Always*, pero a ella no le llegaba el calor de la letra ni su mensaje, tan absorta en la negrura de sus pensamientos estaba.

Emma pensaba en su madre, y sufría. Pensaba en que, cuando regresara a su lado, ella la odiaría por haber accedido a conocer a la nueva familia de su padre. Llevaba semanas temblando ante la perspectiva de ese viaje que justo ahora, la víspera de Reyes, se estaba convirtiendo en una realidad que ya no tenía vuelta atrás.

Nunca había dejado de ser una niña inocente, asustadiza y sencilla que solo pedía tranquilidad. En lugar de eso, le había tocado una madre distante, un padre ausente la mayor parte del tiempo, y la mayor sensación de culpa que un humano jamás portara. Se sentía culpable siempre, sobre todo desde el divorcio y el viaje a los infiernos de su madre.

Por un instante se sintió maravillada por el paisaje. Ya cerca de su destino, empezó a reconocer el lugar: Estaban próximos al camping Las Cascadas, donde había pasado todos sus veranos desde que podía recordar. Un latigazo de dolor le recordó que jamás volverían esos días felices con sus padres, con sus amigos, con Manolito... su madre nunca pisaría ese lugar de nuevo y, en el acuerdo de custodia, el verano le correspondía pasarlo con ella.

Quiso no llorar, quiso mantenerse fuerte en el coche, junto a su padre, que apenas podía disimular la ilusión que le hacía todo eso a él. Si Emma no disfrutaba de esos tres días en Unanua, sabía que no querría volver nunca. Pero si él conseguía que se enamorara del sitio, y de Soraya y de los chicos... entonces no habría nada que no convirtiera su nueva situación en algo perfecto.

—Estoy convencido de que harás buenas migas con Ane y Rodrigo —dijo Pedro intentando serenar sus propios nervios—. Son dos chicos estupendos. Y con Soraya. Ya verás que es muy especial.

Conocía a Soraya. La conocía desde siempre porque era la hija de la dueña del camping, y normalmente estaba en la recepción o encargándose de la pequeña cantina que abastecía a todo el lugar. Era una mujer trabajadora, jovial, siempre con una sonrisa colocada en el rostro y su larguísimo pelo negro cayéndole por la espalda, como una cascada de brillante azabache.

Trataba a los niños como si todos fueran suyos, con palabras amables, con un talante afable y siempre conciliador. Con los adolescentes gastaba una especie de colegueo de lo más natural, que hacía que la adoraran. Y, con el resto de los adultos, tenía un trato directo, tan de tú a tú, que todos la consideraban de la familia.

Pero su familia no era la más normal o completa o feliz del mundo. A Soraya se le murió el marido a los veintinueve años, de un fulminante cáncer de páncreas, y tuvo que sacar ella sola adelante a dos niños pequeños que, de pronto, solo la tenían a ella y a su abuela Tata, la *hippy* del pueblo, la visionaria que soñó con el camping Las Cascadas y lo sacó adelante desde comienzos de los años sesenta.

A Emma le gustaba Soraya. Desde siempre. Secretamente deseaba que su madre fuera como ella, con sus sonrisas y su calidez. Y se sentía culpable de que sus deseos se hubieran hecho realidad, de una manera tan

retorcida, porque ahora Soraya ocupaba, de alguna forma, el sitio que le correspondía a su propia madre.

El conflicto interior la estaba matando y solo quería estar muy lejos de allí, sola, acurrucada en algún rincón, sin que nadie pensara en ella o la utilizara como moneda de cambio.

Cuando ya comenzaba a anochecer, Pedro aparcó el coche junto a una casita de ladrillo oscuro y tejado de pizarra, al final de Unanua. Las nevadas de los últimos días solo hacían que conferir al ambiente una magia especial que a Emma no le sentó nada bien. Quería que nada de todo eso le gustara, pero, por razones que no acertaba a explicarse, todo le estaba transmitiendo una sensación cálida y llena de cosas buenas.

Esa casa la invitaba a entrar y quedarse... con su fachada llena de macetas, que imaginó desbordantes de flores en primavera; con el porche que la rodeaba y que se presumía acogedor e íntimo en la parte trasera, junto al jardín ahora cubierto con el manto níveo del invierno; con su chimenea humeante, reflejo del calor de hogar que prometía... sí, esa casa le pedía a gritos que entrara y se quedara para siempre.

Pedro la animó a seguirlo al interior. Usó su propia llave, detalle que Emma anotó con cierto dolor y sabor definitivo, y la precedió por una puerta que confirmaba sus primeras impresiones: era un hogar acogedor y cálido que la recibía como si quisiera engullirla y atraparla con palabras y gestos bonitos. Como si pretendiera tentarla con una vida mejor... los escalofríos volvieron, pero esta vez no estuvo segura si seguían siendo culpa de los nervios o del más atroz de los miedos que jamás hubiera experimentado.

—Soraya, esta es Emma —dijo Pedro empujando suavemente la espalda de su hija en dirección a su nueva pareja.

—Ya nos conocemos ¿verdad? —contestó ella con esa sonrisa dulce y franca en sus labios, esa sonrisa que siempre le había conocido—. Son muchos años viéndonos en el camping cada verano ¿verdad? No necesitamos formalismos.

Y diciendo eso, se acercó con decisión y la atrapó en un abrazo maternal y agradable, que descolocó aún más a Emma, provocando que sus emociones se alteraran de una forma desconocida y absolutamente desconcertante.

De forma inconsciente, cerró los ojos y aspiró su aroma. Era el mismo que el de la casa. A limpio, a dulces recién horneados, a comida casera... a

hogar. Y quiso llorar en ese mismo instante por lo que ella nunca tendría y por lo que echaría de menos todo eso cuando se fuera. Acababa de llegar y ya quería ser parte de aquello, pese a su madre, pese a la culpa.

Separarse de ella le causó un dolor agudo en alguna parte de su pecho. Se obligó a ser valiente y no soltar esas lágrimas que amenazaban con avergonzarla, y sonrió ligeramente, como intentando demostrar que todo iba bien.

Soraya la miraba con una expresión de alegría contenida y la invitó a tomar asiento junto a ella. Pedro, que ya sentía la casa como propia, le dio un beso que Soraya aceptó con placer, y se disculpó un segundo para ir a dejar su pequeña maleta de viaje.

—Avisa a Ane. Dile que baje a conocer a Emma —fueron sus palabras cuando Pedro ya estaba en el rellano de la escalera.

Emma se sintió huérfana sin el apoyo de su padre, fuera de lugar, una intrusa... sintió de pronto la mano suave de Soraya tomando las suyas y el corazón empezó a latir de un modo más pausado y sereno. Se maravilló del resultado de ese roce de manos... la paz que desprendía ese tacto leve y tan lleno de amor.

—A Rodrigo lo conocerás en un rato —le explicó su anfitriona—. Está con Tata, en el obrador de Andoni, ayudándole con los roscos de Reyes. No hay año que se lo pierda.

Su sonrisa al hablar de su hijo la convirtió en un ejemplo maternal al que Emma no estaba acostumbrada. Casi le dolió el corazón al comparar su forma de hablar con la de su propia madre. Era como comparar el sol ardiente con un aguacero.

—Escucha, cariño —dijo Soraya con una voz llena de resignación, cambiando en muchos matices esa expresión que se le había dibujado al hablar de Rodrigo—, Ane puede ser un poco difícil en estos momentos. No es sencillo tener dieciséis años, supongo que eso ya lo sabes, y menos que ocurran tantos cambios a tu alrededor en tan poco tiempo. Por favor, intenta que no te afecte. Puede llegar a ser un poquito... intensa. Pero no es mala persona.

Emma hubiera preferido no estar avisada de que podría haber problemas. No se los imaginó llegando de la persona de la casa con la que podría tener un grado de afinidad más alto, la otra adolescente de la familia, Ane, que solo le sacaba ocho meses, y que podría entenderla a ella y a sus

circunstancias mejor que nadie. Que pudiera ser una enemiga potencial en lugar de una aliada, la descolocó profundamente.

Procuró que no se reflejara en su rostro la enorme conmoción sufrida por ese puñado de palabras con las que Soraya la había puesto sobre aviso. No creyó haberlo conseguido, sobre todo, tras sentir unos pasos leves y rápidos bajando la escalera.

—¡Hala! ¡Ya he bajado! ¿Contenta? —se encaró a su madre una adolescente alta y rolliza, con el pelo rubio clarísimo, casi blanco, y el enfado marcado en sus facciones, lo que le daba un aspecto absolutamente aterrador.

Emma retrocedió en el sofá, temblando y deseando estar lejos de allí. Más que nunca en ese momento pensó en la mala idea que había sido aquel viaje. La mirada furibunda de Ane la traspasó cuando se estaba lamentando en silencio de lo poco acertado de aquel plan. El odio pintado en esos brillantes ojos azules la dejó paralizada del todo.

—No voy a llamarte *hermanita* —su tono era burlón e hiriente—, ni pienso hacer de mejor amiga contigo. No te necesito y no me gusta que estés aquí.

—¡Ane! —la voz de Soraya sobresaltó a Emma mucho más que los improperios de su hija. Nunca se hubiera imaginado que alguien como ella pudiera encerrar tal determinación en un solo grito.

—¿Qué? —se volvió Ane hacia su madre, con las chispas del enfado rondándole la mirada encendida— ¿No es suficiente que tenga que dejarle sitio en mi cuarto, habiendo un sofá bien cómodo aquí abajo? ¿Es que también tengo que ponerle buena cara y fingir que estoy encantada de que esté aquí? ¡Pues no, *madre*! ¡No pienso actuar como si me cayera bien!

Se dio la vuelta y sin esperar más réplicas, subió las escaleras, dejándolas sumidas en el más profundo de los estupores.

Soraya, que parecía acostumbrada a este tipo de accesos, se volvió hacia Emma y se acercó mucho más a ella en el cómodo sofá en el que Ane había insinuado que debería dormir. La sonrisa volvió a pintarse en sus labios y el corazón de Emma, de nuevo, empezó a latir a una velocidad más parecida a la normal que a un tornado salvaje.

—¿Quieres ver la casa? No es muy grande pero seguro que nos sirve para distraernos de lo que acaba de pasar —dijo levantándose—. Quiero disculparme en su nombre... siento este trato tan poco correcto.

Emma estaba abrumada, le escocía que Ane la hubiera hecho sentir aún peor, como si lo que ella traía consigo no fuera suficiente penitencia. Sobre esto su padre no le había dicho nada, supuso que para no dar más motivos a seguir negándose a conocerlos.

Siguió a Soraya como una autómatas a través del salón, hasta una cocina grande y bien equipada, donde se respiraba un sentimiento de hogar aún más intenso que en la sala que acababan de dejar. Las puertas francesas enormes que daban al jardín la llamaron poderosamente. De repente, el agobio fue superior a su determinación por mantener el tipo y necesitó gritar, huir, llorar, explotar... necesitó estar sola para asumir que debía aguantar esos tres días por su padre, aunque ella estuviera consumida y muerta de miedo por dentro.

—¿Puedo... por favor, puedo...? —Las palabras no le salían. Solo era capaz de señalar la puerta de acceso al jardín, rezando para que Soraya entendiera que, si no le daba el viento helador en la cara en ese preciso instante, iba a acabar colapsando en ese mismo sitio.

Soraya se apresuró a abrir la puerta, con la cara descompuesta por el semblante ceniciento que la pobre Emma presentaba en esos momentos. Seguro que se sentía culpable por el comportamiento de su hija, pensó Emma. La culpa, qué pegajosa e insistente es, como esa idea que te ronda la cabeza y que no te abandona hasta que la sacas de dentro con todas las fuerzas que eres capaz de reunir. Emma odiaba sentirse así, tan condicionada y vulnerable, pero jamás, en toda su vida, había aprendido a gestionarla de un modo diferente al que pretendía poner en marcha ahora: evadirse de la realidad.

Se sentó en un balancín que presidía el enorme y precioso porche trasero de la casa. Afortunadamente, estaba completamente cubierto, lo que la aislaba del cruel y frío invierno que reinaba en el exterior, ese exterior que la había cautivado en el viaje esa misma tarde. La nieve se veía a través de unos ventanales claros, grandes y elegantes que, asumió, en mejores condiciones climatológicas se retirarían para disfrutar de ese maravilloso y amplio porche como se merecía.

Emma, meciéndose con suavidad, dejándose llevar por un sentimiento de paz difícil de describir y serenando su interior de la tormenta que el encuentro con Ane había provocado, fue perdiendo, poco a poco, todo sentido de la realidad y toda noción del tiempo. Era imposible determinar si llevaba allí, entre suaves balanceos, apenas unos minutos o una vida entera.

Lo que sí podía añadir es que, con cada movimiento balsámico del columpio, una calma pacífica y blanca la invadía de un modo hermoso, haciendo que su interior, por fin, se relajara desde que había salido de casa de su madre.

De pronto, sin saber precisar de dónde había salido exactamente, notó que alguien se sentaba a su lado, bastante cerca para ser exactos. Alguien a quien no conocía, con un olor indefinido entre limpio, fresco y dulce a la vez, con un calor que la reconfortaba aún más que esa recién estrenada calma. Y no se sobresaltó ni se asustó... antes, al contrario, porque, de algún modo, supo que estaba completamente a salvo.

—Si vuelve a hablarte así, la tiro por la ventana.

Aquella fue la primera vez que oyó su voz y algo le dijo que iba a escucharla mucho. Le gustó el tono, la dureza de las palabras, expresadas, sin embargo, con una suavidad dedicada solo para Emma. Quería dejarle claro que era duro, pero que nunca lo sería con ella. Y aquello la llenó de mil sensaciones que morían al final de cada una de sus terminaciones nerviosas.

Hacía mucho que no notaba que nadie se preocupara por ella, y aquella novedad fue una lucecita, diminuta pero intensa, que comenzaba a llenar todos los rincones de su corazón. No estaba mal tener de su lado a dos de los tres habitantes de esa casa. Podría haber sido mucho peor, se convenció, ilusionada de repente.

Sonrió imperceptiblemente y se giró para mirarlo. Rodrigo hizo lo mismo y ambas miradas se encontraron en el medio, donde se coronaron con dos sonrisas, amplias, hermosas, confiadas.

—Si no dices nada, haré que te toque la porción del rosco de Reyes que tiene escondida la sorpresa —dijo sin apartar sus ojos de los de ella—. Te nombraremos reina y Ane rabiara un rato largo.

Y rieron. Rieron tanto que parecía que se conocían desde siempre. Que juntos habían afrontado muchas batallas y cosechado innumerables victorias. Que habían matado todos los dragones del reino y devuelto a casa a todas las princesas cautivas.

Fue el primer rescate de Rodrigo. Fue la primera alianza para sobrevivir a Ane.

Fue una noche feliz, después de todo.

OceanofPDF.com

Capítulo 5

El día de la boda

—Gracias, Dios, por inventar la barra libre —susurro aliviada al comprobar que no me faltará el alcohol para aguantar esta jornada, que promete ser eterna y mortal.

Ane es la perfecta imagen de la felicidad más falsa, con una sonrisa artificial y autoimpuesta para parecer maja, amable, simpática... humana. No es ninguna de esas cosas, media vida de relación con ella da buena fe de ello.

La ceremonia, debo reconocérselo, ha sido bonita, sencilla y hasta emotiva. Nunca me lo hubiera esperado de un acto en el que ella tuviera un papel tan destacado. Soraya se ha emocionado con mi padre a su lado, mientras Tata resplandecía de pura felicidad. La gente del pueblo ha estado de lo más agradable y solícita, y Rodrigo no ha podido acudir a la boda más guapo.

Yo, por mi parte, he venido por hacer bulto, agradar a Soraya, y dejar que Ane me use unas horas como saco de boxeo, para subir esa autoestima suya que, ya de por sí, anda por las nubes.

De hecho, no dejó pasar la oportunidad de machacarme desde que Rodrigo y yo entramos por la puerta de la casa de su madre, la noche anterior. Parece que nos estaba esperando como agua de mayo para aguarnos cualquier plan de viernes noche divertido o, simplemente, sencillo y tranquilo.

—¡Por fin llegas! —dijo lanzándose a los brazos de su hermano, al que me consta que no veía desde hace varios años—. Si llegas a faltar hoy te juro que te voy a buscar a Palo Alto y te descuartizo. Ya me contarás quién me iba a llevar al altar si no eres tú.

Primera puñalada directa a la yugular. Me alegré profundamente de que mi padre no hubiera escuchado su nula posibilidad de acompañarla por el pasillo de la iglesia, pese a haber ejercido de padre modélico con ella, y de haberse dejado la piel en procurar agradar a ese monstruo sin sentimientos que la buena de Soraya aportó al matrimonio.

La vieja Ane de siempre. Al menos, desde aquel primer día en esta misma casa, cuando me dejó clara su profunda antipatía hacia mí, ha llovido tanto, que me ha dado tiempo a endurecer la piel y el corazón en su

presencia. Ya no me pilla de sorpresa, ya no me causa ansiedad, tristeza o pánico. Me sigue molestando sí, porque encima sabe qué teclas tocar para sacarme de mis casillas, pero no... no consigue vencerme del todo, aunque lo intente con todas las fuerzas de las que es capaz.

—¿Y dónde está Fer? No te habrá dejado, ¿verdad? —Ni un hola, ni un qué tal el viaje. Sí, paciencia a tope o acabaría por arrancarle el pelo, y a ver cómo se casaba ella toda desmelenada. No me lo perdonaría jamás.

Puse buena cara, pasé de ella y fui directamente a abrazar a Soraya, que era quien me había invitado y casi mi única razón para estar ahí. Siempre reconforta sentir los brazos de Soraya alrededor de tu cuerpo, más en presencia de su diabólica hija, que se quedó con un palmo de narices, pero, lejos de amilanarse, fue directa al segundo asalto.

—Entiendo que no quieras compartirlo con nosotros —empezó con fuerzas renovadas—. Al fin y al cabo, venir a una boda justo cuando te acaban de plantar es bastante triste. Patético incluso.

La miré con los ojos encendidos en llamas abrasadoras, indicándola que mejor le valía callarse si no quería probar la magnitud de mi ira. Y no sería la primera vez. Parece que pilló la indirecta y se calló, pero no fui capaz de borrar la sonrisa de suficiencia que se había dibujado en sus labios al dar en el clavo.

Miré fugazmente a Soraya con la pregunta escrita en mis ojos. Solo podía saberlo ella a través de mi padre y no quería creer que ninguno de los dos le hubiera facilitado esa munición a Ane, sabiendo de sobra cómo se las gastaba conmigo.

—Ane, ¿no tenías que irte ya a terminar los detalles de la cena de esta noche? —Su madre quería quitárnosla de encima, sabedora como era de lo que podía llegar a decir o hacer con tal de causar daño.

Salió de la sala dejándonos a los tres en silencio. Rodrigo, a mi espalda, no había movido ni un solo músculo de su cuerpo, que mantenía cerca del mío, en un ademán protector, como siempre que Ane estaba a nuestro alrededor.

—¿Se lo has contado? —Soraya bajó la mirada, avergonzada y dolida por el trato que su hija, de nuevo, me acababa de dedicar.

—Lo siento, Emma —dijo en apenas un susurro—. Tu padre me llamó y me dijo lo que había pasado para ponerme sobre aviso, y así no meter la pata con preguntas como las que te acaba de hacer Ane. No quería que te pusiera en un compromiso al ver que venías sin Fer. Ane nos oyó y no me

quedó más remedio que pedirle que te tratara bien. Siento que no lo haya hecho.

Una de las cosas que más detestaba del comportamiento odioso de Ane era ver cómo los demás se sentían en la obligación de disculparse en su nombre. Nadie era culpable de las cosas que hacía o decía salvo ella misma. Soraya, absolutamente compungida, no debería someterse a mi interrogatorio ni ser la mensajera de un perdón que no le correspondía pedir. Pero así eran las cosas, en la víspera de su boda, más que nunca, o pasaba de ella o acabaría por arruinarle el día más importante de su vida. Y sería solo su culpa.

—Tranquila, Soraya —intenté calmar su desasosiego y su vergüenza—, no pasa nada. Tarde o temprano se iba a acabar enterando.

—Pensé que por unos días se olvidaría de... —titubeó—. Bueno, ya sabes, de ser como es contigo y de comportarse como una persona normal.

—Tiene el hábito metido en el cuerpo. Son muchos años como para cambiar solo porque vaya a casarse. Ni que eso significara algo o tuviera que cambiarle el carácter de la gente. Solo esperemos que al pobre Mario lo trate mejor, si no, les auguro un corto matrimonio.

Me encaminé hacia las escaleras sin esperar la réplica de Soraya, que sabía que se quedaba rumiando su mala suerte con Ane y su sentimiento de culpa intenso por haberse casado con mi padre, y haber sacado a la bestia que su hija llevaba dentro.

Ya en el piso de arriba, mis pies, que se sabían el camino de memoria, trazaron el camino lógico. Al menos el más lógico después de toda una década usando una habitación que no era mía.

Cuando me di cuenta del error, traté de salir de la forma más apresurada posible. Aunque ya era tarde.

—Lo siento —me disculpé mirando al suelo—. Cuando te fuiste a California me instalé en esta habitación y casi se me olvida que es la tuya y que hoy estás en casa. Estando libre era una pena desaprovecharla para escapar de tu hermana.

—¿Por qué no me dijiste nada? —Me tomó el mentón y me hizo mirarle a los ojos—. ¿Por qué me has hecho creer que Fer y tú seguíais juntos?

—Si aún me conocieras como lo hacías antes, sabrías la respuesta sin tener que preguntarme.

Me miró un instante con la intensidad de sus ojos claros brillando de un modo que casi había olvidado. Era la mirada de alguien que, de verdad, se

preocupaba por mí. Y casi me eché a llorar de lo tonta e infantil que me sentí en ese preciso instante.

—Por orgullo.

—Por no darte pena... odio que me tengan lástima.

—¿Yo te he dado lástima a ti cuando te he contado lo mío con Nadia?

—No.

—¿Entonces por qué habrías de dármela tú a mí? —Sus cejas se enarcaron en un gesto familiar que me hizo dar un vuelco a mi estómago, ya de por sí algo revuelto por todas las emociones del día.

—Porque te conozco —casi grité—. Porque siempre te has encargado de que esté bien y de que no lo pase mal. Y sé que me tendrías pena y que querrías hacer cosas para que me sintiera mejor.

—¿Y hay algo de malo en todo eso?

No le contesté. Me di la vuelta y me dirigí enfadada a la habitación que no me quedaría otra que volver a compartir con la odiosa Ane. Me dejé caer en mi vieja cama de adolescente y me puse a rumiar las palabras de Rodrigo, cada vez más enfadada. Y no me preguntes el porqué, que aún hoy trato de averiguar la causa de ese mal humor repentino. Quizá tuviera que ver con que algo de razón llevaba... *¿Qué había de malo en que alguien quisiera hacer cosas para que yo me sintiera mejor?*

No hemos vuelto a hablar desde entonces. Me inventé un intenso dolor de cabeza para escaquearme de ir a la cena informal preparada para los invitados y me metí en la cama a eso de las once. Mejor era evitar a Ane y a todo lo que esa boda traía consigo. En unas pocas horas, al menos, contaría con mi padre como aliado en ese caos emocional en el que mi vida estaba inmersa en esos momentos.

Ahora, tras la ceremonia, y mientras esperamos a que los novios hagan su entrada en el salón de bodas, donde se va a celebrar el banquete nupcial, solo pienso en esa barra libre que espero que ya esté operativa, y en lo guapo que está Rodrigo cuando no me hablo con él. Siempre que nos hemos enfadado su nivel de atractivo ha subido como un millón de puntos en la escala de los más guapos del mundo. No sé por qué, pero es un hecho que me desconcierta. Afortunadamente, hemos estado enfadados pocas veces (y digo afortunadamente, porque me perturbaba muchísimo, en mi adolescencia, pensar en el que debía ser algo así como un hermano en términos de atractivo).

Está al otro lado del salón, riendo con Tata que no le quita las manos de encima. Hacía mucho tiempo que no se veían y no puede mantenerse apartada de su nieto preferido. Rodrigo ha encadenado unos cuantos años sin venir a España y es la novedad más absoluta que haya cogido un avión para venir a la boda de su hermana.

Los primeros años venía alguna que otra vez. En todas ellas, yo procuraba que no me pillara visitando a mi padre y Soraya, evitar los conflictos te regala años de vida, créeme. Pero en los últimos cuatro o cinco años me consta que, si ha visto a la familia en alguna ocasión, ha sido porque ellos han ido de visita, y no al revés.

Desconozco qué es lo que le ha tenido apartado de su casa tanto tiempo, pero me alegra mucho que haya decidido volver. Al menos me alegra por Tata y por Soraya, a las que tenerlo lejos les parte el alma.

En la sala están empezando a servir unos aperitivos diminutos y muy sofisticados, que reparten unos camareros vestidos de blanco y negro, muy elegantes. Se supone que es para abrir boca antes de que lleguen los novios y nos sentemos en las mesas asignadas (sí, estoy en la mesa de los solteros, en la chungu. En la molona está Rodrigo, la muy cabrona nos ha separado por, al menos, diez mil kilómetros de distancia. Nunca nos ha soportado juntos). Yo paso de los canapés y afronto mi misión especial de esta tarde de sábado: hacerme amiga del camarero más importante de todos, el que lleva la barra libre.

Es alto y guapetón, aunque algo me dice que es de los que se lo tienen un pelín creído. No está mal, pero no pienso camelármelo con fines amorosos, solo con interés alcohólico. Después de todo, aún no he pasado por mi borrachera de ruptura.

La mirada de advertencia de mi padre me llega justo cuando mi mano agarra con avidez el primer *gintonic* de la tarde. Sé que no quiere prohibirme nada, que piensa que ya soy mayorcita para cometer mis propios errores. Pero también sé que no quiere que me pase de la raya ni que haga cosas de las que luego me arrepienta.

El resto de la jornada pasa como una de las más tediosas de toda mi vida. Mi mesa no puede ser más aburrida, en la que tengo sentados al lado a los más babosos, extraños y alelados personajes que Ane ha podido reunir. Son primos terceros, o amigos de la infancia, qué se yo, pero juro que nunca había visto a ninguno de ellos ni había oído mencionar sus nombres. Si no la creyera demasiado retorcida para ello, pensaría que se ha sacado de la

nada a esta colección de personas tan disparatada solo para sentarlos en la misma mesa que yo.

Uno no para de mirarme el escote de mi vestido color vino, en el que intenta hacer diana con miguitas de pan. Una de las invitadas más longevas y soltera de reconocida solera, una señora de setenta años por lo menos, se ha quedado dormida entre los langostinos y el cordero. Para rematar el plantel, el chico que han sentado a mi derecha me ha intentado robar el móvil, dos veces, sin que mi mirada asesina le haya disuadido de seguir intentándolo.

Me arrepiento un poco de no haber tenido antes la maravillosa idea de alquilar un acompañante para venir, como Debra Messing en *El día de la boda*. Dudo que, con mi suerte, hubiera conseguido a alguien tan perfecto como Dermot Mulroney, pero, sea como sea, cualquier persona me hubiera venido bien para librarme de la mesa de los frikis.

Gracias a Dios, no me dejan de traer unos maravillosos *gintonics* cada vez que mi camarero favorito recibe un gesto, sutil pero efectivo, por mi parte. Lo tengo comiendo de mi mano.

El último combinado viene con un mensaje inesperado, y el camarero me asegura que la señora del pelo largo y blanco cubierto de flores de colores, quiere que me acerque a verla.

La música ha comenzado a sonar en algún momento tras el postre, y ya hay gente ocupando la pequeña pista de baile ubicada en el centro del salón. Miro a través de los atrevidos que han osado seguir a Ane y Mario tras el primer baile de casados, y veo que Tata me sonrío y me hace señas desde su posición, en la mesa central del convite.

Tata es todo un personaje, y la quiero y respeto tanto como a Soraya. Es una hippy de la vieja escuela, una visionaria, una mujer libre que siempre ha hecho lo que le pedía el alma, y que no siempre fue bien vista en estas tierras a las que llegó, por amor, a los veintidós años.

Vino de la mano del padre de Soraya, a vivir en una casa comuna que unos compañeros de Pamplona habían decidido rehabilitar y usar como centro neurálgico en la comarca del movimiento hippy en los años sesenta. Las cosas no salieron muy bien porque pronto, la mayoría, muy poco implicados con la verdadera naturaleza de esa ideología, pero sí muy apegados a la vida fácil y sin ataduras, decidió cambiar el rigor de los inviernos de la agreste Navarra por la soleada y siempre lúdica Ibiza.

Ella sola, con una recién nacida a su cargo y muchas agallas para construir de la nada un camping en el que nadie creía, y callar así muchas bocas maliciosas, sacó adelante todo cuanto se propuso, llegando a convertirse en todo un ejemplo de constancia y trabajo. Todo ello, sin perder nunca su punto de locura, su natural genialidad y libertad, su amor inconmensurable por la naturaleza y por los demás.

Tata es la mujer más fuerte que conozco. La más desconcertante también. Mientras me dirijo a su sitio, me aferro a la copa de mi *gintonic* como si fuera un amuleto que me pudiera proteger. A Tata nadie le esconde nada, y sé, a estas alturas, que tampoco hace falta, ya debe saber todo el pueblo lo mío con Fer. Supongo que hasta saben que soy una pobre desempleada sin oficio ni beneficio.

—Si nadie te ha dicho nada al respecto —comienza con una sonrisa encantadora—, estás preciosa, mi niña.

Me miro por un instante, contemplando mi vestido color vino con apliques en plata, que mi madre me obligó a elegir una tarde de lluvia en la que visitamos siete u ocho tiendas sin que nada llamara mi atención. La verdad es que es bonito y tengo que agradecerle que lo hiciera por mí, pese a sus maneras bruscas y sus enormes ganas de deshacerse de mis lamentos, al menos ese largo y aburrido día en concreto.

—No me refería solo al vestido —añade con un guiño que me saca una sonrisa tonta y me hace querer abrazarla de inmediato.

—Tú sí que estás guapa —contesto rápidamente, sobre todo para mantener el rubor a raya—. Parece que traes la primavera contigo.

Su vestido, de llamativos colores, largo hasta los pies, y sus flores con todos los tonos del arco iris decorando su precioso pelo blanco, le dan un aspecto de ninfa de los bosques de lo más entrañable.

—Más bien el otoño —dice con gracia—. ¿No te has dado cuenta de lo vieja y decrépita que estoy ya?

—Tata, tú siempre has sido la más joven de espíritu de este pueblo. Y de toda la comarca.

—Sí, en eso no te puedo quitar la razón, pero es que hay cada vejistorio mental por estas tierras...

Nos reímos a gusto mientras tomo asiento en la silla que está libre justo frente a ella.

—El caso es que, aunque mi espíritu aún no quiera abandonar los dieciocho años, este cuerpo que tantas alegrías me ha dado, camina con

paso rápido hacia la senectud... es algo contra lo que no puedo luchar.

En su voz se desprende una tristeza, una nostalgia que hace que se me encoja el corazón. Está mayor, desde luego, rondará los setenta y cinco años, pero su cuerpo, delgado y fibroso, es de esos que piensas que pueden con mucho más de lo que pueda parecer. Se la ve ágil y sin achaques a la vista. Aunque supongo que nadie mejor que ella para dar fe de si esa afirmación se refiere solo a la fachada. Su interior, su malestar o sus dolencias, solo ella las sabe.

—¿Te encuentras mal? —pregunto asustada. No se me ocurre peor noticia ahora mismo que alguna enfermedad por parte de Tata.

—No, cariño —me tranquiliza tocándome la mano que tengo apoyada sobre la mesa y que rodea el *gintonic* que me he traído conmigo—. Solo es que las fuerzas no son las mismas. Y eso te obliga a tomar decisiones...

—¿Qué decisiones?

—Este verano Las Cascadas no abrirá sus puertas. No me encuentro con las fuerzas necesarias.

Su noticia me pilla por sorpresa. Nunca, ni en un millón de años, me habría imaginado este lugar sin el camping, sin sus puertas abiertas a turistas, a campistas de todas partes. A familias enteras que eligieran Las Cascadas como hogar provisional para descansar, reír, jugar, hacer amigos y olvidarse hasta del mundo más allá de ese rinconcito que Tata y la naturaleza han hecho tan especial.

—Pero Tata... eso es... eso es una malísima noticia —no puedo evitar que las lágrimas quieran acudir a mis ojos mientras pronuncio esas palabras. Tengo que hacer verdaderos esfuerzos por mantenerlas a raya, detrás de mis párpados—. No puedo imaginarme esto sin Las Cascadas. Hace tiempo que no vengo como campista, ya lo sabes, pero saber que sigue aquí, que sigue en pie... eso es muy importante para mí.

—El camping necesita una revisión y yo estoy mayor, mucho. Y Soraya... no quiero cargarla con la gestión de algo que la va a mantener encadenada cuando también se está haciendo mayor ella. Quiero que sea libre, que elija vivir, disfrutar, que sea feliz y que no tenga ya más preocupaciones, que bastantes ha tenido para una vida.

Asiento ante sus palabras, porque las comprendo y las comparto. Sí, para Soraya sería tanto un honor como una carga, y está claro que se merece vivir sin más complicaciones después de lo que le ha tocado sufrir en el pasado. Sacar adelante a dos hijos sola y enfrentarse, como lo hizo su

madre, a algunos comportamientos hostiles de gente a su alrededor, ya deberían bastarle. Entiendo que su madre no la quiera dejar esa responsabilidad encima de los hombros.

Parece que cada vez el saco de las fatalidades se llena con más y más material triste: mi despido, la ruptura, el cierre de Las Cascadas... qué mal año está resultando pese a que en su inicio nada lo presagiaba. Tata me cuenta cómo ha llegado a esta solución de cierre, y que le dolería dejarlo en otras manos, ajenas a la familia. Creo que eso sería lo peor, que alguien que no entendiera el sitio quisiera llevarlo sin mantener su identidad.

Intento pensar en soluciones, pero la situación no tiene muchas formas de resolverse de forma que Tata se quede contenta. No es fácil, desde luego.

—¿Me concede este baile, señorita? —La voz de Rodrigo y su mano tendida me sorprenden mientras apuro mi copa (¿la quinta? ¿La sexta?).

Pongo los ojos en blanco, mientras Tata se ríe con ganas y me hace un gesto para hacerme saber que, por ella, está bien que vaya con su nieto, al que mira con todo el cariño y el arrobó del mundo.

Suena *Save the Last dance for me* de Michael Bubblé y mis piernas tiemblan ligeramente, no sé si por obra de la ginebra o de las palabras medio susurradas en mi oído por Rodrigo, mientras me levanto y le tomo la mano tendida.

—¿Qué pasa? ¿Ahora vas de míster Darcy? — No me había dado cuenta de que llevo un rato arrastrando las palabras. Menudo pedo me estoy pillando—. Ha sido un poco horterá.

—¿No te ha gustado? —Hace un mohín compungido a la vez que su sonrisa traviesa ilumina el salón—. Te juro que llevo dos horas ensayándolo.

Nos reímos los dos a la vez que comenzamos a bailar, despreocupados. Ane no está lejos, bailando con mi padre, con quien mantiene una ligera distancia. Si no fuera porque Rodrigo me tiene bien sujeta de la cintura, ahora mismo iba a rescatarle y alejarle de esa desagradecida.

—¿Quieres hablar de lo tuyo? —Se ofrece Rodrigo cuando vuelvo a centrarme en él, dando vueltas conmigo alrededor de la pista. Tuerzo el gesto un segundo y él sonrío con tristeza—. Vale, lo pillo, tema tabú entonces.

—No es un tema tabú, pero no quiero hablar de mi novio contigo.

—Exnovio.

—Gracias por poner otro clavo en mi ataúd.

—Sí que escuece el tema.

—Claro que escuece. Mi *exnovio* —digo recalcando la palabra— ha considerado que soy prescindible cuando iba a realizar el sueño de su vida. Yo diría que, más que escocer, me tiene rota y destrozada. Y no es para menos.

—No, no lo es —dice parando en medio de la pista, ignorando la canción que ya da sus últimos coletazos—. Perdóname, soy un gilipollas.

—Bueno, más que gilipollas, eres un insensible —digo sonriendo un poco para relajar el asunto—. Pero te perdono porque a los tíos, ya se sabe, la sensibilidad no os viene de serie, ¿no?

—Pues yo soy de lo más sensible... recuerda que lloré viendo *Titanic*.

Le doy una palmada cariñosa y le miro con afecto. Es verdad, se lo tengo que conceder. No solo me acompañó a ver *Titanic*, sino que, además, se emocionó sinceramente con la historia del transatlántico insumergible.

La canción ha dejados de sonar, pero seguimos enlazados. Sus ojos y su sonrisa están clavados en mí; sus brazos, me rodean y me transmiten un calor que hace que ascienda la temperatura de mi cuerpo. Aun así, no es incómodo. Sorprendentemente me hallo tan cómoda como cuando nos pasábamos horas juntos, tumbados en su cama, escuchando canciones de Queen y compartiendo cómics viejos de Superman.

—Tata quiere cerrar el camping —digo con un hilo de voz, aún aturdida por lo que estoy sintiendo en estos momentos, pero deseosa por llenar los silencios con algo que me impida pensar en su cercanía.

—Lo sé —responde moviéndose de repente al son de la nueva canción que acaba de comenzar a escucharse, *Everything I Do, (I Do it for You)* de Bryan Adams—. Me lo contó anoche.

—¿Y?

—¿Y?

—¡Que si no piensas hacer nada para impedirlo! —exclamo sin acabar de creer que no piense lo que yo he pensado al respecto.

—Tata está mayor —justifica—. Ha trabajado como una campeona toda su vida. Creo que se merece un descanso.

—Claro que sí —corroboro—, pero eso no significa que...

—¿Qué? —me interrumpe sin dejar de mirarme con interés.

—Pues que eso no significa que muera su sueño. Tiene herederos, está tu madre. Estáis vosotros.

Se ríe por un momento, como si acabara de contarle un chiste muy gracioso. Y se toma su tiempo en contestar, intentando explicarme algo que parece que se me escapa.

—Emma, mi madre también está mayor. Tu padre está a punto de dejar la gestión de las inmobiliarias en manos del consejo de administración, y ella quiere disfrutar del descanso a su lado. Tienen planes, quieren viajar y estar juntos. Y solos. Y se lo merecen.

—Desde luego... pero ¿Y Ane? —pregunto sin rodeos—. No se le conoce ni oficio ni beneficio. Vive del cuento... seguro que su recién estrenado marido estaría encantado de que tuviera un trabajo tan bonito como este...

—¿Bonito? —Se ríe, ahora con ganas—. Ane solo vería el camping como la maldición que siempre ha sido para ella, el trabajo en verano la espanta. Eso de ponerse a servir a los demás durante sus vacaciones la ha horrorizado siempre. No, olvídate de Ane. Además, se van a Madrid, a Mario lo trasladan y ella no puede estar más contenta.

Mira, una cosa buena. Si vuelvo por aquí a ver a mi padre y a Soraya, seguro que tengo todo a favor para no cruzármela ni por la casa ni por el pueblo.

—No puedo creerme que Las Cascadas no se vaya a abrir más... —digo con una mueca de dolor. Sí, me duele hasta pensarlo.

Seguimos bailando en silencio, cada uno en nuestros pensamientos. Los míos no pueden ser más tristes porque, de verdad, no puedo creer que ese sitio tan bonito, donde mis recuerdos de adolescente son tan preciosos, vaya a morir sin que nadie le dé la oportunidad de seguir alegrándole la vida a críos, chavales y adultos.

—¿Y si...? —comienza Rodrigo sacándome del negro nubarrón que me envuelve.

—¿Y si? —le interrogo con un nudo formándose en mi estómago. No sé por qué, pero acabo de ponerme alerta, con una extraña mezcla de miedo y ganas revoloteándome en el interior.

—¿Y si te lo quedas tú?

Me mira con tanta intensidad que pienso que está mirando dentro de mí, como analizando el tsunami emocional que sus palabras acaban de producir en mi interior. Como si supiera que ese miedo y esas ganas están pugnando por tomar el control de mis emociones.

—Yo no tengo derecho... el camping es vuestro, debería quedarse en la familia.

—Tú eres de la familia, Tata te adora y lo sabes —asegura transmitiéndome su total confianza a través del agarre seguro de sus brazos sobre mi cuerpo—. Podrías plantearte llevar la gestión para ella o alquilárselo. Tal vez comprárselo...

—No puedo, esto es demasiado grande para mí —admito. El miedo gana la partida poco a poco.

—Lo entiendo, es difícil dejar un trabajo estable por aventurarse en algo como esto —dice y yo sonrío para mis adentros. Si él supiera. Y creo que debería saberlo, ya le oculté lo de Fer y ahora me siento un tanto mezquina, sobre todo cuando él si compartió conmigo su ruptura.

—Ese no es el problema... de hecho, estoy libre de ataduras laborales. El día que Fer me dejó me habían echado del trabajo dos horas antes.

Se para, me mira, y en sus ojos aflora ese sentimiento de lástima que detesto. Estoy a punto de desprenderme de su agarre, de dejarlo tirado de nuevo en medio de una conversación, igual que hice ayer al pie de su habitación, pero él me sujeta. Me conoce demasiado bien. Sigue haciéndolo después de todos estos años.

—Lo siento de veras, Emma —susurra, manteniendo sus manos en mí, impidiéndome salir corriendo—. Pero ahora debo insistir aún más. Creo que deberías venirte aquí y hacer que Las Cascadas se quede en la familia.

¿Podría? ¿Sería capaz de llevar el camping de mi infancia y adolescencia? ¿Podría haber encontrado, sin buscarlo, un nuevo propósito para esta vida tan borrosa que estoy viviendo ahora mismo? ¿Y si fuera esta la respuesta? ¿Y si Las Cascadas siempre hubiera sido mi destino?

—Ven —dice soltando mi cintura y tomando mi mano.

Sin tiempo para reaccionar, me dejo llevar por él a lo largo de todo el salón, en busca de Tata, que sigue en el mismo sitio donde la dejamos hace unos minutos. Cuando llegamos a su lado, nos sonrío abiertamente, y mira hacia nosotros con esa calma beatífica que siempre le he envidiado. La gente como Tata debe de tener una paz interior impresionante.

—Tata, ¿qué te parecería si Emma se encarga de Las Cascadas? —Lo suelta así, sin más, sin haber terminado de digerir mi miedo. Creo que voy a desmayarme ahora mismo.

—Me parecería estupendo si eso es lo que ella quiere —dice clavando en mí sus preciosos ojos oscuros—. ¿Es lo que quieres, mi querida niña?

¿Quieres quedarte con mi pequeño retiro y ayudarme a que no se pierda?

Tengo la sensación de que esto es lo que Tata quería desde que me hizo llamar hace un rato. Siento en mi interior que me ha tanteado y que ha conseguido, de una forma absolutamente involuntaria, que Rodrigo actúe como cómplice para lograr su propósito. Ser consciente de ello no relaja el nudo de tensión de mi estómago, pero al menos me tranquiliza saber que Tata no ve esta posibilidad como un despropósito y que, en caso de aceptar esta oportunidad, contaría con su apoyo y su beneplácito.

Miro fugazmente a Rodrigo, que asiente y me anima, como solía hacer siempre que yo dudaba entre lanzarme al vacío o ser una chica conservadora y aburrida. No es que me llevara por el mal camino, pero con él al lado, atreverme a llevar a cabo las cosas que más miedo me daban, siempre fue mucho más fácil. Pese a todo, esto es grande. Muy grande. Si fallo, el sueño de toda la vida de Tata, se hundirá en la miseria, y yo jamás podré perdonármelo.

—Tata, tengo mucho respeto por tu legado —digo con cautela—. No podría con esta responsabilidad yo sola. No tengo experiencia, no sabría ni por dónde empezar...

El silencio nos rodea a los tres por espacio de unos segundos, en los que nos miramos sopesando mis palabras. De pronto, Rodrigo vuelve a coger mi mano, la misma que tomó para acercarme a Tata y que me soltó al llegar junto a ella, y algo en mi interior calma el tornado emocional que me está controlando. Su tacto, su presencia, su confianza significan muchas cosas, son la ratificación de todo lo que puedo conseguir si me lo propongo. De todo lo que podría hacer con él a mi lado. Pero... él está lejos, no es el compañero de mi adolescencia. Ya no somos aquellos aliados inquebrantables. Nos separa un océano y muchos años de ausencias.

—Emma no estará sola, Tata —asegura mirándome con una enorme sonrisa pintada en ese rostro que tan bien conozco—. Si me deja compartir esto con ella, me gustaría ser su socio. Si estáis amabas de acuerdo, entre los dos sacaremos adelante Las Cascadas y evitaremos que muera o que se nos escape de las manos.

Y yo sé que mi destino acaba de quedar sellado y que, pase lo que pase, Rodrigo no va a dejar que me caiga en el abismo. Como siempre ha hecho. Como siempre he dejado que haga.

OceanofPDF.com

Capítulo 6

Un paseo para recordar

Se sienta a mi lado, en el balancín, como cuando éramos dos adolescentes que se conocían compartiendo confidencias, como cuando él era el misterio, lo prohibido. Coloca sobre mis hombros una manta y me pasa una taza de *colacao* caliente y me sonrío. El porche está igual que hace catorce años, el aire huele exactamente de la misma forma. Un olor que hace que me pierda aún más en los recuerdos de esos días que ahora mismo me parecen tan lejanos como la luna o Marte.

Los vapores etílicos poco a poco se han ido disipando y mi mente empieza a pensar con claridad, cosa que creo que no he hecho durante toda la boda. Rodrigo, a mi lado, parece tan sobrio y sereno como quien no ha probado ni una gota de alcohol. Quizá ni siquiera lo haya hecho.

—¿Qué es esto? —le pregunto cuando noto que desliza un trozo de papel junto con la taza de cacao.

—Un viaje a tu adolescencia. —Su sonrisa pícara ilumina su rostro que, bajo la iluminación escasa de las farolas del patio, es como si me mirara a través de una ventana. Una lejana... una llena de sentimientos y recuerdos.

—Por favor, dime que nunca te escribí notitas de amor y, menos aún, que aún conservas alguna de ellas...

Su risa cristalina le hace temblar y yo sonrío también. Pero no las tengo todas conmigo. Era un niñata bastante bobalicona y sí, seguro que alguna carta de amor le acabé escribiendo en la época en la que nuestros padres nos juntaron en esta casa. Yo aún no tenía dieciséis años y todavía recordaba el beso de Manolito como lo mejor de mi vida. Era una pánfila de cuidado, aún llevaba mis horribles gafas de culo de vaso y esos *brackets* tan poco estéticos que me habían convertido en una adolescente feúcha y sin una pizca de gracia. Sobre todo si lo unías a una constitución enclenque, sin una sola curva y con los pechos más planos que una tabla de planchar.

Pero Rodrigo, él con sus dieciocho ya cumplidos, con su metro ochenta de estatura, su barba incipiente y sus chispeantes ojos azules... Rodrigo era una perfecta réplica del joven ideal. A mi lado, desde luego, destacaba poderosamente. Y me hacía a mí aún más pequeñita e insignificante.

—No es ninguna notita de amor... es algo más... Más tú.

Mi corazón se pone a latir con un frenesí que no alcanzo a controlar mientras, con dedos temblorosos, deshago los pliegues del papel que tiene aspecto de haberse pasado años esperando en un cajón a ser abierto de nuevo.

Me quedo sin aliento cuando mis ojos, casi al borde de las lágrimas que la emoción me provoca, se fijan en mi picuda letra adolescente y en el contenido de la cuartilla que sostienen mis manos.

—Mi lista... —apenas susurro, sorbiendo por la nariz para contener mis ganas de llorar.

—Una de esas listas tuyas... interminables. ¿Hubo algo de lo que no elaboraras una lista? —Se ríe bajito antes de darle un sorbo a su *colacao*.

Ay, mis listas... Si hay algo que me defina son mis listas. Las hago para todo, las hago desde siempre. Listas para ir a la compra, para elegir libros para leer, de películas vistas... en mi adolescencia eran más del estilo 'Chicos con los que saldría' o 'Famosos con los que me quiero casar'. Cosas como elaborar una lista con invitados para un evento, o crear una de pros y contras, me llenan de un placer que, por más que quisiera, sería incapaz de explicar. Sí, soy una chica de listas y no me puedo avergonzar de algo que me gusta tantísimo. Por eso, que Rodrigo me entregue una de las que escribí mil años atrás, solo puede sacarme una sonrisa... y quizá alguna lágrima de la emoción.

Esta es de las especiales. Es de esas que haces con la secreta convicción de que eres una tía guay por redactar esas treinta líneas, y por la intención de cumplir todas y cada una de ellas. Jamás imaginas, al ponerte a escribirla, que pronto pasarás de ella, la encerrarás en un cajón y, quizá, no vuelvas ni a verla ni a pensar en ella. A menos, claro está, que tengas un tío más raro que tú en tu vida, un medio hermano postizo que ha guardado tu lista y que te viene con ella más de una década después, a emocionarte y dibujarte sonrisas tontas en la cara.

—La lista de las treinta cosas que hacer antes de cumplir los treinta —dice él, poniendo en sus labios el título que yo llevo leyendo unos segundos, mientras se me encoge el corazón. Sobre todo, porque me doy cuenta de que algo ha ido terriblemente mal en todos estos años si no he sido capaz, nada más, que de cumplir unas pocas cosas de los puntos que tan alegremente deseé y añadí a esa lista a los diecisiete años.

Toma el papel de mis manos y lee en voz alta mis treinta propósitos, casi todos incumplidos:

1. Sacarme el carnet de conducir.
2. Hacerme un tatuaje.
3. Pisar la cima de una montaña.
4. Hablar inglés correctamente.
5. Fumar maría.
6. Leerme el Quijote entero.
7. Ver todas las pelis de *Star Wars* del tirón.
8. Montar en Globo.
9. Plantar un árbol.
10. Comer ostras.
11. Tener mi propia moto.
12. Nadar entre peces de colores.
13. Viajar a la velocidad de la luz.
14. Aprender a hacer *macarons*.
15. Pisar los seis continentes.
16. Perder el miedo escénico.
17. Tener mis quince minutos de fama (mundial).
18. Correr una maratón.
19. Aprender a tocar la guitarra.
20. Hacer el amor en un coche.
21. Hacer el amor al aire libre.
22. Hacer el amor con alguien de otro país.
23. Pintar un cuadro.
24. Escribir un libro.
25. Bañarme desnuda a la luz de la luna.
26. Volver a vivir una noche de San Daniel.
27. Quitarle las culpas a mi padre.
28. Rescatar a mi madre.
29. Encontrar un buen chico que me haga reír.
30. Más besos perfectos bajo la lluvia.

—Debo de ser patética, no sé si lograría tachar un cuarto de las cosas que pone aquí... ¡y estoy a un paso de los treinta años! —exclamo con una risa nerviosa mientras le vuelvo a coger la lista de sus manos. Alcanzo mi bolso y saco un bolígrafo azul con el que tacho las cosas que sí he conseguido realizar.

1. ~~Sacarme el carnet de conducir.~~
2. Hacerme un tatuaje.

3. Pisar la cima de una montaña.
4. ~~Hablar inglés correctamente.~~
5. Fumar maría.
6. Leerme el Quijote entero.
7. ~~Ver todas las pelis de Star Wars del tirón.~~
8. Montar en Globo.
9. ~~Plantar un árbol.~~
10. Comer ostras.
11. Tener mi propia moto.
12. Nadar entre peces de colores.
13. Viajar a la velocidad de la luz.
14. Aprender a hacer *macarons*.
15. Pisar los seis continentes.
16. Perder el miedo escénico.
17. Tener mis quince minutos de fama (mundial).
18. Correr una maratón.
19. ~~Aprender a tocar la guitarra.~~
20. ~~Hacer el amor en un coche.~~
21. Hacer el amor al aire libre.
22. ~~Hacer el amor con alguien de otro país.~~
23. Pintar un cuadro.
24. Escribir un libro.
25. Bañarme desnuda a la luz de la luna.
26. Volver a vivir una noche de San Daniel.
27. Quitarle las culpas a mi padre.
28. Rescatar a mi madre.
29. Encontrar un buen chico que me haga reír.
30. Más besos perfectos bajo la lluvia.

—Aún te queda tiempo para tachar otro buen puñado. Para tacharlo todo, incluso. Aunque ya veo que lo de tus experiencias sexuales lo tienes casi del todo controlado.

—Pero... ¿qué dices? —le contradigo obviando el hecho de que él se refiera a mi vida sexual—. Lo más fácil sería añadir diez cosas más y retitular la lista como 'cuarenta cosas que hacer antes de los cuarenta'. Así tendría toda una década para hacer lo que no he tenido tiempo de hacer en treinta años.

—Insisto en que aún te queda tiempo. Te gustan los desafíos...

—¿Los desafíos? —pregunto incrédula—. Esto es más que imposible por muy desafiante que sea.

Si fuera una moribunda, al estilo de Mandy Moore en *Un paseo para recordar*, debería intentar llevar a cabo las tonterías de esta lista, algo así como un intento final de dejar mi huella en este mundo, e irme de aquí absolutamente realizada. Pero no, no me siento muy Mandy Moore ahora mismo y tampoco me estoy muriendo, al menos que yo sepa, así que tengo cosas más importantes en las que pensar que en esta estúpida lista.

—¿A quién quiero engañar? Lo más fácil es olvidarme de que me has hecho recordar que esto existe. Si no existe, no debo volver a pensar en ello.

Doblo de nuevo la lista y me la guardo en el bolsillo de la sudadera que me he colocado encima del vestido color vino que he lucido durante toda la fiesta. No es el conjunto más glamuroso, pero tampoco lo es mi ánimo, mis pelos y mi incipiente resaca.

Rodrigo mete la mano en el bolsillo, sobresaltándome, y me quita el papel. Me sonrío pícaro mientras se guarda la lista en su propio bolsillo y me hace un gesto para que no replique ni proteste.

—Esto ya no es tuyo... lo dejaste abandonado por ahí hace mil años. Quien lo encuentra, se lo queda, ya lo sabes —Y no me deja alternativa más que arrugar los labios y hacer un mohín de enfado, que espero resulte gracioso y encantador.

Me termino el *colacao* y me envuelvo más en la manta que cubre mis hombros. La noche está fresca y el porche está abierto, en modo verano, para que la noche pueda acariciarte la cara y sentir el aire recorriéndote entera. Cómo me gusta este lugar, qué cantidad de cosas bonitas han pasado aquí mismo.

Miro de reojo a Rodrigo y creo que piensa en cosas tan parecidas... aquí nos conocimos, aquí establecimos el vínculo de amistad inquebrantable que lo fue todo durante unos años. Qué diferente hubiera sido todo si él no hubiera aparecido aquella noche de Reyes, para sentarse a mi lado y ofrecerse como aliado en aquella casa tan nueva y desconocida para mí...

—No puedo creerme que no hayas tachado la última línea —dice y mi corazón se para por un milisegundo.

—¿De qué estás hablando? —pregunto con la voz temblorosa. No me había parado a pensar en que Rodrigo ha leído y visto mis tareas realizadas de la lista a la vez que yo.

—¿Cuánto hace de tu primer beso? Ese que siempre has tenido tan idealizado... ¿Nunca te dio un gran beso de esos tu novio?

Me quedo sin palabras, sin aliento, sin fuerzas... mi beso ideal, aquel que me ha hecho suspirar durante décadas le pertenece a Manolito Sánchez Bilbao, y no creo que nadie más pueda competir con eso. Ni siquiera Fer. O Rodrigo.

Y no, no se ha repetido durante todo este tiempo. Ninguno, de todos los besos que he recibido, ha estado a la altura de aquel otro. Quizá porque fue el primero y fue infinitamente mejor a como me dijeron que sería. Quizá porque Manolito era especial. O quizá, simplemente, fue porque la lluvia, la noche y el momento, se aliaron todos para regalarme un beso de película que, hasta hoy, he sido incapaz de igualar.

—¿Te interesa hablar de besos? Hablemos de los tuyos —le contesto a la defensiva con un deje de enfado fácilmente reconocible en mi voz. Es un tema sensible que no quiero banalizar. Mis besos especiales son asunto mío y solo mío.

—Si es lo que quieres...

—No, no es lo que quiero. Si hay algo que odie más que hablar de mis besos bajo la lluvia, es hablar de los besos que dejaron detrás un silencio de once años. Así que no. No quiero hablar de besos ahora mismo. Y menos aún contigo.

Nos quedamos callados por espacio de casi un minuto. Mi corazón es incapaz de volver a su ritmo normal y creo que lo mejor que puedo hacer ahora mismo es levantarme y largarme a mi cuarto.

Estamos solos en la casa porque todo el mundo se ha quedado disfrutando del baile y de las copas gratis en la boda. Después de la conversación con Tata comencé a marearme y tuve que despedirme para ir a buscar un taxi. Rodrigo, como no, se ofreció a traerme a casa y aquí estamos, medio enfurruñados y sin sacar el tema que más nos debería importar ahora mismo.

—¿No vamos a hablar del elefante de la habitación? —pregunta como si me leyera el pensamiento, mientras me retiene posando su mano en mi brazo para evitar que me vaya.

—¿Eh? —respondo desconcertada.

—Perdona... es una expresión anglosajona, allí la decimos mucho —se disculpa—. *The elephant in the room* es una frase que se usa para aludir a

algo muy obvio de lo que, de repente, cuesta hablar o es un tema que se evita tocar.

—Sé lo que significa esa expresión. ¿Tan atento para unas cosas de mi lista y no para darte cuenta que sí taché la tarea de hablar inglés?

Se encoge de hombros y me sonrío guasón. Claro que se dio cuenta. A este tío dudo mucho que se le escape nada.

—En este caso, ¿nuestro elefante es la gestión del camping? ¿A eso te refieres? —inquiero evitando mirarle a la cara para no darle un merecido coscorrón.

—Efectivamente.

Pese a que aún nos quedan muchas cosas que perfilar con Tata, en la boda, antes de que el alcohol me acabara de nublar los sentidos, acordamos la cesión de la explotación del camping mediante el pago de un alquiler. Yo propuse que fuera mensual, que mis ahorros no es que sean florecientes, pero Tata se negó. Un único pago por todo el verano y, sorprendentemente, la cantidad que nos ha pedido no es ni la mitad de lo que yo estaría dispuesta a pagar por un solo mes.

Entiendo que Rodrigo es su nieto y yo soy... bueno, algo cercano a ella. Pero aun así, con este alquiler que nos ha puesto, acabará por perder dinero. Eso sí, nos ha dejado claro que el sitio necesita mejoras y que, sean las que sean que llevemos a cabo, deberán correr por nuestra cuenta. Me parece más que justo.

Ahora solo queda por definir qué clase de gestión vamos a llevar a cabo Rodrigo y yo. Y ya me estoy poniendo nerviosa solo de pensar en que yo fallaré estrepitosamente y él tendrá que volver a rescatarme una vez más.

No quiero que lo haga. Esta vez, no. Esta vez quiero hacerlo sin red, sin salvavidas, sin chaleco antibalas. Quiero hacerlo sola y no sé si su presencia a mi lado en esta aventura, que me aterra acometer, no sea más que un lastre que me impida ser valiente de una vez. Me gustaría plantarme y decirle que me deje al frente, que me deje hacerlo a mi manera y sin ayuda. Pero, a la vez, me entran temblores solo de pensar en no tener su respaldo. Soy una incongruencia. Lo sé.

—¿Te has ofrecido a ayudarme porque no me ves capaz? —suelto con algo de resentimiento adherido a mi voz, aún pastosa.

Me mira con el ceño fruncido y el desconcierto pintado en sus ojos claros. No se esperaba la pregunta y, por su reacción, creo saber la

respuesta, lo que me hace soltar, con alivio, el aire contenido en mis pulmones. No soportaría que Rodrigo me considerara una inútil.

—Me he ofrecido porque me parece un proyecto precioso que, en tus manos, será todo un éxito —dice muy serio.

—O sea, que te has subido al carro para aprovecharte de mi éxito. —Y una risa tonta aflora en mis labios.

—Claro, ¿qué te esperabas?

Es tan fácil bromear y reír con él, como si esta relación no se hubiera cortado abruptamente un día cualquiera y no nos hubiéramos dejado de lado todo este tiempo. Me siento igual que entonces, y no sé si eso me hace feliz o me da un miedo atroz.

—En serio... ¿crees que podría?

—No tengo ni la menor duda. Pero, si quieres que te sea sincero... me apetece hacer esto contigo.

Nos miramos un segundo y él me acaricia la mejilla con un cariño enorme. Cierro los ojos y siento ese tacto suave, conocido, añorado, con toda la plenitud del deseo que despierta en mí. Un deseo de volver a tenerle cerca y volver a disfrutarle día a día. Un deseo de borrar, de un plumazo, años y años de separación.

—Quiero que volvamos a ser amigos —dice despacio, con una voz ronca y llena de nostalgia.

—Estaría bien, ¿verdad?

—Muy bien —corroborra sin quitarme los ojos de encima.

El momento parece propicio para las confidencias y los besos. Si fuéramos dos enamorados, no se podría pedir un entorno y un momento mejores. Pero no lo somos. Somos dos hermanos a la fuerza, con un pasado lleno de complicidad y complicaciones. No es inteligente hacerse confidencias o comerse a besos. Y sin embargo...

—Te he echado mucho de menos —reconozco con un susurro.

—Y yo a ti, todos los días.

—Pero no volviste...

—No podía.

—Ya...

Separo la mirada incapaz de sostenerla por más tiempo. Me acaba de volver a hacer daño con esas simples palabras. “No podía”... como si eso fuera cierto. Aunque reconozco que yo también podría pronunciarlas, que, quizá, yo tampoco pude. Que yo también me asusté por todo lo que

significaba cambiarnos, ser otros, de otra forma, con otros ojos y otro corazón. Pero el precio a pagar fue tan alto... perdernos once años es demasiado cuando hubo tanto que nos unió.

—Entonces... —Procuro cambiar de tema antes de que el corazón amenace con salirse de mi pecho—. ¿Es cierto que vuelves a España? Si te digo la verdad, no me lo acababa de creer...

—Vuelvo a casa —dice con un suspiro de esos que nacen en el centro del alma—. Ahora con más motivos que nunca.

Qué guapo se pone cuando la sonrisa le llega a los ojos, cuando es él mismo, sin presiones, relajado y feliz. Y se le ve feliz por su vuelta, quizá algo que lleva sopesando y acariciando durante mucho tiempo.

—Me alegro entonces.

—Aunque no es inmediato —dice con una nota de tristeza en la voz—. Me he podido escapar para la boda, pero me quedan algunos flecos que dejar cerrados allí. He pedido una excedencia por un año, pero van a tardar en concedérmela.

—Vaya...

—No, no es tan grave —me tranquiliza—. Verás, no sé si sabes que trabajo para Tesla, es una compañía que está a punto de poner en el mercado coches eléctricos de autonomía prolongada.

—No tenía ni idea...

—Bueno, el caso es que algunas pruebas de velocidad y resistencia se llevarán a cabo en España, y yo formo parte de ese equipo, como una especie de transición hacia mi establecimiento semipermanente aquí.

—Suena bien.

—Es una gran oportunidad, a la vez que me dejan venirme antes.

—Entonces... te veremos por aquí de nuevo en...

—Aún no me he ido —ríe mientras me revuelve el pelo como cuando éramos unos críos.

—Es verdad, ¿cuándo te vas? —pregunto con sorna.

—Menudo recibimiento, ¡acabo de llegar y ya me echas!

Qué relajado está, qué a gusto aquí sentado. Y a mí, que creía que no volvería a reír o a tener ilusiones, me han bastado veinticuatro horas a su lado para volver a ilusionarme con algo, aunque también me entre el miedo. Sé que el tener un proyecto me va a salvar de mí misma y de la horrible espiral de autocompasión en la que me había internado tras el despido y la ruptura.

—Me voy el lunes —dice con pena—. Pero en nada me tendréis aquí de nuevo. ¿Qué te parece si mañana dedicamos el día a planear esas mejoras que el camping precisa y empezamos a trabajar? La apertura de la temporada está casi ahí, tendremos que ponernos las pilas...

Se va el lunes. No sé si alegrarme o entonar una oda triste por lo que, de nuevo, se trunca y no avanza. Vale que ahora tenemos un proyecto en común, algo entre manos que nos obligará a romper esa distancia, pero secretamente he disfrutado mucho de estos dos días que llevamos riendo, discutiendo y haciendo planes juntos. Casi parece que no ha pasado el tiempo... casi parece que no somos otros.

Y duele mucho pensar que podemos volver a perderlo, a perdernos en océanos, en olvidos, en silencios. No quiero que eso pase y que él salga de mi vida de nuevo. Acabo de recordar lo que era tenerle como mejor amigo y no me da la gana de renunciar de nuevo. Pero en esta ocasión tenemos que hacerlo mejor. Todo amistad, y nada más. Esa es la clave para sobrevivir a nosotros mismos. Y creo que ambos lo sabemos.

Me levanto del balancín y esta vez me lo permite. Lo sabe. Sí, lo sabe y me deja ir sin intentar nada. Le miro con una sonrisa tranquila y le doy un beso en la mejilla que me abrasa en los labios.

—Mañana comenzaremos la aventura. Gracias.

—¿Gracias?

—Por volver a mi lado. Por ser el de antes y devolverme la esperanza.

—Gracias a ti por dejarme volver.

Nos miramos un instante que se vuelve eterno. Cuando me giro para meterme en la casa y subir hasta mi habitación, ya sé que este es el momento justo en el que comienza el resto de mi vida.

Capítulo 7

Esta casa es una ruina

El camping no ha cambiado ni un ápice en todos estos años y, a la vez, no puede ser más diferente a como se mantiene en mis recuerdos de infancia y adolescencia.

Acabo de llegar para hacerme con el poder de este lugar, para convertirlo en algo de lo que sentirme orgullosa y empezar a cimentar un futuro en el que, si soy sincera totalmente, aún no creo.

Después de la boda, Rodrigo y yo lo visitamos para hacernos una idea del trabajo que precisaba antes de abrirlo. Queremos que la reapertura sea en una fecha cercana al 15 de junio, para así aprovechar al máximo la temporada alta. Pero hay mucho que hacer hasta entonces.

—Hay que limpiar y repintar la piscina, acondicionar el pequeño lago, pintar las cabañas, replantar el césped de la zona de tiendas y de las zonas comunes, poner en marcha de nuevo los huertos ecológicos de Tata que tanta fama le han dado a Las Cascadas como uno de los mejores Eco-Camping del país... y hay que contratar personal y dejarlo todo en las mejores condiciones posibles. Si queremos que esto marche, hay que hacerlo bien desde el principio.

Mi nivel de exigencia y el de Rodrigo son bastante parecidos, y eso nos va a evitar problemas a la hora de tomar la mayoría de las decisiones. A los dos, además, nos obliga nuestra relación con Tata, así que este lugar ha de ser tan perfecto como cuando ella lo regentaba. Y hacerlo con el mismo amor, paciencia y tacto que ella.

Nos despedimos con la promesa de que yo volvería en menos de una semana para ponerme a trabajar en todos los puntos que acordamos, mientras él finalizaba sus asuntos en Palo Alto y se reunía conmigo para la inauguración de la temporada.

Antes de irse, deslizó entre mis dedos, como ya hiciera con mi lista de antes de los treinta, un cheque con unos cuantos ceros. Me quedé tan alucinada que casi le dejo meterse en su coche de alquiler sin abrir la boca.

—¿Qué significa exactamente esto? —Creo que mi voz me salió demasiado aguda, pero de verdad que me había quedado absolutamente fuera de juego con su maniobra.

—Sabes muy bien lo que significa —me dijo desafiante y divertido—. Y no puedes negarte.

—No necesito tu dinero.

—No, lo que necesitas es que me quede y te ayude con todo lo que tenemos por delante. Pero como me es materialmente imposible desdoblarme y mi jefe me mataría si me fuera de allí sin acabar mi trabajo, necesito que cojas ese cheque, lo cobres y lo uses en las reformas, porque así mi conciencia me dejará dormir por las noches, cuando piense en que tú estás aquí, sola, encargándote de algo que nos concierne a los dos.

—¡Guau! —no pude evitar exclamar—. ¿Cuánto tiempo has estado ensayando semejante discurso?

—Lo creas o no —replicó entre risas—, ha sido todo improvisación.

Después se metió en su coche tras darme un abrazo largo y cálido, y desearme toda la suerte del mundo. También susurró en mi oído unas palabras de perdón que me calentaron el alma y que me hicieron estrechar aún más ese abrazo, prolongándolo no sé cuánto tiempo.

Y es que estaba aterrada por quedarme sola. No hay cheque capaz de apagar esa sensación, aunque estando en el paro y teniendo mis pocos ahorros en un lugar donde no quiero tocarlos, el dinero de Rodrigo no iba a venirme nada mal.

Seis días después, tras ir y volver de León (esta vez con mi propio coche y las pocas pertenencias que he elegido trasladar), estoy dispuesta a enfrentarme al reto más grande de toda mi existencia: devolverle la vida y el esplendor al escenario de mis mejores recuerdos.

Mi madre ha amenazado con desheredarme si no entro en razón y me busco un trabajo de verdad. Incluso ha insinuado que ni siquiera debía buscar un trabajo, solo quedarme cerca de ella y lejos de mi progenitor, pero no le he hecho ni caso. Le he robado un beso fugaz y la he dejado rezongando, mientras *Gertie* tiraba de su correa, con ganas de pasear por las calles del pueblo.

Ya en Navarra de nuevo, no puedo evitar sentirme como Tom Hanks y Shelley Long en la divertida y desquiciante *Esta casa es una ruina*. Solo con mirar a mi alrededor, mi cabeza da vueltas peligrosamente con todo el trabajo que hay pendiente. Pero, pese a la magnitud de las labores que tengo por delante, no dejaré que estas me venzan. A Dios pongo por testigo.

Mi padre ha insistido en echarme una mano los días que esté en casa, y me ha asegurado que quiere que me quede con ellos, en la antigua

habitación que compartí con Ane tantos años.

Pero ha sido recorrer el camping desierto y enamorarme de esto de nuevo. De las casitas de madera, del lago verdoso, de los lugares de recreo... he elegido para mí la casita más cerca del lago, la más tranquila por las noches y bulliciosa de día, la misma que mi familia ocupó durante ocho años consecutivos, y he seleccionado otra para Rodrigo, tal y como me ha pedido al saber que mi deseo era instalarme allí. Voy a dejarlas preciosas en cuanto tenga tiempo suficiente, después de realizar el resto de tareas que el lugar requiere.

—¿No es precioso cuando está así, desierto, en silencio? —la voz de Tata me saca de mi ensimismamiento, mientras estoy escribiendo correos electrónicos para diferentes profesionales, pidiéndoles presupuesto para las diversas reformas que precisamos en Las Cascadas.

—Es diferente —asiento levantando la vista de mi portátil.

Estamos en la segunda semana de mayo y hoy ha amanecido un precioso día azul, uno de esos en los que te puedes sentir a gusto al aire libre con solo una chaqueta fina. Me encantan estos días.

Me levanto de mi sitio en la terraza del edificio principal y me uno a ella, que va vestida como es habitual, muy en su estilo: vestido ancho y lleno de colores, y el pelo blanco trenzado de una forma sutil, desenfadada y hermosa.

—Sé que le hace falta trabajo —dice ella con la mirada perdida entre las preciosas e imponentes cimas que rodean el camping—. En los últimos tiempos he estado bastante sola y no he podido mantenerlo como en sus mejores tiempos. Soraya me ha ayudado, pero es difícil cuando una llega a estas edades...

—Va a quedar como en sus mejores días, Tata, te lo prometo.

Ella se acerca a mí y me aprieta la mano con afecto, a la vez que iniciamos una caminata improvisada por el interior del recinto. La brisa, sutil y agradable, nos regala su aliento, que dibuja sonrisas en nuestros rostros. Es agradable estar ahí. Es agradable saber que todo esto ahora puede ser lo que yo decida que sea. Hace que me sienta poderosa y, a la vez, tan llena de inseguridades, que creo que vuelvo a sentirme viva como cuando tenía quince años y esto era lo mejor de mi mundo.

Supongo que necesitaba esto. Lo necesitaba mucho y no me había dado cuenta. Reconectar con todo esto... me está devolviendo la ilusión de una

manera que nunca hubiera imaginado. Es como esos retiros espirituales donde volver a encontrarse a sí misma.

—Me gusta tu entusiasmo, sabía que eras la mejor opción —dice ella sacándome de mis pensamientos.

—¿La mejor opción?

—Claro, niña. No me digas que no te diste cuenta de la emboscada... te tendí una trampa y caíste en ella.

Me lo imaginaba, desde luego, pero su confirmación me hace sentir muchas cosas. No sé si todas buenas.

—¿Fue idea de mi padre?

—No, niña. Es el destino quien te ha colocado delante de mi casa, de mi casa que tanto te necesita. Tanto como tú a ella. Estabais destinadas. Seguro que has sentido cómo te llamaba nada más entrar por la puerta.

La verdad es que la voz del camping arrastrándose dentro, cual canto de sirena, ha estado dentro de mi cabeza desde que hablé con Tata y decidimos que este proyecto sería mi plan de futuro inmediato. Sí, sin duda Las Cascadas me ha estado llamando y yo, posiblemente, sea quien mejor pueda entender lo que este lugar puede ser con un poco de mimo.

—La llave del tercer bungalow de la calle del medio se ha debido de perder —digo cambiando de tema, a ver si llevándola a otro terreno dejo de sentir estas cosas tan extrañas—. No la encuentro por ningún lado.

Seguimos caminando, y nuestros pasos, indefectiblemente, nos llevan hacia el mismo lugar del que le estoy hablando a Tata. Es una cabaña diferente a las demás en multitud de aspectos. Es como si desentonara con el resto de casitas de su alrededor. Su tonalidad es más oscura, su barniz, más brillante, y la sensación de vida es mucho mayor que en el resto de las edificaciones de esta parte del camping.

—Durante muchos años —comienza Tata con una voz suave y evocadora— estas cabañas se alquilaban como una casa normal, por años incluso, así que muchas de ellos comenzaron a formar parte de la vida de los dueños. Las decoraban a su gusto, les ponían las cortinas que más les agradaban, cambiaban de sitio el sofá o compraban uno nuevo, y hasta se dedicaban a darle un toque único a su parcela, con un jardincito que cuidaban con mucho mimo.

Recuerdo así Las Cascadas, como un patio de vecinos muy bien avenida, con sus casitas personalizadas y puestas al detalle, y con personas que consideraban el camping como lo más parecido a un hogar que les

quedaba. Los jardines eran hermosos y estaban llenos de flores de mil colores, y los porches tenían enseres en sus escaleras que indicaban la vida que los ocupaba, insuflando a todo el conjunto una armonía y una sensación vital que te hacía sentir en casa.

Hoy, los bungalows están cerrados a cal y canto, y muchas de esas cosas que antes les conferían sus toques únicos y que indicaban que había gente disfrutándolos y viviéndolos, están desperdigadas sin ningún orden por los poches, las parcelas y los jardines. Parece una triste ciudad fantasma, como si hubiera estallado el reactor de Chernobyl aquí al lado y todo el mundo se hubiera ido corriendo.

—Hará cosa de cinco años, tuve que rescindir los contratos de alquiler. —Tata mira a su alrededor con el semblante serio y la tristeza tomando su voz—. Ya no me sentía con fuerzas para mantener esto abierto todo el año, y Soraya me rogó que no pusiera el camping en sus manos. “No me lo pidas, mamá” me dijo una mañana mientras revisábamos algunas facturas, “no me lo pidas porque tendré que decirte que sí y te odiaré por ello. O te diré que no. Y me odiarás tú a mí”.

Se calla durante un instante, rememorando aquella conversación que, sin duda, fue un duro golpe para ella. No puedo imaginarme este camping sin Tata y Soraya, pero supongo que también las personas se acaban cansando y acaban por tirar la toalla. Es la vida, que pasa su factura, aunque a veces nos aferremos a lo que sea que nos mantenga anclados a las cosas.

—Aquello lo dejaba todo más claro —prosigue sin abandonar la tristeza de su voz—. Sin Soraya como continuadora de mi trabajo, al camping solo le quedaban dos opciones: morir o dejar de estar en nuestras manos. Con Rodrigo lejos y Ane siempre eludiendo cualquier tema que tuviera que ver con esto, las probabilidades de acabar así, como lo ves, eran cada vez mayores.

»Hace un tres de años aquí solo quedaban los incondicionales. Dejamos de salir en las guías, no queríamos dar publicidad a un sueño que se nos moría. A los que venían de otros años, pero eran relativamente nuevos, les empezamos a recomendar otros sitios, a 'deshacernos' de ellos con delicadeza. No sabes el dolor de corazón tan intenso que todo eso suponía... ha sido la peor época de mi vida, y creo que aún no he conseguido superarlo del todo.

»El año pasado ya solo quedaba esta cabaña, la tercera de la hilera del medio. Hace algún tiempo, el marido, un hombre que conozco de toda la

vida y que siempre había pasado aquí sus vacaciones, me propuso comprármela. Se la quería regalar a su mujer como algo que la mantuviera aquí cuando él no estuviera. Le quedaba poco, no llegó a superar el siguiente invierno. No pude negarme...

Se le apaga la voz poco a poco hasta casi convertirse en un hilo que es imposible comprender. Se me encoge el corazón ante lo que ha debido de sufrir al ver cómo el sueño de su vida iba muriendo día tras día, sin que hubiera una solución aparente.

—Así que esa cabaña... ¿es particular? —me aventuro a intervenir para ayudarla a retomar el hilo de sus pensamientos, tras unos segundos de silencio.

—Eso es. Ahora pertenece a la mujer, Cristina, aunque no creo que la veamos tampoco por aquí. La han tenido que internar en una residencia, aquejada de Alzheimer... una pena. Quizá consiga que alguien negocie conmigo para recuperar la casita y así, si llega el caso, poder venderlo todo sin problemas.

—Eso no va a pasar, Tata —le aseguro con una convicción en la que creo férreamente—. Las Cascadas se va a quedar en la familia, eso te lo garantizo. Rodrigo no lo permitirá.

Me mira un instante con una enigmática y confiada sonrisa bailándole en los labios. Esta Tata, más parecida a la que he conocido durante toda mi vida, me hace sonreír a mí también. Es como un bálsamo para cualquier herida.

—Sé que Rodrigo peleará como un león por mí —dice, y una luz preciosa, llena de confianza y amor, ilumina su rostro curtido y moreno—. Pero no sé si quiero que lo haga... Él tiene una vida lejos de aquí y odiaría atarlo al pueblo de nuevo solo por complacerme.

—Está deseando estar cerca de vosotras —aseguro como si le conociera mejor que nadie—. Sé que hace esto conmigo para ayudarme. Pero también sé que la razón principal eres tú. El amor que te tiene...

Me coge de la mano y la aprieta en un gesto que me entenece. Tata es una persona muy especial y quiero verla feliz. Mi trabajo aquí tiene que estar a la altura de lo que ella hizo en sus días dorados, y no voy a permitir que se sienta decepcionada o que piense que dejarme esto entre las manos ha sido una mala idea.

Cuando nos despedimos, de nuevo junto al edificio principal donde me espera mi portátil para seguir mandando solicitudes de presupuestos, Tata

tiene una mirada llena de esperanza en sus hermosos ojos oscuros. Y confianza, tiene tanta confianza en mí que siento ganas de llorar de la emoción.

—Por cierto... siento lo de Pentxo —dice mientras sus pasos la acercan a la salida.

—¿Pentxo? ¿Quién es Pentxo? ¿Y por qué lo sientes?

—No tardarás en averiguarlo —dice con un tono enigmático y divertido en la voz—. Nos vemos, mi niña.

Y se va. Y yo me quedo con la cara de idiota más grande que se pueda imaginar.

De un viejo radiocasete que encontré entre unos trastos en la recepción, salen a todo volumen las notas de *Don't Stop me Now* de Queen, y yo no puedo estar más metida en esto de las reformas. Si cualquier conocido me viera ahora, seguro que llamaba preocupado a mi madre.

Llevo puesto un peto viejo manchado de colores y un pañuelo a lo *pin-up* para mantener mi pelo alejado de pintura, disolvente y demás productos que podrían dejármelo inservible. El día está precioso, despejado, azul, cálido... una brisa suave revuelve las hojas de los árboles y juega con los pocos cabellos que se escapan a la dictadura de mi pañuelo rojo. Estoy hecha un adefesio, pero esta mañana, con mi peto y mis ganas de adelantar el trabajo pendiente, también he decidido acompañarme de un toque de coquetería. Mis labios lucen tan rojos como mi pañuelo y, pese a todo, me siento guapa.

Me siento guapa por primera vez desde que Fer me abandonó. Desde que la tristeza me dejó encerrada en el cajón de la autocompasión. Desde que la idea de hacerme pequeñita y desaparecer se empezó a hacer grande en mi interior. Sí, hoy me siento guapa y me da igual pintarme para venir a hacer chapuzas al camping sin que nadie se cruce en mi camino. Me he puesto guapa para mí y estoy contenta solo con imaginarme que me siento igual de bien por dentro que por fuera.

Durante las últimas semanas sé que he sido un poquito moñas. Tanto llorar por los rincones y tener lástima de mí misma me ha causado un terrible complejo de niña tonta, y ya tengo ganas de volver a ser yo misma otra vez. No es que el mal de amores se me haya pasado de un plumazo,

pero tampoco le veo sentido a dejarme marchitar en un retiro autoimpuesto solo porque novio y trabajo volaran de mi vida justo en el mismo instante. Que sí, que es para quedarte hecha polvo, pero que es cierto que el tiempo todo lo cura (y más aún el trabajo duro de sol a sol), y cada día que pasa veo que la vida te coloca en situaciones que, muy posiblemente, puedan ser la antesala de cosas mucho mejores.

Porque si no, ¿dónde estaría yo ahora? ¿En medio de este paraíso que tan buen rollo me transmite, bajo esta luz matinal perfecta y bañada por el aire más puro e intenso, o en una oficina encerrada, con más ganas de salir a la calle que de pasarme jornada tras jornada detrás de esas paredes? Lo de Fer no es tan fácil de justificar, ni de encontrar algo que lo mejore o, al menos, lo iguale. Pero dame tiempo, que pintarse los labios es el primer paso... el primero de muchos que vendrán. O eso espero.

Miro a mi alrededor y veo que todo va tomando forma. La piscina está recién pintada y los albañiles han dicho que no requiere de ninguna obra de importancia. El cobertizo, donde se guardan los útiles de mantenimiento, ha sido retechado y acondicionado para aguantar otro buen puñado de años. El carpintero ha comenzado a remodelar el edificio de baños y aseos, para conseguir adecuarlos a los estándares ecológicos de uso responsable de agua... Esto es un hervidero de actividad casi a cualquier hora del día, aunque casualmente, ahora mismo, estoy sola, acabando de repasar la pintura del cobertizo y pensando en que, a este ritmo, cumpliremos con los plazos.

Después de una mañana entera de intenso trabajo, me muero de hambre, así que recojo una bolsa enorme con restos de cinta de carrocería, y me dirijo a los contenedores de la entrada a depositarla. Después, desharé el cuidadoso envoltorio en el que Tata me ha colocado mi apetitoso bocadillo de jamón serrano para mi merecido almuerzo, y me lo zamparé con sumo gusto, acompañado de una cerveza bien fresquita y un cuenco de arroz con leche casero, que mi hada madrina ha tenido a bien regalarme esta misma mañana.

Mientras voy al contenedor, pienso en mi almuerzo y disfruto del silencio, ni siquiera soy consciente de nada a mi alrededor. Tanto es así, que casi me como a las tres mujeres que van como tres balas carretera adelante, vestidas con ropa deportiva de brillantes y llamativos colores.

Cuando me doy de bruces con una de ellas, todas se quedan quietas en el sitio, interrumpiendo su caminar rápido y mirándome con muchísima

curiosidad.

—Si en lugar de nosotras es un coche —empieza muy severa la más alta de las tres, con el dedo en alto en ademán admonitorio—, ahora no lo podrías contar.

Las miro fijamente y caigo en la cuenta de quiénes son. Aunque nunca lo diría, madre mía. Son Miren, Casilda y Aurora, tres abuelas del pueblo a las que recordaba más... bueno, más abuelas y no tan aeróbicas. Llevan ropa deportiva de marca, de diseño atrevido y juvenil y cualquiera se atreve a echarles los setenta y algún año que tendrá cada una de ellas. En las manos llevan unas pequeñas mancuernas de medio kilo que mueven arriba y abajo y, alrededor de su cintura, una riñonera de la que asoman sus teléfonos móviles, los tres tan modernos como las zapatillas de *running* que llevan en los pies. Si me apuras, tienen hasta mejor equipación que yo.

—No nos mires así, chiquilla —me grita Casilda, que siempre ha estado un poco sorda—. Parece que has visto un fantasma.

—Perdone, Casilda —balbuceo mientras procuro borrar de mi cara la expresión de absoluto asombro que su atuendo me produce—. La última vez que las vi estaban al fresco, a la puerta de su casa, vestidas de...

—De viejas —acaba la frase por mí.

—Bueno... de señoras de cierta edad —trato de ponerle más sutilidad a su adjetivo.

—Eso era antes de que Consuelito llegara a nuestras vidas y nos revolucionara por completo— acierta a decir Miren, presa de la emoción.

—Creo que no tengo el placer...

—Es nueva por aquí. Da clases de gimnasia en los pueblos de alrededor y tiene una pequeña academia en Etxarri. Nos ha convencido para unirnos a la vida sana y, chica, no veas lo bien que sienta esto.

—Así que ahora, en lugar de sentarse en la puerta de casa, se dedican a pasear por la carretera con pesas de medio kilo en la mano —resumo con riesgo de cabrearlas ante la simplificación de lo que, parece, es lo mejor que les ha pasado en la vida.

Y es que es ver para creer. En serio. Estas señoras eran lo más gris de Unanua, las típicas *señoronas* de luto que se mostraban lánguidas y casi sin vida a la puerta de sus casas. No acabo de creerme que estas tres, en concreto, fueran de las más recatadas y chapadas a la antigua de todo el pueblo.

—Uy, no, hija —se apresura a añadir Aurora que, hasta ese momento se había mantenido en un discreto segundo plano, sin parar de mover los pies, y subir y bajar sus mancuernas—. Hacemos muchas cosas. Vamos a Arbizu todas las mañanas, ida y vuelta a velocidad constante de siete kilómetros por hora —dice señalando su pulsera de actividad supermoderna—, hacemos pilates tres días por semana en Etxarri, subimos un monte cada domingo y hacemos natación en temporada de verano.

Me las puedo imaginar subiendo los casi mil quinientos metros de la cercana cumbre de San Donato y no puedo más que llevarme las manos a la cabeza ante semejante peripecia que, ni siquiera yo, me animo a llevar a cabo. Son unas campeonas que me hacen sonrojar a mí, que desde que llegué aquí apenas he sacado tiempo y ganas para seguir corriendo. Tomo nota de este sentimiento tan molesto, y me prometo levantarme mañana temprano para trotar unos cuantos kilómetros y no ser menos que tres señoras que hace tiempo que cumplieron los setenta.

Cuando estoy a punto de despedirme llena de vergüenza y remordimientos por mi falta de compromiso deportivo, una ruidosa moto, que viene en nuestra dirección, toma el desvío junto a nosotras y se interna en el camping. No me suena que ninguno de los operarios haya venido esta mañana en semejante medio de transporte, así que me despido de las *Supernenas* (sí, en mi cabeza han quedado inmortalizadas como las *Supernenas*) con un gesto rápido y sigo a la moto por los bungalows, donde la veo aparcar en la hilera central.

—¡Hola! —exclamo para que me oiga por encima del estruendo de su moto que todavía no ha apagado.

Se baja lentamente de ella y, aún con el casco, puedo ver que es un tipo alto, proporcionado y con un cuerpazo fibroso de esos que quitan el hipo. Va vestido con unos pantalones de cuerpo bastante apretados y una cazadora de motorista que le da un aire macarra y sexy de lo más apetecible.

¡Mira tú por dónde! Ahora en lugar de pedirle explicaciones me voy a poner a babear y no, no es plan. Así que recojo mis hormonas revolucionadas y me pongo la máscara de manager oficial del camping Las Cascadas, que, de momento, no admite clientes.

—Perdona —digo en cuanto la moto deja de emitir su ruido infernal. Es enorme, negra, de esas poderosas y muy, muy caras—. El camping no está abierto. Me temo que tengo que pedirte que vuelvas en tres semanas.

—No necesito permiso ni horarios de apertura para venir aquí —dice mientras se quita el casco, con un tono de voz profundo y varonil y un deje de enfado que me hace retroceder un paso, asustada—. No sé quién eres, pero esta casa es mía y puedo venir cuando quiera.

Señala la casa sin llave, la que Tata me dijo que le vendió al hombre moribundo para dejársela a su esposa tras su marcha. Nadie me ha hablado de un hombre de unos treinta años rudo y con cara de pocos amigos (y con unos preciosos ojos verdes, una tez oscura preciosa y unos rasgos cincelados de esos que quitan el sentido, que todo hay que decirlo). Hay algo en él que hace que mi subconsciente me grite, pero aparto esa sensación rara que me provoca y la achaco al *shock* de estar, de pronto, delante de un tipo atractivo y apetecible.

Parpadeo confusa ante esta repentina aparición, reclamando algo que no estoy muy segura de que sea correcto. ¿Y si este hombre se ha hecho con la llave de la pobre mujer recluida en una residencia por culpa de su enfermedad y ahora va a saquearla y llevarse sus recuerdos o sus cosas de valor? ¿Tendría que pedirle papeles o contratos? ¿Una prueba de que esta casa es suya y no de una señora mayor que ya no se puede hacer cargo de ella?

—Yo tampoco sé quién eres tú —le replico pasando a modo arisco al instante para ponerme a su altura—. Sé que esta cabaña es privada, pero dado que llevo la gerencia del camping desde hace poco y no hemos coincidido antes, permíteme que al menos te pida tu nombre y tu relación con la pareja que compró la cabaña directamente a la propietaria de Las Cascadas.

Me mira un segundo con curiosidad, no sé si sopesando si mi pregunta merece ser respondida o si su nombre no es de mi incumbencia. Una ligera sonrisa burlona, llena de cosas difíciles de interpretar y que me hace estremecer, ilumina su rostro tosco y moreno. Me da la espalda y sube los escalones de la cabaña, en cuya puerta introduce una pequeña llave que gira con precisión y seguridad.

—Mi nombre es Manuel Sánchez Bilbao y soy el hijo de los dueños de esta cabaña —dice internándose en la casita y cerrando la puerta tras de él con una delicadeza impropia de sus formas previas.

Mi subconsciente recupera la sensación que me ha invadido al verle por primera vez, nada más quitarse el casco, y se me corta la respiración en cuanto ato ese palpito inicial y ese nombre.

¡Dios míos! ¡Es Manolito Sánchez Bilbao! ¡Es mi amigo de la infancia!
¡Mi primer beso, aquel beso bajo la lluvia!

Las piernas amenazan con no seguir sujetándome y mi corazón, desbocado como pocas veces antes en mi vida, quiere abandonar mi pecho. Mientras, yo, atontada y confusa, soy incapaz de abandonar ese sitio en el que me he quedado plantada. Es difícil que me recupere de esto con facilidad.

OceanofPDF.com

Capítulo 8

Tienes un e-mail

Para: rodri.aralar@tesla.com

De: emmaguerrera@mail.es

Asunto: Fotos de la piscina para la publi

¡Hola, socio!

Empieza tu trabajo allende los mares. Por fin puedo empezar a enviarte fotos de fases acabadas, para que empieces a moverlas en foros y páginas web, y puedas crear los *packs* publicitarios concretos. Lo que ves es la piscina, limpia, recién pintada, con el césped verde y mullidito acabado de plantar... ¡Ha quedado tan bonito todo! ¡Está igual que hace quince años!

Ahora vamos a por la cafetería, donde el carpintero ha terminado de trabajar (el pobre no da abasto porque al acabar, se ha ido corriendo a la zona de aseo, a empezar a cambiar las vigas y las puertas nuevas). El fontanero viene mañana, a seguir al carpintero y, no te lo vas a creer, pero he encontrado un proveedor genial para los desayunos: ¿sabías que el hijo de Andoni está en el pueblo y que hace magia con esas manos suyas? Si Andoni hacía unos roscos y unas magdalenas de chuparse los dedos, su hijo... ¡Dios! Espera a probar las delicias que saca de ese horno suyo.

La cuenta conjunta del banco está creada. Aunque es un mero formalismo porque ya puedes usarla, los papeles para autorizarte van de camino a California. De momento, el *password* para que la utilices es fácil: el nombre real de Tata y la edad que tenías cuando nos conocimos. A ver qué *hacker* cibernético es capaz de leer este correo y averiguarla... ahora espero que tu memoria no te la juegue y sepas adivinar sin problemas la clave.

Por cierto, ¿sabes quién es Pentxo? Tata me dijo que sentía lo de Pentxo. No entendí ni una palabra. ¿Tú lo conoces?

Te seguiré informando. ¡Qué emocionante es todo!

Besos,

Emma.

P.D. Ya estoy instalada en la casita de Las Cascadas. Está quedando mona, mis cosas ya están instaladas (y por cosas, se entienden mis *frikadas*

de *Star Wars* y los pocos libros que he podido meter en el coche). Cuando tenga menos curro, seguiré con la tuya.

Para: emmaguerrera@mail.es

De: rodri.aralar@tesla.com

Asunto: Cuenta atrás en marcha

¡Qué chulo está quedando todo!

No se puede negar, la cuenta atrás ha comenzado y no sabes lo contento que estoy de que me des la razón: sin duda, que tú te ocuparas de Las Cascadas era la mejor de las opciones posibles.

¿Por quién me tomas al dudar de mi memoria para resolver tu jeroglífico con la clave del banco? No tuve ni que pensarlo... me gusta que me pongas a prueba, me estoy oxidando en este rincón del mundo. Tengo ganas de ir allí de una vez y estirar las piernas. No hagas todo el trabajo, que no veas lo que necesito ahora mismo destrozar cosas inútiles y reconstruirlas nuevas y bonitas.

Quién iba a decírmelo hace unos años, unos meses, si me apuras. Quién iba a decirme que Palo Alto, estas oficinas, mi vida en California... todo se me iba atragantar. No creas que me quejo, porque esta vida está muy bien. Pero siento que me falta algo y que, si sigo atado a esto, me voy a acabar ahogando.

Perdona... ya me he puesto melodramático. Tata me regañaría por no sacar el lado bueno de las cosas. No te chives, mantén mis *neuras* entre nosotros, que bastante tengo ya como para enfrentarme a sus cachetes y sus miradas asesinas.

Espero que no te agobies mucho por todo lo que queda. Ya he empezado a anunciar el camping en algunos sitios, y la web de reservas estará lista la semana que viene. Sigue mandando fotos y mi parte del trato, la más fácil, no tardará en estar completada. Para tu parte, la complicada, te deseo mucha suerte y, si miras esa cuenta corriente a medias, verás que te mando apoyo en forma de dólares (euros para ti).

¿Pentxo está ahí? Madre mía... sí, lo siento. Lo siento de veras.

En breve sabré mi fecha para volver. Te mantendré informada. Hasta entonces... ¡cuídate!

Un beso,

Rodrigo.

PD. No me hace mucha gracia que te quedes en el camping sola. Mejor, hasta la reapertura, ve a casa y ocupa tu antigua habitación. La mía, si quieres. Pero no te quedes ahí sola. *Porfa*.

Para: rodri.aralar@tesla.com

De: emmaguerrera@mail.es

Asunto: Ya salió el ángel de la guarda

Señor preocupaciones:

Guárdese sus consejos sobre dónde dormir, que esta señorita sabe muy bien cómo cuidar de sí misma.

Además... ¿quién dijo que estaba sola?

Has de saber que unas cuantas cabañas más abajo, un caballero de reluciente armadura negra, vigila el portalón de entrada al castillo.

Un beso,

Emma

PD. No le diré nada a Tata de tus *neuras* si prometes que las mantendrás a raya... ánimo, que te queda poco. ¡Muack!

2PD. ¿Quién demonios es Pentxo?

Para: emmaguerrera@mail.es

De: rodri.aralar@tesla.com

Asunto: ¡¡¡Qué!!!

¡Emma!

¿Qué quieres decir con que hay un tipo en una de las cabañas?

¿Me lo quieres explicar, por favor?

Rodrigo.

PD. No me hacen gracias tus bromitas. En serio te lo digo...

Para: abrilenjuno@mail.com

De: emmaguerrera@mail.es

Asunto: Fantasmas

¡No te lo vas a creer, mi dulce Abril!

No sé ni cómo contártelo. ¿Te imaginas que se abre una puerta al pasado en tu vida y de ella surge uno de tus fantasmas particulares? Pues eso me ha pasado a mí. Y no es un fantasma cualquiera. Es el fantasma de los besos pasados.

¿Cómo te quedas si te digo que, con el camping aún cerrado y de reformas, tengo una de las cabañas ocupadas y el inquilino es, ni más ni menos, que mi Manolito Sánchez Bilbao?

Es para mear y no echar gota. Porque lo peor es que se ha dejado en casa al niño gordito y con cara de bueno que era hace media vida y en su lugar ha traído a su *alter ego*: un tiarrón de escándalo, con pantalones de cuero y una moto de esas que se hacen ellas solitas dueñas de la autopista. Vamos, un *mojabragas* de manual.

Venga, di, ¿cómo te quedas? Porque yo me quedé muerta cuando por fin caí en la cuenta de quién era el tipo ese... por cierto, un poco rudo y gruñón, lo que ha cambiado mi Manolito con los años. Y no solo por fuera... con lo dulce que era. En serio, el niño más bueno del camping.

Bueno, te dejo, que parezco Meg Ryan en *Tienes un e-mail*, todo el día colgada del ordenador a ver si llegan más correos electrónicos, entre proveedores, presupuestos, búsqueda de personal y Rodrigo al otro lado del charco, me suena la campanita de nuevo mensaje a todas horas. Esto no es vida.

Espero que tu fin de curso sea animado y dicharachero, así como tú eres. Y no te olvides de venirme a este paraíso de la reforma y las obras perpetuas en cuando empiecen esas vacaciones tan largas y jugosas que tenéis los maestros.

Te quiero.

Siempre.

Emma.

PD. ¿Habrás sido todo un sueño o Manolito de verdad está en Las Cascadas ahora mismo haciendo que me cuestione mi propia cordura?

Para: emmaguerrera@mail.es

De: abriljunio@mail.com

Asunto: Yo quiero uno de esos fantasmas para mí

¡Pero qué me estás contando!

No voy a decir que eres una tía con suerte cuando lo de Fer está tan reciente, pero sí voy a decirte que te odio un poquito. ¿Cómo es que tú tienes la suerte de tener un Manolito buenorro en tu vida y yo estar a dos velas desde hace ni sé el tiempo?

¿No será que va a ser eso que cuentas y es todo un sueño? Si no lo es, mándame unas cuantas fotos, que quiero verlo. Y, por Dios, vete de vez en cuando a sitios con más cobertura que tu camping, que tengo ganas de hablar contigo y cada vez que lo intento me salta el buzón de voz. Los correos electrónicos están muy bien para según qué cosas, pero Meg Ryan hace tiempo que pasó de moda y yo esto de los e-mails sigo sin verlo con la misma funcionalidad que una llamadita de móvil, fácil, directa, sin tener que escribir...

Quiero detalles jugosos. Aunque sean por este rudimentario sistema. No me dejes así y llámame en cuanto le salga una raya o dos de cobertura a tu móvil.

Te quiero.

Ya lo sabes.

Abril.

PD. Las vacaciones... parece que no quieren llegar nunca. ¡Un poco más de un mes y seré libre!

Para: emmaguerrera@mail.es

De: rodri.aralar@tesla.com

Asunto: Contesta, *please*

¡Emma!

¿Quieres hacer el favor de contestar?

Encima no tienes cobertura o te has dejado el teléfono apagado. Necesito hablar contigo. Hazme saber cuándo te viene bien y organizamos algo por Skype.

Rodrigo.

PD. Si no me contestas en las próximas dos horas, tendré que llamar a los GEO.

Para: emmaguerrera@mail.es
De: rodri.aralar@tesla.com
Asunto: Los GEO van de camino

!!!!Emma!!!!!!!

¿No me crees capaz de llamar a los GEO? Vale, tú lo has querido, llamaré a tu padre, que es peor.

Ahí lo dejo.

Rodrigo.

Para: rodri.aralar@tesla.com
De: emmaguerrera@mail.es
Asunto: No llames a nadie, que estoy viva

Vaya la que has montado porque no te he respondido tus *mails* en todo el día. Ni que te hubiera dicho que me había ido de juerga con Jack el Destripador.

¿Te has puesto celoso al saber que cerca había un caballero de brillante y oscura armadura? Jejeje, no te hacía yo de esos. Pero tranquilo, que no es mi tipo, o yo no soy el suyo.

Es el hijo de una pareja a la que Tata vendió una cabaña como un favor personal. Está de paso, creo, y no te preocupes en absoluto. Lleva tres días aquí y no hemos intercambiado ni una sola palabra. Bueno sí, un par, ayer. Salió de la casa bastante molesto para pedir silencio... ¡Estamos de obras, por el amor de Dios! Si quiere silencio, que se retire a un monasterio.

En fin, que, como puedes ver, estoy de una pieza y ese caballero... bueno, no lo es tanto. ¡Mira que gritar a una pobre doncella en mitad de su ajetreada jornada! Ver para creer.

Te envío algunas fotos más. La zona de barbacoas está acabada, la de juegos, acondicionada y tus ingresos bancarios (en serio, deja de hacerlos si no quieres hacerme sentir como una auténtica mantenida) están dando frutos rápidamente.

Por cierto, una locura de las mías, mándame al cuerno si quieres, pero... ¿cómo ves pintar los bungalows de colores? ¡No me digas que no quedaría genial!

Piénsalo.
Un beso,
Emma

Para: emmaguerrera@mail.es
De: rodri.aralar@tesla.com
Asunto: No te aguanto ¿lo sabías?

Pues eso, que no te aguanto.
¿Sabes que no puedes dejarme preocupado y desaparecer?
Estaré enfadado el resto del día.
Un beso.
R.
PD. ¿De colores? ¡Estás loca!

Para: rodri.aralar@tesla.com
De: emmaguerrera@mail.es
Asunto: ¿Eso es un sí?

¿Eso es un sí? *Porfa*, dime que es un sí. Ya tengo pensada la pintura y todo.
Veintisiete colores, todos diferentes, aunque igual solo usamos veintiséis porque el caballero oscuro se negará a que pintemos su cabaña. Todo es hablarlo. Mañana iré a consultárselo porque...
Era un sí ¿verdad?
¡Un beso gigante 'Mejor Socio del Mundo'!
Emma

Para: emmaguerrera@mail.es
De: rodri.aralar@tesla.com
Asunto: Sigue así...

Me encanta que me hagan la pelota, así que tú sigue así...
¿27 colores? Sí, definitivamente estás muy loca.
Un beso.

R.

PD. Sigo enfadado, aún me quedan 22 horas de enfado.

Para: emmaguerrera@mail.es

De: abrilenjuno@mail.com

Asunto: ¡Más llamadas, por favor!

¡Qué alegría haber podido hablar contigo por fin!

Me encantó saber por fin de ti de un modo diferente a estos horribles correos que me envías. Y pese a estar más de media hora al teléfono, te juro que me supo a poco. Tienes que salir de ese agujero más a menudo, tienes que contarme más cosas de allí... de tu *hermano* enfadado, del nuevo y extraño Manolito, de las *Supernenas*, de las obras... y de lo bien que se te escucha, sin ese poso de tristeza que te tenía encadenada... de eso es de lo que más me alegro, en serio.

Dime cuándo se abre la temporada oficialmente en Las Cascadas y dónde puedo reservar sitio, que me quiero unir a esa comparsa. Eso sí, ponme al lado de Manolito (si no lo quieres para ti) o de tu *hermano*, que igual me da jejeje.

Sigue así, bonita, que es genial ver lo entusiasmada que te tiene este proyecto... y mira que al principio solo pensaba que estabas loca de remate.

Te quiero.

Abril.

Para: abrilenjuno@mail.com

De: emmaguerrera@mail.es

Asunto: Te lo prometo

Prometo estar más disponible... sé que la cobertura es una mierda, pero, si te digo la verdad, me está viniendo bien. Necesito estar así de aislada, necesito manejar yo los tiempos, hablar cuando quiero hacerlo, contar solo lo necesario, no agobiarme...

Sigo teniendo un nudo en la boca del estómago que, a veces, por las noches, no me deja pegar ojo. Aún echo de menos a Fer en la cama, cuando

necesito que me proteja con sus brazos o lo busco en su ausencia para que me diga que todo va a ir bien. Aún me duele... ¿te lo puedes creer?

Hay días que me apetece llamarle y preguntarle qué tal está, pero creo que aún es pronto, que debo esperar a que todo esto sane un poquito más. Cuando sea más fuerte, más valiente y tenga más asumido que puedo y debo estar sola, a gusto conmigo misma, creo que será un buen momento. Hasta entonces, esta soledad y este trabajo duro que ahora me está llenando, son todo lo que necesito para seguir adelante.

Tenías que verme, poniendo en bucle *Sin Miedo a Nada*, de Alex Ubago, como si fuera idiota o *masoca*, o ambas cosas. No tengo remedio. ¿No crees que es la peor canción de ruptura de la historia? ¿No crees que soy tonta por ponerme una y otra vez una canción sobre el inicio del amor, justo cuando yo estoy intentado superar la ausencia del mío?

¡Qué rollo te he soltado! Disculpa, a veces me dejo llevar y te ha tocado a ti la suerte de recoger mis patéticos lamentos.

Gracias por estar ahí.

Siempre.

Te quiero.

Emma.

PD. ¡Venga! ¡Una cabaña con vistas a buenorro gruñón adjudicada!

Para: rodri.aralar@tesla.com

De: emmaguerrera@mail.es

Asunto: Quien calla, otorga

Como no me has dicho que no, he asumido que me dabas tu permiso para pintar las cabañas de colores. Tengo las pinturas encargadas, llegarán el viernes y el *finde* me dedicaré a darle a la brocha gorda.

Reconoce que te mueres de envidia.

Te enviaré fotos y podrás rabiar.

Besos.

Emma

PD. Gracias.

2PD. Ya conozco a Pentxo... ¡Madre mía!

Para: emmaguerrera@mail.es
De: tessa.gutierrez@InmoSalinas.com
Asunto: Vacaciones

Hija:

He intentado llamarte un par de veces y tu teléfono está siempre apagado. Me ha enviado un mensaje tu padre para aclararme que donde estás no hay cobertura.

No sé cuánto te durará la fiebre esa por el camping, pero quería comentarte que eres bienvenida a pasar las vacaciones de verano conmigo, como hacíamos antes de Fer. He pensado en Islandia.

Dime si te parece apetecible la idea.

A la espera de tus noticias.

T.

Para: tessa.gutierrez@InmoSalinas.com
De: emmaguerrera@mail.es
Asunto: Re: Vacaciones

¿En serio, mamá?

Sabes que me he comprometido para llevar este verano Las Cascadas. No sé si no me escuchaste o es que lo que yo haga tiene para ti menos valor que lo que tu adorada *Gertie* hace...

Para que no te queden dudas, no, mamá, no puedo ir a Islandia contigo. Eso sí, el destino es de los buenos. Disfruta por las dos.

Un beso.

Emma.

Para: emmaguerrera@mail.es
De: f.garcia.redondo@CERN.org
Asunto: Te echo de menos

Hola, Emma:

Sé que no tengo derecho a decirte tal cosa, que te echo de menos, que te recuerdo a diario y que ojalá estuvieras aquí, conmigo. Hay días en los que

esto es cuanto necesito, pero otros, en cambio... faltas tú en esta fotografía.

Venir a Ginebra y trabajar en este espectacular proyecto es un auténtico sueño hecho realidad, no puedo creerme que esté aquí. Ha pasado un mes y aún me cuesta creérmelo. Me levanto por las mañanas y me cuesta recordar dónde me encuentro. Hasta que no traspaso las puertas del laboratorio de pruebas donde trabajo, no acabo de creerme que esté en el CERN, que sea todo real y que mi trabajo, ahora mismo, sea tan importante a nivel global... lo que hacemos aquí puede ayudar tanto al conjunto de la humanidad... ¡Estamos haciendo historia!

Pero, sin duda, la felicidad no es completa porque no la puedo compartir contigo. Y sé que te dije que esto debía hacerlo solo. Aún lo creo, pero eso no significa que no duela, que no me sienta incompleto o que no desee verte, aunque sea un rato, para quitarme de encima esta sensación de haberte fallado tan grande que tengo.

¿Suenan muy contradictorio? Sé que puede ser así... pero es que estos días ni yo mismo me entiendo. Ando entre eufórico y nostálgico todo el rato. Tan pronto tengo la adrenalina a tope por algo en lo que hemos avanzado en el laboratorio, como me vengo abajo y una pena tremenda se me instala entre los pulmones y el corazón, algo que me oprime el pecho y que no me deja ni respirar.

Y sé que esa opresión es tu falta. Tu risa cristalina por las mañanas, el hueco que no ocupas en la cama, las cervezas que me bebo solo, las series que ya no comparto contigo, los desayunos que me estoy perdiendo a tu lado.

Me gustaría enseñarte todo esto, descubrirte los rincones que esta ciudad mágica regala. Es, de verdad, un sitio pintoresco con mil rincones de esos que invitan a ser explorados. ¡Cómo me gustaría descubrirte los secretos que voy conociendo al recorrer sus calles y sus plazas!

Y sé que no tengo derecho a dejarte y cogerte a discreción, que me lo advertiste, que, si me iba sin ti, que no pensara en recuperarte, pero algo dentro me dice que nuestro tiempo no ha pasado, que seguimos siendo los mismos, que nuestra historia no ha acabado y que las segundas oportunidades existen.

Ven. Ven a Ginebra y volvamos a empezar. O sigamos donde estábamos. Hablemos de todo y, quizá, tomemos el tema de la boda. Sí, creo que podría ser un buen tema de conversación.

Te envío la referencia de un vuelo a Ginebra para dentro de dos semanas. Por favor, coge ese avión y retomemos lo nuestro.

Te echo de menos, de verdad.

Fer.

Para: f.garcia.redondo@CERN.org

De: emmaguerrera@mail.es

Asunto: Re: Te echo de menos

Querido Fer:

Que te jodan.

Emma.

OceanofPDF.com

Capítulo 9

Braveheart

—¡No vas a tocar mi cabaña! —La voz de Manolito retumba en mi cabeza de un modo que me hace echarla para atrás, como intentando escapar de su desagradable grito—. ¿Es que estás mal de la cabeza?

Manolito (vale, sé que no debería llamarle así, ni siquiera en mi cabeza. Ese nombre no se ajusta con el tipo fornido y atractivo que tengo delante) lleva unos vaqueros desteñidos y una camiseta vieja de Led Zeppelin. Su barba oscura tendrá un par de días y sus ojos verdes muestran unas pequeñas manchas oscuras bajo ellos, unas ojeras que antes no estaban ahí. Su pelo, largo hasta los hombros y revuelto, le da un aspecto de estrella de rock de los años ochenta, algo que no hace más que añadir puntos a lo muy apetecible que está el chico. Cualquiera babearía por él, sobre todo si cerrara la boca y no dejara escapar por ella ese terrible mal humor que le caracteriza en los últimos tiempos.

Me pregunto qué habrá pasado con el dulce, serio y responsable Manolito Sánchez Bilbao que conocí en este mismo lugar. Qué le habrá deparado la vida desde nuestra adolescencia, cuando era un niño gordito y tímido, listo y agradable, con el que daba gusto pasar el tiempo. Qué habrá hecho con aquel con el que compartí mi beso especial y a quien tan idealizado he tenido durante todo este tiempo.

Cuando dejamos de venir al camping de vacaciones, perdí la pista de casi todos los que nos juntábamos verano tras verano. Entonces no había correos electrónicos y las primeras cartas, las que escribes con ilusión, pronto dan paso a temporadas sin recibir o escribir ninguna, porque la pereza y el paso del tiempo, van pudiendo con todo lo que tienes atesorado en tus recuerdos. Con Manolito no llegué a intercambiar más que dos o tres cartas, unas misivas llenas de ganas de volver a vernos, pero que, tras mi primera ausencia al verano siguiente, dejaron de viajar en uno u otro sentido sin mayores dramas.

Lleva aquí cinco días y no hemos cruzado ni una palabra, salvo cuando salió a gritar a mis obreros por el ruido que estaban haciendo, y tuve que salir en defensa de los chicos. No le sentó nada bien que le recomendara un destino más tranquilo, como un monasterio y, desde entonces, solo lo he

visto de su casa a la moto (siempre parapetado tras su casco oscuro como la noche), y de la moto a casa.

Me parece el ser más hermético de la creación y, si no fuera porque tengo un cargamento de pintura que está al caer, no osaría tocar su puerta ni en un millón de años.

De hecho, he estado eludiendo la temida pregunta sobre si dejaría que pintara su cabaña desde que se me ocurrió la idea. Esquivo su casa cada mañana para no cruzarme con él, ni siquiera en esos breves paseos que hace desde su bungalow a su medio de transporte. Y le temo casi tanto como al otro habitante huraño, descortés y gruñón de mi pequeño paraíso.

Hace dos días que, aunque alertada por el aviso de Tata, conocí por sorpresa a Pentxo, el jardinero. ¡Madre del amor hermoso qué personaje! Es un hombre de unos cincuenta y cinco años de edad, que parece que no ha mantenido contacto con la humanidad en toda su vida. Su aspecto es desaliñado, con unas pobladas cejas que le confieren el aspecto de un duende cascarrabias. Su tez es pálida como el papel, su nariz, enorme, y sus labios, finos y sin color, siempre están apretados en una mueca hostil. Finalmente, su pelo, que clarea ya por las sienes, es un batiburrillo de cabellos a cada cual más rebelde. No creo que su cabeza haya conocido jamás la presencia de un peine deslizándose por ella.

Siempre que viene al camping trae un peto amarillo impermeable, como el de un capitán de barco pesquero, y una camisa de franela debajo de él, de llamativos verdes y morados. En la cabeza, para evitar el sol que ya va siendo considerable según qué jornadas, un sombrero de paja deshilachado que, sin duda, vivió tiempos mejores.

En conjunto, Pentxo es un personaje de cuento por sus andares, sus ropajes y su aspecto. Un personaje de cuento tal que un ogro o un dragón. Porque, cada vez que abre la boca, parece que eche fuego y brasas por ella. Me tiene bastante acongojada el hecho de que este hombre se pasee por el camping, y haga y deshaga a su antojo lo que a elementos naturales se refiere.

—¡Señor! ¿Quién es usted? —le inquirí la primera vez que lo vi, inclinado sobre los terrenos que ocupan los huertos ecológicos que vamos a empezar a plantar— ¿Qué hace aquí? Esto es propiedad privada.

—¿Se cree que soy estúpido? —me gruñó con el semblante desencajado, lo que me provocó unas ganas horribles de salir corriendo de allí y dejarle hacer lo que le diera la gana—. Esto de aquí es asunto mío.

Y señaló los huertos, a los que dedicó una mirada dulce y tan contraria a la que me había dedicado a mí, que casi pensé que había soñado su desdén.

—Perdone, pero soy la encargada y no sé quién es usted —le dije con la voz bajita, preñada de un miedo visceral hacia su mal humor de serie.

—Soy Pentxo, el jardinero —exhortó sin quitarme sus ojos sulfurosos de encima—. Y me consta que sí sabías que yo iba a venir. Así que no te hagas la nueva. La señora te lo dijo.

La señora, Tata, ya podría haberme puesto en más antecedentes que ese simple 'Lo siento' que soltó al aludir a este extraño sujeto. Un 'Lo siento' que, por cierto, ahora adquiriría significado completo en mi cabeza y entendía al cien por cien.

Jurando matar a Tata en nuestro siguiente encuentro, volví sobre mis pasos sin pensar siquiera en molestar de nuevo a semejante individuo, al que, desde entonces, veo campar a sus anchas por la zona de los huertos y de los pequeños jardines distribuidos entre las cabañas y algunas de las zonas comunes.

Y aquí estoy yo, de frente a mi otro ogro particular, mi otro problema de conducta. ¿No puede ser que alguien a mi alrededor sea agradable y amable conmigo?

Manolito me mira esperando que le responda sobre mi locura. Y sí, puede que esté un poco loca, pero creo que el hecho de querer darle color y personalidad al camping, pintando las cabañas con una paleta de veintisiete tonos preciosos que he escogido con mucho cuidado y mimo, y que acaban de llegar, no sea un ejemplo precisamente de mi grado de enajenación.

—Mal de la cabeza o no, el cambio de casas marrones y tristes a casitas de colores, ha sido aprobado por la nueva dirección. —Y por Tata, a la que corrí a informar del cambio antes de comprar la pintura, no fuera a ser que, al ver el drástico cambio de color en su propiedad, acabara por despojarme de mi recién adquirido título de manager—. Así que, si no quieres que tu cabaña cambie, para bien, todo hay que decirlo, de anodino marrón a revitalizante y precioso verde lima, solo tienes que hacérmelo saber. Estás en tu derecho a negarte, porque tu casa es propiedad privada. Pero ser grosero y desconsiderado, ofenderme, gritarme e insultarme, a eso no te da derecho nada, ni ser propietario ni leches.

»Yo solo pretendía informarte y darte la oportunidad de formar parte de la nueva imagen general de esta parte del camping. Algo que te saldría

completamente gratis, por cierto, y que quedaría genial, lo mires por donde lo mires.

Tras mi discurso enardecido (me he sentido un poco como William Wallace convenciendo a las topas para luchar por la libertad de Escocia en *Braveheart*), me giro teatralmente para hacer una salida dramática del escenario. No quiero darle más opciones para que siga ladrándome ni llamándome loca.

Mientras abandono su entrada y me dirijo a mi cabaña, mi corazón está un poco apenado. No solo por su actual actitud de enfado hacia el mundo, sino porque después de todos estos días, aún no ha dado muestras de haberme reconocido. Creí que lo había hecho al instante, cuando me dijo su nombre completo, la pista sobre su identidad, al llegar al camping. Pero si él supiera que yo soy aquella chica con la que compartió la mitad de los veranos de su infancia, supongo que me lo habría hecho saber de algún modo y, sobre todo, me hubiera tratado un poquito mejor.

No puede decirse que haya pegado un cambio radical en todos estos años. Ciertamente ya no llevo gafas, ni *brackets* o coletas, ni tengo cara de tontaina (o eso creo), pero mis pocas curvas siguen siendo las mismas y el resto de elementos que me convierten en quien soy, tampoco han cambiado mucho. Entonces... ¿por qué no me ha reconocido?

Yo a él sí. Bueno, yo a él por el nombre, porque él sí que ha cambiado. Mucho. Demasiado.

Llego a mi bungalow y contengo un grito de frustración ante toda esta ridícula situación. Con aprensión, miro la pantalla de mi ordenador portátil, en la que parpadea una luz recordándome con insistencia que tengo correos electrónicos pendientes, muchos.

Desde que recibí el correo de Fer, anoche, no he querido ni podido tocar el ordenador. Su mensaje, lleno de todas las cosas que he anhelado escuchar de sus labios desde hace un mes, me dejó sin respiración. Lo leí dos veces, y cada segundo que pasaba, una rabia ciega, pegajosa, visceral y oscura, me llenaba por dentro, haciendo que unas enormes y densas lágrimas se desplazaran sin contención por mis mejillas. ¡Quién coño se creía que era! Me deja sin ninguna consideración, justo el peor día de mi vida, y luego, arrepentido, ¡me manda un puñetero correo electrónico!

Con los dedos agarrotados por una ira que hasta entonces desconocía que podía llegar a sentir, tecleé solo seis palabras. Solo seis, pero suficientes

para resumir lo que podía hacer con su mensaje, con sus sentimientos y con lo mucho que decía estar echándome de menos.

Ahora, absolutamente acobardada por mi ataque de rabia, por mi *mail* de respuesta, por el suyo, y por todas las emociones salvajes y descontroladas que me tienen aterrorizada, no soy capaz de acercarme a mi bandeja de correo, por si tengo que lidiar de nuevo con él y su repentina añoranza. O con su enfado por mi escueta respuesta.

¿Quería que esto pasara? ¡Desde luego! ¿Lo esperaba realmente? No, ni en un millón de años. Pero ha pasado, contra todo pronóstico racional, lo que he deseado con toda mi alma desde que Fer me dejó en el bar de Curra, que me pidiera que volviéramos, que asumiera que se equivocó, que todo podía volver a ser como era... todo ha ocurrido. Pero, por alguna estúpida razón que me impide correr a su lado, aceptar su billete y cerrar este parón sin sentido que nos ha tenido separados un mes, soy incapaz de no pensar en ello y exudar una rabia que es más fuerte que mi deseo de él, de nosotros.

No puedo ni siquiera imaginarme volver a ser Fer y Emma. No sé qué ha ocurrido en mi cabeza en los últimos días, pero mi deseo se ha cumplido y nada me apetece menos que eso haya ocurrido.

¿Me estaré volviendo loca de verdad? Es una posibilidad, porque cada día que pasa mi vida es más surrealista. Una Emma menos exigente o más desesperada, más sola y menos entregada a un proyecto nuevo, quizá se hubiera tomado ese correo de una manera totalmente diferente. Pero la persona que soy ahora mismo, la que ha surgido tras el dolor de la pérdida, esa esperaría, al menos, una llamada. O, si me apuras y si se tratara de hacer un gran gesto romántico, una aparición estelar y por sorpresa, para sacarme una sonrisa, para llorar conmigo mis lágrimas de amor recuperado, para cogerme en volandas y dar rienda suelta a la alegría de volver a ser nosotros.

Pero no... todo se ha limitado a esconderse tras esas líneas escritas, sin dar nada de él. Sin implicarse. Sin correr ningún riesgo. Por eso mi respuesta fue tan escueta y, por eso, por lo que me hizo sentir, es que el dolor y la rabia se mezclan ahora cuando pienso en todo lo que ha hecho. Siempre cobarde, siempre escondido. ¿Fue siempre así y yo no quise verlo? Cada vez me convengo más de que lo mejor que me ha pasado en esta vida es que él se quitara de en medio y me dejara seguir a mí sola el camino.

Pongo la radio, a todo volumen, para eliminar unos pensamientos que, ahora mismo, me cuesta afrontar. Afortunadamente no suena ninguna baladita tonta, sino la potencia de Bon Jovi con su último single, *We weren't Born to Follow*, cosa que me anima de manera considerable. Siempre ha sido uno de mis grupos favoritos y me sé de memoria la mayoría de sus canciones.

Voy hasta mi pequeño frigorífico y me sirvo un refrescante vaso de agua. No es que sirva para calmar mis emociones, muchas últimamente, pero sí para hacerme parar un segundo y dejar que el mundo se pare durante el pequeño instante que me dura el vaso de agua.

Cuando lo apuro, percibo un sonido tras la puerta, antes de oír cómo alguien llama con los nudillos. Me pongo alerta enseguida porque, siempre que alguien llama, es porque ha surgido un imprevisto y, por lo tanto, nuevos problemas a los que hacer frente.

Cuento hasta diez, hago que una calma artificial me invada, y abro la puerta con la mejor de mis sonrisas... que muere en el acto al encontrarme con Manolito (en serio, creo que debo empezar a pensar en él como Manuel ya, si no quiero meter la pata y hacer que su enfado natural hacia mi persona crezca aún más si me escucha llamarle así. No sé por qué, pero creo que no le gustaría nada en absoluto).

Está de pie en la puerta de mi casa y ahí lo dejo, porque soy incapaz de enfrentarme de nuevo a su sarcasmo, sus groserías y ese tono que maneja conmigo, que parece el de un señor al que le acabas de rayar el Lamborghini en sus mismas narices. Intento entornar la puerta y darle la espalda a la vez, a ver si pillas que, lo que ahora mismo menos me apetece, es hablar con él.

Pero está rápido de reflejos, y detiene el movimiento de la puerta antes de que se cierre. Eso sí, es respetuoso con mi espacio y no entra dentro de mi cabaña, porque no le he invitado. Ni pienso hacerlo. Claro.

—Vete —le espeto de espaldas, por encima del ruido de la radio, que sigue sonando a un volumen considerable—. Tu cabaña está a salvo de mi locura. No tienes que venir a amenazarme. No lo necesitas.

—No he venido a amenazarte —dice a gritos tras unos segundos de silencio que inundan el ambiente de una extraña sensación de incomodidad—. Vengo a pedirte que lo hagas. A darte mi permiso.

Boquiabierta, me giro sobre mis talones para ponerme de frente a un Manolito (perdón, Manuel) que está de pie, en mi puerta, con las manos

dentro de los vaqueros y una actitud relajada y nada soberbia. Casi parece una persona normal.

Lo examino despacio, entrecerrando los ojos, tratando de dictaminar dónde está el gato encerrado. No es normal este cambio en solo unos minutos, no me creo que haya encadenado al ogro en la cueva y su otra personalidad, la que engulló mientras se quitaba los kilos y ganaba años, pueda estar a punto de emerger.

A sus labios, llenos, carnosos, sensuales, apetecibles, asoma un atisbo de sonrisa. Es tímido, es apenas un esbozo, pero parece que se quiere abrir paso, como el sol tras una tormenta de verano. Su actitud me descoloca tanto que solo se me ocurre hacerle un gesto para que siga hablando, para que me explique qué demonios está pasando, si es que es bipolar o solamente se ha tomado, por fin, la medicación.

Mi gesto lo atribuye a una invitación, y da un par de pasos dentro de mi cabaña. Ese hecho, lejos de violentarme, como podría haber hecho apenas un minuto antes, ahora no me supone ninguna violación de mi intimidad. Supongo que es, simplemente, un cambio de actitud por su parte, lo que ha hecho que mis niveles de alerta se rebajen hasta ese punto.

Bajo el sonido de la radio hasta hacerlo casi imperceptible, y espero a que hable, muerta de curiosidad.

—A mi madre... —empieza con un titubeo que me resulta extraño en él. Al menos en esta versión de treinta años de él que aún me tiene descolocada—. A mi madre le gusta el verde. Creo que a ella le agradaría ver así la cabaña cuando pueda regresar...

Dice estas últimas palabras como si fuera un niño pequeño que estuviera rezando por un milagro o pidiendo a los Reyes Magos que le restablecieran la salud a su madre como regalo insuperable por Navidad. Algo en mi interior se conmueve por su forma de manifestar ese amor, ese dolor por todo lo que deben estar pasando como familia, y no puedo más que ablandar mi gesto y mis formas, convencida como estoy de que debo corresponder a ese primer paso que acaba de dar.

—Siento lo de tu madre —consigo decir tras un segundo de vacilación—. Tata me contó lo que le pasa. Lo siento de veras.

El silencio se vuelve a hacer fuerte entre nosotros. Nos miramos unos segundos más y nos seguimos evaluando, aunque ahora son otros los ojos que miran al oponente, otra la forma de condescender. Su mirada es la de un jugador de póquer experimentado y no deja traslucir qué puede estar

pensando en estos momentos. Yo, que soy como un libro abierto, seguro que estoy gritando con mi cara de idiota que me siento fatal por haber desvelado lo concerniente a la enfermedad de su madre.

—¿Quieres tomar algo? —pregunto por fin, para romper este pequeño *impass* en el que parece que nos hemos detenido.

—Agua está bien —dice con un gesto de cabeza que indica agradecimiento.

—En realidad, agua es lo único que tengo.

Me acerco de nuevo al frigorífico y él da otros dos pasos más dentro, ya está en el centro de mi diminuto saloncito. Tras él, la puerta ha quedado abierta, como queriendo decirnos que, a la más mínima marejada que se levante entre ambos, la salida está así de accesible.

Recibe el vaso de agua y le indico que se siente en el coqueto sillón que le confiere la mayor parte de la personalidad al salón. Es gris, mullido, de orejas, y mi padre me lo trajo de su último viaje a Madrid. No puede gustarme más y hay que reconocer que es más bonito aún con él sentado en él. Estira sus piernas y sonríe con un poco más de confianza que hace unos segundos.

Mi cabeza está a punto de estallar. No entiendo este cambio de actitud en solo un instante. ¿Será cosa de mi discurso inspirador? ¿O es que, quizá, se ha dado cuenta de repente de lo gilipollas que estaba siendo? Sea como sea, creo que me mantendré alerta por si acaso, los cambios tan bruscos nunca me han olido del todo bien. O estaba fingiendo antes o el de ahora es una versión falsa. Una de dos. Seguro.

—¿A las obras les queda mucho? —dice sacándome de mis pensamientos.

—¿Por eso has venido? ¿Por eso estás siendo amable? —le atacó sin consideración—. ¡A las obras les queda lo que les quede! Siento si son una molestia para ti, la puerta la tienes abierta, puedes largarte a un sitio más tranquilo.

Me he puesto de pie y le señalo la puerta para que se vaya de aquí. No sé por qué, pero el estar alerta me ha puesto hecha un basilisco, así, con solo una pregunta que ha salido de sus labios.

—Tranquila, Emma —dice con suavidad—. Solo era curiosidad.

Juro que mi corazón se queda sin flujo sanguíneo, que no me llega sangre, que, por un segundo o dos, me quedo muerta. De pie, en medio del

salón y la mano extendida, indicando aún la puerta. Sé que el color se va de mi rostro y que parezco más un ser congelado que una chica.

—¿Emma? —acierta a preguntar vacilante.

—Te llamas Emma, ¿no? Al menos así te llamabas hace quince años.

—Sabías quién todo este tiempo y, aun así, te has portado como un auténtico capullo...

—Bueno, seguro que tú también sabías quién era yo y tampoco lo has hecho mejor...

¿Tiene razón? ¿También he sido una estúpida con respecto a él? Me hago la pregunta una y otra vez, consciente de que, quizá, la respuesta sea afirmativa. Quizá yo también he estado esquivando y bordeando, quizá ninguno de los dos haya estado a la altura de lo que un reencuentro de esta magnitud requería.

—¿Por qué no me has dicho nada? —Me siento de nuevo y le miro fijamente, exigiendo una respuesta.

—Bueno —dice ensanchando su sonrisa—, la verdad es que estoy enfadado contigo. Mucho.

—¿Enfadado?

—Sí —confirma—. Fuiste mi primer amor y desapareciste sin más. Me rompiste el corazón.

—Yo... —balbuceo aturdida— ¿Yo te rompí el corazón?

—¿Y qué te esperabas? Bebía los vientos por ti desde que éramos pequeñajos. Un día, al finalizar el mejor verano de mi vida hasta entonces, me dejas besarte y... esa es la última vez que te veo en más de quince años.

Trago saliva, despacio, asimilando sus palabras. Su beso significó muchísimo para mí, esa experiencia primera que, lejos de ser traumática, me hizo amar los besos extremos, los besos bajo la lluvia. Los besos diferentes y con personalidad. Jamás hubiera imaginado que a él le pasaría lo mismo, casi hace que me estremezca secretamente de felicidad.

Vuelven a mí las sensaciones de aquella noche de agosto, de aquellos nervios gigantes que tomaron mis entrañas y que me hacían hasta temblar. Vuelve la sensación de querer pegarme a él y, a la vez, huir corriendo de miedo. Vuelve el calor húmedo de la lluvia sobre nuestras cabezas, abrazándonos y rodeando el momento. Y sus ojos, hermosos, extrañamente en calma de repente, seguros, cercanos, míos.

—¿Bebías los vientos por mí? ¿En serio?

Su sonrisa ya no puede ser más amplia. Está disfrutando con esto. Mientras, yo me amilano en el sofá, muerta de curiosidad y, por qué no decirlo, con un vértigo incierto ocupando cada vez más espacio dentro de mi estómago. ¿Se puede saber cómo demonios hemos pasado de hablarnos con desdén en la puerta de su casa a hablar de amor adolescente en el salón de la mía?

—Claro... Si no, ¿por qué iba a besarte a ti la primera? El primer beso es importante —dice muy serio.

Me quedo muda de nuevo. ¿Cómo le digo que yo pensaba que, por descarte, era la que quedaba para besar aquella noche de agosto? ¿Que si alguna de las otras chicas hubiera estado libre, seguro que la hubiera elegido a ella, dejando de lado a la niña torpe, fea y tímida que yo era entonces? ¿Cómo le digo que él sí fue mi descarte? ¿Que yo me hubiera ido con Alex si hubiera estado dispuesto a besarme a mí? ¡Dios! Ahora me siento fatal. ¿Soy una frívola sin sentimientos? ¿Una aprovechada?

—Yo... siento no haberme dado cuenta de eso —digo por fin, profundamente avergonzada de mí misma.

—Es mejor que no lo supieras, así podía tratarte como si nada, en lugar de morirme de vergüenza cada vez que me miraras o me dirigieras la palabra —dice con una mirada franca anclada a sus ojos verdes.

—¿Por qué dices que te rompí el corazón? —pregunto aún confundida por su confesión—. No fue cosa mía dejar de venir al camping. Mis padres se separaron.

—Lo sé, me lo contaste en esa carta que fue la que me rompió verdaderamente. Fue la última que escribiste. Después, te olvidaste de todo y nunca más volví a saber nada más de ti.

Así que fui yo quien dejó de escribirle, la primera que decidió que aquello no iba a ninguna parte. En serio pensaba que nunca jamás íbamos a volver a coincidir, al menos no en los siguientes veranos. Me da pena saber que los sentimientos de Manolito eran así de profundos y no haber hecho nada al respecto. O no darle ninguna esperanza, o haberme esforzado más por seguir a su lado, aunque hubiera sido de manera epistolar.

—En fin, tampoco hagamos un drama de eso —bromea poniéndose en pie y tendiéndome el vaso de agua, ahora vacío—. Solo he venido a disculparme. Creo que estos días no he sido fácil y mi malhumor es solamente mío. Todo el asunto de mi madre me tiene absorbido y ni siquiera soy capaz de pensar con claridad.

—Yo tampoco he estado muy fina —sonríó mientras deposita en mis manos el vaso—. Tengo muchas cosas en la cabeza...

Lo miro con una especie de sonrisa triste que me llega desde lo más profundo del alma. Qué pena me da lo que me acaba de contar, pese a que él intente quitarle hierro al asunto, y hasta lo haya dicho como para romper el hielo o solo para bromear. Me ha dejado una profunda sensación de pérdida que no sé cómo asumir. Nunca se me han dado bien este tipo de encrucijadas emocionales, siempre acabo suspendiendo y hasta haciendo el ridículo.

—Me gustaría que la cabaña de mis padres formara parte de esa idea tuya de los colores. Cuando ella vuelva... —Se para y mira al suelo un instante—. Si vuelve, le gustará verla así.

Asiento en silencio, asumiendo que tampoco hacen falta palabras por mi parte para rubricar este acuerdo. Me hace feliz que acceda, y más aún si eso le va a gustar a su madre. Eso suma puntos.

—Si me hubieras propuesto pintarla de violeta o de naranja, te hubiera mandado a paseo aún más fuerte —bromea y vuelve la sonrisa entera, una que le llega hasta los ojos—. Pero el verde es su color. Así que, adelante...

—Gracias —asiento de forma que, espero, pueda transmitirle lo mucho que esto significa para mí.

—¿Sabes cómo puedes agradecérmelo de verdad? Cena conmigo esta noche y pongámonos al día. Creo que ya hemos perdido unos cuantos días y es un delito que no sepamos nada de lo que ha pasado con el otro en estos quince años...

Mi pulso se acelera de manera considerable. Vale, esto me lo esperaba aún menos que el que esté siendo amable, menos que el que haya venido a mi casa de buenos modos, menos aún que el hecho de que acepte a que le pinte la cabaña... Sé que mi cara, ahora mismo es un poema, boquiabierta, alucinada, pillada por auténtica sorpresa... ¿Una cita? ¿Tan pronto? No sé si estoy preparada, la verdad... Suena bien, pero...

—¿Qué me dices? ¿Te recojo a las nueve?

Cuando estoy a punto de expresar mis dudas al respecto, veo que algo se mueve junto a la puerta. Miro en su dirección y le veo. Está plantado en la entrada de mi casita, con la bolsa de viaje al hombro, sus ojos claros clavados de manera interrogativa en los míos y su semblante, una máscara indecifrabable que, no sé por qué razón, hace que algo en mi estómago me haga encogerme.

—¿Qué haces aquí, Rodrigo?

OceanofPDF.com

Capítulo 10

Mamma Mia!

Me despierto jubilosa sin saber muy bien la razón. El sol temprano de esta preciosa mañana de sábado de finales de mayo me toca la cara, mientras me desperezo y salgo del sopor y del sueño que me ha tenido cautiva unas cuantas horas. Fuera presiones. Fuera malos rollos o encrucijadas de esas que dejan lesiones permanentes en el corazón. Casi parece que todo es normal y que hoy va a ser un día más de obras, sin complicaciones.

Hasta que recuerdo que ayer por la tarde las emociones casi hacen que arda por combustión espontánea, y tengo que taparme la cara con la almohada para no gritar por la frustración.

La llegada sin previo aviso de Rodrigo me dejó muda, congelada en el sitio. De todas las cosas que podía esperar para el día de ayer, ver a mi socio apareciendo por sorpresa ante mi puerta, no era una de ellas. Y menos, justo en el momento en el que el borde y escurridizo Manolito se acababa de ablandar y me estaba proponiendo una cena para ponernos al día, y dejar de lado esa sensación de vacío que tantos años y tanta ausencia nos habían provocado.

Quería ir, me daba miedo ir. Quizá, la entrada en escena tan providencial de Rodrigo era justamente la respuesta a mis plegarías mudas y a mis miedos absurdos. Pero también, su aparición, cortaba de raíz toda posibilidad de averiguar qué más sorpresas podía traer aparejado mi amigo de infancia.

—Bueno, Emma —dijo nada más cruzar una mirada con Rodrigo y hacerme una pregunta muda al clavar sus ojos verdes en mi perpleja cara de idiota—. Ya nos veremos por ahí.

Y se fue. Sin más. Sin esperar por mi respuesta sobre la cena o por algún tipo de presentación. Mi pose, cual estatua de museo, se mantuvo al menos durante unos segundos más, hasta que, saliendo de mi estupor de repente, fui corriendo detrás de él, pasando por delante de Rodrigo.

—¡Espera! —tuve que gritar porque, con sus largas zancadas, él estaba ya casi en la otra punta de la pequeña calle donde mi cabaña estaba ubicada.

Se giró y me esperó mientras, apresurada, llegué a su lado con la convicción absoluta de que me tenía por una tía algo inestable, que primero

se quedaba muda ante su propuesta y que, luego, se echaba a correr en su busca, como alma que llevara el diablo.

—No sé cómo debo llamarte ahora —le dije casi sin resuello al llegar justo a su lado—. Es que en mi cabeza, cada vez que pienso en ti, sigues siendo Manolito. Y ya no te pega...

—¿Piensas en mí? —preguntó con sorna, claramente complacido de que estuviera ahí, soltando estupideces por mi boca.

—Claro que pienso en ti —le contesté retadora—. Has sido Manolito, el capullo insensible, durante casi una semana.

Su amplia sonrisa mostró aún más complacencia y se tornó risa intensa y sin pudor. Me gustaba verlo así de relajado, tan alejado del ogro antisocial que había sido todos estos días atrás. Yo también sonreí y llevé mis brazos a la cintura en actitud chulesca. Así, puesta en jarras, con la mirada desafiante, me miró tras acabar su risa y creo que enrojecí hasta la última punta de mis cabellos. Me venció poco a poco con el arrojo que mostraba su expresión al mirarme, y creo que hasta sentí un pequeño mareo.

—Puedes llamarme Manu —dijo por fin, con una voz dulce, pero con un atisbo de peligro impregnándola—. Mis amigos me llaman Manu.

—Manu —repetí, comprobando que le quedaba mucho mejor que Manolito. Me gustaba.

Cuando ya me estaba dando la vuelta para recorrer el camino de regreso a mi casa, me acordé del tema de la cena, que era, más o menos, lo que me había hecho correr detrás de él.

—Siento lo de la cena. Hoy no creo que pueda ser —le digo a modo de disculpa.

—Tranquila. Ni lo hubiera propuesto si llego a saber que estabas con él —se disculpó con un gesto de la mano y una sombra a la que no fui capaz de dar sentido cruzando sus ojos verdes.

—No... no estamos juntos. Es... complicado.

—Ya. Siempre lo es.

Y se dio la vuelta, despacio pero inexorablemente. Y salió de mi campo visual y de todo lo que había ocupado en mí en esos minutos juntos. Su marcha me dio una pena terrible sin saber muy bien la razón. Pero tampoco quise desmentir categóricamente que no había nada romántico entre Rodrigo y yo. Y no porque lo hubiera, que ni siquiera lo sabía, sino más bien porque dejándole pensar eso, yo, cobardemente, estaba a salvo de salir al mundo real de nuevo. Al mundo de las citas, de los sentimientos a flor de

piel y del dejarse llevar por las emociones. Algo para lo que, aún, no me sentía preparada.

Y, sin embargo, afloraron tantas de esas emociones en ese mismo instante en mi interior, que me costaba manejarlas de manera satisfactoria. La alegría por el regreso de Rodrigo; la pena por la marcha de Manu; mi propia incapacidad para avanzar...

Regresé cabizbaja a mi casa, donde Rodrigo me esperaba sentado en los escalones de la entrada. Su mirada, inescrutable y dura, estaba fija más allá de mí. No quería mirarme y eso me confundió aún más que mi tremenda e indescifrable tormenta emocional.

—¿Es él? —preguntó con la voz lejana, como si le perteneciera a otra persona—. ¿Es tu *Caballero Oscuro*?

—No es tan oscuro como pensaba —acerté a decir, un poco a la defensiva.

—Eso se ve a la legua.

Su disgusto me enervó. De pronto, que estuviera enfadado porque alguien que era un borde resultara ser una persona más agradable de lo esperado, me enfadó a mí aún más. No lograba comprenderle, y mi frustración hizo que me pusiera inmediatamente a la defensiva.

—¿Qué quieres, Rodrigo? —le espeté sin mucho tacto—. ¿Has venido a socorrerme de un peligro imaginario o solo a comprobar que no la estoy cagando con tu dinero y tus expectativas?

Airada, pasé a su lado sin dedicarle ninguna otra mirada, ni furibunda, ni dolida, ni burlona. Solo deseaba estar sola, rumiar mis emociones, y decidir si algo de eso iba a determinar mi forma de llevar ese negocio de la manera más profesional posible.

Rodrigo no me siguió y no me pidió más explicaciones. No me molestó, ni buscó prolongar la pequeña discusión con la que había rubricado su regreso inesperado.

Pasé el resto de la tarde intentando ordenar tanto mis pensamientos como las ideas de reforma que quedaban por aplicar, y me metí en la cama sorprendentemente pronto, acompañada de un puñado de las hierbas de mi madre, especialistas en hacerme dormir sin sueños varias horas seguidas.

Ahora, en la cama, recién levantada y descansada como pocas veces, pienso en no manejar siquiera nada de lo de ayer. Dejar que todo siga su curso, que sea lo que tenga que ser, que yo ya estoy un poquito harta de

luchar contra los elementos. Con lo fácil, relajante y sano que es dejarse llevar...

Como subrayando mis pensamientos o, quizá burlándose de ellos, oigo que llega un sonido de la parte frontal de la cabaña y me pongo alerta. Mi casita es realmente pequeña. Se compone de un salón con cocina integrada, un pequeño aseo con una ducha diminuta, pero funcional, y un dormitorio ocupado en su totalidad por una cama cómoda y sencilla.

Al ruido inicial se suman unos pasos que me aceleran el corazón y, poco después, los primeros acordes de *Sweet Child of mine* de Guns N' Roses, lo que, irremediablemente, me lleva a la casa de Soraya, a las tardes de primavera tumbada leyendo en el jardín, a Rodrigo tirándome miguitas de pan para molestarme y a Ane pegada al teléfono toda la tarde, hablando con sus amigas y haciendo planes que nunca me incluían.

Una sonrisa tonta se instala en mis labios y pienso en que casi no ha transcurrido una vida, que eso fue casi ayer. Que, de hecho, aún puede ser hoy y que, si quisiera, podría salir a leer al jardín, que Rodrigo me seguiría molestando entre risas y acordes de rock. El mal humor del día anterior, si es que quedaba un mísero rastro, se va del todo y me levanto de la cama con una vitalidad y unas ganas que agradezco profundamente.

Salgo de mi habitación sin importarme vestir aún mi pijama veraniego de *Star Wars*, con un Vader arco iris enorme en el pecho, y me dejo guiar por el olor maravilloso y envolvente del café, que llega desde mi cocina de juguete. En ella, Rodrigo, demasiado grande para las dimensiones de toda la cabaña, se afana en preparar un señor desayuno, de esos que parecen hechos y servidos en hoteles de lujo.

Ha cortado fruta fresca, ha usado mi trabajoso exprimidor manual para hacer un zumo de naranja con una pinta más que apetecible, está sirviendo el café y acabando de echar aceite y miel a las tostadas, justo como a mí me gustan.

Me relamo, no puedo evitarlo, y me siento sin decir ni una sola palabra a la mesa, preciosamente dispuesta para este desayuno de campeones. Al cabo de unos segundos, él ocupa la silla libre a mi lado, y ambos nos lanzamos a engullir con ganas todas las delicias que nos rodean.

Me gusta estar así con él. Sin palabras, sin nervios, sin intentar impresionarnos o picarnos. Así como si fuéramos de verdad dos hermanos con esa intimidad tan natural y tan perfecta, la que no necesita actos artificiales ni palabras edulcoradas. Esa intimidad que hace que él me

limpie el bigote que deja la leche en mi labio o yo pruebe los cereales directamente de su taza.

Me pasa el bol con la fruta y le sonrío. Saboreo las fresas que ha preparado y los kiwis, que están perfectos de sabor, en su punto óptimo de maduración. No me puedo creer que justo me haya ofrecido algo que ni siquiera sabía que necesitaba: unos mimos extra en forma de cuidado desayuno.

—¿Empezamos por las de delante o por las últimas? —rompe por fin este beatífico silencio que era como las aguas calmas de un lago en un precioso atardecer de junio.

—¿De atrás hacia adelante? —sugiero captando al instante que se refiere a las casitas y a la mano de pintura que van a recibir—. Así, si queda súper horrible, habremos empezado por las nuestras.

—¿Las quieres usar de conejillo de indias? —se ríe—. Pues más te vale que quede bien, que has comprado toda la pintura de golpe.

—Me prometieron un reembolso si resultaba ser la idea más loca del mes. Siempre les ronda gente como yo, están acostumbrados.

Se le nota relajado y feliz. Parece un chico al comienzo del verano, tras superar todos sus exámenes finales con buena nota, dispuesto a disfrutar las merecidas vacaciones que se ha ganado. Yo también quiero dar esa imagen, pero soy consciente de que tengo demasiadas cosas de las que me siento responsable, y más con él aquí, que es quien, básicamente, está pagando por todo lo que he ido gestionando estas semanas.

—La cuadrilla llegará en unos minutos —dice cuando acabamos con todas las delicias que ocupaban la mesa—. Yo recojo mientras te duchas y te vistes.

Él está vestido para la faena. Pantalones vaqueros desgastados, camiseta de manga larga de estilo béisbol, blanca con las mangas verdes, y una visera puesta del revés. Todo muy de los noventa. Muy de adolescente rebelde pese a que ya pasa de los treinta. Está guapo, con su barba clara de tres días asomando en su mentón y ese aire macarra irresistible que destila por cada poro de su piel.

—¿La cuadrilla? —pregunto enarcando una ceja, absolutamente confusa.

—¿Tenías pensado pintar tú sola todas las cabañas? Porque es una locura incluso para los dos. Como no has contratado el trabajo con nadie, he pensado en traer ayuda.

—No puedo creerme que hayas venido desde California solo para esto —digo con el corazón encogido de gratitud.

—Bueno... tenía que proteger mi inversión, como dijiste ayer.

Bromea. Sé que bromea y que no me tiene en cuenta mis estúpidos enfados y salidas de tono. Lo cual no evita que me ruborice y me sienta una completa estúpida por haber planteado siquiera la posibilidad de que él no se fiase de mí.

—Siento ser tan tonta a veces...

—El tonto fui yo por no avisarte. Quería darte una sorpresa.

—Pues me la diste.

—Lo sé. Aunque también me la llevé yo.

Callamos. No quiero entrar en el tema de Manu. No quiero pensar en que Rodrigo pudiera estar celoso o que su exceso de responsabilidad para conmigo me condicionara hasta en el hecho de hablar o no con otras personas. No quiero que llegue hasta ese punto, por más que sienta que su papel es el de protegerme o librar mis batallas.

—¿Por cuadrilla te refieres a tu madre y a mi padre? —Desvió el tema antes de meterme en mi habitación para recoger mi ropa y dirigirme a la ducha.

—Y a Tata —añade—. No se lo perdería por nada del mundo. No para de decir que se le tenía que haber ocurrido a ella.

Sonrío. La familia de una loca, a la fuerza, tiene que estar un poco loca también, ¿no?

Corro a la ducha y en menos de diez minutos salgo como nueva. Mi pelo hecho un moño informal en lo alto de mi cabeza, con mi pañuelo de rollo *pin up* habitual y mi peto lleno de pintura. Me siento un poco como Meryl Streep en *Mamma Mía!*, informal dentro de la elegancia. O al menos quiero pensar que no he perdido mi apreciada elegancia ni un ápice.

Aunque, si te tengo que ser sincera, es curioso cómo cada día que pasa me siento más cómoda con esta ropa y este *look* zarrapastroso. Me pregunto dónde habré escondido a la presumida que se gastaba media nómina en zapatos y que era incapaz de salir de casa sin arreglar. La que no se hubiera puesto de esta guisa en presencia de nadie ni hubiera prescindido de mirarse en el espejo al salir de casa. La señorita y la pija se están muriendo de inanición dentro de mí. Y no sé por qué, pero algo en todo eso me hace sentirme más a gusto conmigo y con lo que me rodea.

Rodrigo ha terminado de recoger y ha salido de la casita que, de pronto, parece tan vacía sin su presencia. Aparto ese pensamiento que no me conviene en absoluto, y salgo a la preciosa mañana que el sol nos ha regalado.

Todo a mi alrededor es hermoso. El verde de los prados del valle de Ergoyena, las cumbres de San Donato y Lurbain, toda la sierra de Andía, hermosa, altiva, vigilante y protectora...

Ya ha llegado todo el mundo. Soraya y mi padre, risueños y vestidos de peones de albañilería; Tata, con una falda larga atada con un nudo para que no se le revuelva con la suave brisa matinal. A su lado, Pentxo, de muy malas pulgas, se cruza de brazos y mira desafiante en mi dirección. Supongo que Tata lo ha secuestrado y obligado a colaborar, en contra de su voluntad, salta a la vista.

Rodrigo se acerca a mí con un papel en la mano y me lo señala dubitativo.

—¿Estos son los colores y las cabañas que los van a recibir, verdad?

Asiento y se va al cobertizo a por los primeros. Nos dividiremos en tres grupos y cada uno pintará una de las casitas. Así, quizá, acabemos antes y podamos hacer el mayor número de cabañas en los dos días del fin de semana que tenemos por delante.

—Traigo más ayuda —anuncia Rodrigo, que trae a su cola a Manu.

Lo ha dicho con la voz apagada, como sin ganas. Les dedico una mirada a ambos y les sonrío. Hago un gesto de agradecimiento hacia Manu, que viene dispuesto a mancharse y a arrimar el hombro.

—Tata me ha convencido de que hoy no tenía nada mejor que hacer —dice jocosamente, mirando hacia la dueña del camping, que le devuelve la sonrisa y un cariñoso ademán que me enternece. Se nota que fluye mucho cariño entre ambos, sobre todo por la sonrisa beatífica que Tata ha dibujado en su rostro al mirarlo.

Nos dividimos las cabañas de atrás hacia adelante. Rodrigo y yo nos ponemos con la mía, que será rosa chicle. Unas chispas inescrutables salen de los ojos de Manu cuando nos alejamos para empezar el trabajo. Le miro en silencio y le sonrío porque quiero que entienda que todo está bien. A él le toca compartir cabaña con Tata, la que sigue a la mía, que será lila. Mi padre y Soraya se ponen con la siguiente, azul cielo y Pentxo, la que va a continuación, de aguamarina.

Antes de dar el primer brochazo, unas voces a mi espalda me sobresaltan. Me giro y veo con estupor cómo las *Supernenas*, las viudas deportistas del pueblo, se acercan a nosotras, vestidas con pantalones viejos y camisas holgadas que, sin duda, pertenecieron a sus maridos, que en paz descansen. Su aspecto, risueño y dispuesto, me indica que también han sido víctimas del encanto de Tata, para convencerlas de que se pasen la mañana del sábado dándole a la brocha. Tras ellas, un cohibido Andoni, las sigue un poco azorado.

El panadero del pueblo siempre ha sido un hombre tímido que nunca le ha negado un favor a Tata (ni viceversa). Yo creo que él, secretamente, lleva toda la vida enamorado de ella, pero Tata no quiere ni oír hablar de ello cada vez que alguno de nosotros sacamos el tema.

—Eki se ha quedado en la panadería, así que he pensado en venir en echar una mano —dice con una timidez que no deja de llamar la atención y, a la vez, enternecer en un hombre que ya ha pasado los sesenta.

Eki es su hijo, que acaba de volver de estudiar en alguna de las mejores escuelas reposteras de Europa. Nadie entiende qué hace en Unanua de nuevo, desaprovechando el enorme talento que ha adquirido como pastelero, pero no le hacemos ascos a su mano, a los postres que prepara y que están colocando la modesta panadería de su padre en el centro mismo de Navarra.

Tata le hace un gesto para que se les una a ella y a Manu, mientras que Miren se une a Pentxo, y Casilda y Aurora se hacen cargo de la siguiente cabaña, cuyo color será el verde alga.

Miro a mi alrededor y me inunda una profunda oleada de amor por la gente que me rodea, ayudando a dar vida a una idea descabellada que no ha obtenido ni la más mínima oposición. Antes, al contrario.

Rodrigo me sonrío mientras da los primeros brochazos de profundo e intenso rosa a mi cabaña. A él, más que a nadie, le agradezco esto. El que confíe en mí hasta este punto, el que haya venido desde California solo para ayudarme a pintar casitas, el que me transmita tranquilidad solo con posar sus ojos azules en los míos.

—No me has dicho nada de la gran noticia que te envié ayer por la mañana —dice mientras se encarga de pintar la parte de arriba y me deja a mí la zona accesible a mi escasa estatura—. Pensé que te pondrías muy contenta.

—¿Qué noticia?

—¿Desde cuándo no compruebas tus correos electrónicos? —pregunta con genuina curiosidad—. Menuda gerente...

Su broma me relaja cuando ya volvían a mi mente los nubarrones que el *mail* de Fer trae aparejados. No es momento para ponerse triste y corro un tupido velo sobre ese tema.

—Lo siento, ayer no me acerqué al ordenador en toda la jornada... ¡Fue un día agotador!

—Sí, se te veía agotada cuando llegué...

No lo dice con maldad, solo para sacarme una sonrisa, para indicarme que confía en mí y que mis asuntos siguen siendo cosa mía. Aunque no baje la guardia y me siga vigilando atentamente, con todo el mimo que siempre me ha dispensado.

—Y bien... ¿compartirás conmigo esas grandes noticias?

Se hace de rogar, como guardándose un secreto. Le salpico con la brocha y un chorretón de pintura rosa chicle le cae sobre el pelo y las mejillas. Está absolutamente adorable...

—Ya está operativa la web de reservas y... ¡Ya tenemos algunas para este verano!

La alegría me inunda. Es como la confirmación de que esto no es una idea peregrina, algo sin anclaje con la realidad... No, si hay reservas para venir a Las Cascadas, es que esto es absolutamente real.

Le miro y asiento en silencio. Sé que él me entiende y me basta con que me devuelva la sonrisa confiada y feliz.

Y pintamos, y reímos, y nos seguimos picando... mi mente se relaja del todo y no puedo evitar pensar en que las cosas deberían ser siempre así. Quizá, que siempre debieron ser así... alguien pone la radio. Suenan clásicos de los ochenta, y la voz de Freddy Mercury lo inunda todo, como lo hacía siempre en la habitación de Rodrigo, la banda sonora de unos años felices...

Junio 1997

Era el último fin de semana antes de los exámenes finales y Emma no quería ir a Unanua. Pese a todo, su padre no le dio ninguna clase de tregua o de posibilidad de quedarse a estudiar en Bilbao. Los abuelos estaban de

viaje y Pedro no la quería dejar sola. Aún le costaba hacerlo, por más que algunas personas la consideraban responsable y madura para eso y para más.

Sin posibilidad de zafarse, llegó al pueblo con el semblante torcido y una clara actitud beligerante que no le iba a beneficiar a la hora de sentarse a estudiar. Daba igual que el tibio sol del verano que estaba a las puertas lo calentara todo con una fuerza hermosa y vibrante alrededor. O que el aire estuviera cargado con el dulce olor de las lilas, todas en flor. Nada consolaba a Emma por estar allí justo cuando había decidido que debería estar en otro lugar.

Unanua solía gustarle y horrorizarle a partes iguales. Dependía mucho de Rodrigo y Ane. De si Rodrigo estaba en Pamplona, donde estudiaba, o de si Ane tenía ganas de buscarle las cosquillas. Parecía que los astros estaban de su lado: Rodrigo también había ido a estudiar y Ane estaba en casa de Tata, aprovechando que allí había más tranquilidad.

Emma saludó a Soraya apresuradamente y se encerró en la habitación que compartía con Ane nada más llegar. Quería aprovechar las horas al máximo y meterse en su cabeza esas nociones de gramática que le fallaban con el inglés. Le gustaba esa asignatura, pero algunas cosas costaban más que otras, y las preposiciones y los condicionales los tenía atragantados.

Desde el otro lado del pasillo llegaban las notas de *Somebody to Love* de Queen, lo que sacaba una sonrisa a Emma. No se podía concentrar con los berridos que Rodrigo emitía al seguir la letra, así que desistió por un momento y decidió tomarse un breve descanso, pese a que ni siquiera llevaba media hora hincando los codos.

Llamó a la puerta de su habitación, pero Rodrigo estaba en modo estrella del rock y ni siquiera se percató del ruido que precedía a Emma. Abrió la puerta y se lo encontró moviendo los muebles de la habitación hacia la esquina más alejada de las ventanas.

—Si Freddie levantara la cabeza, te demandaría por daños morales graves —fue el saludo con el que puso un pie dentro de su fortaleza de la soledad.

Él la miró contento. La esperaba, pero su proyecto le había impedido estar disponible para recibirla. Siempre era un buen fin de semana cuando ella venía con su padre, y este prometía estar a la altura.

La invitó con un gesto a sentarse en la cama, que ya estaba apoyada contra la pared opuesta a donde solía estar. Las estanterías, donde

normalmente descansaban sus trofeos, sus cómics y sus CDs, estaba en un rincón, en el suelo, y el armario enorme de caoba, forrado con plásticos de arriba abajo.

—¡Madre mía! —exclamó Emma cuando se dio cuenta de la magnitud del cambio— ¿Qué es todo esto? Y, lo más importante, ¿sabe tu madre que estás redecorando?

Se rio con ella, y supo al instante que el día solo iba a mejorar. Nunca se aburrían, y siempre descubría algo de ella que le fascinaba y lo mantenía enganchado. Se sentía atraído por su fortaleza, anidada en un cuerpo minúsculo pero fibroso, por su capacidad de réplica, por su humor inteligente, su bondad natural y por sus gustos raros pero geniales en cuanto a música, superhéroes y películas.

Sabía que no se sentía la chica más guapa del mundo, pero para él era claramente la más interesante. Sí, para él era preciosa.

Era preciosa cuando reía, cuando cerraba los ojos en busca de una respuesta, cuando contenía las lágrimas de rabia en un enfrentamiento con Ane o cuando desafiaba a su padre queriendo hacerse respetar. Era preciosa y ella aún no lo sabía. Siempre que estaba a su lado, se hacía la promesa de ayudarla a descubrirlo, porque merecía saberlo y verse con los mismos ojos con los que él no podía dejar de mirarla.

—No creí que este fin de semana fueras a venir —dijo él sentándose a su lado en su desordenada cama—. Con los exámenes y demás...

—Mi padre me ha obligado porque los abuelos no están. —Su semblante reflejaba todo el dolor que le producía el hecho de no contar con la confianza total de su padre—. No me considera mayor o responsable para quedarme estudiando en casa...

—Dale una tregua, lo está haciendo lo mejor que puede. Claro que confía en ti, pero... tiene miedo.

—¿De qué? —contestó ella a la defensiva—. ¿De que me raptan? ¿De que monte una fiesta y le destroce la casa?

—De que lo hagas todo bien y le demuestres que no lo necesitas. Está muerto de miedo pensando que llegará un día en que no lo necesites. Créeme, los padres son así de sentimentales.

Lo dijo con un deje de nostalgia en la voz, echando de menos al suyo, al que nunca podría dejar de necesitar porque hacía mucho que era solo un recuerdo en su vida.

Emma quiso consolarlo, borrar la oscuridad tormentosa que había enturbiado el habitual azul cristalino de sus ojos, y le tocó la mejilla un instante, lo justo para hacerle sentir que estaba a su lado, para lo que fuera.

—¿Y qué me dices de las madres? —bromeó ella, intentando traerle de vuelta y alejarle de la tristeza de esa ausencia que siempre le nublaba la vista—. Si conocieras a la mía, ni te la creerías.

—Las madres son ese pedazo de conciencia que nos susurra a cada momento qué hacer —lo dijo tan formal que, por un instante, a Emma le pareció que él hablaba totalmente en serio—. Son el puto pepito grillo, todo el día en la oreja, haciéndote sentir culpable por TODO.

Se rio por fin, y la tormenta pareció superada. Emma se alegró de haber dejado atrás ese momento incómodo y se relajó cuando él volvió a reírse con ganas.

—Pero luego, las madres —continuó Rodrigo, cuando cesó la risa— son lo mejor del mundo. Aunque sean tercas, mandonas, pesadas o bordes. Si tu madre te pide algo, no hay nada que hacer. Aunque sea lo más doloroso del mundo, si lo pide tu madre...

Un silencio lo inundó todo por un momento, como si las ideas de Rodrigo tuvieran que ser examinadas con lupa y luego asimiladas. Como si sus palabras sentaran cátedra y no admitieran ninguna discusión al respecto.

Se miraron un instante, envueltos de nuevo en algo parecido a la melancolía o la nostalgia.

—Tengo los finales ya... —dijo ella levantándose de la cama, con una especie de dolor al que no le encontró lugar físicamente dentro de ella—. Creo que debería irme a estudiar ya. No me importa escuchar a Freddie de fondo, pero, *porfa*, tú córtate un poco, es imposible estudiar si tengo que soportar tus berridos.

Le sacó la lengua y se encaminó a la puerta. No quería irse, pero era responsable, tanto como su padre no quería terminar de ver.

—¿De qué es tu examen? —preguntó Rodrigo mientras se acercaba a unos botes que contenían pintura de un suave verde quirófano, y se agachaba para revolver el contenido de uno de ellos.

—Inglés.

—Eso no debería ser un problema para ti.

—Sigo atascada con las preposiciones.

—¿*In*, *on* y *at*?

—Esas... —Y suspiró con fuerza, como si mentarlas la devolviera a esa realidad en la que no era tan buena en inglés como siempre había creído.

—Si me echas una mano aquí, te ayudo a repasar. —Y sonaba tan apetecible la idea de no encerrarse en esa habitación que le recordaba a la odiosa Ane y a su rechazo continuo...

—¿Y qué es exactamente en lo que tengo que echarte una mano?

—¿No lo ves? —preguntó haciéndose el inocente—. A pintar, ¿a qué iba a ser si no?

—Ya me imagino que es a pintar, pero ¿por qué ponerte a pintar tu habitación en plena temporada de exámenes? ¿O es que no hay exámenes en tu universidad?

—Claro que los hay —afirmó Rodrigo incorporándose—. Pero con este color en la pared es imposible estudiar.

Señaló la pared de la derecha, pintada de un intenso rojo, la que más personalidad tenía de toda la habitación. Aquel lugar siempre le había parecido uno de los más bonitos del mundo, por todo lo que significaba para ella. Tenía personalidad y se parecía al propio Rodrigo. Era una especie de mezcla perfecta de fuerza y autodeterminación. Esa pared decía “Eh, miradme, soy único en el mundo. Soy lo que quiero ser. Y me gusta como soy”. Esa pared era todo lo que Emma no tenía y anhelaba desde siempre. La miró con pena y se volvió hacia él.

—No puedes hablar en serio —dijo en un susurro—. No puedes pintar tu pared. Y menos aún de ese color, que parece de hospital.

—Es un color que relaja. Es ideal para centrarse y estudiar. Y sacar buenas notas.

La miró con una súplica muda en su rostro. Así era Rodrigo. Caótico, sorprendente, intuitivo. Si él creía que debía hacer ese cambio, no iba a poder convencerle de lo contrario. Así que se fue a su cuarto, buscó ropa vieja y se unió a él para cambiar lo que ella detestaba que cambiara. Así, de paso, se convencía de que lo establecido siempre puede cambiar. Por más que algo nos gustara, era importante no aferrarse a ello. Así, cuando faltara, dolería mucho menos.

No protestó. No intentó hacerle cambiar de opinión, porque sabía bien que era inútil. Como buena amiga que era, le apoyó, le ayudó y le dejó seguir adelante con su plan.

Pintaron mientras repasaban las preposiciones en inglés, mientras reían por tonterías, mientras la pared roja desaparecía bajo otro color. Blanco,

primero. Anodino verde hospital, después. Y allí, con la pintura roja, se quedó enterrado su enfado por haber ido al pueblo y por no ser considerada una adulta.

A veces, era tan divertido no serlo aún...

—¿Qué te parece si vamos al lago de la cantera después y repasamos matemáticas mientras nos damos un chapuzón merecidísimo?

Emma asintió en silencio. Sabía, de un modo absoluto y confiado, que iba a salirse en el examen de inglés del martes. Sí, podían ir a la cantera después. Se lo habrían merecido.

Capítulo 11

Sola en la oscuridad

Miro a mi alrededor y apenas puedo creerme que todo esté perfecto, acabado, reformado, listo para ser usado y disfrutado.

Las reservas han ido llegando estas semanas y aunque hoy abrimos oficialmente, no será hasta primeros de julio que el bullicio se instale de nuevo entre las cabañas, la zona de acampada, el pequeño lago interior o la piscina. Tengo un miedo extraño instalado entre mis costillas, pensando en que hoy sabré si he fracasado o si puedo hacer algo bueno aquí. Si hoy llega un cliente, si hoy se confirma que puedo... podré dormir un poquito más tranquila.

Me da la sensación de que he envejecido una década en estas cinco últimas semanas. No he parado de trabajar, de pensar en mejoras, de recibir favores y ayuda, de darle vuelta a lo que aquí hace falta... estoy agotada y solo necesito respirar un momento, coger aire para afrontar la temporada con la energía que necesito para ello.

Hemos contratado gente para llevar la cafetería, el pequeño supermercado, la seguridad de la piscina y la limpieza de las zonas comunes. Todos ellos se unen al peculiar Pentxo, que seguirá al cargo de la jardinería y horticultura del camping. El equipo, pequeño, pero con mucha ilusión, ya ha empezado a trabajar y Las Cascadas se siente ahora con vida, como si la marcha de los obreros, en lugar de soledad, hubiera dejado en este sitio una gran reserva de vivencias de las que todos estamos deseando ser testigos.

Rodrigo se fue tras cuatro días pintando, pero ha prometido volver, y ya parece que, de forma más permanente, la primera semana de julio. Manu también se ha ido, aunque la suya es una ausencia más rara, más silenciosa, más inesperada.

Después de acabar de pintar las cabañas apenas volví a verlo en los días sucesivos. Las responsabilidades con las cosas que aún estaban pendientes de asumir o acabar en el camping, y el encargarme del enorme trabajo de papeleo detrás de todas las reformas, me sumió en un estado de confinamiento del que tardé en salir casi otra semana. En ese tiempo, me crucé apenas dos o tres veces con Manu, que entraba o salía de su cabaña, y apenas cruzamos más que un saludo y un par de palabras.

En parte, quería creer que era la falta de tiempo, que hasta me impidió agradecerle como se merecía su ayuda y su esfuerzo en dar forma a mi proyecto de color para las casitas. Pero también era cuestión de temor, de no saber de qué hablar con él o de enfrentarme al hecho de que me moría de ganas y de miedo de salir con él a divertirme un rato. Si es que esa oferta seguía en pie, que nada me lo aseguraba.

Finalmente, el siguiente fin de semana, apareció en mi puerta con dos cervezas frescas y una sonrisa tan enigmática, que me hizo dejarlo todo y sentarme en las escaleras a su lado.

—Casi no puedo creer que este sea el mismo lugar que conozco desde los cinco años —dijo mirando al frente y bebiendo un largo trago de su botella.

—Ante todo, no quería que perdiera su esencia. ¿He fracasado? ¿Me lo he cargado? ¿Lo odias?

Creo que la angustia y la ansiedad de mi voz hacían que sonara muy aguda, como si estuviera realmente aterrada de haber hecho que este lugar hubiera perdido lo que le hacía único y maravilloso.

—No, no, la esencia está aquí —se apresuró a tranquilizarme—. Es todo diferente y, a la vez, de alguna manera, sigue estando todo aquí. La verdad es que has hecho un trabajo asombroso.

—El dinero de Rodrigo ha ayudado mucho, créeme —añadí soltando todo el aire que tenía retenido en mis pulmones por culpa de los nervios.

Si mi trabajo aquí, en lugar de enganchar y conectar con lo que a mí me había transmitido siempre Las Cascadas, conseguía justo lo contrario, jamás me lo perdonaría a mí misma. La idea era rescatarlo, dotarlo de innovaciones y darle un aire más actual, pero en ningún caso matar ese espíritu libre con el que Tata lo había hecho nacer más de cuarenta años atrás.

—“Siempre hay sitio para la magia en Las Cascadas” —recitó esas palabras, y no pude evitar pensar, inmediatamente, en Tata y en la cantidad enorme de veces que se las había oído pronunciar a ella durante toda mi vida. Primero, como la niña que acudía cada verano con sus padres al camping; luego, como una especie de nieta postiza que me acogió siempre con los brazos abiertos.

—“Siempre hay sitio para la magia en Las Cascadas” —repetí evocando esa magia especial y única que, en realidad, siempre sentía al poner mis pies en este lugar, verano tras verano, mientras crecía y me convertía en otra

persona. En alguien que me sorprendía cada día y que, a veces, hasta era incapaz de reconocer.

—¿Vas a quedarte todo el verano? —preguntó de pronto, sacándome de mi evocación.

—Claro, este es ahora mi trabajo. No tengo ningún otro sitio al que ir.

—Bueno, este es un sitio genial para estar —aseguró mientras asentía con la cabeza y apuraba su cerveza. Yo apenas había tocado la mía, demasiados nervios luchando en mi estómago como para incluir alcohol, por más que solo fuera una parte ridícula.

—Sí que lo es.

La suave brisa de la tarde traía el olor intenso de los tilos y de los pastos recién segados que rodeaban el camping. Olía a libertad, a promesa de verano, a sol bañando la piel de la tierra. Cerré mis ojos un instante, asimilando esas palabras. Porque eran ciertas, Las Cascadas era un buen sitio para estar y mi decisión cada día se sentía más correcta.

—Cuando necesito pensar o desarrollar alguna idea, siempre vengo aquí, donde pasé los mejores momentos de mi vida. —Su voz era apenas un susurro, el sentimiento que la atravesaba me hizo sentir un escalofrío—. Primero en la autocaravana de mi padre y luego, ya más mayor, en la cabaña que comenzaron a alquilar y que él acabó por comprar para mi madre.

—¿Estás en uno de esos momentos? ¿Has venido para pensar? —me aventuré a preguntar. La verdad es que me moría de curiosidad por saber qué le había traído hasta aquí y, más aún, cuánto más tenía pensado quedarse.

A veces me daba por pensar en él y en sus motivos para permanecer en la cabaña, pese a que unas semanas atrás el lugar era como un campo de batalla, ruidoso e incómodo. Pese a todo, el enigmático Manuel Sánchez Bilbao, anteriormente conocido como Manolito, había decidido quedarse en ese páramo yermo y destrozado, quizá buscando algo que yo no alcanzaba a comprender.

En ocasiones pensaba que le había dejado una mujer, que lo habían herido y abandonado, como a mí. Que un Fer femenino le había dado la patada por seguir sus sueños, o porque había decidido querer a otro. O, quizá, se había quedado sin trabajo y estaba buscando una forma de volver a retomar su carrera laboral, la cual, por cierto, desconocía del todo.

Pero sentía, de algún modo, que lo que le tenía allí anclado tenía que ver con el pasado. Con su madre enferma, con su padre fallecido. Como si necesitara aferrarse a algo que sintiera como real y que lo mantuviera consciente de todo. ¡Qué demonios! Mis conjeturas me estaban volviendo loca, por lo que sabía, que era poco o nada, hasta le podían haber abandonado en el altar.

No sé por qué, pero me daba mucho miedo preguntarle directamente. Era más fuerte ese miedo que la insistente, odiosa y machacante curiosidad que me estaba matando por dentro. El miedo mantenía la lengua quieta, me evitaba problemas. Aunque también me dejaba sin respuestas. Y una periodista sin respuestas, siempre, invariablemente, se siente frustrada.

—He venido en busca de calma. Y sí, también a pensar. Tengo mucho en lo que pensar últimamente.

Sus ojos verdes emitieron una especie de destello, como si algo hirviera en su interior. No sé si pena, rabia o un poco de ambas. De pronto, se le veía como perdido, como si estuviera buscando infructuosamente la salida de un laberinto enrevesado que lo mantuviera preso de sí mismo. Me dieron ganas de abrazarlo y susurrarle al oído que todo iba a salir bien. No porque fuera lo que siempre se dice en estos casos, sino porque realmente lo creía. En Las Cascadas nada podía ir mal, al menos eso es lo que siempre había sentido.

—Quiero disculparme por todo el ruido y el alboroto de los primeros días —pedí perdón por enésima vez—. Supongo que no era el mejor escenario para pensar.

—No, no lo era para pensar —se rio bajito—, pero sí lo fue para descargar parte de la rabia que tenía aquí, haciéndome mucho daño y convirtiéndome en una mala persona.

Se tocó el pecho, a la altura del corazón mientras hablaba, y arrastró las palabras con mucha pena, preñadas de algo parecido al arrepentimiento o al pesar.

—Estaba muy enfadado cuando llegué aquí —confesó—. Por eso te traté mal al principio, y fui así de borde y de gilipollas.

—¿Y ahora? ¿Van mejor las cosas?

—No ha cambiado nada salvo mi actitud. —Miró su botella vacía y la posó a sus pies con un gesto pausado, como a cámara lenta—. No puedes estar eternamente enfadado con la vida. Mi padre siempre lo decía... he tardado unos días en darme cuenta de que me estaba olvidando de las cosas

que siempre me estaba enseñando. Me siento fatal conmigo mismo por eso... es como si le hubiera fallado, ¿sabes?

Se quedó en silencio, jugueteando con su pie en la tierra del suelo, mientras arrancaba pequeñas briznas de hierba y las lanzaba lejos, con parsimonia, sin gestos bruscos. Daba la impresión de que aún estaba perdido, pero yo lo estaba más aún. Sin nada claro sobre cómo debía consolarlo, porque podía meter la pata si no medía mis palabras.

—Estoy segura de que, si las razones que te llevaron a enfadarte son poderosas, te comprendería... un padre siempre acaba por perdonar.

—Sí, puede que sí... aunque eso nunca lo sabré.

Se podía considerar esa como nuestra conversación más larga y más íntima desde nuestro reencuentro. La más rara también. Lo mejor que podía hacer era reconducirlo hacia temas más triviales y frívolos. Al menos, así dejaría de ver en sus ojos esa mirada de gatito abandonado.

—Llevas aquí ya varias semanas, ¿has pedido una excedencia en el trabajo o... estás buscando empleo?

Giró lentamente sus ojos hacia mí, dibujando una sonrisa traviesa en sus labios carnosos. ¡Qué apetecibles eran cuando hacía eso!

—¿Te molesta mi ociosidad o es que pretendes ofrecermé trabajo?

—¿Por qué? ¿Buscas uno?

Bromear con él era más fácil que ponerse metafísico. Yo me sentía más a salvo, porque hacer reír se me daba mejor que buscar el sentido de la vida. Aún no tenía respuestas para mis propias preguntas transcendentales, así que no me creía tan arrogante como para intentar buscar las suyas.

—Ya tengo un trabajo, gracias.

—¿Y me vas a contar de qué se trata o tengo que interrogarte? La intriga me está matando...

—Siempre fuiste una impaciente —dijo reprimiendo una risa que a punto estuvo de escaparse de su garganta. Era bonito verle libre de esa sombra atravesándole el semblante.

—Eso es verdad. Venga, desembucha.

Me cogió mi cerveza de las manos, a la que yo ni siquiera había acercado los labios, y dio un trago generoso. Me la devolvió haciéndome un gesto que me invitaba a imitarle. Lo hice, porque de repente me había entrado sed al verle tan decidido. Lo veía como veinte veces más sexy que un minuto atrás. ¿Era eso posible?

—Soy ilustrador y trabajo por cuenta propia, lo que me permite hacerlo desde casi cualquier lugar —contestó tras pasarse la mano por la cara, buscando despejarse—. Solo necesito un cuaderno de dibujo, mis lápices y, cuando quiero mostrar mi trabajo al cliente, una conexión a Internet y un escáner. Misterio resuelto.

—Ahora me acuerdo de lo mucho que te gustaba dibujar —añadí recordándolo de crío, haciendo garabatos en todas partes, incluso en la misma arena del lago o en las servilletas del bar—. ¡Hacías unas caricaturas geniales! Creo que tengo aún por ahí una que me hiciste aquel último verano que pasé aquí...

—Sí, bueno, he mejorado un poco desde aquellos esbozos de chaval —dijo con una media sonrisa que no ocultaba su orgullo—. No se me da mal y hasta me pagan por ello.

—¿Bromeas? ¡Tenías mucho talento ya entonces! —Y era verdad, absolutamente verdad— ¡Hasta los mayores te pedían que los dibujaras!

Recordé entonces la cara de Manu cuando alguien le rogaba que usara su lápiz de dibujo y le hiciera una caricatura o un retrato a carboncillo. Tenía un talento enorme y, lo mejor de todo, se notaba que aquello le gustaba y le hacía feliz. Saber que había hecho de eso su profesión, me llenó de una alegría inmensa, que sé que se reflejaba también al hablarle y al felicitarle.

—¿Los mayores? —se rio entonces—. ¿Te das cuenta que, ahora, tenemos casi la edad de esos 'mayores' a los que te refieres? Somos unos ancianos comparados con esos críos que fuimos hace media vida...

—¿Tan viejos somos ya? —No pude evitar seguir su broma, aunque con un poso de miedo instalado en el estómago, al darme cuenta de que eso que decía era verdad. Ya estábamos más cerca de los padres que tuvimos que de aquellos hijos que fuimos. Y eso, cuando por fin eres consciente de ello, es terrible y abrumador.

—Seguro que tu madre tendría casi tu edad cuando empezó a traerte a este sitio. Y tu padre, lo mismo. —Sus ojos se velaron por un instante, cubiertos de nuevo por una bruma triste que se los enturbió—. Los míos, no, claro. Eran de la edad de tus abuelos cuando nos conocimos.

Sí, su madre siempre me había parecido mayor, demasiado, casi podría pasar por una abuela, comparada con nuestras madres, más jóvenes y modernas que ella, chapada a la antigua y entrada en años. Su padre

también, era el mayor de todos, pero también era el más divertido, el más generoso, como un abuelo que nos mimaba y consentía a todos.

—Llegué muy tarde a su vida, así que no podía competir con la juventud de los padres de los demás —dijo compungido—. Siempre les odié un poco por eso. Por ser mayores y hacerme sentir tan diferente.

—Tu madre fue muy valiente teniéndote tan mayor...

—No me *tuvo* —subrayó la palabra con un tono afilado, ajeno, duro—. Me adoptaron.

—¿En serio? —La noticia me pillaba de sopetón, eso lo reconozco—. Nunca me lo contaste.

Se tomó un segundo para responder, inmerso en alguna reflexión interior, anclado a sus propios recuerdos.

—No lo supe hasta que cumplí los veintitrés años. ¿Te lo puedes creer?

No, no podía creermelo una cosa así. Entiendo que los padres encuentren difícil contar algo así a un hijo si no han conseguido normalizar la situación siendo pequeños... pero, ¿esperar más de veinte años? ¡Eso no tiene ninguna explicación!

—¡Madre mía! —No pude evitar exclamar— ¿Y cómo te lo tomaste? ¿Qué te contaron para justificar el haber tardado tanto tiempo?

—Bueno, mis padres tenían claro que me lo querían contar, pero... ¿Cómo dices algo así? ¿En qué momento justo? De niño quisieron que me sintiera lo más normal y querido como fuera humanamente posible, y de adolescente... bueno, ya sabes que cuando estás inmerso en esa época tan caótica, en la que en todas partes ves fantasmas y enemigos, justo saber que tus padres no son tus verdaderos padres, al menos no los de sangre... no es lo más aconsejable.

—¿Y cómo te lo tomaste? —pregunté aún asimilando sus palabras.

—Mal —reconoció apesadumbrado—. Muy mal si he de ser sincero. Les acusé de haberme mentido toda mi vida y de habérmela destrozado. Me fui de casa y tardé casi un año en volver.

—¡Lo siento, Manu! —Y era verdad que lo hacía.

—Fue una época dura, pero acabé por superarla. Un día me di cuenta de que no podía seguir enfadado con ellos... me habían querido toda la vida y me habían criado de la mejor manera posible. No podía hacerles reproches... pero sí preguntas, muchas, sobre mis verdaderos padres y sobre el proceso de adopción.

—¿Y? —pregunté absolutamente fascinada por la historia que me estaba contando.

—Y nada, sé que sabían más cosas de las que me contaron, siempre he tenido esa sensación. Pero con mi padre ya ausente y mi madre incapaz de acordarse siquiera del adulto en el que me he convertido... creo que nunca conseguiré mis respuestas.

—¿Y buscar por tu cuenta? ¿Tendrá que aparecer algo relativo a tu adopción en alguna parte?

—No creas que no lo he intentado, pero todo aquello está sumido en la oscuridad —la pena se le notaba en la voz, que se había vuelto más grave y más llena de pesar.

Las ganas de abrazarlo y consolarlo creían poco a poco en mi interior y tuve que hacer soberanos esfuerzos para no atraerlo a mis brazos. En su lugar, acerqué mi mano, temblorosa, hacia la suya. En un momento sentí que era lo que él necesitaba, contacto humano, comprensión, apoyo. El roce de su piel me hizo sentir cómoda, como si la reconfortada fuera yo. Era algo hermoso...

Manu se giró poco a poco en mi dirección. Estábamos muy cerca y su sonrisa, aunque triste, me hablaba directamente. Me daba las gracias en silencio por escucharle y por el contacto de nuestras manos. Algo que me llenó el corazón de un calor difícil de describir.

—¿Sabes esa sensación en la que todo a tu alrededor se desmorona?

Dios, lo sabía. Lo sabía tan bien que no pude evitar cerrar mis ojos, rememorando el día fatídico en el que mi mundo se vino abajo, como un castillo de naipes. Y esas semanas que siguieron, en los que hasta levantarme de la cama me causaba un dolor infinito, lacerante, demasiado intenso como para hacer caso omiso de él.

—Sé de lo que hablas. —Mis párpados se estaban llenando de lagrimitas diminutas que amenazaban con deslizarse por mis mejillas y delatar mi estado de alta sensibilidad en ese momento. Siempre he sido muy sensible... pero lo de estos últimos tiempos no tiene ni nombre.

Tras unos segundos más en silencio, Manu se puso en pie, rompiendo esa unión que nos tenía encajados, su mano en mi mano, sus ojos en los míos. Miré en dirección a mis dedos, ahora vacíos, y sentí un frío repentino que me estremeció entera. El momento de intimidad que acabábamos de vivir me hizo sentir toda mi piel de un modo extraño, abrumador, ardiente.

—Tengo que ir a hacer un par de cosillas... —Sus palabras no tenían convicción y se notaba que huía. Pero estaba bien. Quizá, de no ser él quien corriera de mi lado, acabaría por hacerlo yo del suyo. Todo eso, justo en ese momento, me quedaba grande.

—Sí, claro, hay mucho por hacer —contesté levantándome yo también del porche y quedando a su altura, pero alejados por un metro de distancia donde hacía unos segundos no había habido ni un centímetro—. Y gracias, gracias de corazón por echarnos una mano con las casitas. No te lo dije en su momento, pero sin ti hubiéramos tardado mucho más.

—Ni lo menciones. Me lo pasé muy bien.

—No, en serio. Te debo una.

Sus pies ya lo llevaban lejos de mi cabaña. La cabeza gacha y el suave viento jugando con su pelo.

—Si me debes una —dijo volviéndose ligeramente—, dime que sí la próxima vez que te invite a cenar.

Y se fue. Y yo cambié mis pequeñas lágrimas contenidas tras mis párpados, por una sonrisa del tamaño de Kansas.

Me estoy empezando a abrumar por esta inauguración a la que me he negado a concederle una fiesta. Con o sin celebración, nadie ha venido a preguntar por nuestra disponibilidad o a pedir que le dejemos instalar su tienda o su caravana.

Solo son las tres de la tarde y el verano ya se siente en la piel. La espera tras el mostrador de la recepción me va a volver loca, más si tenemos en cuenta que es muy poco probable que un martes de mediados de junio nadie piense en iniciar sus vacaciones. Así que dejo a Lucía, una de las chicas que trabajará aquí este verano, al cargo de la recepción y voy a mi cabaña a ponerme ropa de deporte.

Creo que necesito darme una buena carrera vespertina si quiero aplacar la ansiedad y los nervios de lanzar al mundo este proyecto y no ver aún resultados. Sé que apenas unas horas no es margen suficiente, pero a mi cabeza y a mi corazón no les convence mucho esos argumentos racionales.

Mientras me cambio, compruebo que no tengo correos de nadie. Rodrigo se acabará de despertar en su última semana en la Costa Oeste y aún no le habrá dado tiempo a interrogarme por el gran día. Mi madre, ni

siquiera me habla desde que le dije que no dejaría Las Cascadas por Islandia este verano, y Abril está inmersa en la última semana del cole, lo que la tiene atareada y desquiciada al mismo tiempo. De Fer tampoco sé nada desde que le mandé al cuerno.

Manu desapareció sin rastro ni dirección alternativa después de nuestra conversación al pie de mi cabaña. No sé las razones de su huida, si fue por temas laborales o si es algo estrictamente personal. No sé si tiene que ver con eso que al principio lo tenía tan cabreado o es que su madre ha sufrido una recaída y ha tenido que correr a su lado... no sé nada porque se fue en silencio y, realmente, ni siquiera sé si pretende regresar. Tampoco tengo su número de teléfono o un correo electrónico en el que poder preguntarle.

Estoy a ciegas en lo que se refiere a él, como mi adorada Audrey Hepburn en *Sola en la oscuridad*. Voy a tientas, en lo que se refiere a Manu, pero también con respecto a mi vida, en general. Me gusta esto, estar aquí, creo que se me puede dar bien. Al menos la parte de revitalizarlo y devolverle el esplendor me ha salido bastante aceptablemente, pero ¿quiero ser gerente de un camping toda la vida? ¿Conseguiré esto llenarme por completo? Ese es mi miedo, mi oscuridad... yo siendo Audrey, yendo a ciegas, rozando el pavor absoluto, ahora mismo.

Me ato los cordones de mis zapatillas rosa fucsia, a juego con mi camiseta, y salgo a la puerta de mi casa. No hace aún demasiado calor, así que no es una locura demasiado descabellada ponerse a correr cuando el sol está en lo más alto del cielo. Cojo aire, lo suelto, y me pongo en marcha, mientras en mis auriculares suena *How Far we've Come* de Matchbox Twenty a todo volumen.

Correr vuelve a ejercer de bálsamo. Vuelve a ser la válvula de escape, el mejor antídoto contra los ataques de pánico, la tristeza aguda o la indecisión. Nada mejor para poner en marcha de nuevo los engranajes que me manejan y hacen que todo marche bien.

Sin pensarlo mucho, salgo por la entrada principal de Las Cascadas y me dirijo por un camino serpenteante y despejado hacia el este, hacia el cobijo del imponente monte de San Donato. Dejo que sean mis pies quienes escojan el itinerario, que mi mente vaya en modo piloto automático, y que mi corazón solo se limite a hacer su trabajo físico de bombear sangre a todos los puntos de mi cuerpo que la necesitan, para mantener este ritmo.

Cuando me quiero dar cuenta, el camino despejado se ha convertido en arboleda frondosa, y el olor a pastos recién segados se ha transformado en

el aroma rancio del azufre y la pirita, olores que forman parte de esa época que me esfuerzo en bloquear, por más que no deje de acudir a mi cabeza una y otra vez.

Y entonces lo sé. Lo noto. Solo debo mirar a mi alrededor un segundo y sé exactamente a dónde me han traído mis zancadas y mi cabeza que, desconectada o no, me la sigue jugando. Me han traído a uno de los escenarios fundamentales de mi biografía. Me han devuelto a ese lugar donde me volví valiente y desafié al mundo. Miro a mi alrededor y me paro, no sé acertar a definir lo que siento estando aquí. ¿Miedo? ¿Nostalgia? ¿Dolor?

El lago... el lago de la cantera me devuelve una mirada desafiante, me reta a que lo afronte, a que vuelva a tomarlo, a que lo haga mío de nuevo. Durante años rogué a mis padres para que me permitieran venir con el resto de chicos del camping a tirarme de las rocas y refrescarnos en sus aguas verdes y templadas. Nunca obtuve su permiso, lo que hizo acrecentar el deseo por venir, saltar, ser valiente, volar hasta el agua y disfrutar de la vida como hacían mis amigos.

En la primavera del primer año que mi padre vino a vivir aquí, Rodrigo me trajo sin que nadie lo supiera. Desde entonces, con él o sola, siempre venía aquí cuando necesitaba diversión o soledad. Aquí aprendí a ser temeraria, a soltarme la coleta, a conocerme a mí misma. Aquí leí mis mejores historias, tuve mis mejores ideas y tomé las decisiones más importantes.

Aquí, entre estas piedras milenarias y estas aguas tentadoras, él casi me besó. Aquí, por cosas del destino, también fue donde empezó el fin de lo que siempre fuimos, esos mejores amigos que lo hubieran dado todo el uno por el otro.

Me deshago de esos pensamientos meneando la cabeza con pesar. No ha sido buena idea volver. Al menos no sola, porque estar sola con mis pensamientos en semejante escenario me pone demasiado triste. Así que desando mis pasos y pongo rumbo al camping de nuevo.

Mis zancadas me sacan de allí, pero ahora mi cabeza sí piensa. Piensa en todas las veces en las que he fracasado, en todos mis intentos fallidos. En todas las veces que me rompieron el corazón, y todos los remiendos que he ido poniéndole a través de los años y de las relaciones que no llegaron a ninguna parte.

Si Las Cascadas también fracasa, si nadie quiere venir a descubrir lo que este lugar puede hacer por la gente que, de verdad, necesita de su magia... no sé si seré capaz de levantarme de semejante caída.

Mi corazón bombea a mil por hora. Las endorfinas, sin embargo, no me están dando el bienestar que buscaba al salir a correr. Solo hay una cosa que hoy podría sacarme una sonrisa de felicidad y no está en mi mano que eso pase.

Cuando traspaso los límites de Las Cascadas, cuarenta y cinco minutos después de haberme ido, creo que el día, después de todo, puede mejorar. Pese a todos mis malos pronósticos y la escasa fe en mi trabajo y en este lugar con la que he salido a trotar por los caminos, hay una caravana de matrícula holandesa aparcada en la zona correspondiente.

Los milagros existen y sí, la sonrisa que se dibuja en mi cara será muy difícil de borrar en mucho, mucho tiempo.

VERANO

OceanofPDF.com

Capítulo 12

Atrápame si puedes

—¿Quién quiere oír la historia de la noche de San Daniel? —La voz de Abril se hace oír entre el griterío de los niños que invaden la cafetería, justo después de los desayunos.

El día se ha despertado gris, pero las ganas de los más pequeños hacen que ni siquiera importe que el tiempo no nos vaya a acompañar en la celebración de esta noche. No dan lluvias, así que, al menos, los paraguas no nos enturbiarán la fiesta.

Todos los presentes en la cafetería gritan al unísono, para hacerle saber a Abril que ellos quieren conocer la historia de los amantes del Valle de Sakana, los responsables de que esta noche se llene de magia y máscaras toda la región y que, aquí, en Las Cascadas, celebremos la fiesta más divertida y multitudinaria del verano.

Abril lleva aquí quince días y ya me ha revolucionado el camping entero. Desde el mismo día en que se bajó de su coche y se acercó corriendo a darme un abrazo, no ha dejado de sorprenderme. Y mira que la conozco desde hace tiempo, pero lo que ha conseguido aquí me deja boquiabierto.

—Ya has arreglado el camping, ya has demostrado que sabes reparar cosas —dijo nada más verme—. Ahora es tu turno. Recoge tus pedazos y vamos a recomponerte.

Me dejó sin palabras. Me abrazó y se puso a trabajar en el camping y, por supuesto, en mí.

Ha decidido pasar el verano entero conmigo, gracias a que su trabajo de maestra le permite estos periodos vacacionales tan extensos. No puedo estarle más agradecida porque hasta que llegó a mi lado, no sabía lo mucho que la necesitaba.

Abril siempre consigue animarme. Con sus risas, sus ocurrencias, su dinámica, sus consejos y, sobre todo, con sus abrazos de oso y sus noches de tequila y ginebra. Creo que no hay en el mundo otra persona que logre de mí lo que saca ella: que me abra, que respire, que logre ver el camino pese a los árboles que lo tapan... Abril es mi guía espiritual, mi chamán en este periplo vital que, a veces, tanto me cuesta afrontar.

Llegó con la entrada de julio, trajo aire fresco, ideas nuevas y un cargamento de besos y abrazos que me han venido de perlas. Enseguida quiso colaborar y no quiso ni oír hablar de cobrar ni un céntimo, lo cual no creo que sea justo, pero con ella es inútil discutir.

Ha recogido bajo su manto de mamá gallina a toda la chiquillería de Las Cascadas, como si de sus polluelos se tratase, y los ha convertido en pequeños adoradores del culto a Abril. Les hace reír, los saca de excursión, hacen tablas de gimnasia, les cuenta cuentos e historias de miedo e, incluso, les ha montado una yincana para la semana que viene que los tiene a todos como locos.

—Hace mucho, mucho, mucho tiempo —su voz, aunque suave, es capaz de acallar todas las voces de la cafetería, de los críos a su alrededor, y captar la atención de todos los que estamos allí—, tanto que las crónicas han olvidado la fecha exacta, vivía en lo alto de San Donato un joven pastor de nombre Leandro. Era apuesto, trabajador y tenía el corazón más puro de todo el valle. No toleraba las injusticias y, más de una vez, había dejado sus ovejas para tomar las armas y defender a los que no podían hacerlo por sí mismos.

»Una tarde cualquiera, mientras estaba llevando al ganado a pacer a las tierras más bajas del valle, oyó el sollozo de una mujer, justo al pie de un pequeño riachuelo donde solía llevar a sus ovejas a refrescarse.

»Se acercó con sigilo y la observó con devoción, pues la muchacha era joven y hermosa como una flor en primavera. Quiso consolarla y alejar el llanto de sus preciosos ojos, así que se presentó ante ella y le juró que, cualquiera que la hubiera hecho llorar, se las vería con él.

»La joven, lejos de asustarse por la aparición y la intensidad del pastor, se descubrió a sí misma fascinada por ese apuesto hombre que, saliendo de la nada, se ofrecía a protegerla de todo mal y a vengar cualquier afrenta que hubiera sufrido.

»La muchacha, que se llamaba Inés y que era hija del señor del valle, le contó a Leandro que la acababan de prometer con el conde de Tolosa, y que había huido de su casa para quitarse la vida, antes que afrontar su destino y casarse con un hombre que le sacaba veinte años, y al que los chismes del valle le hacían mujeriego, cruel e impasible.

»El pastor, crispado por la triste historia de la dama, se prometió a sí mismo que salvaría su vida, a la vez que evitaría un matrimonio con tan malas credenciales. Así que animó a Inés a volver a casa y a fungir que

estaba de acuerdo con esa boda y ese destino. Ella, a regañadientes, pero total y absolutamente enamorada del pastor, confió por fin en su palabra.

»La noche de San Daniel, justo el día en la que la boda debía celebrarse, mientras la joven temía que su amor se hubiera olvidado de ella, Leandro apareció en la casa del señor, disfrazado de juglar. Hizo que le dejaran entrar para amenizar la jornada de fiesta y, una vez dentro, llegó a los aposentos de su amada, y le tendió la ropa de una pordiosera para que se vistiera con ella.

Inés, convencida de que cualquier cosa era mejor que convertirse en la esposa del marqués, hizo caso de su pastor, mientras este revolvía la estancia y, con gran pericia, la prendía fuego.

»Mientras se alejaban, nadie reparó en el juglar y la mendiga, atareados como estaban todos en la villa en apagar el fuego ocasionado por Leandro.

»La leyenda cuenta que a Inés la dieron por muerta, así que ella se instaló en la cabaña de su amado, en lo alto de San Donato, donde su enamorado siguió cuidando de sus ovejas y combatiendo las injusticias. Cuentan también que tuvieron quince hijos y que, cada año, celebraban con ellos, disfrazados de juglares y mendigos, y bailando alrededor de una hoguera, la felicidad que alcanzaron aquella mágica noche de San Daniel.

Cuando Abril acaba su relato, todos en la sala tenemos la boca abierta y el corazón encogido por la preciosa leyenda que ha reinterpretado para nosotros. La historia del pastor y la hija del señor del valle es tan conocida por estos lugares que da gusto escucharla a alguien de fuera, que poco después de oírla por primera vez, es capaz de hacer este precioso trabajo para los niños de Las Cascadas.

—Llevas aquí veinte días y ya eres la reina absoluta —le digo totalmente fascinada cuando acaba su cuento y los pequeños salen a jugar a las zonas comunes—. Vaya mano tienes para metértelos en el bolsillo.

—Es mi trabajo —se ríe ella, mientras me acompaña fuera de la cafetería y nos acercamos a mi cabaña, que ahora comparto encantada con ella—. Si esto no se me diera bien, tendría un problema a final de mes para cobrar mi nómina.

—Hablando de nóminas...

—Ni se te ocurra volver a sacar el tema —ataja ante mi enésima intención de convencerla para que cobre por lo que está haciendo aquí—. Solo estoy de vacaciones en este precioso lugar. No estoy trabajando.

—Pero...

—Eh —vuelve a cortarme—. Repite conmigo: Abril está de vacaciones.

—...

—No oigo nada. Repite, por favor: Abril está de vacaciones.

—¡Está bien! ¡Abril está de vacaciones y sigue siendo el ser más cabezota de toda la creación!

—No te voy a discutir la segunda parte de la frase. Un poco cabezota sí que soy —reconoce ella, todavía sonriendo y pasándome la mano por la espalda, para caminar abrazadas. ¿He dicho ya lo mucho que quiero a esta chica?

Después de una ajetreada mañana sin parar, tenemos poco tiempo para comer porque aún nos quedan un montón de cosas por hacer. Preparamos una ensalada de lechuga (cortesía de Pentxo que, sin mediar palabra me ha puesto un par en las manos a primera hora de la mañana), pasta y aguacate, y empanamos unos filetes de pechuga de pavo, que devoramos en apenas quince minutos.

Con el estómago aún lleno, salimos corriendo para seguir trabajando en la difícil tarea de montar la mejor fiesta de la zona, como era habitual en los buenos tiempos de Las Cascadas.

Durante toda mi infancia, este era el día en el que siempre nos instalábamos en el camping, incapaces mis padres de privarme de la fiesta de disfraces. Nos quedábamos hasta finales de agosto, mi madre y yo sin interrupción, mi padre, muchas veces, con viajes a Madrid o Bilbao para solucionar asuntos de trabajo. La noche de San Daniel, el 21 de julio, era siempre la más especial... el inicio, con todas las vacaciones por delante, el reencuentro con los amigos de años anteriores, el día en el que conocías a los nuevos... música, fuegos artificiales, una hoguera mágica, disfraces ingeniosos y muchas risas. ¿Qué más podría pedir una niña que se pasaba la mayor parte del año sola y sin nada emocionante a su alrededor?

Hoy, con casi treinta años a mis espaldas, puedo decir que en San Daniel se siguen acumulando algunos de los mejores recuerdos de mi vida. Es por eso que quiero que la fiesta de esta noche sea tan perfecta como lo es en mi cabeza, en mi memoria.

—¿Ya sabes en qué consiste la sorpresa de tu hermano?

—Abril, en serio, si no dejas de referirte a Rodrigo como *mi hermano*, me voy a acabar cabreando —respondo muy seria, remarcando el tono al pronunciar esas palabras que no me gusta nada escuchar.

—Te entiendo perfectamente —dice muy seria—. Yo tampoco querría que lo fuera...

Y se ríe, se ríe como una loca mientras lleva sus dedos a la comisura de mi boca, para hacer que una sonrisa que no siento se dibuje en mi cara. A veces la mataría, en serio. Por mucho que la quiera, cuando me viene a provocar así, solo para divertirse a mi costa, juro que me la cargaría.

—Si tanto te interesa, creo que está libre —contesto con un tono cortante, claramente sin ninguna gana de hablar con ella de Rodrigo.

—¿En serio está libre? —Y lo pregunta con una inocencia falsa que me hace reír, ahora sí, aunque sé a qué se refiere y, eso, sigue sin hacerme la más mínima gracia—. ¿En serio que no te molestaría que me acercara a él esta noche con mi espectacular disfraz y me lo camelara?

—Adelante. No me pertenece —afirmo procurando que mi tono de voz sea lo más neutro y aséptico posible, sin estar del todo convencida de haberlo conseguido—. No es nada mío salvo mi socio.

—Si tú lo dices...

Deja caer sin perder la sonrisa burlona de su cara. A Abril siempre le ha gustado bromear y provocar. Desde que la conozco nunca ha dejado pasar la oportunidad de picarme por todo, chicos, ropa, pelis o música. Sin un ápice de maldad en sus intenciones, jugar a chincharme parece que es su deporte favorito. Yo, por mi parte, tengo que reconocer que soy un objetivo perfecto para ello, que es fácil sacarme de mis casillas si se presiona la tecla exacta, esa tecla que ella, por alguna razón, siempre conoce.

—Y de la sorpresa, ¿qué? No me has contestado si sabes algo...

—No, no sé nada —digo lacónicamente—. Apenas hemos hablado esta semana.

Y es verdad. Desde que ya es oficialmente residente de nuestro país, de nuevo, Rodrigo se ha dejado ver poco por aquí. Está todo el rato viajando a Madrid por temas de burocracia y a Zaragoza, donde creo que se están llevando a cabo las pruebas de velocidad y resistencia de los Tesla en España, bajo su supervisión.

Sé que no está liberado aún de sus compromisos con su empresa, por mucho que ya pueda decir que ahora su residencia no está al otro lado del mar, pero creo que, en mi fuero interno, pensaba que lo vería más. No es que me queje de su ausencia, sabía que la responsabilidad del camping iba a caer, sobre todo, sobre mis hombros. Pero no puedo evitar pintar una sonrisa estúpida en mis labios cada vez que aparece por aquí, ni sentir un

hueco incómodo en el pecho cuando tiene que irse, sin saber cuándo volverá.

Lleva aquí dos días, ayudando a organizar la fiesta y apenas he hablado con él, salvo ayer, brevemente, cuando me comentó que tenía algo especial pensado para esta misma noche. Una sorpresa. Una sorpresa de la que no tengo ni una sola pista y que me tiene sobre ascuas, igual que, al parecer, le pasa a Abril.

Nos acercamos a la zona polivalente del camping, en cuya orilla se está amontonando la madera necesaria para la hoguera que conmemora el incendio de la villa del Señor del Valle. Allí, en el extremo opuesto, se están llevando a cabo los ajustes de sonido para el baile de disfraces y, más allá, justo en el perímetro norte del camping, se está preparando la batería de fuegos artificiales que pondrán el broche de oro a la noche.

Hay mucho ajeteo por todas partes. Niños impacientes, padres que apenas pueden controlarlos, operarios trabajando y Rodrigo, con el técnico de sonido, hablando mientras prueban los altavoces y colocan una pantalla gigante con la que no contaba. No sé qué es eso ni a qué responde, pero, sin saber muy bien la razón, mi cuerpo se tensa de inmediato.

—Creo que ahí tienes tu sorpresa —señala Abril, poniendo en palabras lo que yo me estaba temiendo.

Asiento en silencio, procurando serenar las rápidas sacudidas de mi corazón que, de repente y sin una explicación plausible, se ha puesto a bombear sangre a lo loco, por todo mi cuerpo. Un cosquilleo extraño me recorre entera y me digo a mí misma que de eso, seguro que no sale nada bueno.

Rodrigo nos ve a lo lejos y nos hace una seña para que nos acerquemos. Abril tira de mí, ansiosa por enterarse de lo que trama él. Y yo, con miedo, pero con la curiosidad rondándome como una mosca molesta, no puedo dejar de seguirla hasta donde descansa todo el equipo de música, que será responsable de que gran parte de la fiesta de esta noche sea un éxito, y de cuyos altavoces sale la voz clara de Dido, que canta *Thank You* mientras afinan en busca el sonido perfecto.

—¿Qué es todo esto? —pregunto elevando la voz por encima de la música, a la defensiva, como si fuera una madre que no se fía de que sus hijos hayan ordenado su cuarto sin habérselo pedido.

—Esta es mi sorpresa para esta noche. No queda nada para que lo averigüéis. —Su rostro muestra la sonrisa más amplia del mundo, y se

queda así de ancho, como si no pasara nada. Como si tener todo ese despliegue técnico en el césped de mi camping no requiriera ninguna explicación.

Baja un poco el sonido de la canción y le hace una seña al técnico para que siga él solo. Deja la plataforma del equipo de sonido y se une a nosotras dos sin borrar esa risita traviesa que le caracteriza cuando trama algo.

Alrededor nuestro el bullicio crece. La tarde se ha quedado aplacible, aunque unos nubarrones de aspecto amenazador nos rondan desde hace un rato. Miro a Abril en busca de apoyo, pero a ella las sorpresas le gustan mucho, le encantan más bien. No es como yo, que no soy capaz de aguantarme las ganas de saber las cosas ni de descubrirlas cuanto antes para evitarme la parte desagradable (sí, algunas sorpresas vienen con parte desagradable y esas no me gustan nada de nada).

Justo en ese momento, justo cuando pienso en lo poco que me gustan las sorpresas, el ruido de una moto llega a mis oídos. Rodrigo, Abril y yo nos giramos al unísono hacia el lugar del que procede el ruido, que se hace notar por encima de todos los demás.

La cara de Abril se ilumina por demás, mientras que el rostro de Rodrigo se vuelve oscuro y duro, como si acabaran de darle una mala noticia.

—¡Dime que es él! —exclama impaciente Abril—. ¡Dime que es quien creo que es!

De los veinte días que lleva en Las Cascadas, ni uno solo ha dejado de preguntarme por Manu, insinuando en broma, cada vez, que me lo había inventado para darle envidia o hacer que mi vida pareciera más interesante. “Como si tener un hermano postizo como el que tienes, no fuera suficiente”, suele decirme, buscándome las cosquillas y encontrando mis malas pulgas.

Ahora mismo Manu es lo último que me faltaba. Estoy demasiado nerviosa y estresada como para lidiar con Abril, actuando como una *grupie* adolescente, y con Rodrigo, convertido de pronto es estatua de sal. Y con el propio Manu, reapareciendo estelarmente como si hubiera decidido escoger el peor momento para volver. Y no es que no tenga ganas de verlo, pero es que hoy la responsabilidad encima de mis hombros es muy grande y sé que no voy a poder estar a la altura de ninguna de las maneras.

Ahora mismo, me encantaría convertirme en Leonardo DiCaprio y hacer una de sus escapadas magistrales en *Atrápame si puedes*. Me gustaría

deshacerme de todo, responsabilidades incluidas, como solo él sabía hacer en la *peli* de Spielberg.

A lo lejos, veo cómo Manu se baja de la moto, se quita el casco y saluda con un breve gesto de cabeza en nuestra dirección. No sé qué le habrá mantenido lejos de aquí durante tanto tiempo, ni por qué se fue de repente y sin avisar. Pero ahora está aquí y no puedo evitar pensar que los problemas se me acaban de multiplicar.

Antes de poder enfrentarme a las preguntas de Abril, una algarabía inesperada nos rodea y la aleja de mí. La mitad de los niños del camping ya están enfundados en sus alegres disfraces y se la llevan a rastras, con la excusa de ensayar el supernúmero que van a interpretar esta noche, un baile que los ha tenido locos desde hace un par de semanas, y con el que van a dar por inaugurada la celebración de San Daniel.

Quedamos Rodrigo y yo, frente a frente, después de despedir a Abril con una sonrisa. La suya, tensa, como está desde hace un par de minutos. Lo observo un segundo y me devuelve una mirada inescrutable, imposible de descifrar.

—¿Podemos hablar un segundo?

Se baja de la palestra de audio donde estaba subido y se acerca a mí con un interrogante cruzando su semblante. Me da miedo hablar ahora con él, no quiero que me diga cosas que no deseo escuchar. No hoy. No ahora.

—¿No puede esperar? Tengo mil cosas que hacer... —intento zafarme poniendo la excusa más sencilla. La más cercana a la realidad también.

—No, no puede.

Es categórico y no admite discusión. Así que me encojo de hombros y le dejo hacer, porque sé que no me va a dejar irme de su lado sin que me cuente eso que parece tan importante.

—¿Podemos hablarlo de camino a la recepción? —le pregunto mientras me pongo en marcha para no darle opción a negarse—. Tengo que cubrir a Lucía una hora y no hay nadie más libre para hacerlo.

—Perfecto —acepta—. Así te enseño una cosa que tengo en el cobertizo de la entrada.

Asiento. Él respira aliviado y me sigue obediente, despidiéndose del técnico de sonido y echando una última y fugaz mirada a las cabañas, por donde ya no se ve a Manu.

—Tú dirás —le invito a que me cuente.

—Verás... Quería pedirte que el viernes te cogieras el día libre —dice con aire contenido, como si estuviera siendo cauto a la hora de hacer su propuesta para evitar una negativa antes de empezar siquiera a hablar—. Hay algo que me gustaría enseñarte y... no es aquí. Así que necesito que puedas escaquearte y te vengas conmigo el día entero.

—Estos días tengo mucho trabajo...

—Venga, Emma —interviene él de inmediato, sin dejarme acabar la frase—. No has disfrutado de ni un solo día libre desde que tomaste las riendas. Permítete un día de fiesta. Te lo tienes más que ganado.

—¿Y para qué quieres exactamente que me tome el viernes libre? ¿Por qué no mañana? ¿O el sábado? ¿Qué pasa el viernes? —Tengo la mosca detrás de la oreja, con Rodrigo nada suele ser casual.

Ante mi batería interminable de preguntas se para un instante a mi lado, toma aire con gesto dramático, como si estuviera haciendo acopio de una cantidad ingente de paciencia y vuelve a caminar, dejándome plantada unos metros atrás, sin poder creerme que, en lugar de respuestas, reciba solamente una burla por su parte.

—En serio, Rodrigo, no estoy para jueguecitos de los tuyos. Si no me dices de qué se trata...

—¿Vas a dejar llevarte alguna vez? ¿Va a volver en algún momento la Emma que confiaba en mí y me permitía sorprenderla? Si es así, me encantaría llevarla el viernes a un sitio que creo que le gustará.

No sé qué decir. Está claro que ninguno de los dos somos los mismos de hace diez años, pero tampoco quiero ser tan diferente. No quiero desconfiar, ni ser la que ponga trabas a cualquier cosa que proponga. Me sereno, me quito las ganas de discutir con él y decido que tiene razón, que puedo cogerme un día libre, que, si él me lo pide, es porque me conviene y porque merecerá la pena.

Me vuelvo a poner a su altura y juntos seguimos el camino hasta el cobertizo. Él permanece en silencio, me toca mover ficha, los dos lo sabemos.

—Mañana dejaré todo listo para poder cogerme el viernes libre —digo por fin—. Esa Emma está por algún lado y me encantaría que volviera... Solo... dame tiempo, ¿vale?

Hace un gesto afirmativo con la cabeza, mientras se pasa la mano por el pelo. Me maravilla la paciencia que puede tener a veces con alguien tan hermético como yo para algunas cosas. Con Rodrigo, en ocasiones, no me

cuesta nada ser yo misma. Otras, sin embargo, el orgullo herido o la mordaza que me autoimpongo para con él, se interponen en quienes somos ahora, y me impiden actuar con la normalidad que cada situación requiere. Me dan ganas de gritar de la frustración, pero supongo que no haber cerrado algunas heridas es lo que tiene, que no te permite dejar las cosas en el pasado, donde deberían quedarse.

—Sé que está ahí —afirma casi en un susurro—. Esa Emma es demasiado testaruda como para esconderse por mucho tiempo.

Sonreímos ambos. Él de forma amplia y sincera; yo, comedida y vergonzosa, como si fuera una quinceañera de nuevo, como si estuviera acobardada ante un piropo que no acabo de creerme. Me da la sensación de que estoy medio idiotizada, en serio, me llama testaruda y voy yo y me ruborizo. ¡Vaya pava que estoy hecha!

Saca sus llaves del bolsillo de sus vaqueros y abre la puerta del cobertizo. Aquí guardamos cosas nuestras más que del propio camping. Es una estancia amplia, donde descansa mi coche casi desde el día en que llegué con él, alguna maleta, y cosas de Tata de las que nadie quiere desprenderse. Huele a recuerdos, a tesoros escondidos... siempre me han gustado los desvanes y los cobertizos por toda la nostalgia que atesoran. Este, desde luego, no es ninguna excepción.

En una esquina, hay un bulto tapado con una sábana que no estaba ahí la última vez que entré aquí. Sé, con total seguridad, que es ese el objeto de nuestra visita, aquello que Rodrigo quiere enseñarme. Él me mira un segundo, analizando mi reacción, antes de acercarse a destapar el misterioso objeto que se oculta tras la sábana. Así, de espaldas, contemplo la naturalidad con la que mueve su cuerpo, cómo tensa los músculos de la espalda mientras retira la tela, cómo sus pantalones se ajustan a sus piernas y a su trasero, que dan ganas de tocar de manera irremediable. Cómo su camiseta deja abierta la puerta a la imaginación, haciendo cábalas de lo que oculta bajo ella... Creo que Abril tiene razón con respecto a él. No me gustaría nada que fuera mi hermano de verdad y no poder recrearme en esas vistas sin sentirme tremendamente culpable por ello.

Cuando se aparta, veo con total perfección lo que estaba escondido debajo de la sábana. Se gira de nuevo frente a mí, sujetando un casco amarillo, “el casco amarillo pollo”, como lo llamábamos entonces. El casco perfecto para la moto que ahora puedo ver, la Mobylette de su abuelo, la

mítica Campera roja que tan buenos ratos nos hizo pasar en aquellos fines de semana que pasaba en el pueblo y el tiempo acompañaba.

Me tiende el casco con el semblante inundado de una luz que hace que me tiemblen hasta las piernas. El casco que siempre llevaba yo, en esa época en la que no pasaba nada si te montabas en una motocicleta y no llevabas la cabeza así de protegida. Un casco para los dos que nunca me dejaba rechazar, el que llevaba mientras me abrazaba a su cuerpo y nos lanzaba por las cuestas de Unanua, o me llevaba a la ermita, al lago de la cantera o de ruta por los pueblos del valle.

—Está perfecta, puesta punto, como si fuera una moto a estrenar y no una reliquia de 1980 —afirma con orgullo, sin poder ocultar la satisfacción por lo que me está mostrando.

—¡Te ha quedado genial! —Y es verdad. Está reluciente, parece nueva de verdad, y me imagino lo contento que tiene que estar de haber recuperado algo que para él es sumamente especial y que le recuerda a su padre y a su abuelo de manera irremediable—. ¡Enhorabuena! Eso sí, ahora es imposible montarla sin casco —le digo y se lo tiendo para devolvérselo.

—No —ataja, tocando mi mano para reprimir mi gesto—. El casco es para ti. La moto es para ti.

—¿Qué? ¡No! —exclamo casi sin poder creer que esté diciendo eso—. La Campera es tuya, está unida a ti. No puedes regalarla.

—Puedo porque quiero. —Pone sus manos sobre las mías, alrededor del casco y las aprieta con ternura. Fija sus ojos en los míos y me obliga a centrar toda mi atención en ellos. Es hipnótico y me llena de calor, de un calor que no sé si quiero o puedo sentir ahora mismo—. La he restaurado para ti y quiero que te la quedes. No admitiré una negativa, así que ahórratela.

Silencio. No puedo añadir nada porque me he quedado completamente muda. Me acaricia el pelo con una de sus manos, una mano grande, fuerte, tan conocida que cierro los ojos por unos segundos, reconfortada como si se tratara de un ángel de la guarda cuidando de mí. Lo noto muy cerca y mi corazón empieza a latir desbocado, igual que si una docena de elefantes me estuvieran atravesando desde el interior. Mi respiración se acelera y se acompasa con la suya. Cuando abro los ojos, le veo mirándome con una dulzura que me recuerda a los días en los que lo hacíamos todo juntos, cuando lo éramos todo el uno para el otro. Se acerca un milímetro, otro

más, noto su aliento en mi rostro y sé que quiero sentir sus labios en los míos, más que ninguna otra cosa en el mundo.

También sé que no es buena idea dejarse llevar. Que aún no controlo mis emociones y que todavía no hemos dado ni pedido explicaciones por la década que interpusimos entre los dos. Quiero. Deseo. Anhele... pero no puedo.

Me abrazo a él antes de que siga avanzando hacia mi boca, disuadiéndole y matando esa oportunidad de fundirnos el uno en el otro. Siento ganas de llorar, de gritar, de pegarle una patada a la pared, de salir huyendo para ocultar las lágrimas que ya amenazan con salir. Y lo abrazo. Lo abrazo fuerte, como si fuera la última vez que fuera a verle o a tocarle. Como si le estuviera diciendo adiós. Como si fuéramos personas sin equipaje, sin reservas, sin una piedra en el camino que nos hubiera alejado ya irremediabilmente...

Como si no tuviéramos pasado ni futuro, ni fuéramos Rodrigo y Emma. Así de fuerte lo abrazo.

Capítulo 13

Grease

Son las diez en punto y es la hora de encender la hoguera de San Daniel. Ha llegado el momento de iniciar la celebración más bonita del verano, la más popular y animada.

Tata hace los honores, como lleva haciendo cuarenta años, y se aproxima a la pila de madera que hay amontonada para la ocasión, con una antorcha encendida que acerca a los periódicos escondidos bajo la pira. Usa su disfraz de todos los años: la Primavera, como siempre aclara a todos quienes la preguntan.

Lleva uno de sus vaporosos vestidos de estampados de mil colores, flores en el pelo trenzado, y unas sandalias que le escalan por las piernas, torneadas y morenas a pesar de la edad. Lleva una chaqueta fina sobre los hombros, y sus ojos refulgen con intensidad, llenos de una alegría que hacía mucho tiempo que no le notaba. Está más delgada que la última vez que la vi y unas ojeras profundas cruzan sus ojos. Pero está tan feliz ahora mismo, iluminada por las primeras llamas que despide nuestra hoguera de San Daniel, que da gusto mirarla.

Los niños rodean a Abril, disfrazada de Wonder Woman, y se les nota muy nerviosos. Se separan, se dispersan y cada uno se mezcla entre la multitud. Suena, de pronto, *I Gotta Feeling* de The Black Eyed Peas y todos nos quedamos expectantes. Con los primeros acordes de la canción, entre la gente, se empiezan a notar movimientos: chavales aquí y allá, haciendo pasos de baile, se van reuniendo en el centro de la explanada. Para cuando llega el estribillo, el *flashmob* no puede ser más sincronizado y pegadizo, dan ganas de lanzarse a bailar con ellos, todos superconcentrados y pendientes de los pasos, pero también divertidos y contentos.

Todos los adultos damos palmas y llevamos el ritmo con los pies. Sonríe a Abril, al otro lado de la gente que se agolpa en la explanada, y ella me guiña un ojo. Sé que anda un poco preocupada por mí, pero es que no es para menos.

Después de huir del cobertizo y de Rodrigo, con el casco amarillo pollo aferrado entre mis manos, acudí a sustituir a Lucía, tal y como me había comprometido. Los nervios y el estado de alteración eran tales, que no pude estarme quieta hasta que llegó el relevo, dándole vueltas a mis sentimientos,

a mí forma de ver las cosas, a lo que mi corazón no dejaba de gritar y mi cabeza, de callar.

Rodrigo y yo somos, desde luego, una mala combinación si no es para ser amigos. Ya lo demostramos en el pasado, ya vimos que la magia entre los dos se rompía con una facilidad pasmosa, que una década de distancia debería ser suficiente razón para no pensar en volver a recorrer ese camino.

Pero mi cuerpo... Dios, mi cuerpo solo deseaba fundirse con el suyo. Abrazarlo de una manera más intensa, recibir sus besos, su presencia protectora aun de forma más física y explícita. Necesité de toda mi autodeterminación y toda mi fuerza de voluntad para separarme de él y salir corriendo, como si fuera la culpable de haber cometido algún delito de gravedad. Fue hasta doloroso dejar de sentir sus brazos alrededor de mi cuerpo, su calor a través de nuestras ropas, su aroma, tan conocido...

Corrí como alma que lleva el diablo y me escondí en la recepción. Recé para que no me siguiera, recé para que no entrara nadie, para que pudiera quedarme sola y, así, ser capaz de calmar los temblores que sacudían todo mi cuerpo, y las dudas y los deseos que me atormentaban el alma.

Afortunadamente, en toda la hora, solo entró una pareja, ya mayor, que tenía reservada una casita, justo la que está a la derecha de la de Manu. Ella, bajita y con el semblante afable, me sonrió y, por alguna extraña razón, ese gesto me hizo tranquilizarme bastante. No fui capaz de hallar una explicación, pero tomé lo que me ofrecía, mientras duró su efecto.

Los vi marchar y volví a refugiarme en mis nervios y en mi indecisión, que no disminuían ni por un instante, y que solo hacían que me volviera más loca por momentos.

En cuanto Lucía regresó, salí corriendo de allí, esquivando gente y agachando la cabeza para que nadie me parara. Entré en mi cabaña y me fui directa a la ducha. Quizá el agua me quitara el estupor de encima, quizá me diera por diluir las ideas y las sensaciones con el chorro templado de agua liberadora. Pero no, tampoco estaba ahí la solución...

Salí medio acartonada del baño y me vestí con mi ropa de estar en casa, aturdida, nerviosa, con ganas de arrancarme la cabeza y el corazón para dejar de pensar y sentir.

Abril me encontró aún en ese plan, sin saber muy bien si debía dejarme sola o darme un par de tortazos. A grandes rasgos, y con algún balbuceo que otro, le expliqué lo que me había pasado. Lo pilló al vuelo. Una sonrisa condescendiente y algo maliciosa le cruzó el rostro, sin poderlo evitar.

Me hizo sentarme en el sofá de nuestro diminuto saloncito, se fue al congelador y sacó su remedio casero ante dudas, ataques de ansiedad y temores. Colocó dos vasos delante de nosotras y sirvió generosamente el líquido transparente, cuyo penetrante olor me llegó con claridad a través de mis fosas nasales.

Agarró un vaso, lo levantó a la altura de los ojos, que fijó en los míos, y se lo bebió de un solo trago, sin parpadear, sin mover un músculo de su cara o su cuerpo. Es alucinante la capacidad de Abril para procesar y tolerar el alcohol de sesenta grados. Cuando posó el vaso en la mesa, me miró con un gesto apremiante, sin darme opciones a negarme a imitarla.

Con cierto temblor, mi mano tomó el vaso, bastante más lleno de lo que sería deseable, y me obligué a mí misma a tragarme el tequila, que bajó quemando mi garganta y calentándome el estómago. Pero cumplió su función casi de forma milagrosa. Antes de recuperarme del escalofrío que me recorrió entera al pasar el alcohol por mi cuerpo, mis nervios se habían calmado de forma considerable. Con el segundo vaso, estaban casi bajo control y, con el tercero, podría decirse que una nueva Emma había resurgido de sus cenizas, cual ave fénix.

—¿Ahora ya me puedes contar sin tartamudear qué es lo que ha pasado exactamente? —Su voz era suave pero firme. Estaba haciendo de madre, apoyando, pero sin dejar escapar la oportunidad de llegar al fondo de lo que me estaba atormentando y causando esa ansiedad.

—Ni yo misma lo sé. —Y era la pura verdad. No lo sabía y eso era peor aún, porque la pugna interior estaba lejos de solucionarse.

—Solo respira y cierra los ojos. Ahí dentro están todas las respuestas. —La obedecí, como inducida por el poder de sus palabras—. Respira despacio. Con calma.

Acompasé mi respiración al ritmo cada vez más tranquilo de mi corazón, guiada por su voz, su preciosa voz maternal y tierna.

—Dime qué te ha pasado. Dímelo ahora.

—Yo... yo... —El tartamudeo, de nuevo, me frenó por un instante, pero la búsqueda interior comenzó a dar sus frutos—. Me he bloqueado, Rodrigo me ha tocado, se ha acercado a mí, ha querido... besarme. Y yo me he bloqueado.

—Joder con tu hermano.

La miré huraña. La parte del hermano me seguía sin gustar y ella seguía sabiéndolo. Cuando le daba por picar... ni en una crisis era capaz de parar.

—Vale, no era el momento para una broma así —claudicó ante mis miradas de león acorralado—. Pero joder, no me lo esperaba... si me dices que te ha pasado con Manolito el buenorro, lo podría entender, pero ¿Rodrigo?

Desvié la vista. Fue una cosa mínima, una fracción de segundo nada más. Pero lo notó, lo supo al instante y sus ojos se hicieron grandes, su gesto no pudo contenerse y sus manos hicieron aspavientos en el aire sin orden ni concierto.

—¿Tú y Rodrigo?!

Un silencio incómodo y mi cara ardiendo de vergüenza fue todo lo que necesitó para terminar de atar los cabos. Me odié por ser tan transparente y por dejar salir un secreto que nadie más que nosotros dos había compartido en más de diez años.

—O sea, que el reencuentro y tu soltería han hecho saltar las chispas... ¿Desde cuándo estáis juntos? ¿Desde la boda? ¿Por eso os habéis metido juntos en esto del camping? ¡Madre mía! ¡Estoy enfadadísima contigo por haberme ocultado que tenías un lío con tu No Hermano?

—¡No tengo ningún lío con mi No Hermano ni con nadie! —exclamé nerviosa, alterada, de nuevo al borde de un ataque de ansiedad pese al alcohol ingerido—. Rodrigo y yo... es complicado, ¿vale? Pasó algo hace mucho tiempo. Pero eso está acabado, se acabó del todo.

Supe al instante que no me creía, que estaba dándole largas de manera evidente, pero no quería hablar de eso. No de Rodrigo, no con ella. Ni con nadie. Eso era mío, nuestro, solo nuestro y no quería que nadie lo analizara, me diera consejos o me consolara, porque ya habían pasado diez larguísimos años sin nada de eso, y lo había conseguido llevar bien. O eso creía.

—Ya. Acabado.

—Sí, acabado. Igual que empezó, se acabó. Apenas duró unas horas, así que ni siquiera lo podemos definir como 'algo'. Asunto concluido, no vamos a hablar más de ello. Pásame la botella, de repente tengo mucha sed.

Me obedeció al instante y cogió la botella de la mesa, ya casi vacía, sin separar su mirada inquisitiva de mí. Su semblante era inquisitivo, sus ojos, duros y serios.

—¿Por qué nunca me has hablado de eso? —preguntó mucho más suave de lo que esperaba—. Y, lo más importante, ¿por qué te afecta tanto ahora?

Tragué saliva, me pasé la mano por la cara para intentar despejarme y le metí un viaje de miedo a la botella. Necesitaba audacia, y el alcohol suele proveer de ella con eficacia. Cerré los ojos solo un instante, lo necesario para armarme de valor y zanjar el asunto.

—Abril —empecé—, esto no lleva a ninguna parte. Olvida lo que te he dicho. Quédate con esto: Rodrigo y yo teníamos buena relación, nos liamos y nos lo cargamos todo. Fin del asunto.

—Fin, no, obviamente —discrepó ella de inmediato—. Si ahora te ha querido besar y has llegado a casa que parecía que te perseguía Freddy Krugger, no hay fin del asunto que valga.

—Fin del asunto. —Mi voz, endurecida por el cabreo y el alcohol, pareció no disuadirla de seguir.

—Emma...

—No, Abril —dije con apenas un susurro—. No me tengas lástima, de verdad. No pasa nada.

Pero sí pasaba. Algo dentro de mí se estaba desintegrando de alguna manera y me estaba dejando a la deriva, como si hubiera saltado por la borda y ahora fuera incapaz de hallar ni mi barco ni tierra firme. Una oleada de dolor me sacudió, justo en el momento en que los brazos de Abril me rodearon y me acogieron con ternura, de forma tan parecida pero tan diferente a cómo apenas un par de horas habían hecho los de Rodrigo.

Y lloré. Sí, lloré por fin lo que tenía dentro. Porque llevaba ya mucho tiempo reprimiendo ese sentimiento, esa sensación de ahogo y de muerte lenta. Esas ganas de explotar del todo, de acabar con la angustia y de drenar toda la energía negativa que tenía acumulada por esconder cosas, por guardármelas para mí durante tanto tiempo.

Fue liberador y fue hermoso. Pero también agotador y doloroso. Cuando las últimas lágrimas hubieron brotado de mis ojos, me sentí vacía, exhausta, expuesta.

Abril me dio tiempo, su abrazo fue como los que siempre conseguía darme para aplacar miedos y angustias. Y cumplió una misión catalizadora que no sabía hasta qué punto necesitaba.

Seguimos bebiendo hasta que se nos acabó la botella de tequila, escondiendo tras ella las heridas y, cuando ya nos tambaleábamos ligeramente, nos metimos en nuestros disfraces y fuimos al bar del camping, donde Marcos, el camarero estaba completamente solo porque todo el mundo se estaba ya preparando para la fiesta. Nos sirvió dos

copazos de ginebra con tónica que nos ventilamos entre risas y torpezas. Para cuando salimos y nos acercamos a la explanada, mi puntillo ya había rebasado esa parte en la que todo te da un poco igual. Incluso que mi disfraz fuera demasiado ajustado o que Rodrigo no apareciera por ningún lado, incluso con la fiesta ya comenzada. Cosa, que, por otra parte, no sé si me aliviaba o me decepcionaba.

Cuando la música de Black Eyed Peas acaba y los niños concluyen su actuación, entre vítores y aplausos de sus padres y del resto de los presentes, la fiesta ya se considera inaugurada, y todo el mundo, con trajes de lo más variado, se echa a la improvisada pista de baile, sobre el césped de la explanada principal. Al principio, en la celebración del día de San Daniel, los únicos disfraces que se veían eran los de juglar y mendigo, según cuenta Tata. Pero hace ya varias décadas que la imaginación es libre y por Las Cascadas hoy circulan superhéroes, toreros, piratas y princesas con total libertad y ganas de pasárselo bien.

—Bonito disfraz —una voz grave y masculina me sobresalta, muy pegada a mi oreja.

Me giro y me encuentro con Manu, todo vestido de negro, salvo su camiseta, de un blanco nuclear. Su pelo, engominado, forma un tupé y sus ojos verdes echan una especie de chispitas que le resaltan la mirada de una manera espectacular.

—Esto... —tartamudeo sin poder evitarlo por encima de los primeros acordes de la cañera *So What* de P!nk, que abre la fiesta—. El pedido vino equivocado y me quedé sin tiempo para cambiarlo.

Eso no es del todo correcto. El pedido *online* del disfraz vino perfectamente, pero la que lo hizo fue Abril, que pidió deliberadamente un disfraz diferente al que yo le había indicado. Así que, sin tiempo material para devolverlo, pasé de ser la recatada Princesa Leia a la ajustadísima Padme, en su versión de guerrera de *El ataque de los clones*. La tela, escasísima, y todo lo que marca el traje en cuestión, deja poco para la imaginación. Si no fuera por el tequila, que recorre todo mi riego sanguíneo, probablemente hubiera venido a la fiesta con el pijama y las zapatillas de casa.

—Pues me alegro de que no lo cambiaras —afirma con una sonrisa enigmática, como de lobo al acecho de su presa—, porque te queda perfecto.

El rubor sube a mis mejillas sin que sea capaz de controlarlo. Odio cuando pasa eso, cuando no soy capaz de tener el control de esas cosas que te acaban por dejar en evidencia hagas lo que hagas.

—Tú... también estás muy guapo. —Y sonrío como si fuera estúpida perdida— ¿Danny Zuko?

El asiente divertido, porque Manu, cuando era Manolito, siempre sonreía delante de una chica en un baile y siempre iba vestido de algún chulazo de película: Johnny, de *Dirty Dancing*; Tony Manero, de *Fiebre del Sábado Noche* o Maverick, de *Top Gun*. Pero si había un chulo del cine al que le encantaba imitar era al protagonista de *Grease*, el líder con problemas de autoestima que está a punto de perder al amor de su vida. Canciones, chupas de cuero y brillantina, una combinación a la que Manu, cuando era Manolito, nunca pudo resistirse.

Parece que no han pasado los años y, sonrío, pensando que, para hacer juego, desearía, ahora mismo, no llevar el ombligo al aire ni ir de blanco. Ser la recatada Sandy para bailar *Tears on my Pillow* con él, o rizarme el pelo para ser la descarada Sandy del final de la película, y marcarnos juntos ese *You're the One that I Want* que todo el mundo conoce.

—¿Puedo invitarte a una copa, nena? —pregunta imitando los modos y el acento chulesco de Danny Zuko.

¿Cómo le dices que no a algo así? Así que, sin poderme resistir y plenamente consciente (aún) de que lo último que me conviene es más alcohol en mi organismo, me uno a él de camino al bar de Las Cascadas, mucho más lleno de gente sedienta que cuando vinimos Abril y yo hace un rato. De fondo, el bullicio de la fiesta lo llena todo. Es fantástico volver aquí para pasar esta noche, y comprobar que hay cosas que nunca van a cambiar.

Pero pese a que la compañía de Manu es agradable y no paramos de bromear y de recordar viejos tiempos, dejando un poco aparcada la última versión de nosotros mismos, mi mente vuelve una y otra vez a Rodrigo. A lo que ha pasado esta tarde, a lo que se ha despertado en mi interior. ¿Dónde se habrá metido? ¿Por qué no aparece?

Dos *gin tonics* después, con la fiesta en su mejor momento, tras pasear por la explanada y marcarnos unos bailes, como cuando teníamos doce años, creo que estoy oficialmente borracha. Me dan vueltas las cosas cuando no fijo la vista en un punto concreto, empiezo a tropezarme con las cosas y apenas recuerdo lo que ha pasado dos minutos atrás.

Veó a las *Supernenas* disfrazadas de Maléfica, Úrsula y Cruella y me hago aún más fan de ellas. Veó a Pentxo con un chubasquero amarillo y no sé si va de malo de película de miedo o de Capitán Pescanova. Veó a mi padre y a Soraya de pareja medieval.

Y es entonces cuando lo veo a él. Está al otro lado de la zona de sonido, con Abril, que le habla divertida (y por lo que parece más borracha que yo), mientras él fija sus ojos en los míos y no aparta la mirada. Va disfrazado de Darth Vader pero no lleva la cabeza cubierta del todo. Está imponente, altísimo, majestuoso. Mi desasosiego crece de una forma que me angustia, tanto que, incapaz de soportar su intenso escrutinio, tomo a Manu del brazo y lo saco de la pista de baile.

—¿A dónde vamos? —acierta a decir mientras no pone mucha resistencia a mi arrastre.

—A recordar viejos tiempos.

No añade nada más. No hace mucha falta.

El tequila y la ginebra nublan ciertamente mis actos y mis decisiones, impulsivas y, posiblemente, muy idiotas. Pero es que no puedo soportar no tener el control y ahora mismo, la nebulosa en la que me hallo, solo me anima a cometer más estupideces.

Cuando le suelto el brazo, la mano de Manu se encuentra con la mía y sonrío al pensar en ese mismo gesto, quince años atrás, cuando él quiso cogerla y yo no le entendí, dejando pasar el momento.

La tomo, con decisión, como hace un minuto tomé y tiré de su brazo, esta vez con más delicadeza. Sus dedos se entrelazan con los míos y, entre la bruma que el alcohol ha pintado delante de mis ojos, con cierta torpeza, le llevo hacia el pequeño lago interior, donde descansan los kayaks, y los juncos se mecen al ritmo de esa brisa nocturna agradable que se ha quedado.

Estamos junto a la valla, justo en el mismo lugar que la otra vez, la primera, la que sellamos con el beso mágico que puso el listón tan alto que, en mi cabeza, nunca ha sido rebasado.

—Ojalá lloviera —susurro mirando al cielo, antes de sentarme, con toda la torpeza del mundo, al lado de la valla—. Sí, este es el lugar, salvo la lluvia, todo es igual.

—¿Qué? —pregunta él, confuso.

Quizá no recuerde el beso como yo lo hago o, quizá, también esté un poco borracho. Pero no importa, con tormenta o sin ella, voy a tener, de

nuevo, un beso mágico de Manolito Sánchez Bilbao.

Nos quedamos mirando otra vez, como hace quince años, aunque en esta ocasión no me pueden los nervios, como entonces. Más bien es cosa de dedicar un minuto al reconocimiento mutuo, a situarnos, a recordarnos que ya no somos ni la cuatro ojos ni el niño gordito del camping. Que somos adultos y que no somos las sobras del grupo. Estamos aquí, los dos, porque queremos y no por descarte (no termino de creerme eso de que él estuviera enamorado de esa Emma torpe y tan niña).

Lleva las manos a mis mejillas y, con sus dedos, me las acaricia, acerca su rostro, poco a poco y yo me estremezco de anticipación. *Quiero esto*, me repito a mí misma constantemente, con una voz que incluso suena empastada y arrastrada en mi mente, como si la borrachera me hubiera alcanzado tan adentro. Quiero esto porque llevo media vida esperando a que se repita. *No lo hago por sacarme el beso que casi me ha dado Rodrigo esta tarde, no, no lo hago por eso...*

Cuando, por fin, sus labios se posan sobre los míos, cuando por fin lo vuelvo a sentir después de tanta espera, mi mente no logra sacarse la imagen de Rodrigo. Por más que cierro los ojos, que intento no pensar en nada y dejar mis pensamientos en blanco... todo es inútil.

Manu está besándome, está apretando su apetecible boca contra la mía, está recorriendo mis dientes con su lengua, hasta que consigue que se encuentre con la mía y, juguetona, intente darme la sensación de bienestar que sé que, en otras circunstancias, lograría.

Pero pese a que besa como los ángeles, que sigue teniendo esa magia que ya manejaba con catorce años, mi piel no se estremece ni mi corazón se vuelca del todo en esto. No sé si es el tequila el que ha tomado el control o mi obsesiva vuelta a Rodrigo cada dos segundos, como si fuera lo único que existiera en este mundo.

Frustrada, me separo de Manu, que sabe que algo no ha ido bien por la mirada llena de interrogantes que clava en mí. Aparta sus manos poco a poco, como con pena, toda la que yo siento ahora mismo. Me reprendo por ser tan estúpida, por volver a tener la oportunidad de repetir mi beso soñado y dejarla pasar por culpa de pensamientos tan inconvenientes.

—Quizá sea que falta la lluvia —acierto a decir con un encogimiento de hombros y una sonrisa triste pintada en los labios.

—O quizá que nosotros no somos los mismos —añade él, sabiamente, porque tiene toda la razón. No lo somos, ya no.

Nos miramos un segundo más, anclados en este momento que es incómodo, pero, a la vez, curiosamente, es íntimo y nos acerca más. No me preguntes por qué lo siento así, pero creo que Manu y yo estamos más cerca emocionalmente de lo que estábamos de críos. Vale, no me hagas caso, quizá sea el alcohol el que tenga tomadas las riendas de mis pensamientos tontos.

Mi esperado beso perfecto no ha sido perfecto, pero solo porque creo que esta vez no era el momento. Quizá deba *desintoxicarme* antes de volver a intentar algo así. Quizá, debería pensar menos y volver a dejarme llevar, sentir más. Como cuando tenía catorce años y todo era fácil.

Sí, volveré a tener mi beso perfecto. Cuando la lluvia vuelva a caer.

Capítulo 14

Sonrisas y lágrimas

—¡Emma! —un grito con mi nombre nos saca de esa ensoñación triste en la que nos habíamos quedado atrapados y ambos miramos en dirección a la voz que me llama.

Una parte de alivio me recorre, pero también de enfado, un enfado incomprensible que me lleva a levantarme como si tuviera un resorte en mis santas posaderas. La silueta de Abril se distingue a lo lejos y la llamo para hacerle saber que estamos ahí. Ya le cantaré luego las cuarenta por interrumpir mis besos con Manu. Que una cosa es que no fuéramos a seguir y otra, muy diferente, que ella lo sepa y venga a cortarme el rollo así.

—¿Qué demonios pasa? Estoy ocupada, por si no lo ves —la reprendo señalando a Manu, que se ha quedado en un prudencial segundo plano, unos metros detrás de mí.

—Rodrigo.

Solo dice ese nombre y algo en mí se enfada aún más. Solo me faltaba que, además de estropearle mi beso, encima mandara a alguien a buscarme para tenerme controlada.

—¿Qué pasa con Rodrigo? ¿No puede dejarme en paz un rato? —la frustración y la rabia se dejan traslucir a través de mis palabras. Sé que ni a Manu ni a Abril eso se les pasa por alto.

¡Dios míos! Pero ¿qué narices me pasa? ¿Por qué me estoy comportando de esta forma tan poco racional, tan estúpida y absurda? ¿Es frustración? ¿Es el alcohol? ¿Soy yo misma que ni siquiera soy capaz de entenderme?

—Rodrigo quiere que estés presente cuando anuncie su sorpresa —la voz de Abril es firme pero triste, como si me estuviera pasando con esta actitud de mierda que estoy demostrando—. Estabas avisada y sabes que le hace ilusión. Allá tú si quieres chafársela.

Y se va. Se da media vuelta y se va, con su capa de Wonder Woman ondeando al viento. Casi corriendo, para no verme, para no volverme a responder algo de lo que quizá, luego se arrepienta. Sé que me quiere, que lo daría todo por mí, pero cuando meto la pata, no se corta en hacérmelo saber. Y la he debido de meter. No por irme con Manu, si no por pasar de lo que Rodrigo lleva preparando todo el día.

—Tiene razón —digo con un hilo de voz—. Tengo que ir...

Manu se acerca de nuevo a mí y me toma de la mano. Su porte es tan elegante, sus formas, tan delicadas... me reprendo por no poder valorar todo esto cuando es otra cosa la que está ocupando todo el espacio dentro de mi cabeza.

—Ve, por mí no te preocupes —dice con la mayor de las dulzuras—. Parece importante para él.

Y pronuncia esas palabras como si estuviera poniendo los clavos en el ataúd de lo que podríamos tener o ser él y yo. Ha asumido que no hay nada que hacer, y no sé si sentirme aliviada o darle un puñetazo en el pecho para que no dé nada por sentado. Nunca hay que dar nada por sentado.

—Yo me quedaré dando un paseo por aquí para despejarme —me despide con un beso en la mano—. Hablamos mañana, ¿vale?

Se da la vuelta y se aleja, me deja sola, parada, clavada al suelo. Incapaz de procesar nada por culpa del alcohol, que me está empezando a dar dolor de cabeza y cuya niebla es más densa en mi interior. Sí, definitivamente, me está ganando la partida como hace tiempo que no lo hacía.

Me debato entre correr hasta mi cama y enterrar mi cabeza entre las sábanas, o hacer lo correcto y ser lo que tanto Abril como Rodrigo esperan de mí. Gana la segunda opción, aunque con pesar, y encamino mis torpes pasos a través de la oscuridad, hasta la explanada donde el bullicio sigue, la hoguera arde majestuosa y los niños corren jubilosos.

Al otro lado, Rodrigo me ve llegar, me hace un gesto de asentimiento con la cabeza, y sus pupilas me analizan con una frialdad que me hiela por completo. Está enfadado. Por rechazar su beso e irme con otro. Por hacerle esperar; por desilusionarle con la sorpresa que lleva horas preparando...

Sube al pequeño escenario que han preparado esta misma tarde, frente a la pantalla que ya vi antes, en las pruebas de sonido. Hace que muera la música y toma un micrófono al que se aferra de un modo que siento como si se clavara en mi carne, en mis entrañas.

—Buenas noches, chicos y chicas. Mayores, niños —comienza y su voz es alegre, como si no le hubiera pasado una manada de elefantes por encima—. ¿Estáis preparados para pasarlo AÚN mejor en esta noche mágica de San Daniel?

La gente grita que sí, los niños se dejan la garganta en un intento por hacerse oír por encima de los demás. Los tiene metidos en el bolsillo.

Rodrigo es así, los saluda a todos cuando está en Las Cascadas, juega partidos de fútbol con ellos o les enseña a tirarse del trampolín de la piscina.

—Pues ha llegado el momento de pasarlo tan bien, tan bien, tan bien, que no querréis que se acabe la noche. ¿Sabéis qué es esa pantalla que hay justo enfrente de dónde me encuentro?

Vuelven a gritar todos al unísono. Esta vez la respuesta es un no ensordecedor. Pese a la niebla, pese a lo que me pesa la cabeza y el muro de ladrillo que me bloquea, sonrío.

—Pues es la pantalla para que podáis leer la letra de las canciones que vosotros vais a elegir en... ¡Nuestro karaoke especial del día de San Daniel!

Ya no hay quien controle a la muchachada que enseguida se vuelve loca, corriendo hasta el escenario, para elegir canción y poder coger el micrófono al que Rodrigo se sigue aferrando.

—En la cabina de sonido tenéis un listado de los temas que podéis cantar —dice entre risas, rodeado de la algarabía de los chiquillos—. Id y elegir sabiamente. Mientras tanto, para inaugurar el karaoke, yo ya he elegido una canción y también a quien la va a cantar.

Me mira, me mira con la intensidad de mil soles. Clava en mí sus pupilas azules, que resaltan de manera misteriosa e hipnótica gracias al efecto de la luz artificial de los focos, que le apuntan directamente. Sé lo que va a hacer y siento las primeras ganas de vomitar.

—Emma, nuestra directora, va a hacer los honores. ¡Un fuerte aplauso para ella!

Lo ha hecho. Lo mato. Lo mato ahora mismo, ante doscientos testigos si hace falta. ¡Pero quién demonios se cree que es para ponerme en esta situación, para meterme en esta encerrona!

La gente empieza a animarme, a jalear mi nombre para que me mueva y suba al escenario.

Por primera vez en toda la noche, pese al tequila, soy consciente de lo escaso de mi traje, de la lentitud y torpeza de mis movimientos y de lo pastosa que está mi voz... no podría hacerlo en circunstancias normales, pero ¿medio borracha? Ni de coña. Ya sabía yo que la sorpresa de marras no iba a gustarme, como me pasa con la mayoría de las sorpresas... No canto bien, nunca lo he hecho ¿por qué me hace esto? Vale, no es súper horrible escucharme, pero no soy Christina Aguilera, seamos serios... Tengo miedo escénico, siempre lo he tenido, y no creo en la terapia de choque. De verdad que no.

Sin saber muy bien el motivo, mis pies empiezan a moverse hacia el escenario. Sé que me miran todos. Que aquí me conocen todos. Pero precisamente por eso no puedo echar a correr y esconder la cabeza como si fuera un avestruz aterrado. No podría, aunque quisiera.

Así que llego al escenario, al que subo gracias a él, a la mano que Rodrigo me tiende y que me produce un calor difícil de ignorar. Sé que ha llegado a mis mejillas, que se han encendido simplemente por el hecho de estar mirándole a los ojos, ahora más calmados y menos desafiantes.

Me tiende el micrófono y me suelta la mano para quedarse en un lado de la plataforma. Me siento huérfana de su tacto justo en ese momento, justo cuando empiezan a sonar los acordes de la canción que ha elegido para mí, y los temblores amenazan con tumbarme aquí, de frente a toda esta gente.

Reconozco la pista en apenas un segundo. Mi corazón se hincha de emoción, y un sentimiento de júbilo se une a esos nervios y a ese miedo que me dan los escenarios y las muchedumbres.

La canción que yo cantaba por toda la casa, con el cepillo del pelo a modo de micro, con más esfuerzo y ganas que talento, mientras Rodrigo me hacía los coros y se reía de mis tonterías. Esa canción que era la banda sonora de nuestras tardes de invierno y que se mezclaba con la música de Queen, Radiohead o Bruce Springsteen. *Voy en un coche*, de Christina y Los Subterráneos, un viaje directo a nuestros recuerdos.

Y como la letra empieza de inmediato y apenas me da tiempo a pensar, acerco el micrófono a mi boca y una voz trémula y temblona sale de mi interior, donde las mariposas están haciendo estragos.

*Dile a papá
que me voy de la ciudad.*

*Dile a los chicos
que no volveré más.*

*Voy en un coche que robé anoche
a un tipo listo que iba a ligar.
Es un Spider con dos asientos,
coge doscientos sin apretar.*

Lo miro por un instante, solo un fugaz instante y él sonríe y se une a mí. Porque lo ha entendido, sabe que lo necesito, mucho, para volver a hacer los coros como los hacía antes, con su voz potente y grave, con su presencia enorme, con su boca al lado de la mía mientras compartimos micrófono.

*Dile a papá
que me voy de la ciudad.*

*Dile a los chicos
que no volveré más.*

*En la autopista las rayas bailan
como coristas de cabaret.*

*Las patrullas de carretera
pintan panteras en el arcén.*

*Quema los rascacielos,
quema los postes de la luz
y los camiones de bomberos.*

*Quema los tribunales,
quema todos los bares,
porque no voy a volver.*

*Dile a papá
que me voy de la ciudad.*

*Dile a los chicos
que no volveré más.*

*Los camioneros cuelgan sonrisas
del parabrisas cuando me ven.*

*Soy la Princesa de la autopista
y hasta los polis besan mis pies.*

*Quiero llegar muy lejos,
casi casi hasta el final,
donde nadie da consejos.*

*Pasando la frontera,
con un calavera
tatuada en el cristal.*

*Voy en un coche que robé anoche
a un tipo listo que iba a ligar.*

*Dijo "Mi amor, voy por cigarrillos"
y una vez dentro le metí gas.*

*El muy cretino me tiró un beso
por el espejo retrovisor,*

*ahora la Luna pasa la noche
oyendo el ruido de mi motor.*

Los tipos duros pasan apuros

*cuando se cruzan por mi carril
y en el Cielo todos los santos
son de mi bando y rezan por mí.*

*Dile a papá
que me voy de la ciudad,
Dile a los chicos
que no volveré más.²*

Cuando la canción llega a su fin, una especie de euforia me invade de un modo inmenso. Soy como Maria y el resto de la familia Von Trapp, en *Sonrisas y Lágrimas*, diciéndole adiós a Austria tras cantar *Edelweiss* en el certamen. La gente aplaude y los miro atónita. He cantado en un escenario, he hecho lo que nunca me he atrevido a hacer, y he convertido mi canción fetiche de adolescencia en el vehículo para sobreponerme a este miedo. Bueno, más bien lo ha logrado Rodrigo, al colocarme al borde de precipicio.

No sé si le odio o le quiero ahora mismo. Nunca me ha gustado ser empujada al precipicio, ni siquiera llevando paracaídas. Sé que ahora mismo tantas emociones se agolpan dentro de mi pecho que no sé si me apetece seguir enfrentándome a nada de esto.

Así que tomo la salida más fácil. Me bajo del escenario y huyo del lugar de los hechos. Necesito procesarlo y eliminar las dudas y la nube que me nubla los sentidos. No quiero hacer ninguna tontería ni volver a meter la pata, así que corro en dirección a mi casa al amparo de la oscuridad, mientras atrás dejo la fiesta y el alborozo generalizado.

Las primeras lágrimas ya me recorren las mejillas cuando oigo sus pasos a mi espalda y su voz diciendo mi nombre, en apenas un susurro, implorando.

—Emma...

—Por favor, necesito estar sola.

—Lo sé. Pero no puedo dejar que te vayas así.

Silencio. Sigo parada de espaldas a él, con el corazón en un puño, ardiendo algo extraño en mi interior, a lo que soy incapaz de ponerle nombre. Es rabia, es enfado, es una lava viscosa que se me cuela por cada recoveco de mi ser. Pero también es agradecimiento, profundo anhelo, liberación.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunto girándome por fin—. ¿Quién te ha dado derecho a ponerme en esa situación? Como lo de esta tarde... ¿A

qué demonios estás jugando, Rodrigo?

—Yo solo quería ayudarte...

—No, quieres ayudarte a ti mismo. Quieres más de lo mismo, más de lo que te di y tu pisoteaste —me duelen las palabras tanto que siento que el corazón se me desgarrar poco a poco—. ¿Quieres volver a jugar? ¡Está bien! ¡Juguemos!

Doy un paso hacia él, desafiante, y me planto justo a su lado, tan cerca que puedo sentir su aliento en mi rostro y el suave subir y bajar de su pecho, al compás de una respiración que se acelera poco a poco.

—Bésame —le desafío—. Si es lo que quieres, bésame. Hazme el favor de besarme para que te pueda borrar de dentro y dejes de atormentarme.

—Emma...

—No, Emma no. Basta de palabras. Te estoy dando permiso. No voy a huir, no voy a esquivarte ni a apartarte. ¡Bésame! ¿No es eso lo que querías esta tarde? ¡Pues hazlo!

Hay una rabia animal en mis palabras, que no sé de qué punto exacto provienen. Son lacerantes y me hacen daño cuando pasan a través de mi boca, porque sé que son hirientes y que a él también se le están clavando en la piel.

—Emma, has bebido, no es una buena idea.

—¡Ya salió en santurrón! ¡El protector! —exclamo dolida—. ¡Poco te importó hacerme daño hace once años! Ahora no vengas preocupándote por mí, porque no me lo creo.

—No tienes ni idea.

—Tengo toda la idea del mundo, porque te conozco. Y sé que te estás muriendo ahora mismo por besarme, por terminar lo que empezaste esta tarde. Hazlo, no seas cobarde.

No reconozco a esta persona en la que me he convertido esta noche. Creo que el alcohol ha tomado demasiado control y me está convirtiendo en una persona más valiente, pero también más mezquina y atroz.

—Sí, eres un cobarde... siempre lo has sido.

Escupo con odio las palabras, que salen sin filtrar de mis labios, mientras me giro para irme a mi cabaña, a olvidar la pesadilla en la que yo misma he convertido la que debería ser la noche más especial del año.

Pero él no me deja. Algo he debido tocar con mis palabras y con mi rabia, porque me toma del brazo y me hace girar sobre mí misma, atrayéndome hacia sus brazos, que me acogen con una especie de

arrogancia tierna que no me esperaba. Me mira un instante, con chispas de ira en sus ojos azules, absolutamente devastado por lo que está a punto de hacer. Su necesidad y su repulsa reflejadas en un rostro que se contrae por el deseo y las ganas.

Y me besa. Sí, me besa, con determinación y ansia, con la intensidad del anhelo que lleva tiempo dormido, como si quisiera beberse mi esencia y todo lo que significa este momento.

Sus brazos me encajan en el hueco de su pecho, para protegerme, para no dejarme huir, para darme todo el calor que emana de su necesidad. Su boca apaga con osadía mi bravura anterior, convirtiéndome en un ser dócil que le permite la entrada a los recovecos más íntimos de mi alma. Como siempre ha ocurrido con Rodrigo, mi armadura se resquebraja solo con sentir sus labios y su lengua abriéndose paso en mi interior.

Mi mente está cubierta por las brumas, el corazón me late desbocado y mi piel se vuelve tan sensible, que cualquier contacto me causa escalofríos y me pone la piel de gallina. Sé que el alcohol me tiene revuelto el sentido, pero sus besos me despiertan algo que lleva siglos dormido. Unas ganas de dejarme llevar como nunca antes había sentido.

La cabeza me da vueltas, la borrachera ya no es solo etílica, mientras me lleva en volandas sin soltarse de mis labios. No quiero que pare, no quiero que esto se acabe y, gracias a los cielos, con mi mente completamente apagada, no hay manera de que esta vez sea yo quien diga que no.

Cuando, a trompicones, abre la puerta de su cabaña y me tiende sobre su cama, sé que voy a dejarle hacer todo lo que quiera hacerme y que, pese a todo, lo disfrutaré.

Septiembre 1998

La fiesta de cumpleaños había acabado hacía horas, pero Emma no era capaz de dejar atrás la sensación de soledad que se le había instalado en el alma.

Era la primera vez que pasaba ese día lejos de su madre que, aunque poco dada a demostrar afectos, era un pilar fundamental a la hora de enfrentarse a sus muchas inseguridades. Y Emma atesoraba muchas...

acababa de dejar atrás las gafas y los *brackets*, incluso notaba que tenía un poco más de pecho en su busto plano cual tabla de planchar. Se veía algo más guapa al mirarse al espejo, más favorecida y más mayor, pero dentro de ella el torrente de dudas seguía tomando el control de todos sus pensamientos.

Lamentó su suerte, la que había hecho cuadrar las fechas de ese cumpleaños, el último en el que ella no era la que decidía, lejos de León y de su madre.

No es que lamentara pasar un día señalado con su padre, pero él nunca había hecho esfuerzos reales por comprenderla, por hacer que Emma se sintiera parte activa de esa otra familia en la que solo se reflejaba en Rodrigo. Soraya la trataba con condescendencia desde que la conocía; Ane, con clara hostilidad; y su padre, desde que la llevó allí, la consideraba como una muñeca frágil que podría romperse si no era manejada con sumo cuidado. La mimaba en exceso, pero nunca le ofrecía nada que ella realmente quisiera, y nunca, en todo ese tiempo, dejó de considerarla una niña a la que hubiera que tratar como si fuera de cristal.

Cumplir los dieciocho y escapar de la asfixia que había supuesto estar entre su padre y su madre, lejos de aliviarla, la llenaba de vacío, si es que eso era siquiera posible. Una gran nada, donde debería estar la calma de la liberación, la tenía comida por dentro, como un cáncer dañino e incómodo, como un nido de abejas zumbando y dejando todo hueco y estéril a su alrededor.

Solo la presencia de Rodrigo en esa casa lograba hacerla sentir algo. Llevaba años intentando definir el qué, pero era todo demasiado complicado y apenas profundizaba en las implicaciones que tenerlo de su lado suponían. Rodrigo era solo Rodrigo y así debería seguir siendo. Era la rama del árbol a la que asirse para no estrellarse contra el suelo en la escalada. Era la brisa que refresca en un día de calor devastador. Era la piedra en el camino que la obligaba a no darlo todo por sentado.

Pero también era el misterio. Lo que se negaba a considerar. Un pequeño deseo jamás confesado, ni siquiera a ella misma, para no acabar por decepcionarse o caerse de la nube.

Ese fin de semana, el de su cumpleaños, él estaba en un festival, con sus amigos. Emma creyó que podría zafarse de celebrarlo en Unanua, que podría convencer a su padre para pasar esos días en León con su madre, pero fracasó. Y cuando se vio abocada a pasarlo con la familia postiza que

su padre le había regalado, Rodrigo ya se encontraba a cientos de kilómetros de distancia, y no sabía nada de la fiesta, la infeliz parodia de fiesta, que habían ideado para celebrar tan significativa fecha.

A la celebración, aquel triste domingo de septiembre, solo acudió Ane, tremendamente cabreada por no poder escaquearse, los padres de ambas, Tata, con su sempiterna sonrisa benevolente, y Eki, el hijo del panadero, un chaval retraído y silencioso al que se le veía aún más a disgusto que a ella. Ane lo llenó todo de burlas y bromas de pésimo gusto, a espaldas de sus padres... ese debía de ser su regalo de cumpleaños, pensó con amargura Emma, mientras solo deseaba desaparecer y abrir los ojos en un momento y un lugar diferentes.

Cuando le dijeron que soplara las velas y pidiera un deseo, ella solo tuvo una cosa en qué pensar: que Rodrigo la rescatara. Una última vez. Que la sacara de allí y que la hiciera reír.

Subió las escaleras, liberada, en cuanto la triste fiesta acabó. Cuando Rodrigo no estaba en casa, muy a menudo por los estudios o porque ya no era un crío que pasara muchos días en casa de su madre, ella ocupaba su habitación, en un intento desesperado por poner distancia con la odiosa Ane. A todos les convenía el arreglo y nadie se oponía, incluido el dueño de aquel reducto de paz que Emma valoraba como si fuera su propia Fortaleza de la Soledad, como si ella fuera Superman y necesitara de un templo así para poder exorcizar todos sus demonios interiores.

Cerró la puerta tras ella y se acercó al reproductor de vídeo que Rodrigo tenía justo frente a la cama, donde habían visto innumerables películas a lo largo del tiempo que ella había pasado en esa casa.

Pasó su dedo por la colección de películas que ocupaban parte de la estantería. Acción y superhéroes, pero también dramas, cine de autor y clásicos del cine de todos los tiempos. Rodrigo era tan aficionado al cine de calidad como ella misma. Paró frente a un título que esa noche necesitaba. La historia de la díscola Holly Golightly y su gato sin nombre.

Puso la cinta VHS en el reproductor y encendió la pequeña televisión. Mientras los títulos de crédito avanzaban, se desvistió, se quitó la coleta y se puso el pijama, que tenía doblado en una silla. Se acomodó en la cama boca abajo, con los pies en la almohada, y las manos bajo la barbilla. Sintió que, por fin, el día comenzaba a mejorar y sonrió, por primera vez en muchas horas.

—*Desayuno con Diamantes*, excelente elección. —Su voz la sacó del letargo emocional en el que se hallaba inmersa, media hora después del inicio de la película, cuando Holly cantaba en el hueco de la escalera esa mágica *Moon River*, del maestro Henry Mancini.

Rodrigo había abierto la puerta de su habitación sin que ella reparara en su presencia, tan metida estaba en la trama de la película. Estaba apostado en la jamba, con una mochila colgada de su hombro y esa sonrisa demoledora que la hacía cuestionarse tantas cosas.

Algo en su pecho dio un salto mortal y un pequeño escalofrío la recorrió entera. Lo miró hipnotizada, como cuestionándose que fuera real y no una imagen que su imaginación hubiera colocado en su cabeza, un producto de la soledad, de las ganas de tener alguien de su lado en ese momento.

—¿Qué haces aquí? —acertó a preguntar pasados unos segundos, tras darle al botón de pausa en el mando a distancia—. ¿No estabas por... Málaga?

—Almería —corrigió él sin perder la sonrisa.

—Almería —repitió Emma.

No se había movido ni un ápice, aún en la misma posición que había adoptado cuando se tumbó a ver la película. Girada de cara a él y con gesto de estúpida, se imaginaba, no se veía capaz de tomar ninguna decisión. ¿Irse de allí para dejarle descansar? ¿Quedarse y charlar?

—¿Qué hora es? —preguntó Emma porque realmente no tenía ni idea.

—Las doce menos diez —contestó él consultando su reloj—. He llegado a tiempo.

—¿A tiempo?

—A tiempo para felicitarte por tus dieciocho.

Ella se quedó definitivamente sin aliento, sobrecogida por su voz, la intensidad de su mirada y sus palabras, tan hermosas, tan necesarias ese día... Quiso llorar de alegría y echarse a sus brazos, saltar en la cama y salir a correr una maratón. Pero se limitó a sonreír, a dibujar una tímida sonrisa complacida en sus labios, sobre sus dientes sin aparato.

—Se supone que hoy no deberías estar aquí. ¿No era el gran festival este fin de semana?

—Nunca me hubiera perdido este día contigo si llego a saber que venías a Unanua. Creí que irías a donde tu madre... Cuando la mía me dijo que estabas aquí, cogí el coche y puse rumbo a casa.

Hizo cuentas y no le salieron. Soraya habló con él a las cuatro y media de la tarde, más o menos. Imposible recorrer España entera de punta a punta en siete horas.

—¿Cuánto has tardado?

—No lo sé, he corrido bastante, no te lo voy a negar —su boca se torció en un gesto burlón, que intentaba quitarle seriedad a algo tan grave como jugársela con el coche—. Y no he parado más que una vez, nada más pasar Madrid, para echar gasolina, tomarme un bocata y hacer pis.

Emma no quería echarle la bronca, porque era tan bonito lo que acababa de hacer... pero odiaba que se tomara esas licencias al volante, incluso por ella. Rodrigo ensanchó su sonrisa ante las dudas de ella y Emma claudicó.

—Lo importante es que lo he conseguido. Felicidades... Eres mi mejor amiga y quería decírtelo en persona.

Su gesto había conseguido conmoverla porque, de repente, el día se había convertido en el más especial de su vida y no sabía cómo agradecerle el detalle. Nunca nadie había hecho una cosa así, solo por llegar a tiempo a decirle felicidades y hacerla sentir importante.

—Siento haber ocupado tu habitación. —Y, ahora sí, hizo ademán de moverse, para dejar libre esa cama que ya hoy no sería la suya—. Ane tendrá que aguantarme esta noche.

—Quédate —le pidió él dando un paso dentro de la habitación—. Celebremos tu cumpleaños, que para eso me la he jugado. Termina de ver la peli, veámosla juntos si te parece.

Emma asintió complacida, entre la odiosa Ane y pasar el rato con Rodrigo y una de sus películas favoritas, no tenía ninguna duda sobre lo que escogería sin pestañear.

Rodrigo se quitó la mochila del hombro y la dejó en un rincón, se deshizo de sus zapatos y se tumbó en la cama, a su lado, en la misma posición que ella. Emma le dio al *play* de nuevo y Audrey Hepburn continuó cantando *Moon River* con su ukelele.

El final de la historia les pilló con una sensación de comodidad que echaban de menos ambos. Esa intimidad y ese estar cerca sin notarse, sin dejarse de sentir.

Ninguno de los dos hizo ademán de moverse, ni de quitar los títulos de crédito, que circulaban con una hermosa lentitud a modo de música de fondo.

—Paul y Holly, esos dos seres solitarios condenados a entenderse... — Las palabras de Rodrigo los sacaron de la comodidad que el silencio regalaba—. No entenderé nunca cómo una historia de Truman Capote pudo acabar siendo considerada una comedia romántica y, a la vez, gustarme tanto.

—Es que es una comedia romántica.

—Claro... ese final hecho para dar gusto al público no puede ser otra cosa más que romántico.

Torció el gesto a la vez que ella enarcaba una ceja y fijaba sus ojos en los suyos. Era interesante discutir temas que los distanciaban porque siempre aprendían el uno del otro. Eso le gustaba. Bueno, a Emma le gustaba casi todo lo que hacía con Rodrigo.

—¿Qué tiene de malo el romanticismo? —preguntó ella mientras apoyaba la cabeza en una mano y lo desafiaba con la mirada—. Ese beso... ese beso bajo la lluvia es perfecto.

—Ya salieron los besos bajo la lluvia y su fan número uno —rió él, acostumbrado al tema.

Pero algo dentro de él se puso a la defensiva. No quería hablar de eso con ella, por alguna estúpida razón en la que se negaba a profundizar, no quería hablar del beso bajo la lluvia de ella, ese que era especial, que la tenía presa del hechizo del beso perfecto.

Pestañeó un par de veces antes de apartar esa sensación incomoda que se había instalado en una parte de su pecho, y sonrió de nuevo, en un intento por esquivar los fantasmas. Le colocó el pelo detrás de la oreja y pensó en que algún día alguien la cogería en sus brazos y le daría ese beso que la haría olvidar todos los demás, incluidos los de sus mejores recuerdos. Y deseó ser él quien lograra la proeza de borrarle la memoria, lo deseó con tanta fuerza que casi le dolió.

—¿Te quedas a dormir conmigo esta noche?

Y Emma, que no se esperaba mejor regalo de cumpleaños, se acurrucó en sus brazos y soñó que llovía.

Capítulo 15

Algunos hombres buenos

Correr diez kilómetros, tomarse tres tazas de café y darse una ducha de casi media hora no han sido suficientes para borrar de mi cuerpo y mi mente la resaca producto del alcohol, ni el arrepentimiento, fruto de las decisiones impulsivas.

Llevo despierta casi tres horas y aún no he logrado darme una explicación a mí misma sobre lo que pasó anoche con Rodrigo. ¿Por qué esa rabia? ¿Por qué esas ganas de hacernos daños? ¿Por qué estropearlo todo de nuevo metiéndome en su cama?

Apenas pruebo nada más que otra taza de café con leche y me voy a hacer mi turno en la recepción, con pocas ganas de entablar conversaciones con nadie. No se ve ni un alma en todo el camping y se nota que la fiesta de anoche fue de las de trasnochar y exprimir al máximo. Solo se ve movimiento en la piscina, donde alguien se afana por pulverizar un récord olímpico o algo así.

Me fijo con más atención y compruebo, sin mucha sorpresa, que ese alguien es Rodrigo. Me acerco un poco más, con cautela, impelida por algún resorte automático, una yo curiosa que no puede evitar admirar cómo las gotitas de agua resplandecen gracias al intenso sol con el que hoy hemos amanecido, aumentando la potencia de sus brazadas, de su poderosa musculatura en pleno ejercicio acuático.

La verdad es que es hipnótico, reconozco que podría pasarme la mañana aquí, en esta torre de vigía improvisada, admirándole. Y no, no quiero ser esa clase de persona que por la mañana recorre el camino de la vergüenza tras acostarse con alguien, prometiendo que no se va a repetir, y luego se queda boba perdida mientras lo acecha como una psicótica. No, no voy a ser esa persona. Así que, haciendo gala de una enorme fuerza de voluntad, me vuelvo sobre mí misma y me dispongo a ocupar mi puesto en la recepción, que es donde debo estar ahora mismo.

Pero no es tan fácil como pensaba. Pues al darme la vuelta, me doy de morros con Abril que, cruzada de brazos, me pide una explicación muda a todo. Y cuando digo a todo, me refiero a TODO. No va a ser fácil deshacerme de ella sin que me someta al tercer grado, así que, cabizbaja,

me dirijo a la recepción, con ella a mi vera, mientras guardamos ambas un silencio demoledor.

Esto es, quizá, lo peor a lo que tendré que enfrentarme hoy. La dureza de Abril, sus brazos cruzados, su mirada altiva, sus expectativas rotas... no he estado a la altura de lo que ella esperaba de mí y aún ni sé la razón. Quizá se deba a que no fui valiente o lo fui demasiado. Quizá fue que no supe estar a la altura ni de Manu ni de Rodrigo y eso acabó, irremediablemente, conmigo a la deriva.

Me sitúo detrás del mostrador y ella se apoya a mi derecha, algo alejada, escapando de mi escrutinio visual directo. No sé si lo hace para que no la condicione con mis ojitos de dar pena o para que yo no vea el reflejo de su decepción.

—Dime lo que necesitas escuchar y lo diré. —Lo mejor es coger al toro por los cuernos.

Ella se revuelve en su sitio. No se esperaba que fuera directa y que asumiera mis culpas sin escuchar antes su rapapolvo. La pillo por sorpresa y eso la descoloca. Levanta por un instante sus ojos del mostrador y me mira fugazmente, mientras la duda se dibuja en su semblante.

—Si quieres que te pida perdón por no saber beber, por no valorar la sorpresa de Rodrigo o por pasar de ti anoche... lo haré, no hice las cosas bien y soy plenamente consciente de ello.

—Vaya, sí que me lo pones fácil —responde, por fin, tras escuchar con atención mi disculpa sin que ella la hubiera pedido siquiera—. Emma, entiendo que parte de la culpa es mía por darte todo ese tequila, pero tú siempre has sido tan cabal, tan responsable y tan buena chica...

—Sí, siempre la buena chica —repito con amargura, como si esa etiqueta no fuera un halago y sí todo un castigo, un lastre.

—Sí, Emma, siempre la buena chica —asegura ella elevando un poco la voz—. La que hace las cosas bien y no va por ahí anteponiendo sus caprichos... No eres como yo y me jode mucho ver que ayer te comportaste exactamente como lo hubiera hecho yo. Tú no eres así y me duele ver que ayer lo fuiste, por mi culpa. Así que perdóname tú, por favor.

Sus ojos, por fin, se clavan en los míos, y veo que en ellos hay una especie de penitencia por cumplir, una súplica muda... nos parecemos tanto y, a la vez, somos tan condenadamente diferentes... Me dan ganas de abrazarla tan fuerte como para romperle un par de costillas, pero también de

reñirle por dejarme beber, y hasta de seguir pidiéndole perdón por haberle fallado.

—Yo no soy tan buena, Abril —intento convencerla, que vea las cosas como verdaderamente son, que me vea como el ser ruin y deleznable que ayer comprometió a Rodrigo y utilizó a Manu para demostrar una teoría absurda—. A veces soy mezquina y me regodeo haciendo daño. Me pasa poco, pero ayer me llevé el premio al ser más despreciable de toda la creación.

—Venga, tía, no te pongas melodramática —dice Abril entre risas, poniendo las manos entre las dos a modo de gesto protector para sí misma—. Ni que hubieras asesinado a alguien y hubieras escondido su cadáver.

Me quedo seria por un instante. Un mínimo instante en el que veo que su tez pierde el color, y sé que se cuestiona algo realmente malo en esa décima de segundo. Cuando sonrío y le quito seriedad al asunto, se la ve respirar con cierto alivio, mientras extiende su mano hacia mí y me da un ligero empujón mezclado con una risita nerviosa.

—Joder, Emma, no me asustes que bastante tuve ya anoche con la fiestecita.

—Si te hubieras visto la cara... —Y no puedo dejar de reír. Me sienta bien hacerlo y dejo que la broma me llene un poco más antes de volver a la seriedad de antes de lograr distender el ambiente con mi mejor amiga.

—Entre lo que bebí yo y lo que te dejé beber a ti, no estoy para estos sustos —se queja con un atisbo de sonrisa traviesa entre los labios—. Joder, vaya vacaciones, hace diez días con la celebración del Mundial ya se me fue de las manos, pero anoche... tengo que plantearme seriamente la abstinencia alcohólica.

Se pasa la mano por el pelo y sé que se lo está pensando seriamente, cosa que, también sé, le va a durar hasta la siguiente fiesta o, más fácil, hasta que los efectos de la resaca de hoy se hayan disipado.

—Bueno... ¿y dónde acabaste la noche? —Hace la pregunta que estaba temiendo desde que la vi aparecer—. Porque, desde luego, en nuestra cabaña no fue...

Enrojezco. Sí, como una niña pequeña pillada en falta, como una adolescente cuestionada sobre el chico que le gusta, como una casi treintañera que ha huido de la cama del tío con el que tuvo una buena dosis de sexo la noche anterior. Enrojezco desde la raíz de mis cabellos a la punta de los dedos de mis pies y, claro, a Abril nada de eso le pasa desapercibido.

Abre la boca, mucho, y le entra la risa. Se ríe como una loca por mi rubor, ese *ponerse roja tan cuqui* que llama ella. Y yo paso de la vergüenza al enfado en menos de dos segundos.

—¡No te rías! —protesto, de nuevo asemejándome a una niña pequeña.

—¿Cómo no me voy a reír? —pregunta sin poder contenerse—. ¡Si te has puesto como un tomate! Me encanta porque eso quiere decir que tienes un chismorreo interesante y que yo, casualmente, aparte de resaca, tengo tiempo, mucho tiempo libre.

—No hay nada que contar —intento escaquearme haciendo que mi mirada la esquive deliberadamente.

—Eso no te lo crees ni tú. Para empezar, no viniste a dormir, y en algún lugar lo harías. Y con alguien, sobre todo con alguien. Seguro que algún chico te abriría la puerta de su cabaña. Y por algún chico, me refiero a alguno de los dos que te andan rondando... así que dime, ¿fue el motero o el hermanastro? Cualquier opción me vale, que conste que a esos dos no les pongo yo ni un reparo...

Me da la sensación de que estoy atrapada en una *peli* de abogados, en una en la que yo soy la culpable, acorralada en el banquillo de los acusados o, peor, en el estrado, llamada a declarar sobre un hecho que no deseo que salga a la luz. Como si yo fuera el mismísimo Jack Nicholson, acorralada por el mordaz Tom Cruise en *Algunos hombres buenos*, a punto de ser obligada a soltar la verdad, una verdad que acabará condenándome.

—¿Y bien? —pregunta impaciente cuando ve que no está consiguiendo nada con su interrogatorio de manual—. No me voy a mover hasta que me lo cuentes, ¿Manu o Rodrigo?

Desisto, y la miro con ira mal disimulada. La odio un poquito por obligarme a contárselo y me prometo a mí misma no volver a ponerme en una situación así. Primero no haciendo este tipo de cosas tan comprometedoras y, segundo, aprendiendo a disimularlas en caso de no tener más remedio que hacerlas.

—Rodrigo, ¿vale?

—¡El hermanísimo! Ya lo sabía yo, ahí había fuego, nena...

—Hasta ayer no tenías ni idea.

—Cierto, pero una vez que me pusiste sobre aviso y me contaste que hubo algo atrás... —deja caer con sorna y autosuficiencia mal disimuladas—. Ya sabes lo que dicen, donde hubo fuego siempre quedan rescoldos.

—¿Qué sabrás tú?

—Cierto, sé muy poco, porque eres sumamente reservada y no me cuentas nada, por más que te intento sonsacar.

Le saco la lengua disgustada, aunque, no puedo evitarlo, sonrío contra mi voluntad. Sé lo mucho que disfruta Abril jugando a los detectives y a interpretar el papel de fiscal en los juicios que se monta en su cabeza. No me suele gustar ser yo su víctima, pero con Abril la sonrisa la tienes casi asegurada.

—En serio, ¿qué tal estuvo? Porque tiene una pinta de *mmmm*, ya me entiendes...

—¡Abril!

—¿Qué? Chica, en mi imaginación no tienes potestad, así que te aguantas si quiero fantasear con sus dotes amatorias. A no ser —se interrumpe de pronto—, que entremos en coto privado. Si lo reclamas como propio, prometo dejar de visualizarlo mientras realiza empotramientos varios...

—¡Joder, qué bruta eres!

—¿Eso es que me dejas seguir imaginándomelo o que es tuyo en exclusividad a partir de ahora?

—¡No! —exclamo escandalizada, aunque pronto me arrepiento y me entran las dudas—. Sí... o sea, no lo sé. Deja de comerme la cabeza y deja de hablar de Rodrigo como si fuera un semental de novela erótica. Joder, Abril, es una persona...

—Ya. Y esa persona es, justamente, tu persona, ¿verdad? —dice con una dulzura en la voz que me sorprende.

Es un cambio de tercio que me pilla desprevenida, demasiado a la defensiva como estoy, con el dardo preparado para seguir la lucha dialéctica en la que nos ha enzarzado a ambas.

Me mira con unos ojos que lo dicen todo. Que me entiende, que sabe que no es fácil, que no me va a dejar sola pase lo que pase. Y yo se lo agradezco tanto que me entran unas ganas terribles de abrazarla.

—Sí, Abril, de algún modo él es mi persona, siempre lo ha sido —admito por fin—. Aunque todo entre nosotros sea complicado, aunque a veces le odie y, desde luego, aunque no tenga nada claro que yo sea la suya.

—Nunca he visto a nadie mirar a otro ser humano como él te mira a ti —dice con convicción, provocando que un escalofrío me recorra entera y me deje sin aliento—. Apostaría mis cejas de por vida (y ya sabes lo

sumamente horrorosa que una mujer puede estar sin cejas) a que eres su persona. De forma total y absolutamente definitiva.

Ahora sí, la abrazo, rodeo el mostrador y rompo cualquier barrera física o imaginaria que nos separara, porque Abril es, de algún modo, quien siempre consigue enderezar mi barco y hacerme volver a encontrar el rumbo. Sin ella estaría perdida, continuaría a la deriva, y por eso me aferro a su cuerpo y lo estrecho como si fuera mi hermana, mi guardiana, mi madre, mi amuleto de la suerte. Todo lo que necesito para desentrañar los complejos recovecos de mi desastrosa vida en general.

Al acabar el turno, el sueño me tiene ganada la batalla, así que decido echarme una buena siesta. También los remordimientos por mi comportamiento durante la fiesta, todo hay que decirlo. Anoche no se puede decir que durmiera mucho y, si quiero pensar con claridad, lo mejor es un buen descanso e intentar normalizar la situación con Rodrigo, por complicado que esto pueda parecer.

Pero, aunque me pesan los ojos y apenas siento mi cuerpo, no soy capaz de conciliar el sueño, y debo renunciar al pequeño placer de la siesta tras más de una hora tumbada en la cama, sin lograrlo. Imágenes del cuerpo de Rodrigo, de sus caricias de anoche, de su ternura, de sus labios recorriéndome entera... podría echarle la culpa al alcohol de haber acabado en sus brazos, pero la verdad es que era plenamente consciente de lo que hacía y, por eso, la recreación en todo lo que tuvimos la noche pasada es tan viva y tan cargada de pequeños detalles.

No, no fue el tequila el culpable. Fue la rabia, el comprobar que él volvía a la carga conmigo. Que no le bastó con descargarme de emociones la otra vez, cuando la niña soñadora e inocente que le entregó sus sentimientos, se quedó sola y desorientada en un mundo que se engañaba a sí mismo. Cuando intentó besarme, ayer por la tarde, sin haberme ofrecido ninguna explicación antes, algo dentro de mí se rebeló. Y ojalá Manu y yo hubiéramos repetido la magia de nuestro beso bajo la lluvia, porque eso hubiera borrado de mi cabeza a Rodrigo, estoy convencida. O... casi convencida, al menos.

Pero no, tuvo que salir también eso mal y acabar obligando a quien no debía a meterme en su cama y a repetir algo que a ninguno de los dos nos

conviene. Era mejor dejar de lado esos besos, esas caricias, esa manera de amarse sin condiciones, como si hoy el mundo estuviera en suspenso y no existieran las consecuencias.

Mi corazón se resiente ligeramente con cada repaso, con cada vuelta a la memoria de la noche de ayer, como si me estuviera infringiendo un daño sádico y visceral recordando lo que no puedo tener y anhelo con tanto deseo. Rodrigo y yo nunca seremos una buena combinación, al menos, mientras siga en el aire la incógnita de por qué me dejó, sin más, cuando le abrí mi alma, once años atrás.

Una década entera con esa incógnita plantada en mi cerebro, en mis huesos, en el punto exacto donde se juntan la sangre y la carne, en lo más profundo de mis entrañas. Una década de incertidumbres, de preguntas, de echarle de menos... sí, eso tengo que reconocerlo también, cuánto lo he echado de menos en todo este tiempo.

Incluso con Fer a mi lado, muchas veces me preguntaba qué sería de Rodrigo y, otras veces, las menos, me daba por pensar en lo que podríamos haber sido juntos. ¿Dónde estaríamos? ¿Aún nos queríamos? ¿Seguiría loca por él? ¿Aún me haría reír y me sacaría las castañas del fuego?

Sonrío imperceptiblemente mientras desisto de esta siesta que no acabo de convertir en realidad. Me pongo ropa cómoda y decido salir a dar un paseo, quizá así logre desembarazarme de esta opresión en el pecho que me impide conciliar el sueño y alcanzar algún tipo de paz.

Justo cuando me encamino a la puerta oigo pasos al otro lado, y sé, por alguna razón, que es Rodrigo en busca de alguna explicación por largarme esta mañana sin decir nada, o para hablar de lo que pasó anoche. Ninguna de las dos conversaciones me tienta ahora mismo, antes, al contrario. Así que desando mis pasos hasta el dormitorio, que da a la parte de atrás, y abro la ventana para escapar, como si me persiguiera el ama de llaves de un internado suizo.

Antes de salir, como movida por una intuición a la que soy incapaz de negarme, mi mano se agarra al casco amarillo pollo que Rodrigo me dio ayer mismo, y lo aferro con fuerza antes de convertirme en prófuga en mi propia casa.

Cuando veo que Rodrigo desiste de esperar en vano delante de la puerta de mi cabaña, tomo, medio escondida, el camino contrario y, sorteando gente y espacios abiertos, llego al cobertizo donde la Campera me espera bajo la lona.

La retiro, y los recuerdos y la nostalgia que esa moto hace revivir en mí me ponen los pelos de punta. Cuántas tardes de risa, cuántas cuestas bajadas a toda velocidad, cuánta adrenalina... yo sujeta a su cintura y él, conduciendo hacia una nueva aventura. O él detrás, rodeándome con mimo mientras me enseñaba lo básico para que yo pudiera llevarla sola. Una sonrisa estúpida sobresale en mi cara, y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para obligarme a salir del estado de zombi al que la presencia de la Mobylette me ha inducido.

Me subo a la moto despacio, como completando alguna clase de ritual que el momento requiere, y la pongo en marcha. Es vieja, mucho, pero tiene un sonido perfecto, está puesta a punto, limpia, cuidada, reparada... devuelta a la vida. Y la sonrisa se ensancha en mi rostro, porque ya me muero de ganas de ponerla en la carretera y sentir el frescor de la tarde en la cara.

No tardo ni un minuto en hacerlo y pongo rumbo a ninguna parte, dejando que el camino lo escoja el azar. La sombra de San Donato me acoge y me refresca en esta calurosa tarde de julio, como un guardián silencioso pero perpetuo. La Campera ronronea como un gatito y el casco amarillo pollo se balancea en mi cabeza, mal ajustado, como cuando tenía dieciséis años. Se parece tanto esta sensación de paz a aquella que me llenaba por dentro cuando nos lanzábamos a la aventura a lomos de esta moto...

En mi cabeza, sin necesidad de reproductor, suena *The Climb*, la canción con la que Hanna Montana reclamaba volver a ser Miley Cyrus, y que tan llena está de mensajes, ahora muy necesarios si quiero sobreponerme y seguir hacia adelante.

*There's always gonna be another mountain
I'm always gonna wanna make it move
Always gonna be a uphill battle
Sometimes I'm gonna have to lose
Ain't about how fast I get there
Ain't about what's waiting on the other side
It's the climb...³*

La canto a voz en grito por la carretera y sé que parezco una loca escapada de alguna institución mental (el casco amarillo pollo tampoco ayuda). Pero, ¿sabes lo mejor? Que no me importa nada, porque hacía

mucho tiempo que no sentía el viento en la cara ni ganas de cambiar las cosas. Y ahora, precisamente ahora, eso es justo lo que quiero y necesito.

Sin darme cuenta, y tras hacer un buen recorrido, no solo a través de los recuerdos, sino también de los kilómetros, veo que me acerco a Unanua en mi camino de vuelta al camping. De pronto, siento deseos de lanzarme por la cuesta de la iglesia, revivir esos momentos con mayor realismo, meterme de lleno en ellos y dejarme arrastrar por la energía atolondrada de la adolescencia.

Cuando estoy a punto de iniciar mi descenso alocado, el claxon del coche de mi padre me saca de mi euforia anticipada, y me hace una seña para que lo siga hasta la casa de Soraya. Es curioso, por más que lleve años viviendo en ella, nunca será su casa en mi cabeza, siempre será la de Soraya. Tampoco la de Ane o Rodrigo...

—¿Y Rodrigo? —pregunta mi padre nada más apagar el motor de su coche y yo el de la moto—. Pensé que la iríais a probar juntos.

—¿Sabías que la había estado arreglando? —pregunto asombrada mientras me bajo de la Campera y me acerco a darle un beso.

Se sienta en uno de los escalones de la entrada y sonrío. Está muy guapo, el sol le ha proporcionado un ligero bronceado que hace que tenga un aspecto saludable y atractivo. Su jovialidad se refleja en su rostro, donde algunas arruguitas ya moldean la madurez de sus facciones. Su pelo clarea desde hace muchos años (es *pelicano* prematuro, como yo lo llamo), pero eso solo aumenta el interés que despierta. Lo mejor de su rostro, no obstante, es la sonrisa, una sonrisa preciosa, blanca, amplia, generosa, que le llega hasta los ojos, que brillan con chispas vivaces y que le hacen parecer aún más guapo.

Adoro a mi padre, pese a que no he entendido muchas de sus decisiones, sobre todo la de dejar a mi madre o las de cuestionar mi madurez.

Me siento a su lado y puedo aspirar su aroma, su olor de toda la vida a menta y espliego. Lo aspiro con ganas y me lleno de él, otra fuente más de recuerdos.

—Claro que lo sabía —dice sin perder la sonrisa—. ¿Quién te crees que le consiguió las piezas?

—Sí, tiene sentido —mascullo recordando que mi padre es un viejo aficionado a la búsqueda de chollos, y que algo como encontrar piezas para una Mobylette Campera de principios de los ochenta tiene que ser un reto

de los que a él le apetece acometer—. Rodrigo tenía cosas que hacer, hoy soy solo yo.

—No me importa que seas solo tú —dice él con una sonrisa tierna pintada en su rostro—. De hecho, tenía ganas de que fueras solo tú. No hemos hablado mucho este verano, pese a ser el primer que pasamos juntos en quince años.

Me pasa el brazo por los hombros y me atrae hacia él, haciéndome recordar las tardes estivales, sentados en el porche de la cabaña cuando era solo una cría. Nunca me sentía tan cerca de él, tan querida y apreciada, como en aquellos veranos en el camping, cuando mi padre se quitaba el traje y se dejaba las preocupaciones lejos de allí.

—He estado tan ocupada que casi me olvido de lo cerca que estás —susurro compungida al darme cuenta de que eso es absolutamente cierto. Tan cerca y tan poco aprovechado...

—Creo que se te olvida que siempre estoy cerca, siempre, aunque me encuentre en la otra punta del planeta.

—No, papá, no siempre... —le contradigo muy seria—. Y, en parte, es por mi culpa.

Me mira con un atisbo de asombro y sabe que voy a ponerme melodramática, que es una cosa muy mía que hago de cuando en cuando. Intento que se relaje con una sonrisa, aunque sé que no las tiene todas consigo.

—Creo que llevo años culpándote de no estar, cuando he sido yo quien no he querido ver que nunca me has fallado —suelto de carrerilla, con los ojos clavados en el suelo para no exponerme a los suyos.

—Emma, ¿de qué estás hablando? —Y hay sorpresa genuina en su voz, más aguda que de costumbre.

—Hablo de mi comportamiento en muchas ocasiones, mientras crecía... echándote la culpa siempre de todos mis males, de no querer o saber confiar en mí, de dejar sola a mamá...

Cierro los ojos, un instante, solo un segundo para poner en orden mis caóticas ideas, mis culpas, las razones de peso para ser como he sido o para todo lo contrario, para no haberlo sido, para no haber estado a la altura de la responsabilidad de ser una buena hija. Siempre he creído que el malo era él, que se merecía mi desdén ocasional por no confiar en mí o por haberla dejado sola en su depresión. Como si solo ella hubiera sido la víctima cuando se acabó el amor.

—No... no la dejé sola —acierta a decir a modo de disculpa.

—No, papá, no hace falta que te justifiques, eso es precisamente lo que intento hacerte ver. Que, quizá, nunca te pedí explicaciones porque me sentía por encima de eso. Y no se las debes a nadie, ni siquiera a mí. Ahora lo comprendo.

—Emma —dice tranquilo, colocando una de sus manos sobre las mías, que se enredan nerviosas y ya ni sé qué hacer con ellas—. No trato de justificarme, pero debes saber que no la dejé sola. Ambos llevábamos mucho tiempo planteando una separación y... yo no quería, prefería ser infeliz que dejaros, por eso me quedé todo ese tiempo. Cuando apareció Soraya, tu madre me pidió que me fuera, que la dejara para intentar ser feliz. Sabía que eso la hundiría, pero... pero quedarme a su lado nos hubiera hecho naufragar a los dos. Lo sabíamos muy bien porque ya lo habíamos intentado todo. Por ti, sobre todo... por los tres, por esa familia que una vez fuimos.

Me quedo muda, como si mi garganta hubiera perdido su capacidad de habla o mi cerebro se negara a continuar participando de la conversación. Lo miro, con unos ojos nuevos, con una idea diferente de mi padre y me doy cuenta, de repente, de lo equivocada que he estado media vida y, peor aún, de lo injusta que he sido desde que mi padre salió de la casa que compartió con mi madre tantos años.

—No tienes que decir nada —acude en mi ayuda cuando ve la turbación en mi cara—. Tú no tienes la culpa de nada, Emma. Ni de lo que ha sufrido tu madre ni de las consecuencias de nuestras decisiones, acertadas o no.

—Pero, papá... yo he sido siempre injusta contigo, A lo largo de los años, cuando me traías aquí, siempre estaba enfadada...

—No siempre —añade con dulzura, suavizando el tono de mis palabras cargadas de dolor.

—Sí, siempre —insisto testaruda.

—No, no siempre. Dependía mucho de la presencia de cierto chico en la habitación de al lado... ¿me equivoco?

Abro la boca, de verdad que lo hago, pero de nuevo me he quedado sin voz, sin palabras para protestar o rebatir su afirmación. ¿Qué contesto yo a eso si es absolutamente cierto? ¿Si cada vez que mi padre me traía a Unanua y Rodrigo no estaba, yo le sacaba de sus casillas con mi actitud y mis reproches, no muy diferentes de los que Ane usaba conmigo? ¿Si la presencia del hijo de su nueva mujer era capaz de aplacarme y hasta

hacerme disfrutar de esa casa, del entorno y del hecho de compartir habitación con el ser más odioso de toda la creación?

Y como no me salen las palabras y, además, entre un padre y una hija, a veces, no son ni siquiera necesarias, lo abrazo. Lo abrazo como si en ese acercamiento se condensaran todos los momentos dulces entre los dos que yo me he cargado con mi actitud a lo largo de estos quince años. Me agarro a él y noto que él me aprieta fuerte, sin ninguna gana de dejarme marchar... y sonrío, sonrío como si en mi corazón se hubiera instalado el más radiante de los soles. Parece que el día ha comenzado a mejorar y mi cabeza empieza a parecer más despejada y centrada.

—Creo que tengo que dejarte vivir la vida sin preocuparme a cada paso, confiar en ti y aceptar que ya no me necesitas —dice él, con la emoción rondándole la voz—. Además, se lo prometí a tu madre hace veinticinco años.

—¿Qué quieres decir? —pregunto intrigada.

—Cuando solo tenías cinco años y tu madre ya veía lo protector que iba a ser contigo toda mi vida, me hizo prometer que aflojaría en algún momento la presión. Lo hice, se lo prometí. *Cuando la Selección Española gane un Mundial de fútbol*, le dije, pensando en que jamás lo haría —Se ríe de su propio chiste y me saca una sonrisa cómplice—. Ya ves, hace diez días lo hizo... Tengo que dejarte ir, pajarito.

Me besa en la cabeza con cariño, con un enorme cariño que hoy justamente tanto necesito. Me pongo en pie y tomo a mi padre de la mano. Se deja llevar a donde sea que quiera arrastrarlo, sin preguntas, sin ninguna cortapisa por su parte. Eso es lo que los padres hacen, ¿no? Dejarse arrastrar por la locura de los hijos y, pese a que yo siempre le he dejado claro que me molestaba que no confiara en mí, lo cierto es que su confianza en mí es ciega, pese a que no siempre he querido verlo.

Le indico la parte de atrás de la moto para que se suba a mi espalda. Si voy a disfrutar del día, debo acabar lo que vine a hacer. Y no se me ocurre mejor compañero ahora mismo para tirarme por las cuevas de Unanua, con la Mobylette, que el que siempre ha sido el hombre más importante de mi vida.

Nos reímos, disfrutamos de la tarde, del sol y de la compañía mutua, sin lacras ni pesadas losas sobre nosotros, hasta que se nos echa encima el atardecer y debo volver para cerrar mis asuntos en Las Cascadas. Con dolor,

con genuino dolor, rechazo su invitación para quedarme a cenar, y pongo rumbo al camping, para enfrentarme con mis cuentas pendientes.

Nada más traspasar las puertas, sentado junto a las canoas del pequeño lago interior, lo veo. Rodrigo mira hacia la sierra de Urbasa, con los ojos entornados. No sé en qué estará pensando, pero su actitud parece abatida, devastada... una punzada de dolor me recorre mientras me acerco a él, porque sé que, en parte, todo eso es culpa mía. Sí, hoy es un día ideal para asumir todas mis culpas pendientes, y esta es una de las grandes.

Me acerco al amparo de esta noche tan bonita que se ha quedado. A lo lejos se oyen los grillos y llegan las voces de la chiquillería del camping, que se entretiene justo al otro lado de las cabañas. Hay una paz extraña, que choca de algún modo con el barullo bullicioso de anoche. Se respira una calma que llena de magia el lugar.

Me siento en el borde del pequeño embarcadero, a su lado, y miro las estrellas que cuajan la noche, con una sensación extraña en la boca del estómago.

—Pensé que ya no iba a verte hoy. —En su voz hay un ligero reproche, algo casi imperceptible que se clava en mi conciencia y me hace sentir aún peor por ignorarle y escapar de él.

Así no se resuelven las cosas. Actuando como una cría inmadura que huye y sale corriendo por la ventana de atrás no voy a conseguir nada. Al menos, no voy a conseguir que ninguno de los dos nos sintamos mejor.

—Necesito tiempo, es todo demasiado complicado —digo tranquila, aunque por dentro, los nervios me tienen comida la partida. Con él es todo así, tranquilidad y nervios, ganas de huir y quedarse para siempre, amor y un poquito de odio. Esas cosas que hacen que la vida sea una montaña rusa... todo eso me lo da él.

—¿Sigue en pie lo de mañana?

—Llevo todo el día dándole vueltas a eso y he llegado a una conclusión...

—Soy todo oídos.

Guardo un segundo de silencio, me intento serenar y portarme como la adulta que se supone que soy. Tenerlo tan cerca vuelve a alterar mis sentidos, pero sé que puedo controlarlo, que puedo ser inmune y salir indemne de pasar un día entero con él. Incluso después de lo de anoche.

—Lo de mañana sigue en pie —le aseguro clavando mis ojos en las aguas tranquilas del pequeño lago—. Si te evito, si paso de ti después de lo

de anoche, no seré mejor que tú cuando te largaste de mi lado hace tantos años... que es justo lo que quería evitar cuando no te besé ayer por la tarde.

—Emma...

—Emma ¿qué? ¿Algún día tendrás el valor de contarme qué te pasó? ¿Por qué te fuiste? —pregunto encendida por su súplica velada, por sus manos crispadas, que intentan tomar las mías en un intento desesperado de no volver a alejarme.

Pero es tarde, la llama ya se ha encendido. Mi calma aparente era ficticia, los nervios durmientes han tomado las riendas de mis actos y de mis sentimientos, y él acusa el golpe cuando no le permito cogerme de la mano y evito todo contacto visual con él.

—Es complicado —susurra Rodrigo cabizbajo, la voz absolutamente rota y el cuerpo vencido.

—Claro, es complicado —le suelto con dolor. Porque yo también siento dolor al escucharle. Mucho, todo el que lleva dormido en mi pecho todo este tiempo—. ¿Quieres saber qué más es complicado? Complicado es enamorarte de tu mejor amigo y dejarte llevar, pensando que siempre vais a estar juntos, pero darte cuenta de que no, que eso solo eran cosas de tu imaginación. Complicado es intentar localizar a la persona más importante de tu vida y que ésta decida no estar disponible para ti. Complicado es irte al viaje que tenías programado y al que te apetece una mierda ir, con el alma rota y unas ganas de morirte horribles. Complicado es que no te baje la regla después de la única vez en tu vida que has hecho el amor y se te caiga el mundo encima, barajando todas las posibilidades, todas ellas aterradoras. Complicado es llorar hasta quedarte dormida de pena y alivio el día que por fin te baja, y te sientas tan sola en el mundo que solo quieras desaparecer.

—Yo... Dios, lo siento. Lo siento tanto... No sabía...

Levanto una mano para hacerle callar. No puedo escuchar sus balbuceos ahora mismo. No quiero que me tenga pena, no lo soportaría viniendo de él. Quizá no debería haberle desvelado todo lo que su marcha cobarde me supuso, quizá debería haberlo mantenido escondido, como he hecho todas estas semanas, desde su vuelta. Haber seguido poniendo buena cara y haber continuado con la actitud cordial, ese 'todo va bien' que necesitamos si queremos llevar juntos nuestro negocio y mantener la cordialidad en nuestra vida diaria.

—No, Rodrigo, no te voy a dejar que ahora seas la víctima —atajo la conversación, poniéndome en pie de forma categórica—. Solo quiero que me comprendas y que olvides lo que pasó ayer. Siempre te deberé muchas cosas y si un día fuiste mi mejor amigo, quizá algo de eso podamos recuperar. Pero no va a haber más besos, ni más sexo salvaje con o sin alcohol. Entre nosotros, colegueo y nada más... si es que estás de acuerdo, claro.

—Lo estoy —asiente tras unos segundos, más abatido si cabe.

—Lo imaginaba. Nos vemos mañana. Que descanses.

Y lo dejo ahí, en su comunión con el lago y las estrellas, bebiéndose las penas que, a mí, ahora mismo, me están atenazando tanto el corazón que, con gusto, me lo arrancaría del pecho y se lo echaría a los lobos para dejar de sentirlo.

No voy a llorar, me repito mientras corro hacia mi cabaña. Pero lloro, mucho, tanto que se me va la vida en cada lágrima y en cada suspiro que lanzo por lo que no seremos nunca otra vez.

Capítulo 16

Thelma y Louise

—¿A dónde vamos exactamente?

He entrado dócilmente en el coche de Rodrigo y él ha puesto rumbo hacia el oeste, dirección Logroño por la N-120. No tengo ni idea de a dónde me lleva. Y, la verdad, ni siquiera me importa. Algo en mi interior se siente tan incómodo, que lo único que deseo es que todo esto a lo que me ha aventurado pase rápido. Estoy deseando volver a Las Cascadas y vivir tranquila.

No se me va de la cabeza todo el batiburrillo emocional, y aún me escuecen en el pecho y en los ojos todas las lágrimas que derramé ayer hasta altas horas de la madrugada, acurrucada en los brazos dulces y protectores de Abril, que me repetía continuamente que todo iba a mejorar en algún momento. Quería creerla, aún quiero, aunque cueste ahora mismo vislumbrar un futuro brillante y libre de esta angustia que me tiene ganada la partida.

—¿Puedes aguantarte sin saberlo un rato más? —dice Rodrigo con su sonrisa más brillante, una que es diametralmente opuesta a la negrura que ayer tenía instalada en el alma—. Si te lo digo, me cargo la sorpresa.

Está guapo. No... no está guapo, está radiante. Y siento hasta rabia al comprobar que yo soy todo lo contrario: malhumorada, con ojeras y ganas de cerrar los ojos y abrirlos mañana, cuando el día completo de hoy haya pasado.

Rodrigo, sin embargo, emana alegría, tiene el semblante cargado de esperanza y de ganas de disfrutar de cada segundo de esta jornada que ha planeado para los dos.

Esta mañana no se ha afeitado y tiene una barbita fina y suave, que le hace juego con su pelo rebelde y oscuro. Sus ojos brillan con la anticipación de la sorpresa, y apenas queda rastro del Rodrigo deshecho de la otra noche. Me pregunto fugazmente dónde lo habrá metido, qué se habrá contado a sí mismo para encerrarlo y dejar salir a esta sonriente criatura que está sentada a mi lado, en el coche.

Lleva una camiseta gris con un escudo negro en el pecho, unos vaqueros azul claro y unas zapatillas blancas de aspecto muy cómodo. Casi hacemos juego, yo también llevo zapatillas blancas, pero mi vaquero es corto y mi

camiseta, rosa chicle. Mi pelo, atado en una coleta, me deja el rostro despejado, en el que solo me he puesto un poco de máscara de pestañas, para hacer resaltar mis ojos sobre mis ojeras.

El sol promete ser el protagonista del día, y la brisa cálida que llega de San Donato hace que esta mañana sea templada y luminosa. No se le puede pedir más a un día de aventuras, aunque odies las sorpresas y quieras lanzarte del coche en marcha para evitarte más problemas y situaciones incómodas.

—Me gusta tu coche nuevo —le digo para evitar caer en silencios de esos que no son muy agradables en un viaje de no se sabe cuánto tiempo—. Te pega.

Se ha comprado un todo terreno discreto pero potente, con tracción para andar por los caminos y caballos suficientes para ponerlo a correr por la carretera, si la cosa se tercia. Es como él, acogedor e imprevisible, capaz de todo, confiable y aventurero.

Sonríe sin decir nada, sin apartar los ojos del camino que nos aleja del camping para adentrarnos en lo desconocido. Me aterra la idea de pasar tanto tiempo con él, pero, a la vez, un cosquilleo extraño me recorre entera, invitándome a dejarme llevar y a soltarme la melena. Como si yo fuera *Thelma* y me dejara arrastrar por mi *Louise* particular, el empuje que le da alas a mi vida. Y, aunque no vayamos a matar a nadie ni a robar un banco, sentada a su lado sí me siento tan poderosa como esas mujeres que decidieron ser valientes y vivir su vida. Recuerdo que también vimos juntos esa película, *Thelma y Louise*, tumbados en el sillón de su salón, poniéndonos morados a gusanitos naranjas y a refrescos de cola helados.

Rebusco en su guantera, ordenada y pulcra, como responde a un coche recién comprado, y saco un puñado de CDs que tiene ahí dentro. Son un compendio de la música que escuchaba hace quince años, con alguna incorporación interesante y con los clásicos más adorados por ambos en aquella época.

—¿Puedo? —pregunto señalando el reproductor de música del coche.

—Claro. El copiloto da las indicaciones y elige la música.

—Bueno, me conformaré con lo de la música —añado procurando no dotar a mi voz de mucho sarcasmo—, ya que lo de las indicaciones es imposible para esta copiloto que está en la más completa oscuridad gracias a tu secretismo.

Se ríe. Suelta una carcajada pura y risueña que lo hace parecer aún más joven y atractivo. Y me entras tantas ganas de unirme a sus risas, que debo recordarme que sigo un poquito enfadada, y que mi actitud debe mantenerse un rato más en modo taciturno y distante.

Introduzco uno de los discos en la radio del coche y dejo que las primeras notas de *Don't Say it's Over* de Gun inunden todo el espacio. Cierro los ojos, hipnotizada por completo a causa de los recuerdos que esta canción me trae, y sé que el siente algo parecido, porque se lo noto en su forma de relajarse y dejarse llevar por la melodía y la memoria.

—¿Es una indirecta? —pregunta sin mirarme, con una expresión traviesa en la cara que me hace sonreír ligeramente—. Porque si lo es, me gusta. Me gusta que todavía no se haya acabado⁴.

Por alguna razón, ese comentario hace que el ambiente se relaje totalmente para mí y el resto del viaje dejo de sentirme como una extraterrestre. Así que me recuesto en mi asiento y procuro dejarme llevar, sacarme los prejuicios y el miedo y, aunque me cueste, otorgarle el beneficio de la duda. Puede que me divierta y todo.

Una hora después de salir de Las Cascadas, llegamos a un complejo de muy reciente construcción en mitad de la nada. Solo campos de cultivo, la autopista y un pueblo a la derecha, Los Arcos. Pasamos un pequeño túnel tras una rotonda y Rodrigo aparca en el gran parking que está prácticamente desierto a esas horas.

El sol ya es abrasador y está sobre nuestras cabezas, juzgándonos y haciéndonos pasarlo mal. Rodrigo saca del coche dos viseras con la T de Tesla, la empresa a la que aún está ligado, bordadas sobre la tela negra. Me pongo una y le sigo a través de un edificio de oficinas, hasta la pista de un circuito de carreras del que no tenía ni la más remota idea.

Es de esos en los que imaginas las carreras de fórmula uno que echan por la tele y, claro, choca ver uno así en mitad de los campos de Navarra.

—Tengo dos preguntas —intervengo cuando me repongo de la sorpresa inicial—. Una, ¿desde cuándo hay algo así por aquí? Y dos, ¿qué demonios hacemos nosotros dos en un circuito de carreras?

A nuestro alrededor hay un par de coches parados en *boxes*, o lo que yo creo que son los *boxes*, según mis conocimientos al respecto adquiridos de ver la fórmula en la tele con Fer alguna vez. También hay gente, algunos hombres con mono y casco, otros solo con monos, manchados de grasa, y un par de hombres con camisa y corbata que están sudando la gota gorda

con todo el solazo, dando órdenes y haciendo cumplir su voluntad entre gritos.

Rodrigo me coge de la mano y una sacudida eléctrica me recorre entera, pillándome del todo por sorpresa. Me lleva cerca de los coches y de los hombres, y los saluda y me presenta. Olvido los nombres de cada uno según dice el siguiente, tan alucinada estoy por no entender ni media palabra de todo esto. Los de las camisas blancas son extranjeros, americanos, e intercambian algunas palabras con Rodrigo (mucho más relajadas que las que estaban soltando antes de que nos acercáramos).

Cuando acaba de hablar con ellos, Rodrigo vuelve a cogerme de la mano, como si fuera lo más habitual del mundo, y me mete de nuevo en el edificio a través del cual hemos accedido a los *boxes*. Una vez dentro, se dirige a una especie de almacén y me mete dentro. Mi corazón se acelera al pensar la razón por la que Rodrigo me quiere dentro de un almacén. Es igualito a un capítulo cualquiera de *Anatomía de Grey*, donde internos y residentes se lo montan en el cuarto de los suministros cada dos minutos.

Un cosquilleo intenso empieza a subirme desde la punta de los pies, un nerviosismo estúpido, unas ganas de cerrar la boca y no sacar las protestas sobre lo poco idóneo que es todo esto... porque, seamos sinceros, esto tiene su punto. Sí, seis temporadas de la serie de médicos a mis espaldas es lo que producen en la determinación de una de no volver a enredarse con el chico que se lo ha hecho pasar mal en el pasado.

La anticipación me pone la piel de gallina y casi me pongo de puntillas para recibir lo que quiera darme en este momento. Todo muere en un segundo, cuando lo que me entrega es un mono blanco, que parece enorme, y un casco rosa fucsia lleno de pegatinas de marcas de refresco.

—¿En serio? —pregunto con la que debe de ser la cara de idiota más grande de la historia—. ¿Me vas a explicar qué es esto de una vez?

—Esto es un casco para protegerte y un mono ignífugo para asegurarnos de que vas a estar bien —dice escuetamente, mientras él comienza a meter sus largas piernas en un traje igual al que me ha puesto entre las manos.

—¡Rodrigo! —exclamo con exasperación—. ¡Respuestas! ¡Ya!

—Está bien, pesada —concede ajustándose la cremallera e instándome a imitarle con premura—. Estamos en el circuito de velocidad de los Arcos, que ha abierto hace apenas un mes y que es así de bonito, como estás viendo. Hasta hace una semana, las pruebas con el Tesla las estábamos llevando a cabo en Zaragoza, pero ahora las hacemos aquí, porque me pilla

mejor a mí (y yo mando en este proyecto), y porque este trazado es muy bueno para lo que necesitamos.

—Estupendo —digo—. ¿Y eso qué tiene que ver conmigo? ¿Qué demonios hago yo aquí?

—Estás a punto de comprobarlo —dice con una sonrisa enigmática y un guiño.

Acabo de ponerme el mono mientras me pregunto por qué esa clase de cosas, que me sonría o me guiñe un ojo, me afectan de esa manera. Y, también, por qué he creído que se lo quería montar conmigo aquí, y a mí la idea hasta me ha gustado. De hecho, me ha decepcionado un poco que ni siquiera lo intentara... Claro que, si me aprecia como dice, lo lógico que es que cumpla la palabra que me dio anoche de no mezclar nada amoroso entre los dos y respete mi petición. ¡Joder, ojalá no fuera todo tan complicado!

Salgo detrás de él del almacén, bajo la atenta mirada de una especie de secretaria maciza, que hace guardia en la entrada y que nos ha visto desaparecer y emerger por la misma puerta, y a saber qué se imagina de nosotros dos.

El sol nos vuelve a recibir en la pista y echo de menos la visera que me he quitado para poder ponerme el casco. Así que me lo pongo, directamente, sin invitación previa a hacerlo. Me lo pongo y me siento una marciana de exploración por un planeta exótico y muy, pero que muy cálido, abrasador más bien. ¡Madre mía, qué día de calor nos está saliendo!

Sigo a Rodrigo, que me hace un gesto de apreciación por haber elegido ponerme el casco, y él se pone el suyo mientras se acerca al coche más cercano a la pista. Se monta en el asiento del piloto y me invita a hacer lo mismo en el del copiloto. Le imito, con muchas dudas, pero también con la curiosidad matándome por dentro.

Siento una excitación repentina, diferente a la que he sentido unos minutos atrás en el almacén. El coche es amplio, tiene unos acabados de alta gama, un panel con una consola altamente tecnificada, y un aspecto imponente. Nunca había visto un coche así en mi vida y me siento como si estuviera asistiendo a algún momento histórico.

Rodrigo enciende el motor, que apenas hace ruido. No se siente ninguna vibración y le miro asombrada, en busca de respuestas.

—Ponte el cinturón —me dice, señalando uno con más sujeción que la que normalmente lleva un vehículo ordinario—. Este es el coche que

estamos testando. Es completamente eléctrico, no contamina nada y es rápido, seguro y fiable. O, al menos, eso estamos intentado demostrar aquí.

Asiento, embelesada por su forma de hablar de este coche tan alucinante. Si lo pusieran a la venta hoy, creo que correría a comprarme uno ya mismo, así de especial me siento aquí dentro.

—Quiero que te sujetes bien y que no te asustes, ¿vale? —pregunta muy serio, clavándome sus ojos azules, hoy de un tono cobalto, como si se tratara de un cielo que anuncia tormenta—. Vamos a correr un poquito, y quiero que lo disfrutes al máximo. Si te mareas, si sientes náuseas o miedo, solo dímelo y pararé. ¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza, en silencio, y dejo que me lleve a donde él quiera. Confío en Rodrigo y no sé la razón. Me prometió algunas cosas que se fue sin cumplir. Me prometió estar a mi lado toda su vida y me dejó para vivir una vida sin mí. Pero, por alguna extraña causa, sé que estoy segura aquí dentro, que voy a disfrutarlo y que acabaré hasta sacando algo positivo de todo esto. Porque a veces se me olvida que me falló y que me abandonó. A veces solo me acuerdo del Rodrigo que me rescató, me ofreció un refugio, un hogar y una adolescencia llena de aventuras y complicidad. A veces me olvido de que aquello no acabó bien y que mi corazón tardó mucho tiempo en recuperarse de aquello.

Pone su mano sobre la mía y me mira con unos ojos llenos de confianza. La misma que yo tengo en él, pese a todo. Y sé que lo único que quiero es que ponga el coche en la pista de una vez y me haga volar.

—¿Preparada? —dice pulsando una tecla del panel de control, que hace que el coche se inunde con la potencia de *The Kids aren't Alright* de The Offspring a todo volumen, mientras espera mi aprobación. Cuando se la doy, con un leve gesto de cabeza, sonrío aún más ampliamente y se recuesta en el asiento—. ¡Pues vamos allá!

Acelera y el coche se pone en movimiento. Es automático, sin necesidad de ir metiendo las marchas según se gana velocidad, y es una gozada. Suave, silencioso... como si fuera un paseo mágico o algo así. Pero rápido, veloz, tanto que pasamos de cero a cien, en apenas unos segundos y el velocímetro sigue y sigue subiendo...

Las curvas del circuito, combinadas con la velocidad, hacen que la experiencia sea una auténtica pasada. Mi cerebro amenaza con salirse de mi cráneo y mi corazón del pecho. Pero la adrenalina circula con tal intensidad en mi interior, que creo que jamás, en toda mi vida, me he sentido tan viva,

tan fuerte, tan capaz de todo... ¡Qué intensidad! ¡Qué ganas de comerme el mundo ahora mismo!

Cuando, pasados unos minutos, Rodrigo devuelve el coche a boxes y lo detiene con suma suavidad, creo que toda mi vida ha pasado delante de mis ojos, pero no por miedo, sino por deleite, por este disfrute brutal de una experiencia única. Quiero saltar fuera del coche y abrazarme a él, darle las gracias por regalarme esto, esta sensación de libertad y confianza tan bonita... Quiero que sepa que me ha dado algo que, aun no sabiendo que lo necesitaba, me ha proporcionado un maravilloso efecto que va a servirme mucho.

—¿Quieres intentarlo tú ahora? —Me deja boquiabierta con el ofrecimiento, como si todo lo demás no hubiera sido suficiente.

Y yo acepto. ¡Qué demonios! Es una oportunidad única. Y aunque mi sentido de la seguridad no me permite poner el coche a velocidades de vértigo, como ha hecho él, disfruto de la pista, del volante firme, de la sensación de volar que supone estar aquí, en este momento y lugar.

Se lo agradezco tanto que siento ganas de llorar cuando por fin nos bajamos y les devolvemos el coche a los ingenieros y pilotos, que esperan en pista para seguir con su trabajo.

Volvemos al almacén y nos deshacemos de los monos y los cascos. Estoy tan emocionada que mis piernas casi no me pueden sostener. Me vuelvo hacia él procurando contener las lágrimas y le miro mientras se coloca bien su camiseta.

—Sigues teniendo el don para darme justo lo que necesito en el momento en que lo necesito —le confieso con la sensación de volver a tener dieciséis años y haber sido, de nuevo, rescatada de la catástrofe.

Se acerca y me escruta con sus ojos, abrasadores en la penumbra del almacén. Me coloca un mechón de pelo que se ha escapado de mi coleta al quitarme el casco, y me dibuja una sonrisa en los labios con la ternura que transmite.

—Me alegra que te haya gustado —susurra bajito, estremeciendo mi corazón y haciendo que se ponga a latir con un frenesí inusitado.

—Gracias.

Solo acierto a decirle gracias, antes de fundirme en un abrazo intenso con él, uno que trate de transmitirle mi agradecimiento real, tan grande e inmenso como lo siento en el pecho. Él me estrecha entre sus brazos y no dice nada. Tampoco intenta nada más y es algo que aprecio, porque me

siento bastante vulnerable ahora mismo, y solo preciso de su presencia, su calor y toda esa ternura que él sabe transmitir como nadie en este mundo.

—¿Volvemos ya a casa? —Soltarme de él es una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida, de tan a gusto y tan a salvo como me siento en sus brazos.

—¿A casa? —responde travieso—. ¿Por quién me tomas? ¿No te he pedido que me reserves el día entero? Pues apenas son las doce del mediodía, nos quedan muchas horas por delante. Empecemos por ir al sitio donde te voy a llevar a comer.

Y me lleva como en volandas, urgido por sus ganas de seguir con las sorpresas y el día especial que ha preparado, hasta el coche, que nos espera abrasador para llevarnos a la siguiente parada de este tour singular que ha planeado para los dos.

Coge la A-12 con dirección a Pamplona y nos plantamos allí en poco menos de una hora. Hacía ya algún tiempo que no pisaba la capital pamplonica y me sonrío al recordar momentos llenos de magia en esas calles añejas del centro de la ciudad. Las calles que los toros recorren con furia a comienzos de julio y que se llenan de turistas, bebedores de buen vino y comensales exigentes el resto del año.

Nos alejamos del centro dando un pequeño paseo hasta pararnos en la puerta de un restaurante cuyo cartel en la entrada reza El Txoko de Ezkirotz. Hay unas mesas altas a modo de terraza, ocupadas por varias personas que toman el aperitivo a esas horas.

Rodrigo me hace entrar y da su nombre al *maitre*, que nos acomoda en una mesa, al fondo del comedor, un lugar acogedor y distendido donde algunos otros comensales ya están disfrutando de su comida. En las paredes, decoradas en blanco y negro, destacan las imágenes que hacen alusión al Peine de los Vientos de Chillida, el que diseñó para la ciudad de San Sebastián y que tanta fama tiene. En el centro, un enorme acuario recoge en su interior un buen puñado de langostas enormes, que son un espectáculo precioso con la luz tenue del comedor cayendo sobre ellas.

—Aquí ponen un arroz con bogavante de escándalo —asegura él cogiendo la carta que descansa sobre nuestra mesa—. Aunque propongo empezar por unas ostras. Son las mejores de la ciudad.

—Nunca he probado las ostras —digo distraída mientras busco entre la carta algo que me llame la atención—. Quiero hacerlo, pero siempre me echo atrás. Me da miedo que no me gusten o que me den asco...

—Te van a encantar. No que cabe ni la más mínima duda.

Asiento, convencida por esa confianza en lo que van a sentir mis papilas gustativas, aunque reconozco que se me hace un nudo en el estómago por la presión de saber que algo puede gustarme y darme asco de igual manera. Las probabilidades para una cosa u otra no están nada claras, un empate técnico entre sentir ese placer gastronómico que unos aseguran o las arcadas propias de algo que, en la boca, solo te da ganas de vomitar.

—No me malinterpretes, quiero hacerlo —digo retraída—. Pero... no solo es que están crudas, es que están vivas...

—Vamos a hacer una cosa —propone—. Vamos a pedir ostras de entrante y, si me dejas aconsejarte, ese arroz con bogavante que ya he mencionado, para los dos. Si no te gustan las ostras, podemos pedir unos percebes o unas gambas de Huelva... pero dales una oportunidad. Creo que no te vas a arrepentir.

Le dejo que lo haga porque parece entusiasmado con la idea de que pruebe las ostras, algo que, de verdad, he querido hacer toda mi vida, aunque nunca me haya atrevido. Así que sí, que traigan las ostras y veamos qué pasa. Si me apasionan o si me repugnan tanto como para tener que salir al baño a escupirlas. Que sea lo que Dios quiera.

Cuando la ración de ostras rugosas llega a nuestra mesa, trago en seco, achantada del todo y con ganas de salir huyendo. Rodrigo toma una con una mano, y un gajo de limón con la otra. Lo exprime sobre el molusco y me mira con deleite mientras lenta, muy lentamente, se la lleva a sus labios carnosos y, sorbiéndola, haciendo que la carne palpitante de la ostra viva desaparezca en su boca. Cierra los ojos y la saborea, dejando escapar un pequeño gemido de placer. Te juro que es lo más sexy que he visto en toda mi vida.

—Deliciosa —susurra abriendo los ojos y clavando en mí sus pupilas encendidas. Va a resultar que es verdad eso de que las ostras son afrodisíacas, sí—. Su turno, señorita.

Empuja el plato ligeramente, acercándolo hasta que queda justo frente a mí. Alargo con miedo una mano, casi temblorosa, y me hago con una de las ostras del plato. La más pequeña, lo confieso. Si me gusta, siempre puedo repetir. Si no, el mal será menor cuanto menos de esto entre en contacto con mi paladar.

No voy a echarme atrás. Voy a hacer esto y voy a salir airosa. O, al menos, eso es lo que quiero creer. Así que me lo repito una y otra vez

mientras acerco, poco a poco, el molusco hacia mis labios. Rodrigo no me quita el ojo de encima, divertido, mientras yo intento alargar el momento del bocado todo lo que puedo.

Le pongo el limón y veo cómo la ostra revive con el ácido sobre su cuerpo viscoso. Con todas las dudas que me invaden, la verdad es que eso no ayuda mucho.

—Hazlo. —Su voz es sensual, casi hipnótica—. Hazlo y luego nos reiremos de ese momento en el que casi no te comes la ostra.

Lo hago. Sí, lo hago. Del tirón, sin volver a pensarlo para no dudar de nuevo. Y cierro los ojos, como hizo él, aunque no para saborear el placer, sino para ocultar mis emociones. Siento en la lengua la viscosidad de la ostra, pero también un súbito retazo de mar, una sensación salada y fresca, como si me hubiera tragado un trocito del océano.

Dejo que mi paladar la deguste y llegue a inundarse de todo lo que estoy sintiendo al saborear la ostra. Es una de las experiencias culinarias más alucinantes de toda mi vida y decido que a esto hay que darle otra oportunidad. Así que abro los ojos y asiento en dirección a Rodrigo, dando mi veredicto positivo a esto de comernos unos moluscos viscosos y vivos. Y cojo otra, con decisión, para seguir aprendiendo de texturas y sabores nuevos, que eso siempre enriquece y es una auténtica gozada. Ahora que he vencido en miedo, cualquiera me para.

Se ríe. Se ríe y me inunda una alegría que quiero que dure, que no se me vaya del cuerpo. Por él y por mí, por estar así y seguir disfrutando de las pequeñas cosas de la vida.

Eso es todo lo que pido al día de hoy.

Y cierro los ojos un instante, uno solo, para que se me cumpla el deseo que más ansía mi corazón en estos momentos: que vuelvan Rodrigo y Emma. Que vuelvan tal y como fueron, tal y como se quisieron, con ese amor tan puro e inocente que los mantuvo pegados durante años, que tanto les enseñó... que vuelvan. Que vuelvan y no se separen nunca jamás.

Capítulo 17

Todo en un día

Las ostras nos tienen entretenidos un rato, y también el espumoso blanco que nos sirven junto con ellas. Espero de corazón que nuestra siguiente parada no requiera de coche, porque yo con Rodrigo no me monto hasta que no digiera bien todo el vino que se está bebiendo.

Tras ellas, llega el arroz, con una pinta tan deliciosa que nos lanzamos a por él sin apenas dejarlo reposar en la cazuelita en la que nos lo sirven. No me había dado cuenta de lo hambrienta que estaba hasta que las ostras han desatado a la fiera glotona que vive en mí. Supongo que la adrenalina da hambre, así que me lleno bien el plato y me dejo embriagar por el aroma de este manjar que, en la boca, sabe a auténtica gloria. Me alegro mucho de haberme dejado aconsejar y haberle permitido elegir por los dos.

Miro a Rodrigo mientras comemos, relajados, y no puedo evitar preguntarme por el sentido de todo esto. No sé qué se propone realmente al juntarnos así para comer y hacer carreras contra el viento. Supongo que quiere reconciliarnos de una vez, dejar atrás el pasado o, incluso, pedir perdón por largarse. Qué se yo, el caso es que la pregunta me ronda la cabeza desde que me propuso pasar el día juntos y, tarde o temprano iba a acabar saliendo, así que me lanzo a la piscina y le someto a mi conocido tercer grado.

—Lo del circuito de velocidad... ¿Responde a algo en especial o solo es que has querido hacerte el chulito con todo el poder ese que tienes en la pista de pruebas? —pregunto antes de beber un sorbito de vino, que se mezcla en mi paladar con la consistencia cremosa del arroz, haciendo que una ola de placer atravesase todos mis sentidos.

Una sonrisa muy pilla me llega desde el otro lado de la mesa. El azul de sus ojos desborda de alegría, y no solo porque el espumoso le esté ofreciendo su ayuda para eso. Se le ve relajado, contento, en su salsa. Sabe cómo jugar sus bazas y sabe lo que yo preciso para emocionarme o saltar al vacío. Siempre lo ha sabido...

—Puede que tenga una razón oculta. —Travieso, mete su tenedor cargado de arroz en la boca, mientras me mira poniendo cara de bueno.

Toda una contradicción la intención de sus palabras y ese rostro angelical de niño bueno que nunca ha roto un plato.

Me río bajito, si quiere jugar, yo también sé. Quizá no esté a su altura, pero no me va a camelar tan fácil.

—Y, veamos... Esa razón oculta, ¿tiene que ver con que te sientas culpable por algo? ¿Quizá estás tratando de compensar alguna acción en el pasado de la que no te sientas muy orgulloso?

Ahí se le borra la sonrisa. Del todo. Su semblante pasa de risueño a abatido en apenas un segundo. No quiero cambiar ni un ápice el ambiente distendido y cordial que nos envuelve, pero tampoco quiero estar sentada frente a él sabiendo que sigue habiendo un muro construido a base de reproches no pronunciados entre nosotros. De cosas que se quedaron sin explicación. De comportamientos poco considerados. De un corazón roto que tardó años en recuperarse y que no está dispuesto a exponerse de nuevo, tan fácilmente.

Yo no cambio mi rostro, la sonrisa jovial aún me ronda en los labios. No quiero parecer cínica, solo darle a entender que esto no tiene que ser traumático ni triste. Que puede ser igual de sencillo y armonioso como está siendo el resto del día. Cuanto antes nos lo quitemos de encima, mucho mejor.

—Mi razón oculta tiene poco de compensar nada —dice muy serio—. Quiero... quiero regalarte una cosa y para ello hay que seguir las reglas del juego que he establecido para hoy.

—¿Qué me quieres regalar? —pregunto curiosa.

—Algo que necesitas y que te va a venir bien para volver a despegar.

Mi sonrisa muere. Sí, de un plumazo. Lo ha conseguido con solo pronunciar una frase que me ha tocado el alma de una forma dolorosa y cruel. ¿Volver a despegar? ¿De qué demonios va todo esto?

—Mira, Rodrigo, vamos a dejar las cosas claritas, para que nos entendamos los dos y no haya malentendidos en el futuro —digo muy seria—. Tú no me conoces en absoluto como para saber qué es lo que necesito. Y si despego o me quedo en tierra es asunto mío. Ya no eres mi perrito guardián. Perdiste ese privilegio cuando te largaste.

Acusa el golpe, de una forma aún más intensa que cuando le atacé la noche de San Daniel con mi ira descontrolada. Ahora, sus ojos se han quedado inertes, sin la chispa de vida que se los suele encender. Sin esa alegría y esa energía tan vital que siempre irradia con cada una de sus

miradas vivarachas. Y eso se lo he hecho yo con solo un par de frases... Vuelvo a convertirme en el arma dañina que no para de acusarlo, golpearlo y llenarlo de reproches.

Me recuesto en mi silla y decido que ya no quiero más arroz, porque mi estómago, de repente, ha decidido que es mejor parar ahora, de comer y de beber, si no quiero acabar con una indigestión producida por los nervios, las mariposas desbocadas que me sacuden el cuerpo y las ganas de esconderme en el baño a recordarme lo experta que me estoy volviendo en cargarme cualquier ambiente.

—Te conozco —dice con un hilo de voz—. Te conozco pese a que no eres la misma de hace diez años.

—No lo soy, tienes razón —afirmo fría—. Y dudo mucho que, en los pocos ratos que hemos pasado juntos desde que volviste, hayas llegado a conocerme.

—No te conozco como conocía a la niña que entró en mi casa la noche de Reyes, eso es verdad —admite—. Pero voy aprendiendo cómo es esta nueva Emma, más adulta y más completa, en la que te has convertido.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo es esta Emma?

—Esta Emma es una luchadora, está perdida pero no abandona la esperanza de recuperar su camino. Es tozuda, se cabrea con más facilidad que la niña de hace quince años, pero también ríe más, se emociona de la misma forma y se embarca en misiones suicidas que acaba por pintar de rosa y presentar en papel de regalo para todo el mundo a su alrededor.

»Esta Emma es valiente, se sube a coches que viajan a la velocidad de la luz y come ostras sin importarle sus reparos iniciales. Esta Emma canta canciones a voz en grito, delante de cientos de personas, se lanza por las cuevas con su moto roja y su casco amarillo, se abraza a sus amigos, y agradece las cosas buenas de la vida con sonrisas y hasta con lágrimas.

»Esta Emma es una guerrera y, pese a los golpes de la vida, es capaz de arrancarse las penas para recomponer sueños y abrir un camping en apenas un mes y medio.

»Esta Emma es soñadora, y desea que todas las preguntas obtengan respuestas. Que todos sus fantasmas salgan de la oscuridad para mostrarse como simples ilusiones rotas que hay que superar, y así poder pasar página. Quiere que el siguiente paso se le muestre en su totalidad, para poder seguir caminando hacia lo que el destino le tiene preparado, aunque ella aún ni sepa lo que quiere de la vida.

»Esta Emma es cabezota y testaruda. Por eso le cuesta aceptar las cosas buenas, pedir un abrazo cuando lo necesita o dejarse llevar. Tiene miedo, está aterrada también, por lo que ha perdido, por la seguridad que ha dejado atrás.

»Pero todo llega, mi pequeña Emma, todo llega. Quien te quiere te arroja, te ayuda, te levanta en volandas, te protege y te guía. Solo debes dejarnos hacerlo y así, entre todos, devolveremos esa sonrisa tan llena de inocencia y de verdad que siempre andaba pintada en tus preciosos labios de niña buena.

Me quedo sin aliento, la respiración se me para, el corazón colapsa. Todo en un segundo, todo en un solo instante, antes de que la Tierra vuelva a girar y mi sangre vuelva a fluir por el interior de mis venas. Apenas me he recuperado del impacto de sus palabras cuando, tomando mi mano por encima de la mesa, vuelve a la carga.

—No eres la misma que dejé, eso está claro. Pero a pesar de que has madurado y has avanzado, sigue estando ahí dentro la Emma que yo conocí. La que disfrutaba corriendo por las mañanas, oliendo la ropa según salía de la lavadora para empaparse del perfume del suavizante. La que le quitaba las anchoas a la pizza y pintaba corazones en las hojas de todos los apuntes que tomaba en clase. La que se tragaba del tirón todas las pelis de *Star Wars*, y no dudaba en dejar de estudiar para su examen de inglés solo por ayudarte a pintar tu habitación. La que se comía solo la parte oscura de la nocilla, la que nunca pelaba las manzanas, la que se sabía de memoria todas las canciones de Bon Jovi. La que todo lo que le pasaba en la vida lo relacionaba con películas y muchas veces se sentía parte de ellas... esa Emma, mi Emma, sigue estando ahí.

Y señala mi corazón, que, a estas alturas, ya se ha saltado un par de latidos y anda bailando jotas y fandangos dentro de mi pecho.

—Dime que me equivoco, que esa no sigues siendo tú —concluye con la voz rota—. Dime que se ha ido la chica que yo conocía y tanto quise, y dejaré de insistir en que sea feliz.

En su presencia y en la de toda la gente de este restaurante, se me escapa una lágrima, que rueda solitaria por mi mejilla y que, en su camino descendente, arrastra toda la pena que ahora mismo siento y que sé, también siente Rodrigo.

Lo miro con tanto dolor y tantas ganas de que todo entre nosotros hubiera resultado siempre fácil, que se me remueven todos los sentimientos,

todas las cosas establecidas, todas mis creencias, sensaciones y pensamientos. Todo se descabeza en menos de un segundo y yo me desmorono, creo que no puedo describirlo mejor. La montaña rusa sube, y baja, y vuelve a subir. Así es todo desde que Fer me dejó, desde que Rodrigo apareció de nuevo en la puerta de mi casa.

Creo que estoy harta de jugar. Pero aún estoy más harta de luchar contra lo que siento a su lado, lo que soy junto a él. Respiro hondo, me recompongo como puedo, limpio mi lágrima solitaria con el dorso de mi mano y le sonrío, solo un poquito, pero le sonrío. Es mi forma de decirle que sí, que sigo aquí, que sigo siendo yo. Esta Emma sigue conservando todo eso de la que fui en otra vida, y no me explicaría nada si no fuera así. Así que estrecho la mano que aún sujeta la mía, la aprieto con afecto y ensancho la sonrisa, así, como si no hubiera pasado nada de nada.

—Me alegra que sigas aquí —dice a media voz, los labios curvados de felicidad.

—Sigo aquí, sí. Pero no soy fácil, Rodrigo. Tendrás que ganarte de nuevo lo que tuvimos y tendrás que ser sincero —le advierto con seriedad—. Necesito saber lo que pasó si quieres que vuelva a confiar en ti tan ciegamente como entonces.

Hace un gesto de negación con la cabeza, apenas perceptible, y la pena tiñe el azul de sus ojos. Me aprieta él ahora la mano, pidiéndome que no la suelte y que siga anclada a él.

—Decirte lo que pasó implica a más personas —admite con pesar—. No soy dueño de ese secreto. Tienes que creerme. Me partió el alma dejarte y no lo hubiera hecho de haber encontrado otra manera de hacer las cosas. Pero sucedió así y te prometo que lo he lamentado todos los días desde entonces.

—Siento que no me lo cuentes, porque mientras no lo hagas, siempre tendré miedo. Y no quiero vivir con miedo. Ya no.

—Emma...

—Si confío en ti, si salto, nunca voy a saber si debajo tendré una red de seguridad que me mantenga a salvo —le confieso desde lo más profundo de mi alma—. Si me estampo contra el suelo, todo esto volverá a morir y no podría soportarlo una vez más.

Abrirme a él me hace daño, pero también sana parte de una herida que lleva abierta muchos años. Creo que ambos necesitábamos esta conversación y sincerarnos, de algún modo, sobre la forma de ver todo esto.

No es sencillo, eso desde luego, creo que, en estos once años, nada lo ha sido.

—Te lo dije ayer y te lo vuelvo a ofrecer —le propongo con la absoluta certeza que es el mejor trato que ahora mismo puedo poner encima de la mesa—. Puedo ser tu amiga. Empecemos por ahí, seamos lo que siempre fuimos y rescatemos a esos chiquillos que tantísimo se ayudaron y quisieron hace media vida. ¿Te parece?

—Creo que es una propuesta estupenda para empezar a trabajar —admite sonriendo ampliamente y apartando su plato para que vengan los postres.

Nos miramos confiados, sabiendo que es un punto de partida, algo desde lo que cimentar lo que quiera que vayamos a ser en el futuro. Algo que, ojalá, se parezca a lo que una vez nos tuvo con el alma en vilo.

Acabada la comida, Rodrigo me saca de allí pasándome una mano por los hombros, de forma cariñosa pero inocente, y caminamos así, con los cuerpos entrelazados por las calles de Navarra, que tienen un color precioso y un ambiente relajado y vital. Tomamos café en una terraza del centro y luego retomamos, tranquilos, el paseo.

Me lleva hasta la fachada del ayuntamiento, tan famoso cada 6 de julio, y me hace prometer que no me voy a mover de allí. Le espero con la intriga dibujada en la cara y las ganas de seguir esta jornada a su lado, descubriendo sorpresas y venciendo todos mis miedos. Hasta ahora no me puedo quejar, pese a la intensidad de la conversación mientras comíamos, el día está siendo precioso, y no solo porque nos acompaña la temperatura y el escenario no puede ser mejor.

Al cabo de unos minutos, regresa con una mochila al hombro que ha ido a buscar al coche. Su semblante, enigmático y divertido, me hace ponerme alerta sobre lo que puede estar tramando ahora mismo. No se me han olvidado sus palabras, su 'razón oculta' para todo esto, algo a lo que no dejo de darle vueltas... hay algo familiar, pero a lo que no acabo de llegar. Algo que se me está escapando y que me tiene con la mosca detrás de la oreja desde hace varias horas.

Rodrigo consulta continuamente su reloj de pulsera, lo que me pone aún más nerviosa. No sé qué está tramando, pero hasta me da miedo

descubrirlo.

Abre su mochila negra y sacar de dentro un objeto que me descoloca: un tutú de tul rosa chicle, tan llamativo que me provoca una risa inmediata y me hace plantearme aún más preguntas dentro de mi ya demasiado caótica mente.

Me lo entrega sin decir nada, y sigue sacando cosas de la mochila, está vez, una chaqueta azul cian, con unos enormes botones blancos. No sé si pretende montar un espectáculo callejero para recaudar fondos, Dios sabe para qué causa, o es que pretende quedarse con la gente a nuestro alrededor. Mi cara debe de ser un poema, porque me mira y, cuando se da cuenta de mi desconcierto, sonrío tranquilizador y por fin comienza a explicarse.

—¿Conoces Google Street View⁵? —pregunta para empezar.

Pongo una cara de perdida aún mayor porque, de verdad, no sé de qué me está hablando. Le insto de inmediato a que siga y me saque de dudas ya. No puedo estar más perpleja ahora mismo.

—Hace un par de años, Google Maps y Google Earth, los sistemas de navegación geográfica por satélite de la compañía, lanzaron una prestación para proporcionar panorámicas a nivel de calle —dice con ese aire de sabio despreocupado que es capaz de darte una charla tecnológica durante horas.

—Vale, ¿y eso qué es?

—Básicamente es que el usuario puede seleccionar y ver ciertos lugares del mundo como si estuviera presente en ellos, gracias a panorámicas horizontales y verticales que se generan con cámaras que recorren esos lugares —explica con naturalidad, como si yo fuera una alumna de un curso inicial de matemáticas y debiera contarme primero qué son los números.

—Muy bonito. Precioso —digo sin entender a dónde va todo esto—. ¿Ahora viene la parte en la que me cuentas que tiene que ver eso con nosotros?

Guarda un minuto de silencio para hacerse el interesante, cosa que le encanta, y pone cara de niño pequeño la mañana de Reyes. Está disfrutando esto un montón y no puedo evitar reírme de su entusiasmo infantil.

—Tiene que ver con que, gracias a un par de contactos estupendos que poseo... resulta que sé que el coche de Google Street View va a pasar por esta misma plaza en, exactamente —Consulta su reloj una vez más— seis minutos y medio.

Me mira como si no entendiera que no esté compartiendo sus ganas de saltar de alegría y es que, aún, de verdad, no lo entiendo. No veo dónde está

la magia, dónde está lo interesante, lo sorprendente, lo que le tiene así de excitado.

—Vale, tú ponte el tutú, que yo me pongo la chaqueta. Vamos a hacer historia... se hablará de nosotros en el mundo entero —dice apresurado, como si de repente le hubiera entrado una prisa horrible y se fuera a perder algo importante.

—¿Se puede saber de qué demonios estás hablando? —Creo que se me nota en la voz la frustración de sentirme tan perdida ahora mismo.

Se para un segundo, se serena (o al menos lo intenta) y trata de organizar sus pensamientos para dar una respuesta lo más coherente posible.

—¡Vamos a ser los protagonistas de la plaza del Ayuntamiento de Navarra! —suelta como si tuviera algún sentido.

—¿Te han sentado mal las ostras, Rodrigo? Porque me estoy empezando a asustar contigo.

—Vamos a ver si consigo que te subas al barco —dice risueño—. Lo que ese coche de Google fotografía es lo que cualquier usuario de cualquier parte del mundo puede ver si quiere pasear virtualmente justo por este rincón de Pamplona. ¿Y sabes cuántas visitas tiene este lugar cuando se acercan San Fermín? Seguro que no te lo tengo que contar y que ya sabrás sacar tú solita los números. El caso es que tú y yo estamos aquí y vamos a ser famosos en el mundo entero. Y para ayudar un poco más a destacar, he pensado... añadir color, por así decirlo. En Google difuminarán nuestras caras antes de publicar la foto, pero siempre sabremos que los dos más extravagantes de la plaza éramos nosotros. ¿Lo entiendes ahora?

Y sí, lo entiendo, perfectamente. Porque justo en ese momento algo en mi interior hace clic y otra pieza del puzzle encaja. Creo que, con las pistas que me va dando y parte de su conversación en el restaurante, he descubierto su juego y su 'intención oculta'.

Me callo, esperando reunir algún dato más, y me visto con el ridículo tutú rosa, para ponerme a la altura de su grotesca chaqueta azul. Y me quedo parada, porque no sé qué es lo que se supone que tenemos que hacer a continuación. ¿Poner una pose divertida o extravagante? ¿Hacernos los normales? ¿Separarnos y mezclarnos entre la gente como si fuéramos locos huidos de un sanatorio mental?

La respuesta se despeja cuando, a las 18.35 horas, exactamente, aparece por allí un coche blanco con calles de un navegador pintadas en la

carrocería, una llamativa puerta verde y un extraño objeto, como una bola de discoteca, pero azul y negra, aupado al techo, con una especie de pequeño andamio. Sin duda, es lo que estábamos esperando, así que Rodrigo, alerta como estaba, se acerca a mí, me toma por los brazos, y me acerca hasta su boca, donde me planta un beso que mantiene al menos dos minutos, hasta asegurarse que el coche nos ha captado bien, con el tutú, la chaqueta y el beso.

Durante ese tiempo, me alegro de ser sostenida por él, porque dudo que mis piernas no hubieran acabado por jugarme una mala pasada, al convertirse, casi por arte de magia, en pura gelatina.

Su aliento en mi rostro, sus fuertes manos asiendo mis brazos, su presencia tan intensa y cercana... al principio, el beso es el simple contacto de nuestros labios, respondiendo a la pantomima que, supongo, deseaba representar para el registro del coche de Google. Pero, poco a poco, de una manera lenta e inconsciente, sus labios empiezan a moverse sobre los míos, juguetones, con ganas de saborear algo más, de hacer algo más allá de la mera actuación.

Y entonces, como si fuera lo más normal del mundo, me abandono a lo que él está buscando, y dejo que su lengua explore los confines de mi boca. Nos enredamos, nos saboreamos, nos dejamos llevar por un beso largo, profundo, suave pero intenso, lleno de algo parecido a la desesperación contenida. Es, sin duda, el beso más elocuente que he recibido, el que más cargado de sentimientos ha llegado hasta mi boca.

Al separarnos, sé que algo importante ha pasado entre ambos. Ha sido una especie de tregua en nuestras intenciones. Un pulso por ver quién de los dos acabará por ganar esta batalla. Un dar sin quitar. Una muestra de lo que seríamos capaces de alcanzar si nuestras vidas confluyeran de una vez por todas en el mismo punto...

—Lo siento —dice sin sentirlo nada de absoluto, con una sonrisa pícara iluminando un rostro completamente satisfecho—. Tenía que hacerlo. Por el momento. Por Google.

—Claro —respondo intentando parecer seria, pero sin lograrlo de ninguna manera y acabando por romper a reír a la vez que él también se deshace en carcajadas.

Entre las ropas ridículas y la risa descontrolada, no hay ni un alma en esta plaza que no tenga su atención puesta en nosotros, que nos estamos ganando a pulso ser los viandantes del día en este lugar si seguimos así.

Rodrigo me indica que lo siga cuando logramos calmarnos y termina de guardar en la mochila nuestras llamativas ropas. Sin dudarlo, le obedezco, desechando de mi cabeza la posibilidad de analizar lo que acaba de pasar entre nosotros, y deseosa de saber si va a regalarme otra pieza del puzle, y poder así desentrañar el misterio de este extraño día.

La sonrisa se expande de forma inmensa en mi rostro cuando compruebo que sí, que va a volver a hacerlo, y las dudas quedan del todo resueltas, cuando se para delante de un establecimiento al que sé que me va a invitar a pasar. No se lo permito, no de momento, porque quiero que sepa lo agradecida que estoy por ello, aunque me guarde para mí que lo sepa todo.

—Gracias por este día —le digo con calidez y toda la dulzura que soy capaz de transmitirle—. Por toda esta locura y por tomarte la molestia de prepararla para mí.

—Quizá no estés tan agradecida cuando entres ahí dentro —bromea señalando la puerta del local que nos espera.

Pero como sé de qué va todo, ya lo sé por fin, me hago la valiente, le tomo de la mano y soy yo la que lo meto dentro del salón de tatuajes al que él he decidido traernos.

No sé por qué, pero no tengo ninguna duda de que hoy voy a hacerme un tatuaje. Y que él se lo va a hacer conmigo, de aquí no salimos sin marcar. Es alucinante el hecho de haber querido esto toda mi vida sin atreverme nunca a entrar en un sitio así, como si solo el mero hecho de planteármelo de verdad, ya me doliera.

Soy una pusilánime, lo reconozco. No soy capaz de provocarme dolor voluntariamente. Por eso no hago muchas cosas potencialmente peligrosas, ni tengo más agujeros para pendientes que los que me pusieron al nacer ni, por supuesto, tengo ningún tatuaje decorando mi cuerpo. Solo de pensar en el dolor que el proceso de grabarlo en tu piel supone, se me quitan todas las ganas. O se me quitaban, porque hoy pretendo hacer una excepción y de las gordas. Hoy voy a ser valiente y voy a hacer algo que ni yo misma me esperaría llevar a cabo a estas alturas de mi vida.

Tanto es así que, rozando las nueve de la noche, salimos del salón de tatuajes con una venda blanca rodeando nuestras muñecas, donde descansan los dibujos que ya nos acompañarán mientras vivamos y que nos harán recordar este día tan significativo para los dos.

De camino a casa, paramos a picar algo para no llegar con el estómago vacío, y, alrededor de media noche, me deja en la puerta de mi cabaña.

Estoy agotada, mental y físicamente, pero encantada del todo con las cosas que hoy he sumado, experimentado y aclarado. Creo que, jamás mientras viva, será capaz de pasar un día tan intenso y rocambolesco como el que he vivido hoy, con él. Cada vez que mire mi muñeca derecha y vea el haz de pajarillos volando hacia la muñeca izquierda de Rodrigo, sabré que el día de hoy existió, fue real y consiguió actuar como una especie de catarsis mágica que no sabía que necesitaba.

Me siento como Ferris Bueller en *Todo en un día*, como si las horas ahí fuera hubieran supuesto un punto y aparte, un día que te hace replantearte todo lo demás. No hemos bailado en Times Square ni le hemos robado el coche a nadie, pero yo he crecido y he conocido mejor mi propio interior. Algo que sé que significará una inflexión en el modo en el que llevo mi vida.

Cuando estamos a punto de despedirnos, sin embargo, creo que queda una cosa por completar para dar por concluida la jornada como se merece. He descubierto su juego y es justo que se lo haga saber, porque no quiero que pase ni un minuto más sin que él sepa que lo sé, aunque le estropee las motivaciones de sus 'razones ocultas' para regalarme todo lo que ha ideado hoy para mí.

—¿La tienes ahí contigo? —le pregunto para desconcertarle, cosa que consigo a tenor por la cara de circunstancias que pone al escucharme.

—¿Perdona?

—¿Que si la has traído? La lista.

—La lista...

—Sí, mi lista de 'Treinta cosas antes de los treinta' que estás intentando que cumpla a la velocidad del rayo. —Subrayo mis palabras manteniendo esa sonrisa, que ahora es condescendiente y chulesca.

Me mira un instante, evaluando si me acabo de dar cuenta o es ahora cuando me ha dado por descubrirle el juego.

—¿Cómo te has dado cuenta? —por fin pregunta receloso.

—Bueno, es cuestión de sumar dos más dos: la moto, el karaoke, las ostras, la velocidad, el minuto de fama, el tatuaje... Si no me la hubieras enseñado hace un par de meses, ni siquiera me acordaría de todas esas cosas que un día quise hacer. Pero la tengo reciente y, a raíz de que me la enseñaras, estuve pensando bastante en ello. De hecho, una de las que no

está en tus manos conseguir, la que se refiere a mi padre, también puedes tacharla. Desde ayer, esa también está cumplida.

—Me alegro, de corazón —dice con sinceridad. Rodrigo ha asistido siempre a la complicada relación de culpas y reproches que he mantenido con mi padre y seguro que es cierto que se alegra sinceramente de que pueda dejar ese tipo de relación atrás, centrándome solo en lo bueno de tener un padre cerca.

—¿Me la dejas para poder tachar todo lo que llevamos adelantado en apenas tres días? —le pido extendiendo mi mano hacia él, convencida de que la lista está en alguno de sus bolsillos.

Aunque él me mira seguro de sí mismo unos segundos, como llamándome sabihonda equivocada, finalmente se acaba por llevar la mano al bolsillo trasero de su pantalón, de donde se saca el trozo de papel que ya tan familiar me parece.

Me lo entrega con parsimonia y lo acompaña con un bolígrafo que saca de su mochila. Me sonrío cuando compruebo que, en cosa de tres días, soy capaz de tachar hasta ocho puntos de la lista, sobre todo si doy por buena la experiencia en el circuito de velocidad de esta mañana como el equivalente a viajar a la velocidad de la luz, y el beso bajo la atenta mirada del coche de Google Street View como mis quince minutos de fama mundial que, si le hago caso a Rodrigo, podrán durar hasta un par de años, cuando se retomen las imágenes y nos acaben por sustituir.

La lista, esa lista de la que renegué hace unas pocas semanas y que, de repente, parece algo tan importante, va quedando así de completa y bonita:

1. ~~Sacarme el carnet de conducir.~~
2. ~~Hacerme un tatuaje.~~
3. Pisar la cima de una montaña.
4. ~~Hablar inglés correctamente.~~
5. Fumar maría.
6. Leerme el Quijote entero.
7. ~~Ver todas las pelis de Star Wars del tirón.~~
8. Montar en Globo.
9. ~~Plantar un árbol.~~
10. ~~Comer ostras.~~
11. ~~Tener mi propia moto.~~
12. Nadar entre peces de colores.
13. ~~Viajar a la velocidad de la luz.~~

14. Aprender a hacer *macarons*.
15. Pisar los seis continentes.
16. ~~Perder el miedo escénico.~~
17. ~~Tener mis quince minutos de fama (mundial).~~
18. Correr una maratón.
19. ~~Aprender a tocar la guitarra.~~
20. ~~Hacer el amor en un coche.~~
21. Hacer el amor al aire libre.
22. ~~Hacer el amor con alguien de otro país.~~
23. Pintar un cuadro.
24. Escribir un libro.
25. Bañarme desnuda a la luz de la luna.
26. ~~Volver a vivir una noche de San Daniel.~~
27. ~~Quitarle las culpas a mi padre.~~
28. Rescatar a mi madre.
29. Encontrar un buen chico que me haga reír.
30. Más besos perfectos bajo la lluvia.

La vuelvo a doblar una vez que he tachado y comprobado todo y se le devuelvo con una sonrisa magnánima en los labios, como perdonándole la vida por sus triquiñuelas a mis espaldas.

—¿No vas a decir nada más? —pregunta confundido, tomando el papel doblado y devolviéndolo al mismo sitio del que ha salido.

—No. ¿Debería?

—Bueno, me esperaba una bronca por meterme en tus asuntos o... qué se yo, un 'déjate de chorradas', un 'no te necesito' y cosas así que son tan tú cuando invaden tu espacio personal.

—Supongo que estoy madurando —respondo enigmática, haciéndome la interesante una vez más.

—O que te encanta la idea de que te haya empujado a completar la lista.

—Bueno, al fin y al cabo, alguien cree que necesito esto para despegar...

Se ríe por el uso de sus palabras a través de mi boca, curvada en una mueca sardónica. Se lo tiene merecido, por hacer juicios de valor.

—Creo que necesitas cerrar ciclos y curar heridas —dice muy serio—. Y creo que esto puede ayudarte. Sobre todo, si me dejas formar parte de ello.

—Ya veremos —respondo poniendo un pie en el primer escalón que sube a mi porche—. Por lo pronto, mañana debo madrugar para entrenar para esa maratón... no en vano, quedan menos de dos meses para que se acabe el verano y yo cumpla los treinta. Queda mucho trabajo por hacer...

Guarda silencio durante unos segundos, como si estuviera juntando el valor necesario para saltar al vacío. Me mira con una intensidad que duele y yo siento que al aire le cuesta alcanzar mis pulmones.

—¿Por qué no me odias?

Lo dice muy suave, sin dejar de mirarme, de suplicar con sus ojos tristes que le saque de la angustia de no saber la respuesta a esa pregunta.

¿Por qué no le odio? Qué cuestión tan complicada de explicar y de transmitir. Qué cantidad de sentimientos condensados en una pregunta tan pequeña, pero tan cargada de matices.

—No solo por dejarte sino... por todo lo que vino después.

Conozco a Rodrigo y sé que lo que le confesé ayer al pie del lago interior le había dejado hecho polvo. Sabía que eso iba a salir, tarde o temprano acabaría por salir.

Cojo aire por un segundo, intentando elaborar una respuesta adecuada, que le sirva a él y que me deje satisfecha a mí. No es la primera vez que yo misma me planteo algo así y, casi siempre, acabo por apartar el tema de mi cabeza para no acabar por volverme loca.

—No te odio porque no sirve de nada —respondo, por fin, con la voz encogida por el miedo a lo trascendental que puede volverse todo esto—. Odiarte solo me mantendría alejada de ti y, por mucho que lo neguemos, cuando estamos juntos, las cosas funcionan. Yo me siento a gusto y aprendo cosas. Disfruto, me suelto la coleta, me vuelvo valiente y tacho puntos de una lista estúpida que no deja de sacarme sonrisas. Y tú... bueno, tú seguro que sacas también tu propio beneficio. Odiarte nos mantendría lejos y ya hemos desperdiciado muchos años...

—Tienes que creerme —dice con un dolor intenso bailándole en los ojos, especialmente brillantes y tormentosos—. Si lo hubiera sabido, hubiera vuelto en el mismo segundo.

—Lo sé —Y es verdad. Lo sé en el fondo de mi corazón, ese corazón que se quedó hecho trizas con su ausencia y su silencio.

Él asiente. Solo asiente, y pinta su rostro oscuro con una sonrisa serena y preciosa que lo ilumina por completo. La respuesta le vale, le convence mi argumento.

Me dispongo a desaparecer por la puerta de mi cabaña, pero él se planta en dos zancadas a mi altura, cogiéndome por el brazo para girarme y haciendo que me falte la respiración por un instante.

—No tan deprisa, señorita —dice muy serio, clavando en mí una intensa mirada azul marino, tan oscura como la noche que nos envuelve—. No hemos acabado aquí.

Y, haciendo que mi corazón se salte un par de latidos por la anticipación que supone esperar lo que aún quiera darme, me pongo de puntillas e inclino la cara hacia él, esperando recibir un espectacular beso de buenas noches.

Pero, en su lugar, recibo algo que saca de su mochila. Un libro enorme que me mira con burla desde sus, al menos, mil páginas. La voz de Rodrigo me saca del apabullamiento mental que ahora mismo me recorre entera.

—No es un libro fácil ni corto —dice risueño mientras baja las escaleras y se aleja en la noche de Las Cascadas—. Si quieres acabar de leerte el Quijote antes de tu cumpleaños, te aconsejo que empieces esta misma noche.

Me quedo tan alucinada que apenas puedo reaccionar. Pero cuando lo hago, cuando vuelve a correr la sangre por mis venas y mi corazón recobra su ritmo habitual, solo puedo pensar en que este ha sido el broche de oro a uno de los mejores días de mi vida. Así que rezo para que Abril ya esté dormida y así pueda despedirlo leyendo unas páginas y recordando el sabor de los labios de Rodrigo junto a los míos, en el preciso instante en el que éramos immortalizados para la posteridad por las cámaras de un coche futurista.

Febrero 1999

Se había montado en el autobús sin saber muy bien qué la había impulsado a ello. Aún tenía marcas de lágrimas resbalando por sus mejillas, ardientes de pena y rabia. Se las había limpiado con saña, creyéndose estúpida por reaccionar así, como una niña pequeña, como una persona débil, incapaz de defenderse de otro modo.

Emma necesitaba un refugio y solo se le había ocurrido tomar el autobús con destino a Pamplona, en busca del consuelo de la única persona

que la entendía en el mundo. Nunca se había atrevido a tal cosa, nunca le había visitado en su casa y, mucho menos, nunca se había atrevido a presentarse allí sin avisar. Pero era eso o quedarse completamente sola, desamparada y huérfana emocional. Y ahora, lo que ella necesitaba era un abrazo, una sonrisa y las palabras mágicas, ese *“todo va a ir bien”* que la obligaba a imaginarse que podía ser verdad.

Rodrigo le abrió la puerta sin esperarse en absoluto encontrarla al otro lado. Iba vestido de astronauta o, más bien, medio vestido, con la parte de arriba del mono blanco que conformaba su traje espacial atado a la cintura.

Era sábado de carnaval y todo el mundo se estaba preparando para salir a divertirse en una de las noches con más entusiastas del año. Ni siquiera había reparado en eso al subir al autobús, aunque, ya en la estación de Pamplona, no pudo evadirse del hecho de que la mitad de la gente llegaba disfrazada, dispuesta a pasárselo bien en las muchas fiestas carnavalescas repartidas por toda la capital.

Él no dijo nada cuando la vio. Simplemente se apartó a un lado y la dejó entrar en el apartamento. Fuera hacía un frío de mil demonios, pero dentro, el calor la reconfortó de una forma que agradeció al instante.

Rodrigo vivía allí con dos compañeros más. Era su primer curso fuera del colegio mayor y estaban aprovechando la situación al máximo. La sala, totalmente despejada de mobiliario, estaba preparada para una fiesta con mayúsculas: refrescos, alcohol, algo para picar y el equipo de música en un rincón, listo para amenizar la velada.

Se quedó parada en mitad de la sala y deseó no haber venido. Dio un paso hacia atrás y Rodrigo, siempre atento a todos sus movimientos, la tomó de la mano y se lo impidió.

—Ven —dijo Rodrigo en apenas un susurro, y se la llevó a la habitación más alejada de la sala.

La casa era grande, amplia y diáfana, con estilo. No se parecía para nada a un piso de estudiantes. Emma deseó estudiar fuera de casa para vivir así, lejos de su padre, de sus normas, de su correa férrea. Pero estudiaba en Bilbao, donde su padre aún pasaba algo de tiempo, pese a su relación con Soraya. Vivía casi todo el año con sus abuelos, echando de menos sentirse valorada y deseando que su padre no pasara mucho tiempo en casa.

La habitación de Rodrigo, como la de su hogar en Unanua, tenía toda su esencia recogida en esas cuatro paredes. Aquí eran todas blancas, nada de colores ni estridentes ni aburridos. Pero estaban sus comics, su caos

ordenado, la música que les gustaba a ambos, un corcho con algunas fotos divertidas, en muchas de las cuales ella era la protagonista... sí, hubiera jurado sin que nadie le dijera nada, que esa era la Fortaleza de la Soledad de Rodrigo Aralar, su mejor amigo.

—¿Quieres contármelo? —ofreció el sin soltarla de la mano, justo después de sentarse ambos en la cama.

Emma no le miraba, tenía los ojos clavados en el suelo e intentaba contener las ganas de llorar.

—Solo quiero estar aquí.

La soltó de la mano y se levantó. Ella se sintió, de pronto, vacía y sola, sin el ancla que la estaba manteniendo a flote. Duró poco. Rodrigo se acercó a su equipo de música y le dio a *play*. Inmediatamente, las notas de *Creed* cantada por Radiohead se colaron en la habitación, llenándolo todo. Volvió junto a ella y se echó hacia atrás en la cama, con las manos bajo la nuca.

Emma no tardó en imitarle y, mientras la canción favorita de ambos sonaba y se metía en su cabeza, los dos callaron y cerraron los ojos.

Habían hecho eso mil veces antes, pero nunca con la presión de un secreto entre los dos. Más que un secreto, el hermetismo de ella a no querer contarle qué le había pasado. Qué había provocado esas ojeras, esos ojos rojos, esa mirada de perrito abandonado. Rodrigo no se atrevía a preguntar porque si ella respondía que era por culpa de un chico, él se sentiría como si le clavara un cuchillo, y creía que no estaba preparado para eso.

Tenerla tan cerca, últimamente, le costaba mucho más. No quería rozarla para no despertar su deseo, que se obligaba a dormir por ella, para no incomodarla. Ese deseo que, cada noche, le hacía anhelar su cuerpo junto al suyo y llenaba sus sueños. Y algunas pesadillas también, sobre todo las que tenían que ver con otras manos tocándola y otros labios besándola.

—No puedo seguir allí —dijo por fin Emma—. No confía en mí. Me trata como a una prisionera y no lo aguanto más.

Su padre, pensó, y respiró con tanto alivio que pensó que ella iba a notarlo. Pero si lo hizo, no dio muestras de ello. Se giró hacia ella y la miró con serenidad, con cariño, con una pasión contenida que, cada día, le costaba más disimular.

—Y como te tiene prisionera... ¿te has escapado?

—Ya soy mayor, no puede impedirme ir a donde me dé la gana.

—Sí, ya, pero estará preocupado. Tienes que llamarle.

Emma calló. Se quedó pensativa, mirando a la pared, preguntándose por qué Rodrigo era siempre tan condenadamente responsable, por qué no era más canalla, por qué no se acercaba a sus labios y le robaba un beso o cien, los que él quisiera.

Desde su cumpleaños era todo lo que deseaba. Pero sabía que él, con su alto concepto del deber, no se dejaría llevar. No si eso traía el consabido recelo de su padre, al que trataba de mantener siempre contento.

Estaba cansada. Quería dormir y olvidarse de ese día. De la dramática pelea que había mantenido con su padre por una tontería, por una falda demasiado corta y el desafío continuo en la mirada de Emma, que no estaba ya dispuesta a dejarla pasar ni una.

Los gritos, cada vez más altos, la habían asustado. Ellos no eran así. Ella lo trataba con desdén y su padre, a cambio, la ignoraba durante un par de días. No había melodrama con gestos furiosos o discusiones a voces. Eso no iba con ellos. Pero esa tarde... esa tarde no había podido aguantarse, harta del todo de sentirse en una burbuja, como si fuera una simple taza de porcelana y no una adolescente que estaba empezando a tocar la edad adulta.

—Él... él dijo cosas horribles. Sé que tiene mucho en la cabeza, que está agotado de vivir entre Bilbao, Unanua y Madrid. Que mi madre sigue volviéndole loco con exigencias sobre mí. Que quiere protegerme. Que no quiere dejarme volar por si me pierde... —La voz se murió mientras una lágrima se escapaba rodando por su mejilla.

No estaba preparada para comprender a su padre, y hacerlo, escucharse a sí misma, fue como recibir una bofetada en la cara.

—Pero... pero no me va a perder. Necesito que entienda eso, que me escuche...

Rodrigo se incorporó ligeramente y le colocó una sonrisa en los labios con los dedos, dibujándole una mueca grotesca que fue la antesala de la sonrisa de verdad. Le dio un fugaz beso en la nariz y se acercó a su armario. Sacó unas cuantas prendas y se las pasó con una mirada de lo más traviesa.

—Sé exactamente lo que necesitas. Primero, te vas a vestir con mi equipación de baloncesto porque, obviamente, eso que llevas puesto no es un disfraz. Este no es el mejor del mundo, pero servirá. Luego, te vas a acercar al salón y vas a llamar a tu padre y a decirle dónde estás y que mañana, después de comer, te acercaré a casa. Y, por último, vas a dejar que te presente a mis compañeros y vas a disfrutar de la mejor fiesta casera de

carnaval de tu vida —concluyó satisfecho—. Dime que no te parece el mejor plan del mundo para conseguir la reconciliación con Pedro, salvar mi pellejo y borrar esa cara tan triste que me está matando.

Emma lo quiso entonces, con locura, como sabía que nunca iba a querer a nadie en la vida. Lo hubiera besado entonces, no lo hubiera dejado marchar, pero algo le decía que era mejor contenerse que poner en peligro la mejor relación que había tenido en su vida.

—Por cierto, me han aceptado en Boston para el próximo curso —soltó Rodrigo antes de salir de la habitación y darle la intimidad que necesitaba para cambiarse de ropa—. Me voy en julio a Estados Unidos.

Y el corazón de Emma, que ella creía resistente a todo tipo de golpes, dio un vuelco tal dentro de su pecho, que tuvo que pellizcarse muy fuerte para contener el dolor que su ausencia anunciada ya le estaba provocando.

Su vida estaba a punto de cambiar. Y nada se le ocurría peor que un cambio en el que él no estuviera. Sus peores temores estaban a punto de convertirse en realidad, justo cuando pensaba que su vida estaba comenzando.

Capítulo 18

Los amantes del círculo polar

*Cada dos minutos cambio de opinión,
si me roza el corazón, con el filo de sus labios.
Cada dos minutos, desesperación,
se acomoda en mi colchón y casi no deja espacio.
Cada dos minutos, cambio de estación,
primavera en un rincón, se atrinchera el verano.
Cada dos minutos, muere de calor y,
cegado por el sol, busca un otoño mojado... mojado...
Cada dos minutos trato de olvidar
todos los momentos que pasamos...
Cada dos minutos, una eternidad,
cada dos minutos sin tocar tus manos...⁶*

—¿Eso es una indirecta o es que te has levantado con ganas de darnos otra serenata como la de la Noche de San Daniel? —Manu me mira risueño, mientras yo cierro por completo la boca y abandono mi canción a la mitad, muerta de la vergüenza.

Estoy tendiendo la colada, totalmente en mi mundo, pensando en todas las cosas que han cambiado en mi vida desde que me sentara a comer con Fer hace ya cinco meses. Ni siquiera me he dado cuenta de su presencia, justo a mi lado, no al menos hasta que ha abierto la boca y me ha sacado de mis pensamientos y me ha hecho interrumpir mi canción, con mi voz de recién levantada.

—Ni una cosa ni otra —le respondo en el mismo tono burlón—. Es más bien una cosa de pensar en el bien común. Este verde precioso que nos rodea no se mantiene así solo. Pretendía hacer que lloviera con mi voz de cazallera, pero te has cargado mi conjuro.

—Eres cruel si pretendes hacer que un día tan bonito de finales de agosto se convierta en uno gris y lluvioso —asegura mientras me tiende una camiseta mojada de mi cesto de la colada para que la cuelgue en el tendedero—. No te tenía por alguien con tan poco corazón... Además, que no creo que tengas éxito. Tampoco cantas tan mal.

Me sonrío con mucho cariño. Me encanta que, pese a lo que pasó entre nosotros la noche de San Daniel, siga tratándome con la misma familiaridad, tan libre de malos rollos. Es, de verdad, algo que aprecio desde el fondo de mi corazón.

Manu ha estado yendo y viviendo todo el verano. Después de nuestro pobre beso, intentando volver a ser los adolescentes que ya hace mucho que dejamos de ser, nos hemos visto unas cuantas veces y, pese a lo que pudiera parecer, la cordialidad entre los dos es considerable, como si ese conato de beso no hubiera existido siquiera, y ambos tuviéramos muy claro que no existe la posibilidad de *algo* entre los dos.

Su trabajo y su madre le hacen irse a menudo, pero, pase lo que pase, Manu siempre acaba volviendo. Se ha convertido en una pieza clave para mí en este camping, que, como hace veinte años, no me puedo imaginar sin él.

—Venía a decirte que me voy —me comunica con la voz neutra, perdiendo de pronto toda esa picaresca con la que había comenzado la conversación.

—Es la primera vez que me avisas. ¿Eso es que estamos subiendo puestos en la escala de la confianza o que te vas para no volver?

Mi mira un instante, evaluando si decirme aquello que ha venido a decirme... como si no se terminara de fiar de mí, de sí mismo o de toda la situación en general. Manu es así, un *dudador* nato. En eso no ha cambiado en absoluto. Puede que estos quince años le hayan hecho mejorar en su estado físico, de manera sobresaliente, además, pero su forma de afrontar las cosas, sus dudas naturales, su indecisión y, a veces, falta de confianza, son las del niño gordito al que le costaba asumir sus propias dudas.

—No sé si volveré ya por este verano —dice muy serio, clavando sus ojos en un punto indeterminado del horizonte, evitando que sus ojos se encuentren con los míos.

—¿Ha pasado algo? —pregunto preocupada, dejando de tender la ropa.

—Bueno... es complicado.

Me olvido por completo de mi colada y lo arrastro hacia la cafetería, que solo está ocupada por una pareja de desayuna al fondo. Pido dos cortados y los llevo a la mesa que él ha ocupado en la terraza, donde estamos completamente solos. Es temprano y se nota que el movimiento del camping aún no ha llegado a su punto álgido, lo que es fabuloso para un momento de confidencias y apertura emocional.

—¿Quieres contármelo? —le animo acercando su café hacia él.

Desde que me habló de sus padres y su adopción, hemos mantenido alguna que otra conversación centrada en todos sus sentimientos al respecto y lo que lleva hecho para lograr encontrar alguna respuesta. Muchas de sus pesquisas le han llevado a simples callejones sin salida, callejones oscuros que lo sumen aún más en una especie de obstinación ciega por saber la verdad.

Su padre no dejó nada escrito al respecto, o eso cree él, y su madre, más perdida en las brumas de la inconsciencia neuronal, es cada día más juguete roto que persona, y de poco le puede servir ya. Manu se queda sin opciones en algo que es vital para él, algo que necesita desentrañar para aprender a vivir con una realidad que él no ha elegido, pero que ha puesto su vida entera del revés.

—No quiero aburrirte con los detalles, está todavía todo un poco confuso en mi cabeza...

—Me lo figuro, pero no me aburres. Si necesitas a alguien que te escuche, sabes que estoy disponible.

Pasea la mirada por nuestro alrededor. Por el parque infantil, ahora sin niños subiendo al tobogán o jugando en la arena. Por la piscina, un poco más lejos, cuyas aguas en calma esperan a los bañistas de media mañana. Por el pequeño lago interior, con sus kayaks amarillos balanceándose suavemente junto al embarcadero de madera oscurecida por el sol. Pasea su mirada como buscando un lugar al que anclarla, al que sujetarse para evitar perderse.

—¿Conoces a la pareja que está instalada en la cabaña de al lado a la mía, la de color teja? —pregunta sin mirarme, aún perdido en la lejanía, como lo está él mismo, supongo.

Asiento. Los conozco. Al menos a ella, que es a quien más he visto por ahí. Es la pareja que llegó la tarde de San Daniel, cuando yo estaba cubriendo en recepción a Lucía y andaba tan nerviosa porque Rodrigo casi me había besado. Recuerdo que ella me sonrió en ese momento de tanta turbación interior y que, por una extraña razón que no pude explicarme, ese gesto hizo que me sintiera un poco mejor.

Desde entonces, poco hemos interactuado, pero verlos en la distancia siempre me había sacado el deseo de acercarme a conocerlos. Cosa curiosa que ahora Manu me hablara de ellos, cuando estaban ya en su última semana en Las Cascadas.

—Llevan un mes aquí y, desde el primer día, me he sentido observado siempre en su presencia —comienza Manu, pasándose una mano por el pelo que le cae desgredado por el rostro. Un rostro, por cierto, desmejorado, cansado, al que le vendría muy bien un poco de descanso y de calma—. El que estuvieran en la cabaña de al lado, no ayudaba, y por eso he estado poco por aquí últimamente. No sé por qué, pero no soportaba sentirme así con ellos.

—¿Te acosaban o algo? —pregunto alertada.

—¡No! —se apresura a tranquilizarme en vista de que he debido de poner una cara de susto de esas que marcan tendencia—. No es nada de eso. Era más bien como algo... siniestro. Si salía de mi casa, siempre los veía mirándome, sin quitarme ojo, como si me estuvieran sometiendo a vigilancia. En las zonas comunes, comiendo, en la piscina... he sentido sus ojos clavados en mi nuca un mes entero o, al menos, la parte del mes que he estado por aquí. Y ha sido raro... muy, muy raro.

—Su estancia acaba el viernes —le informo para tranquilizarle—. Pero si te hacen sentir muy incómodo, tal vez podría decirles algo. O... no sé, mandarles a Pentxo, que él si que intimida y pone nervioso a cualquiera.

Mi broma hace que se relaje un poco, que hasta esboce un tímido esbozo de sonrisa, pero sé que no lo está pasando bien, y tampoco quiero desviarle mucho del tema, porque creo que necesita esto, que le escuchen y que pueda desahogarse, quitarse de encima lo que quiera que le esté causando tanto pesar.

—No hace falta ya nada de eso... —dice misterioso—. Las cosas se han acabado por solucionar solas.

—Ahora has conseguido intrigarme.

—Siempre te gustaron las historias enrevesadas —se ríe, quitándole, por fin, hierro a toda esta extraña historia que, sí, de verdad de la buena, me muero de ganas por conocer.

—Ya me conoces —le apremio con un gesto de mi mano—. ¿Me lo vas a contar o tengo que torturarte?

Apura su café de un trago y se acomoda en la silla. Me mira como analizando mi forma de escucharle o de prestarle esta atención que, ahora mismo, es solo suya. Faltaría más, si me tiene totalmente en ascuas.

—El matrimonio de la casa de al lado tenía algo que contarme. —El misterio aumenta y lo odio por prolongarlo y estirarlo tanto—. Por eso las

miradas... no se atrevían a abordarme, pese a que tenían un mensaje que darme. De mi madre.

Soy consciente de que mi boca se abre de forma evidente y que dejo escapar un gritito ahogado. Las ganas de saber y la intriga que ha suscitado me tienen absolutamente deseosa de que desvele todas las partes oscuras de esta historia.

—¿De tu madre? —pregunto de forma evidente para darle pie a continuar y, así, conseguir que me cuente más detalles.

—Mi madre la conoce, a ella. Se llama Olivia Contreras, por cierto, y fue monja en la época en la que yo nací —explica por fin—. Mi madre la llamó en uno de sus momentos de lucidez para que me buscara y me contara lo que rodeó todo el asunto de mi adopción.

—Guau —no puedo evitar exclamar—. No me extraña que la mujer no supiera cómo abordarte.

—Sí, no era una tarea nada fácil. Y menos aún, sabiendo lo que me tenía que contar.

Ante de continuar, y como llevando al límite mis nervios, se levanta y se acerca a pedir otro café. Esta vez solo, sin paños calientes. Amargo, caliente, oscuro e intenso, como su propia apariencia. La analogía me hace sonreír ligeramente y me entretiene mientras regresa a mi lado para continuar o, más bien, empezar a contarme qué es lo que la mujer tenía que confesarle de parte de su madre.

—Olivia Contreras entró en la orden de Las Siervas de Jesús a los dieciséis años. No sabía muy bien qué hacer con su vida y la de religiosa le pareció tan buena idea como cualquier otra para huir de las apreturas que pasaban en su casa. Desde que llegó a la casa de Siervas donde serviría casi siete años, en Valladolid, demostró que se le daba bien cuidar de enfermos, por eso, ya desde novicia, sirvió en el hospital, como enfermera de apoyo.

»A ese hospital llegó una mujer a punto de dar a luz, casi una niña. Sola y sin querer dar siquiera su nombre. La metieron en el paritorio, de donde salió muy débil y casi sin fuerzas.

»Olivia la atendió y se ocupó de su bebé, esperando que se recuperara para poder entregárselo. En cuatro días, se hicieron amigas, pero la mujer no respondía al tratamiento y su debilidad, cada minuto, era más evidente. Al cuarto día, sin ninguna esperanza en el cuerpo, se despidió de ella, pidiéndole que le entregara al bebé y una carta a su familia, que vivía en un pueblo de la montaña de León.

»A la mujer la enterraron en una fosa común del cementerio de Valladolid porque nadie conocía su nombre completo. Nadie salvo Olivia, que no podía decírselo a quien preguntó por él. Envío la carta, pero no supo nada del pequeño, pese a que comunicó los deseos de la madre.

»En el momento en el que le quitaron el bebé de los brazos para colocarlo en los de unos desconocidos, decidió que no quería ver más ese tipo de cosas. A la nueva madre, con lágrimas en los ojos, le dijo que quisiera mucho al bebé si no era capaz de hacer lo correcto y devolverlo. Luego, lo dejó todo y se fue a Italia, donde ha vivido muchos años, junto a Luka, su marido, un buen hombre, médico, al que ha acabado por arrastrar de vuelta a España, en la jubilación.

»A mi madre, que recibió un bebé y una advertencia de una monja profundamente dolida y enfadada, le llevó casi treinta años localizarla. Pero lo hizo, por mí. Porque sabía que yo necesitaba respuestas. Es su último acto lúcido para redimirse por su egoísmo y llevarse a casa al niño de otra, una que yacía muerta a escasos metros, sola, desamparada, olvidada.

»No sé si aborrecerla por lo que hicieron ella y mi padre o ir corriendo a abrazarla...

Se le quiebra la voz. Clava los ojos en el café que tiene entre las manos y se queda callado. Ningún otro sonido vuelve a salir de su boca y mi corazón presiente la pena que le embarga. Y sí, también la duda, el lamento de la difícil decisión que se le plantea en el centro de su pecho y de su mente. Odiar o querer a quien le dio una vida digna llena de amor, pero que le robó su nombre y el cariño de una familia que ni siquiera lo conoce.

Pongo mi mano sobre las suyas y trato de transmitirle todo el apoyo que su pesar parece estar necesitando ahora mismo. Qué duro debe ser enfrentarse a todo esto ahora mismo, qué injusto, qué caótico... En su interior la tormenta está descargando sus rayos y truenos, y él no sabe siquiera dónde hallar un refugio, de tan confuso y lleno de sentimientos contradictorios como se encuentra.

—Mi madre... la que me parió y luego se murió, se llamaba Ana. —El susurro en el que su voz se ha convertido me araña el alma. Me la desgarran y me empuja a abrazarlo. Lo hago, tengo que hacerlo, tal es la ternura que despierta su corpachón enorme, tan derrumbado, tan derrotado, como si se tratara de un cachorro despistado de su manada, perdido, confuso, solo.

Noto que se aferra a mis brazos, que se abandona al tacto y al cariño que mi abrazo le procura. No sé el tiempo que dura, pero me siento muy

cerca de él, tanto como cuando nos regalamos aquel beso bajo la lluvia, siendo apenas dos críos que querían ser mayores, y encontrar respuestas, y salir vencedores. Ha pasado tanto desde entonces, somos tan diferentes... pero el cariño prevalece y eso nadie puede quitárnoslo.

—Así que te vas con esa información en el bolsillo —digo cuando nos separamos y compruebo que la sombra del dolor se ha apoderado de sus ojos verdes, quizá ya de forma definitiva.

—Tengo que ir a acabar de descubrir todo. Olivia recuerda la dirección a la que envió la carta de mi madre. Dice que no pudo evitar que se le grabara en la mente y en el alma, y ahí se le ha quedado todos estos años.

—Y vas a ir a ver por ti mismo.

—Llevo años pidiendo respuestas. Sería un hipócrita y un cobarde si no me atreviera a conseguirlas ahora que, por fin, tengo una pista de verdad.

—Claro.

Lo entiendo, de verdad que sí. Esta es una de esas situaciones durísimas que solo conoces de las películas o de las noticias. No te imaginas que a alguien cercano le pueda tocar el tema tan estrechamente... y te preguntas qué demonios harías tú de estar en su piel, de tener que tomar sus decisiones y afrontar sus miedos. Cada uno de nosotros tenemos que enfrentarnos a nuestros fantasmas, eso es cierto, pero no lo es menos que los de algunos son terriblemente más fieros e intimidantes que otros.

—No sé si volveré antes del final de la temporada ni si te encontraré aquí después —dice poniéndose en pie—. Supongo que encontrarás otra misión cuando llegue el otoño.

Me encojo de hombros, la verdad es que mi futuro cuando acabe el verano es un auténtico misterio, incluso para mí. Sobre todo, porque ni siquiera he querido pensar en ello o buscar señales. Por más que apenas quede un mes de temporada, no tengo ni la más remota idea de dónde acabaré cuando cerremos las puertas de Las Cascadas por este año.

—Sea como sea, —dice Manu, sacándome de mis pensamientos—, dile que te trate como la reina que eres, o se las verá conmigo.

Me deja boquiabierto por la alusión directa a Rodrigo. Mi cara es un poema, pero él se limita a darme un beso cálido y lleno de cariño en la mejilla antes de irse hasta su moto, aparcada cerca de donde yo dejé abandonada mi colada por escucharle. Aunque supongo que, si ha estado atento, no se le habrán escapado las señales. Rodrigo y yo hemos lanzado algunas muy luminosas en las últimas semanas.

Me da pena verlo subirse a su moto, donde se pone el casco, oscuro, como todo él, y verlo partir. Siento que el alma pura del niño que conocí ha sido comprometida de algún modo, como si su inocencia hubiera sido aplastada y sustituida por una oscuridad siniestra que se le comiera por dentro. Ojalá logre sacársela de encima, con sus respuestas, con la verdad en busca de la cual va. Mi corazón se rompe un poquito al saberlo tan solo y perdido, pero me obligo a pensar en él como la persona valiente que sé que es, y eso logra consolarme un poco. Lo suficiente para convencerme de que va a estar bien.

—Adiós, Manolito —susurro para el viento—. Que lo que encuentres no te deje más preguntas y consiga apaciguar tu necesidad de saber.

—Dame tu libro, déjame comprobar por dónde te llegas —me pide Rodrigo un par de semanas después, tumbados junto a la piscina, tras darnos un baño a finales de la tarde.

Se lo tiendo y él lee justo donde está mi marcapáginas, señalando el punto exacto que debía leer a continuación.

«No se le cocía el pan a don Quijote, como suele decirse, hasta oír y saber las maravillas prometidas del hombre conductor de las armas. Fuele a buscar donde el ventero le había dicho que estaba, y hallóle, y díjole que en todo caso le dijese luego lo que le había de decir después, acerca de lo que le había preguntado en el camino. El hombre le respondió:

—Más despacio, y no en pie, se ha de tomar el cuento de mis maravillas: déjeme vuestra merced, señor bueno, acabar de dar recado a mi bestia, que yo le diré cosas que le admiren.

—No quede por eso —respondió don Quijote—, que yo os ayudaré a todo».

Casi a la mitad de la segunda parte del Quijote, veo cómo el verano se nos escapa como la luz de las tardes al irse el sol. He logrado ir tachando muchas cosas de la lista, pero se nos echa el tiempo encima y algunos propósitos siguen sin cumplirse.

Rodrigo me llevó un día al obrador de Andoni, el panadero, donde su hijo, Eki, formado en algunas escuelas de repostería de mucho renombre de Barcelona y París, me enseñó a hacer *macarons* una tarde plomiza de comienzos de septiembre.

También me compró un atlas para que pisara los seis continentes, lo que me arrancó carcajadas sin fin un sábado en el que apenas había nadie en el camping y podíamos hacer el tonto sin preocuparnos de la imagen que pudiéramos dar. Me regaló peces de colores, que llevó a la bañera de casa de su madre, y me obligó a bañarme con ellos, y hasta alquiló un globo en Zaragoza, a donde me arrastró para contemplar la ciudad desde el cielo, en una de las experiencias más bonitas de toda mi vida.

Me equipó de los pies a la cabeza con ropa del Decathlon, y me mandó con las *Supernenas* a la cima de San Donato, para que pudiera pisar lo alto de una montaña; y me compró un caballete, un lienzo y un montón de pinturas, y me dejó sola una tarde entera frente al lago de la cantera, para que pintara mi obra maestra. Salió un churro, pero pinté mi cuadro, que luce orgulloso colgado de la pared de su baño, donde le obligué a tenerlo como pago a su generoso modo de ayudarme a conseguir vivir mis treinta propósitos, antes de cumplir esos treinta años que están a punto de caerme.

Y sí, vino una tarde a mi cabaña con dos canutos de maría que nos fumamos en silencio, y que nos proporcionaron carcajadas y una relajación que tardó horas en abandonar mi cuerpo.

El verano, inexorable, se acerca al otoño, que ya casi podemos tocar. Tenemos un tiempo suave estos días, sin el bochorno pegajoso de las jornadas centrales del estío, pero sin el frío de las tardes de esta época que obliga, sin condición, a coger la chaqueta y envolverte en ella.

Casi me da pena que se acabe la temporada y que tengamos que cerrar Las Cascadas por este año. Han sido meses de mucha intensidad, de muchas cosas nuevas, de recuperar también algunas del pasado. Ha sido como un viaje de vida, una montaña rusa, un paseo en cohete hasta tocar la luna. Estoy segura de que estar aquí ha sido la mejor terapia del mundo para superar el mal de amores, y deshacerme, de paso, del sentimiento de inutilidad que le embarga a aquel que ha sido despedido de su trabajo.

Me podría pasar aquí la vida entera. Recibiendo campistas, ideando actividades y mejoras, descubriendo de nuevo las cosas bonitas que Rodrigo me hace sentir en el pecho... Las Cascadas me ha dado tanto en apenas unos meses, que no sé en qué emplearé mis horas hasta la próxima temporada. Porque sí, si Tata me lo permite, la siguiente temporada quiero volver a formar parte de todo esto de nuevo, volver a sentir que soy parte de algo tan especial.

Lo malo de que se acabe la temporada es, sobre todo, sentirme un poco desubicada, exactamente como me pasaba antes de la propuesta de Tata en la boda de Ane. Sé que me puedo mantener entre la indemnización del trabajo y lo que he ahorrado estos meses aquí, así que el dinero no es un problema. Ayuda también que mi apartamento esté completamente pagado gracias a mis padres, que se han preocupado de mi hipoteca de forma conjunta. Pero hay más cosas que el dinero en esta vida, y si te digo la verdad, no tener un plan para la siguiente etapa del camino me tiene un poco preocupada.

Que el otoño engulla el verano tiene otras consecuencias negativas, como el hecho de que Abril ya se haya despedido de nosotros. Hace una semana que tuvo que marcharse de nuevo a León, porque el inicio del curso escolar la reclamaba. La echo de menos, a rabiar, sobre todo por las noches, cuando me encerraba en nuestra cabaña y su presencia hacía que volviera la cordura a mi mente, y evitara que saliera corriendo a buscar a Rodrigo.

Porque no puedo evitarlo, tengo tantas ganas de estar con él a todas horas que, cada noche, al despedirnos, necesito de todo el autocontrol del que soy capaz para no darme la vuelta y echarme a sus brazos. Y no sé cuánto tiempo podré aguantar, tengo serias dudas de mi propia capacidad para mantener las distancias que yo misma interpose entre ambos.

Sigue sin abrirse, sin sincerarse y contarme lo que le alejó de mí. Si fue el miedo, el desinterés o porque no me quería tanto después de todo. Pudo ser por cobardía, por causas externas o, simplemente, porque le apetecía probar y no le gustó lo que halló a mi lado. Llevo once años haciéndome esa pregunta, la misma pregunta una década entera, y sé que, pese a todo, nunca podría ser feliz con él si ese secreto siguiera interponiéndose entre los dos.

A veces me siento como si fuéramos Ana y Otto, *Los Amantes del Círculo Polar*, condenados a amarse desde su condición de hermanastros, separados por el destino y las circunstancias. Y da miedo que se cumpla el punto de vista de Otto y muramos separados, solos, justo cuando estamos a punto de encontrarnos, siempre tan cerca pero nunca en el mismo sitio a la vez.

Y lo recuerdo, recuerdo a Otto susurrando aquello de “es bueno que las vidas tengan varios círculos. Pero la mía, mi vida, solo ha dado la vuelta una vez y no del todo. Falta la más importante. He escrito tantas veces su nombre dentro... Y aquí, ahora mismo, no puedo cerrar nada. Estoy solo”.

Y a mí se me parte el alma, porque yo también siento que estoy sola. De algún modo doloroso, estoy sola si no consigo estar del todo con él.

Ahora estamos en una falsa calma que, también al acabarse el verano, se romperá de una forma u otra. Ninguno avanza hacia ningún lado, ambos nos dejamos llevar por la suave brisa de este verano que muere lentamente, que se acerca al precipicio donde, de algún modo, se requiere tomar una decisión: saltar al vacío o desviar el rumbo hacia la seguridad que da el alejarse del borde del barranco. ¿Qué haremos entonces? ¿Qué decisión tomarán nuestros destinos?

—¿Por qué estás solo? —le pregunto de pronto, incapaz de seguir dándole vueltas a una situación que solo me genera desesperanza y agonía.

—No estoy solo, estoy contigo —responde con una sonrisa inocente, mientras me devuelve el ejemplar del Quijote que él mismo me regaló hace unas semanas.

—No, no estás conmigo. Estamos solos, los dos. Y quiero saber por qué lo estás tú.

Tarda unos segundos en captar la verdadera naturaleza de mi pregunta. Su rostro, hoy barbilampiño y fresco, sin una pizca de preocupaciones y con esa sonrisa terrible, entre pícara e inocente, que pinta en sus labios y hace que se te quiten de encima todas las ganas de ser precavida y cauta. Cuando lo hace, cuando su cara refleja que ha captado exactamente el sentido de lo que le estoy inquiriendo, se yergue un poco y una sombra de tristeza asoma a sus bellísimas facciones, oscureciéndolas

—Supongo que sigo esperando algo, buscándolo...

—¿Y qué buscas exactamente? —Le miro directamente a los ojos desde mi toalla de playa.

—No sé, tampoco mucho. Quiero conmigo alguien que se entusiasme con sus cosas, que le brillen los ojos cuando me mire. Alguien que me rete, que me haga querer ser mejor persona. Quiero un desafío cada día y que no me ponga las cosas fáciles. Que me quiera tal y como soy, con mis tonterías y con mis defectos. Que sepa valorar mis esfuerzos y que siempre desee tenerme a su lado.

—No pides nada...

—Sé que soy exigente —admite—. Pero también sé que ella existe porque ya la he conocido. Solo que, entonces, no era aún nuestro momento.

Me mira con una intensidad que me nubla el sentido, clavando en mí sus pupilas azules con un énfasis tal, que hace que una corriente eléctrica

me sacuda por entero y me haga hasta perder mi capacidad para respirar. Puedo notar unas cosquillas que me nacen en los pies y que me recorren toda entera. Puedo notar cómo mi corazón se dispara dentro de mi pecho. Puedo notar mi rubor, subiéndome hasta la cara, delatando en gran parte la vorágine de emociones que solo oírle hablar me provoca.

—Así que ya la has encontrado... ¿en California, quizás? —Trato de desviar su atención sobre mis ojos, y así evitar que me analice y me lea, como el libro abierto que estoy siendo ahora mismo.

—No, más cerca. Mucho, mucho más cerca.

—O sea que... la chica de California no es importante.

—Sí. No. O sea... —titubea nervioso, como buscando la mejor manera de explicar un tema complicado—. Lo fue, mucho. Durante un tiempo creí que podría conformarme con menos de lo que creía que buscaba. Y no es que Nadia no fuera estupenda, pero... no sé, estando con ella nunca dejé de tener la sensación de seguir buscando. Supongo que eso no era muy buena señal.

—No, desde luego que no suena nada bien.

—Me refiero a que podría haber funcionado si yo lo hubiera olvidado todo y me hubiera convencido de que, sin cumplir mis expectativas o tener esas cosas que yo siempre he buscado, podría haber sido feliz con otra persona.

—Pero te ibas a casar con ella...

Se calla. El silencio se instala entre los dos y tengo miedo de haberle molestado no solo al sacar el tema, sino al profundizar en el fracaso de su relación anterior.

Le entiendo. Mucho. Creo que para mí no sería nada fácil hablar de Fer así. Al menos no con él, porque me daría la impresión de que en algo los estaría comparando. Y eso nunca es justo.

Fer me pertenece a mí sola, los recuerdos que guardo de él no son para compartir, para diseccionar en público, ni para exponer delante de los demás. Con Abril he mantenido largas conversaciones al respecto de mi desamor, pero nunca ahondando en la esencia misma de mis días a su lado o de rutina con él. Eso es mío, solo mío, y conmigo se va a quedar mientras viva. Por eso entiendo la reticencia de Rodrigo, porque nunca es fácil abrirse emocionalmente a otra persona con el escudo de una relación anterior por delante.

Titubea un segundo más antes de encontrar las palabras con las que continuar esta conversación que le coloca en un lugar que sé que no desea ocupar. Me mira indeciso, como perdido, antes de seguir ofreciéndome esos detalles por los que le estoy interrogando.

—Sí, creo que ese paso hubiera podido darlo, pese a todo.

—¿Y qué pasó?

—Bueno... me agobié —responde encogiéndose de hombros de forma casi imperceptible—. No por la boda, porque, como te digo, eso sí hubiera podido hacerlo e, incluso, hubiera dado ese paso feliz de darlo con ella. Pero... empezó a hablar de niños. Creo que demasiado pronto. En mi cabeza necesitaba ir paso a paso. Boda primero, formar una familia, después. Pero Nadia se empeñó en tener la conversación sobre los niños. Cuántos queríamos tener, en cuánto tiempo, con qué edades de distancia... ahí sí que me agobié. Podía casarme con ella porque, con el abogado y la disposición adecuados, una separación siempre era posible. Me refiero a una drástica si es que era necesaria. Si se nos daba mal, podíamos corregirlo y salir de la vida del otro. Con un niño en la foto... bufff, me entró un pánico atroz. Y tuve que escapar.

—Y volviste a casa. —No pregunto. Afirmo, porque sé que es así, que así ocurrió.

—Sí, creo que necesitaba hacerlo —admite con sencillez, desvestido ya de su traje de inseguridad, convencido en que hace bien contándome todo esto—. Cuando rompí con Nadia de repente me sentí muy solo y me entró una necesidad urgente de volver. Justo en ese momento se estaba montando el equipo para las pruebas de la línea deportiva y me presenté voluntario con la propuesta de hacerlas aquí, en España.

Sé que no debería seguir escarbando, que al final oiré algo que me hará daño o me pondrá en una posición que no querré ocupar. Pero siempre he sido propensa a no dejar las estupideces a medias, y esta la tengo que terminar para quedarme bien a gusto.

—Y la chica que cumple tus expectativas —comiendo cautelosa—, a la que ya has conocido, pero en un mal momento... ¿se ha quedado allí?

—No. La chica perfecta para mí está muy cerca —lo dice con esa intensidad azul de nuevo brillándole en los ojos, como si fueran las chispas de una bengala brillando en la oscuridad, como si quisiera hacerme arder a mí en ellas, en él—. La conozco desde hace un montón de años, desde que éramos unos críos que se chinchaban y que no paraban de reír. No he dejado

de pensar en ella desde que nos despedimos, hace ya más de diez años, no he dejado de imaginarla a mi lado, aprendiendo juntos, madurando, riendo como entonces... qué bueno que la vida me haya concedido una segunda oportunidad...

Me quedo muda. Doblegada por su voluntad de hacerme perder los sentidos. Ahora mismo podría hacer de mí su santa voluntad porque con sus palabras ha conseguido tocarme el corazón. Nuestros ojos están abiertos de par en par, fijos en las pupilas del otro, bañados por la dulce luz del crepúsculo, que nos envuelve en su aura especial, sepia, bohemia.

Siento que debo besarle, que debo devolverle con gestos las palabras que acaba de pronunciar, y me acerco con exasperante lentitud, a cámara lenta, como si todo esto entre los dos necesitara de una emoción extra.

Sus labios están tan cerca, que bastaría lanzarme para atraparlos y hacerlos míos en un solo instante. Sin embargo, la magia perdura unos segundos más, los que tardamos en sonreírnos y llevar a cabo el acercamiento final.

No hay escapatoria. Nada me va a impedir que esta noche acabe en sus brazos, sin una excusa que esgrimir, sin Abril para retenerme. Es irremediable.

A menos que...

—Hola, Emma. Espero no interrumpir.

—¿Mamá? ¿Qué demonios haces tú aquí?

Salvados por la campana. O condenados por ella. Con mi madre de pie sobre nosotros, realmente no soy capaz de decidir si es una cosa o justo la contraria.

Capítulo 19

Tacones lejanos

—Llevo semanas pensando en venir. Siento si el momento no ha sido el más adecuado —dice escogiendo las palabras, como si temiera mi reacción por haber aparecido justo en un momento que parecía importante.

Diez minutos después de interrumpir el que podía haber sido un beso memorable, mi madre se pasea por mi cabaña con aire compungido y el semblante realmente abatido. Parece que habla en serio y lo de la interrupción no ha sido nada premeditado o hecho con la intención de evitarme el contacto con el hijo de la mujer que le robó al marido.

Dejamos a Rodrigo sentado en el césped de la piscina, rojo como un tomate, como si se tratara de un adolescente pillado *in fraganti* metiendo mano a una chica. Apenas se hubo separado de mí, hizo ademán de irse, pero se lo impedí levantándome de allí y arrastrando a mi madre de malos modos, lejos de él. Quería protegerle de su sarcasmo natural, de sus habituales dardos cargados de reproches. Rodrigo no se hubiera merecido nada de eso viniendo de ella, porque no tendrían por objeto defenderme, sino solamente aligerar la rabia atesorada durante muchos años de separación matrimonial.

O, al menos, eso es lo que pensé en un primer momento, porque ahora, unos minutos después, puedo jurar que apenas reconozco a la mujer que tengo delante. Se parece a mi madre, habla como mi madre y tiene su innegable estilo. Peto todo cuanto sale de su boca es diametralmente opuesto a la mujer que me ha criado y que tan enfadada con el mundo ha estado durante media vida.

—¿Vas a decirme qué haces aquí? —inquiero nerviosa. No en vano, mi madre y este lugar no es una combinación que cuadre mucho—. ¿Ha pasado algo?

—No, claro que no —me tranquiliza con una sonrisa llena de calma—. Si te parece, te invito a cenar y te cuento los motivos de mi visita. Todos muy inocentes, te lo puedo garantizar.

Y la creo. Por alguna razón que no alcanzo a comprender, mi madre está aquí y está en paz. No hay ni rastro de amargura ni en su voz ni en su semblante, y no parece que necesite ayuda. En mi lista aparece una línea dedicada a ella, una que me parecía imposible de cumplir, *Rescatar a mi*

madre, la número 28, uno de mis mayores quebraderos cabeza desde que decidí meterme de lleno en esto de llegar a los treinta con la mayor cantidad de líneas de esa lista tachadas.

Seamos francos, siempre he creído que era imposible tachar todo, y uno de los epígrafes que daba por hecho que se quedarían así era ese, el que atañe a mi madre. Pero eso era antes de que ella misma se me presentara en la misma puerta del camping y me lo pusiera todo un poquito más fácil.

Me sonrío mientras le pido cinco minutos para darme una ducha rápida y ponerme algo decente. No sé por qué, pero sí, de repente me apetece un montón irme a cenar con ella y averiguar lo que le ha ocurrido para presentarse aquí y hacerlo sin hacer sonar los tambores de guerra.

Salimos en su coche en dirección a Huarte-Araquil, donde mi madre ha reservado mesa en el Txomin, uno de los lugares que siempre frecuentaba cuando pasábamos el verano entero en Las Cascadas. Me reconforta mucho su forma de abrazar el pasado, sin pasar de puntillas por todo lo que le hizo daño todos estos años atrás. Supongo que no puedo esperar que celebremos una reunión familiar con mis dos padres y los nuevos miembros que el matrimonio de mi padre trajo a mi vida, pero, de momento, yo con esto me conformo.

El Txomin está hace igual que en aquellos años lejanos en los que hacíamos nuestras comidas de verano aquí. La sala principal, rústica y con encanto, sigue repleta de mesas cubiertas de manteles a cuadros azules y blancos. El aire huele a embutidos curados con cariño y a sopas de inconfundible sabor casero. Este lugar tiene tanto encanto y atesora tantos recuerdos de mi familia, que siento un pequeño escalofrío recorriéndome entera.

Aquí mi padre me hacía pajaritas con las servilletas, mientras esperábamos a que nos sirvieran el primer plato. Y jugábamos a adivinar qué pediría el resto de comensales. Aquí nos retábamos a elegir lo más sabroso de la carta y dar envidia y picar al otro, mientras mi madre ponía los ojos en blanco y hacía como que no iba con ella, aunque siempre jugaba sin jugar, y siempre daba en el blanco, eligiendo auténticas delicias que nos daban una envidia de muerte a mi padre y a mí. Fueron buenos años, un tiempo que, a veces, me duele haber dejado atrás sin ninguna posibilidad de recuperarlo. La niña que fui, de vez en cuando, me reclama que luche por ello, aunque yo rara vez la dejo imponerse y esos recuerdos felices, rápidamente, vuelven a la caja de los tesoros de la memoria de la que,

quizá, no debieron salir para no disgustarme por lo que he acabado perdiendo.

Nos sentamos junto al aparador, donde se recogen los servicios y se prepara el pan, un mueble antiguo, con una enorme solera y que ya estaba aquí entonces, cuando éramos habituales. Esta era la mesa que más le gustaba a mi madre, la más recogida e íntima, la que la resguardaba del mundo y le permitía creer que allí estaba protegida y a salvo.

Nos colocamos frente a frente y tomamos la carta que nos han dejado colocada encima de la mesa. Es, básicamente, la misma que hace quince años, los mismos platos caseros, deliciosos y llenos de saber hacer en los fogones. Hay algunos añadidos y también varios platos de la llamada nueva cocina de la innovación, pero tanto mi madre como yo, tras echar un vistazo detenido a lo que el menú nos ofrece, nos decantamos por algo que aquí, en el Txomin, saben hacer como en ningún sitio, el rabo de toro relleno de verduras guisadas.

Cuando el camarero nos toma nota, ambas nos enfrentamos a la falsa calma en la que nos hemos instalado desde que llegó a Las Cascadas. Supongo que en algún momento tendremos que hablar de lo que la ha traído hasta aquí, aunque ella no parece tener mucha prisa por sacar el tema. Nos entretenemos en hablar del tiempo, lo más banal que se pueda imaginar. Me pregunto si al final no tiene nada que decir y es solo una excusa para verme después de tantos meses lejos de su casa.

—¿Qué tal Islandia? —pregunto por ir metiéndola en asuntos más trascendentes que el clima de la región tan inusualmente cálido para esta época del año.

—Te hubiera encantado —acierta a responder, haciendo aparecer una especia de destello luminoso en sus ojos oscuros—. Es todo tan... diferente.

—Percibo por tu gesto que te ha gustado de verdad. —Y lo digo encantada, porque, sobre todo, ver a mi madre contenta es muy raro y siempre, en esos pequeños y escasos momentos, disfruto de veras.

Se la ve relajada, se la ve como si no tuviera que soportar el gran peso que siempre he intuido que cargaba. Me desconcierta, pero me agrada mucho, porque verla más ligera, despreocupada, es algo que no concebía en ella y solo puedo alegrarme por el hecho de que me cambie todos los esquemas.

—Me ha gustado de verdad —corrobora ella y expande la sonrisa en sus labios, que cada vez es más amplia y bonita.

—Me alegro —asiento mientras nos colocan en la mesa el pan, la bebida y una ensalada que acompañará a nuestro rabo de toro—. Tienes que contármelo todo. Aunque supongo que no has venido precisamente para eso.

La sonrisa se le muere en los labios y me siento fatal por haber sacado el tema de su visita tan pronto y, quizá, de forma un poco brusca.

—No, no es esa la razón.

—Puede esperar hasta después de la cena... —Intento retomar su buen humor, pero supongo que el momento ya ha pasado—. No es algo malo, ¿verdad?

No puedo evitar hacer la pregunta, porque lo llevo pensando desde hace un rato, como una de las posibles pocas razones para que mi madre se acerque a verme a Las Cascadas, con el riesgo de encontrarse a mi padre con su nueva esposa que eso supone.

—No, tranquila, hablemos mientras cenamos —concede—. No es nada malo, te lo aseguro. Casi es hasta una cosa buena...

Y apacigua el rostro, de modo que yo hasta puedo volver a respirar tranquila.

Cuando colocan delante de cada una un plato con una generosa ración de medallones de rabo de toro al vino tinto, rellenos de verduras guisadas y patatas gajo, juro que no puedo parar de salivar. ¡Qué bien huele y qué pinta más espectacular!

—¿Y bien? —la animo a que comience a hablar—. ¿Cuál es esa noticia que es hasta una cosa buena?

—Mi psicóloga ha muerto.

El trozo de succulento rabo se me va por mal sitio ante su confesión a bocajarro y me entra un ataque de tos incontrolable. Ella se me queda mirando como si no entendiera el alboroto y me da golpecitos suaves en la espalda, intentando ayudar de algún modo.

—¡Mamá! —exclamo, tal vez demasiado alto, lo que llama la atención del resto de comensales del restaurante, cuando consigo reponerme de la tos y de la sensación de ahogo que casi me deja sin respiración.

—¿Qué? —pregunta ella, inocente—. Tal vez debería haber dicho que murió hace siete meses, y que en paz descanse y todo eso, pero el caso es que está muerta y eso me ha cambiado la vida.

—Madre mía, no sé si quiero seguir escuchando...

—Quieres, estoy convencida —dice con una calma y una seguridad que me dejan pasmada, mientras se lleva a la boca un trozo de carne y cierra los ojos para degustarla con placer—. ¡Dios! ¡Está delicioso! ¿Ves? Sentir esto y decirlo en voz alta es una de las cosas que he aprendido a hacer gracias a la desafortunada muerte de Fátima, mi psicóloga.

—¿De qué murió? ¿Era mayor? —no puede evitar mi curiosidad natural.

—¡Qué va! —exclama contrariada—. Tenía apenas cincuenta y cinco años. Fue de vacaciones a Argentina, el sueño de su vida, aprovechando que allí era verano. Lo planeó todo con un detalle que rozaba lo obsesivo. Pasó la última semana en la Pampa, que se moría por conocer. Pues adivina qué... justo ahí, en uno de los lugares más despoblados de la Tierra, la atropelló un autobús. Dime que eso no es tener mala suerte. Eso, o era una cabrona total en su vida privada y el karma le mandó ese autobús envenenado para cobrarse lo que le debía. Vete tú a saber...

No sé si se ha vuelto completamente loca o si la han abducido. Lo que está claro es que mi nueva madre me está dejando con la boca abierta cada vez que saca por la suya una nueva frase. Procuro no mostrar de manera muy evidente mi asombro, aunque creo que fallo estrepitosamente en mi cometido.

—Mamá —digo escandalizada—. Eso es absolutamente horrible. Pobre mujer...

—Desde luego, hija. Una tragedia.

Su semblante se apaga al escuchar mis palabras y parece que sí que siente como una verdadera tragedia lo que le pasó a esa pobre mujer. Su posición cambia. Sus manos, hasta ahora aferradas a los cubiertos, los sueltan y se colocan sobre la mesa, de manera tranquila, serena. Me mira un instante, antes de recuperar la calma de los primeros momentos, intentando crear una atmósfera más seria, más adecuada a lo que de verdad tiene que contarme al respecto de su nueva forma de afrontar la vida.

—Verás —empieza, despacio, tomándose su tiempo—, Fátima me llegó recomendada. Siempre he necesitado terapia y medicación desde el accidente, así que cuando volví a la casa de mis padres, alguien me habló de ella. No tenía ganas de perder tiempo buscando, y me conformé. Me escuchaba, me mandaba a un colega psiquiatra que me prescribía las pastillas que me ayudaban a dormir y a no sentir, y les firmaba los cheques pertinentes. Así había sido siempre, desde que todo aquello pasó... nadie

me preguntó qué tal estaba ni se molestaban en comprobar si había mejoras... que no había, claro. Nunca las hubo.

Siento su angustia al contarme lo que sé desde que tengo uso de razón. Que mi madre es un ser triste hasta la médula, que siempre se ha dejado llevar por la calma de las aguas del olvido artificial. La recuerdo, de pequeña, rodeada de fármacos y con el semblante más neutro del mundo. No había emociones en sus ojos, solo una indiferencia y desinterés por todo, incluida yo, su única hija con vida.

La odié por eso muchos años, sin llegar a ser consciente de que mi madre estaba enferma, que necesitaba una ayuda especial que nadie parecía saber brindarle.

Luego, cuando se separó de mi padre y se recluyó en León, empecé a indagar y leí mucho sobre sus síntomas y su tratamiento. Fue entonces cuando nació mi deseo de rescatarla y, sobre todo, de mantenerme fiel a ella, de odiar que mi padre me arrastrara a Unanua y que tuviera que dejarla por él. No contaba con que, en esa casa, yo encontraría a alguien que me aliviara un poco la pena de la traición que cometía contra mi madre cada vez que tenía que ir. Fueron unos años realmente complicados, donde cuestionaba mis propias lealtades cada minuto que pasaba.

—Fátima fue la última de una considerable lista de profesionales a los que pagué durante años para que me ayudaran a entender por qué me había apagado de ese modo —dice con tanto sentimiento que hace que la emoción me embargue y las lágrimas se agolpen tras mis párpados, esperando la señal adecuada para hacer acto de presencia—. Su muerte me dejó un poco desubicada, no sabía qué hacer, así que, simplemente, no hice nada.

»La respuesta llegó ella sola, unas semanas después. Estaba en Valladolid, pasando unos papeles con la gente de la inmobiliaria, cuando entró un hombre, mayor, elegante, de aspecto culto. No podías apartar la mirada de él porque desprendía una especie de luz propia.

De repente, se me enciende la bombilla y adivino lo que le pasa a mi madre. ¡Se ha enamorado! ¡Por eso está así de radiante, por eso sonríe, por eso hace cosas que no te esperarías de ella!

—No, no es lo que piensas —aclara ella de inmediato al verme la cara, adivinando la conclusión a la que he llegado—. No hay nada amoroso en esta situación. Arturo es un amigo, a día de hoy ya lo es, uno importante, uno que me ha ayudado mucho a darme cuenta de que nunca he gestionado mis penas de la forma más adecuada.

—Déjame adivinar. —Sigo convencida de que hay algo más que amistad en esa relación suya con el tal Arturo—. *Gertie* fue idea suya...

Ella se ruboriza. ¡Juro por Dios que lo hace! Mi madre está ilusionada con algo que tiene que ver con ese hombre y eso... ¡Me encanta! Sobre todo, si es la causa de que haya dejado de ser el alma en pena que ha sido toda su vida.

—Sí, él me regaló a *Gertie*...

—Pues vaya gusto para los perros, mamá, sinceramente...

Se ríe. Se ríe con ganas y sigue ese rubor anclado a sus mejillas. Un rubor que le quita de golpe diez o quince años, que la convierte en alguien vivo, que siente, que demuestra que le importan las cosas.

—Arturo es psicólogo, como no podía ser de otro modo —sigue—. Le enseñé personalmente algunos pisos, y nos hicimos amigos casi de inmediato. Me cayó bien desde el principio y, al saber que podía ayudarme con mi problema, quise contratarlo. Se negó en redondo, pero me prohibió que buscara ayuda, cosa que no estaba haciendo de forma expresa, como te he contado.

»Sin embargo, no he dejado de notar su mano en todo el camino desde entonces. Su forma de tratarme, de abrirme los ojos, de darme alas de nuevo... no puedo ni describir de cuántas maneras me ha ayudado. Estoy dejando la medicación, duermo como un bebé por las noches, y me despierto con ganas de hacer cosas.

»Te parecerá una tontería. Todo empezó con un perro, sí, pero es mucho más. Él me ayuda a hacerme las preguntas adecuadas, y me sostiene mientras trato de hallar las respuestas. Me ha cambiado la vida... me ha enseñado que se puede vivir de otra manera.

—Mamá... estás radiante —aseguro con emoción—. Sea lo que sea que te esté dando ese hombre... no lo dejes escapar jamás.

—No tengo intención ninguna de hacerlo. —Sonríe, y es la sonrisa más hermosa de todo el universo—. Al menos no de momento.

Seguimos comiendo en un prolongado silencio que nos permite a ambas pensar y poner en orden las ideas que nos rondan la cabeza. Mi madre, que aún no se ha relajado del todo, sigue teniendo cosas que decir, eso está claro, pero no quiero agobiarla ahora que, por fin, ha decidido abrir la boca y compartir las penas de su enfermedad y su lenta, pero efectiva, recuperación.

La observo sin mediar palabra y me entran unas ganas infinitas de abrazarla, de susurrarle al oído que estoy contenta por ella. Que, aunque ese tal Arturo me haya robado la oportunidad de rescatarla, me ilusiona verla, por fin, emergiendo del pozo negro de esa depresión amenazadora y oscura que la mantuvo tantos años lejos de la realidad, de mí, de la vida.

—¿Te acompañó a Islandia? ¿Por eso te gustó tanto? —pregunto sacándonos de ese cómodo silencio que nos estaba envolviendo dulcemente.

—No, hija —asegura—. Fui sola. Era un viaje que me hubiera gustado hacer contigo. Al principio no entendía que no quisieras acompañarme... luego, todo tomó una dimensión totalmente diferente. Perdona por no haber sabido verlo antes.

—No pasa nada. Si te soy sincera, primero me exasperó que no entendieras que esto era importante. Luego, me halagó que me ofrecieras una vía de escape.

Me mira reflexiva por espacio de diez segundos, los que tarda de asimilar mis palabras y asentir. Sí, ella sabía que funciono mejor con la red de seguridad debajo de mí, y eso era precisamente lo que suponía su ofrecimiento. Una salida, una zona de confort, una excusa perfectamente comprensible.

—Siempre me tendrás, Emma —dice muy seria, colocando una de sus manos sobre las mías—. Sé que en el pasado era imposible que lo sintieras, pero siempre, siempre he estado a tu lado.

—Lo sé. De alguna manera, lo he sabido toda mi vida.

Y es verdad. De la buena. Porque mi responsabilidad hacia mi madre deriva, directamente, de lo que ella me ha dado inconscientemente. Pese a su lejanía, su aparente frialdad, siempre he visto en ella un ser frágil y tan humano, tan tristemente humano, que he sentido su cariño en las cosas más mínimas, como en sus pequeños gestos cotidianos o en las lágrimas que reprimía en mi presencia para no hacerme sentir incómoda o preocupada.

Y es cierto que, durante una época crucial de mi vida, la temible y agotadora adolescencia, me veía a mí misma reflejada en Rebeca, el personaje de Victoria Abril de *Tacones lejanos*, sintiendo a mi madre, lejana, inalcanzable, añorada. Esa madre ausente (la suya físicamente, la mía, en su presencia vacía) que había condicionado toda la vida de la protagonista, moldeando su carácter de perrito desamparado buscando miguitas de cariño. Yo sé que mi madre me quería, lo sabía, pero es cierto

que siempre fue parca en atenciones, en muestras de afecto, en caricias, o palabras de ánimo y de amor maternal.

Sin embargo, estaba cerca cuando se la necesitaba, nunca faltó a sus obligaciones para conmigo y, pese a su oscura condición de deprimida patológica por prescripción facultativa, nunca falló a la hora de estrechar mi mano para mantenerme a salvo. Eso se lo tengo en cuenta, porque no todo fue lejanía y desentendimiento por su parte. La enfermedad, a veces, me la dejó en custodia, y ese tiempo valioso y hermoso, aún me hace estremecer de felicidad.

—Yo quería rescatarte, mamá —digo con la voz ahogada y la emoción en la garganta—. Siempre he querido que me vieras y tomaras mi mano para salir del pozo. Pero supongo que no lo intenté lo suficiente.

—Cariño, si alguien me ha mantenido a flote todos estos años, has sido tú —confiesa con un amor profundo y hermoso en cada una de sus palabras—. Sé que parecía lo contrario, pero de no haber estado tú, todo hubiera sido diferente, mucho más negro y aterrador.

»Verás, aquel accidente... cuando Jon se fue, cuando mi niño se quedó en aquella carretera y no pude hacer nada para salvarlo, me encerré en mí misma porque la culpa y la pena me estaban asfixiando. Creí morir aquel día, pero me seguí levantando cada mañana porque tú me sonreías, porque me alentabas, porque estabas a mi lado. Eras muy pequeña, pero hacías una labor impagable... me rescataste ya entonces. Y lo seguiste haciendo durante los siguientes años. Aunque no te dieras cuenta, eras mi salvavidas diario.

Se me escapa una lágrima, solitaria y tan llena de cariño, que ella esboza una sonrisa, triste y esperanzadora a la vez. Me la limpia con uno de sus dedos y me emociono aún más. Si eso es cierto, si la pude rescatar de algún modo, podré tachar ese elemento de mi lista y, lo más importante, quitarme esa espina de dentro, donde me atormentaba y me causaba tanto dolor.

—Ahora, si me lo permites —interviene ante mi aparente desmoronamiento emocional—, me toca a mí rescatarte. O, al menos, intentarlo.

—¿A qué te refieres?

—A que he de reconocer tu enorme trabajo aquí, pero... no sé, ¿es realmente esto lo que quieres hacer en tu vida? ¿Llevar un camping?

No hay reproche en su voz. No hay dureza, no hay juicio... solo una certeza que indica que ella, jamás, me hubiera imaginado aquí, no, al menos, haciendo esto. Supongo que, de haber tomado otro camino, después del despido, hubiera sido más lógico buscar un empleo relacionado con el Periodismo, echar currículos en periódicos, radios y agencias de comunicación. Eso o irme a trabajar con ella, o con mi padre, a seguir la tradición y sumergirme de lleno en el negocio inmobiliario de mis progenitores.

—Si te soy sincera —admito—, venir aquí este verano creo que era justamente lo que necesitaba. He superado muchas cosas y he avanzado en otras. Me he demostrado que puedo hacer todo lo que me proponga y he descubierto que soy más fuerte de lo que pensaba.

—Eso podría habértelo dicho yo.

—No, mamá, debía descubrirlo yo sola. Y eso lo he hecho aquí —la corrijo con dulzura. Ella asiente y me permite continuar—. Pero... ahora que se acaba la temporada y Las Cascadas se cierra hasta el año que viene, la verdad es que me siento un poco perdida, sin un camino claro a mis pies. Y eso me asusta... no te voy a mentir.

Me mira pensativa, asintiendo con cada palabra que sale de mi boca.

—Tengo dos propuestas que hacerte a modo de rescate. Una de ellas es, de hecho, el motivo de mi visita —dice en tono enigmático, dejándome muda por la sorpresa.

Se inclina sobre su enorme bolso color café y saca de dentro una carpeta tamaño folio, donde un voluminoso fajo de papeles asoma por uno de sus laterales mal cerrado. No sé de qué puede tratarse, pero la intriga me agujerea la garganta, como un cuchillo lacerante. Me obligo a hablar de nuevo, pero ella se adelanta, ahorrándome el trámite.

—Esto es una oferta de trabajo. Quiero que leas esto, lo corrijas, lo edites y lo prepares por si, en algún momento, soy tan valiente como para publicarlo —dice dejando en mis manos la carpeta, con mucho ceremonial, como si me pasara la antorcha olímpica en un relevo simbólico.

Abro las gomas laterales y dejo a la vista el manuscrito que esconde. Contemplo, entre atónita y entusiasmada, un título y un nombre. Una declaración de intenciones, un paso más hacia la luz, un golpe directo al corazón.

—Consumida. *Diario de una enferma de pena* —leo con la voz convertida de un susurro y, ahora sí, quiero romper a llorar por lo que esto

supone. La enorme cantidad de ella misma que estas páginas debe de contener...

—Soy yo, en cuerpo y alma. Desnuda —confirma, también con la emoción preñando sus palabras.

Mi silencio habla por mí y lo sabe. No puedo expresarle con palabras lo que estoy sintiendo ahora mismo. Pero quiero saber. Quiero que me cuente.

—¿Cuándo lo has escrito? —pregunto en voz baja.

—Estos últimos meses —dice—. Arturo me animó a que lo sacara de dentro. No se podía creer que ningún otro psicólogo me lo hubiera recomendado. Escribir, dice, es una de las mejores terapias para superar traumas y salir de depresiones. No le hice mucho caso cuando me lo propuso, pero un día, sin más, me senté delante del ordenador, y todo comenzó a fluir. Al principio, era como una especie de diario íntimo, pero al acabarlo, me di cuenta de que tenía algo más dentro. Creo que, con el cuidado adecuado, esto puede ayudar a otras personas.

Lo dice con humildad, como es ella. Y estoy convencida de que tiene razón, que sus experiencias en el oscuro mundo de la depresión pueden acabar ayudando a otros.

—Yo no sé si podría hacer con esto todo eso que me pides...

—Claro que sí, Emma —asegura convencida—. Tienes un don con las letras. Y sé que tú, algún día, también escribirás y publicarás. Porque eres una chica que nació para juntar palabras y hacer magia con ellas.

La verdad es que me sorprende que mi madre me valore tanto. He escrito algunos relatos y alguna otra cosa sin mayor importancia. Creo que todos los periodistas lo hacemos, pero de ahí a publicar... además, ¿quién querría publicarme a mí, que no me conoce nadie?

—Si crees que puedo hacerlo —le digo agarrando con fuerza el manuscrito—, creo que lo haré. Al menos lo voy a intentar. No pierdo nada y, como dices, me rescatas. Me das un camino que seguir y eso es, precisamente, lo que necesito ahora.

—Eso es justo lo que quería oír.

—Supongo que yo puedo decir lo mismo.

Nos miramos un segundo, como atesorando el momento. Es extraño, quería una señal, una forma de decidir mi destino inmediato, y parece que tengo uno. Es realmente curiosa la forma en la que se van concretando las cosas. Nunca pensé que mi salida fuera a venir de la mano de mi madre, pero reconozco que me gusta.

Es verdad lo que acaba de decirme, soy una chica de letras. Disfruto juntándolas y también dándoles vida o puliéndolas. El encargo de mi madre me parece precioso, lleno de cosas interesantes y, sobre todo, una oportunidad para creer y explorar lo que puede ser de mí a continuación.

—¿Cuál es la otra propuesta? —pregunto, recordando de pronto que había mencionado dos en un principio.

—La otra es que te vengas conmigo a Nueva York cuando acabes la temporada. Que me permitas disfrutar de ti como no lo he hecho en años.

Juro que Rodrigo es lo primero que se me pasa por la mente. Pero también es la causa de que un intenso dolor se instale bajo mi pecho y a punto esté de dejarme sin respiración. Esta sí que es la solución que el destino pone a mi alcance para salir de esta situación de falsa calma que no nos lleva a ningún sitio. Es la respuesta, por mucho que duela.

Apenas vacilo al contestar. No quiero pensarlo mucho más.

—Me parece una idea estupenda, mamá. Me iré contigo en cuanto se cierren las puertas de Las Cascadas y termine todos mis asuntos aquí.

Capítulo 20

Forrest Gump

—Entre Unanua y Pamplona hay, exactamente, cuarenta y dos kilómetros. Ahí tienes tu maratón.

El día que Rodrigo me propuso la idea de correr nuestro propio maratón, casi me da un patatús. Ahora mismo, a apenas unos minutos de empezar a correrlo, reconozco que me encanta la idea y no me molesto mucho en ocultarlo.

Estoy preparada. Ambos lo estamos. Llevamos entrenando dos meses de forma intensiva y ambos ya corríamos con anterioridad, así que estamos acostumbrados a ir midiendo las fuerzas y a dosificar.

Me da miedo fracasar porque es mi única oportunidad. Mañana cumpla treinta años y es mi única bala en la recámara. No podría volver a intentarlo hasta recuperarme del esfuerzo de hoy y eso, con mucho, no se acerca a mañana ni con una capacidad de sanación de superhéroe.

Me alegra comprobar que Rodrigo va a estar a mi lado en este reto. Se lo agradezco porque puede que necesite un pequeño empujón, una inyección de moral o un ejemplo al que emular cuando las fuerzas me fallen. No es una tarea fácil y, aunque he medido mi capacidad para superar esto a lo largo de las últimas semanas, no lo tengo claro del todo.

Además, mi cabeza no está por completo en la tarea de recorrer corriendo esos cuarenta y dos kilómetros que nos separan de Pamplona. No dejo de pensar en la salida a mi disyuntiva vital, aceptar el trabajo de editar a mi madre y, sobre todo, marcharme con ella una temporada a Nueva York. Le doy vueltas porque sé que es lo que debo hacer, pese al dolor que me produce no resolver las cosas con Rodrigo y no terminar de avanzar. Pero, de verdad, yo no puedo hacer nada si él sigue empeñado en guardar silencio y no contarme por qué me abandonó justo cuando empezaba a germinar algo tan bonito entre los dos.

No le he dicho nada de mis planes. No sé si quiero o puedo hacerlo. Y no es que busque una revancha,irme en silencio como hizo él. Pero es que no me apetece nada que me intente retener solo con palabras bonitas, escondiendo la verdad que me debe, haciéndome promesas que, sin esa sinceridad que necesito de él y sigo sin obtener, se desmoronarían como un castillo de naipes al primer soplo de viento.

Así que mantengo en silencio mis planes y tampoco le pregunto por los suyos. El final del verano nos afecta a ambos, aunque él va y viene al circuito de velocidad, sigue teniendo el camping y su cabaña como referencia. Quizá se quede aquí, no lo sé, tengo hasta miedo de preguntarle.

Pero hoy debo concentrarme en la carrera. Es lo más importante y tengo que mentalizarme.

Salgo de la cabaña a primera hora, cuando el sol, remolón, aún está emergiendo de detrás de las montañas. Las noches empiezan a ser frescas y el amanecer siempre viene cargado de temperaturas bajas y rocío en abundancia. Es muy agradable respirar este aire tan puro, tan lleno de olores naturales a flores, a plantas verdes, a energía, a vitalidad... es un aire que deberían envasar y que solo es así de magnífico aquí, entre las sierras de Andía y Urbasa, en este pequeño rincón del mundo que es casi el paraíso.

Repaso mis cordones, me ajusto las mallas de correr y hago unos ejercicios para calentar mientras espero a Rodrigo. Tarda apenas dos minutos en llegar y, en silencio, se sitúa frente a mí y se estira y calienta con movimientos elásticos y hasta sugerentes. ¡Madre mía! Esto no es muy sano mentalmente, no se puede poner a primera hora algo tan apetitoso delante de una persona con ganas de hincarle el diente a tan succulenta tajada... su ancha espalda, su mentón altivo, su pecho fuerte... me relamo interiormente mientras sigo a lo mío y procuro que él no note las sensaciones que está generando en mi interior, ese cosquilleo que me nace entre las piernas y que me desconcentra del todo.

Cuando acabamos la tarea del calentamiento, me mira por espacio de un segundo, muy serio, como con ganas de decir algo importante. Este momento parece que lo requiere y yo también siento ganas de sacar de dentro cosas que no quiero dejar escondidas.

—Sé que ya te lo he dicho, pero quiero recalcarlo una vez más —le digo con la emoción contenida—, muchas gracias por hacer que cumpla mis propósitos uno a uno. Aunque es imposible llegar a todos, tachar todas esas cosas de la lista me ha hecho tan feliz que no sé si podré pagarte el esfuerzo alguna vez.

—Sabes que no tienes por qué estar dando las gracias cada minuto que pasa, ¿verdad? —contesta con esa sonrisa suya burlona y pícara, la que le hace soltar chispitas de sus ojos azules, hoy claros y despejados, como un día de primavera.

—Lo sé, pero me apetece.

—Bueno, si te apetece, me parece bien. —Se muestra conforme mientras avanzamos hacia la salida del camping, de donde partirá nuestros particular e íntimo maratón de dos—. Solo quería que confiaras en ti, en que podías lograr cualquier cosa, incluso con una lista difícil y poco tiempo. Todo, con imaginación, se puede conseguir.

—Todo, todo, no. Parece que no va a llover ni hoy ni mañana. —Y es verdad, las previsiones dan buen tiempo, cielos azules y sin nubes durante toda la semana.

Se me queda mirando, sin perder la diablura en su sonrisa, sobre todo porque sabe a qué me refiero. A ese punto de la lista que hace alusión a más besos, bajo la lluvia, perfectos y redondos, como lo fue el primero que recibí, dieciséis años atrás.

—No desesperes, todo puede pasar. —Su gesto enigmático me curva los labios, porque sé que es verdad, porque con Rodrigo, cualquier cosa puede pasar. Sin embargo, no me da la gana de ponérselo todo tan fácil.

—Podría pasar, efectivamente, pero se tendrían que alinear los planetas para que todos los factores que implican cumplir esa línea de la lista se dieran a la vez. Ya sabes, no es solo que llueva, con un parte meteorológico que dice lo contrario, es que, además, debería haber alguien dispuesto a besarme y, para colmo, hacerlo de forma PER-FEC-TA.

Recalco las tres sílabas de la palabra que pone la coletilla al punto de la lista al que estamos aludiendo: “Más besos perfectos bajo la lluvia”, una línea que, me temo, me quedará sin tachar.

—¿Vas a hacer que llueva? ¿Vas a traer a alguien para que me bese? ¿Vas a hacerlo tú? Sea quien sea, ¿garantizas que será perfecto? —le reto con picardía, sabiendo que él se va a sentir tentando a hacer todo lo posible por cumplir con ese punto antes de mañana.

Yo me lo tomo con más calma porque he asumido, desde hace mucho tiempo, que no tacharé todos los puntos de esa estúpida lista que una niña de diecisiete años, con muchas ganas de comerse el mundo, escribió una tarde que se sentía sola. No lo necesito, además, porque ya me he demostrado que hay cosas que puedo hacer y que, sobre todo, me queda mucha vida por delante para acabar de cumplir la lista y todas las demás listas que se me antoje elaborar a partir de ahora. Eso es lo bueno de sentirse tan viva y tan llena de esperanza.

—Vayamos poco a poco —dice él sacándome de mis pensamientos—. Y empecemos a correr, que se nos pasa la mañana hablando y hoy dan

temperaturas altas ya desde media mañana.

Mira su reloj de pulsera, uno negro, enorme, *supermegacomplificado* y de aspecto carísimo, y me hace un gesto con la cabeza, preguntándome en silencio si estoy lista. Cuando le devuelvo el gesto, el mío afirmativo, selecciona el cronómetro en su reloj, igual que hago yo con el mío, mucho más sencillo y económico, y echamos a correr.

Al principio, me siento genial, liberada. Soy como una ráfaga de viento suave que recorre el camino de forma natural, sin darle apenas importancia ni esforzarme mucho. La primera media hora voy estupendamente, muy suelta y con el pecho hinchado de ganas. No me esperaba que esto fuera tan bien y le echo la culpa al hecho de que me he mentalizado de manera correcta todos los días pasados, mientras entrenaba, intentando desechar de mis pensamientos la derrota o la debilidad de espíritu.

No hay nada como repetirte a ti mismo que puedes con algo. Como dice Paulo Coello, “cuando deseas algo, todo el universo conspira para que puedas lograrlo”, y así es como me siento al principio.

Pero pronto noto que estoy ralentizando la carrera de Rodrigo, que sé que podría hacer mejor marca y que quizá es lo que desearía si yo no estuviera corriendo a su lado. Y, claro, me entra la paranoia. A la altura de Irañeta ya estoy convencida de que hubiera sido mejor haber hecho esto sola, o haber esperado a inscribirme en una maratón popular, como hace la gente normal.

Es entonces cuando comienzo a odiar la lista de verdad, con todas mis fuerzas, y a las prisas por resumir en dos meses algo que debería haberme llevado diez años o más. Sí, la odio tanto de repente, que hasta pienso en pararme de golpe y hacer autoestop hasta el camping, darme una ducha y meterme en la cama hasta mañana.

Le miro un instante, corriendo a mi lado, con una sonrisa permanente en ese rostro que he llegado a querer tanto en esta vida. Y sé que no puedo hacerlo, que abandonar significaría decepcionarle y restarle valor a todo el esfuerzo de hacerme feliz con todas estas chorradas tuyas de conseguir tachar puntos de la lista. Me acuerdo del cuadro horrible que se ha empeñado en colgar en su cabaña, de la clase divertidísima con Eki para aprender a hacer *macarons*, de pisar juntos la Antártida en un Atlas gigante que encontró rebuscando por Internet, de fumar mi primer canuto de maría o de lo feliz que me sentí al atreverme a comer una ostra, por viscosa y viva que estuviera.

Mi corazón se ensancha varios kilómetros dentro de mi pecho y más cuando, unos metros más adelante, veo algunos coches parados en el arcén, y a toda nuestra familia y algunas personas del pueblo, esperando al pie de la carretera, con bidones de agua en sus manos extendidas hacia nosotros, coreando vítores de ánimo para los dos.

Me emociono de verdad, porque ni siquiera sabía que nuestro pequeño maratón había pasado de privado a público. Otra vez la mano de Rodrigo en todo esto, y otra vez con mil sensaciones diferentes bombardeando mi interior.

Justo cuando pasamos junto a ellos –mi padre, Soraya, Tata, Andoni, Eki, las *Supernenas* y... ¡hasta Pentxo!–, y tras coger un poco de agua para refrescarnos, noto que Miren, Aurora y Casilda, mis adoradas *Supernenas* (o las *Abuelas Decthalon*, como las llama mi padre), se suman a nuestra carrera, de forma simbólica, claro, que no las veo yo haciendo veinte kilómetros a su edad.

Mientras las llevamos a nuestra cola, sabiendo que recibimos de ellas todo su apoyo y su cariño, siento que soy una de las personas más afortunadas del planeta. Por mis amigos, por la gente buena que me rodea, por el aliento de tantas personas que siento en la nuca cada paso que doy.

¿Sabes esa parte de *Forrest Gump* cuando se lanza a correr sin ningún motivo, recorriendo los Estados Unidos de punta a punta y, poco a poco, se le va sumando gente en la carrera? Pues ahora mismo estamos escenificando esa escena, y sí, tengo que decirlo, me siento Forrest, y hasta oigo a Jenny en mi cabeza decir “*Corre, Forrest, corre*”. Y las ganas de seguir regresan de golpe, potenciadas por la presencia de esas pocas personas apostadas en el margen de la carretera, alguna de las cuales han decidido compartir con nosotros un trecho de carrera. Y por él, por Rodrigo a mi lado, al que no puedo fallar, de ninguna manera. Se lo debo. Y me lo debo a mí misma.

Siento que vuelvo a volar, que puedo con esto de nuevo. Que mis pulmones vuelven a rebosar de aire y mis piernas, de energía. Mis zancadas se vuelven más contundentes y la sonrisa regresa a mis labios, de donde nunca debió irse.

Hasta el siguiente punto al que mi familia ha corrido para hacernos el avituallamiento de nuevo, las *Supernenas* nos siguen de cerca. Aún alucinada con la potencia de estas viudas de setenta años que cada día me sorprenden con una nueva. Nunca subestimes el poder de una persona que

tiene una meta, porque siempre te dejará con la boca abierta. Al menos, así me dejan ellas a mí.

Seguimos a buen ritmo un par de horas más y, cuando noto que las piernas empiezan a sentir toda la tralla que les estoy metiendo, vemos Pamplona ahí al lado, y todo el bajón parece que se pasa en cuestión de segundos. Rodrigo sonríe a mi lado, me susurra que ya casi lo tenemos, que vamos a tocar la meta en un rato y que soy una campeona. Él sí que lo es, siempre a mi lado en esta empresa descabellada para demostrarme que sé vivir.

Entramos en las calles de la capital. Primero las afueras, la parte más moderna que ha ido surgiendo con el devenir de los años. Luego, con emoción, empezamos a pisar las calles antiguas, hasta el mismo corazón de la ciudad. Hemos decidido llegar hasta el Ayuntamiento, ese lugar donde nos inmortalizó el coche de Google y él me besó por última vez.

Mientras quemamos los últimos metros, pienso en mi recorrido, el vital. Y en el de mi madre, tan paralelos este último año, tan de la mano en muchos aspectos. Aunque, sin duda, ella lo lleva todo mejor que yo. Está centrada, sabe qué camino tomar, por fin se conoce y se entiende, por fin es capaz de dirigir su vida hacia el punto que quiere. Yo, sin embargo, trataré de hacerlo en cuanto me vaya de aquí y pueda sentarme a empezar mi nueva etapa, quizá más calmada y, espero, de algún modo, feliz con lo poco que tenga.

Cuando entramos en la plaza del Ayuntamiento, lo primero que veo es a ella, a mi madre. Mi madre que sujeta uno de los extremos de una cinta de llegada que nos espera a modo de meta improvisada. Mi padre, sonriente y pletórico, sujeta el otro, mientras grita con todas sus fuerzas, igual que el resto de la gente alrededor, para darnos ánimo en los últimos metros. Me llena de emoción verlos a ambos sosteniendo esa cinta, como si se tratara de una metáfora, de una cuerda que los une como siempre quise que fuera. Ellos se miran fugazmente, con esa sonrisa tímida de la gente que recién se conoce. O se reconoce. ¡Qué hermosa imagen para culminar esta mañana llena de sensaciones fabulosas!

No sé cómo lo han hecho, pero han conseguido que toda la gente de la plaza esté en torno a ellos, y nos hagan vítores, como si fuera la final de una maratón de verdad. Me los imagino yendo de un lado para otro, recogiendo gente, pobre gente, y colocándola para hacernos el pasillo de llegada.

Nos reímos, ambos, y nos cogemos de la mano para entrar juntos en esa meta móvil que se han sacado de la manga. Llegamos, cruzamos, logramos. Y nada hay más hermoso que esa sensación de haber conquistado un propósito de esa magnitud. Has retado a tu propio cuerpo, a tu resistencia, y la has vencido, has cumplido tu propósito y es tan sublime, que hasta duele.

Justo cuando tocamos la cinta y cruzamos la meta, Rodrigo me suelta y me abraza, me sube en alto y me da vueltas. Se ríe, nos reímos, estamos pletóricos de felicidad y, de estar solos, sé que me hubiera besado, se hubiera bebido mis labios con ganas y con un deseo que, a los dos, cada día nos cuesta más disimular y esconder.

Nos miramos a los ojos, serenos, confiados, felices, y él me acaba por bajar, lentamente. Me deja para que los demás nos feliciten, no sin antes posar un beso en mi mejilla que me arde en la piel y me deja con tantas ganas de más, que debo acallar a mi corazón, que grita su nombre tan alto que creo que todos a mi alrededor van a oírlo.

Mi padre me abraza con fuerza, luego mi madre, Soraya, Tata, las *Supernenas*... todos le abrazan a él también, y hay tanta alegría y tanto buen humor por todas partes que, de repente, me olvido de que acabo de correr una maratón entera y mis piernas no se atreven siquiera a recordármelo. Así que nos vamos todos a recorrer las calles del Casco Antiguo, de bar en bar, de tasca en tasca, brindando por la gesta de llegar corriendo a la capital desde nuestro pequeño rincón al pie de las montañas.

Comemos tapeando y nos reímos mucho, cosa que nos hace falta a todos. Charlamos, nos abrazamos, le digo gracias a todos mil veces, retengo a mi madre cerca mucho tiempo y le digo que me hace feliz verla interactuando en un mismo lugar con la nueva familia de mi padre. A él le digo que la trate bien, que la tenemos de vuelta, y mi padre me da un pequeño coscorrón, *“como si no me hubiera dado cuenta solo”*, susurra en mi oído y sonrío con los labios completamente relajados.

Cuando estamos llenos de todo, y la sobremesa se ha alargado hasta más de la mitad de la tarde, Rodrigo me toma de la mano, pone una excusa tonta a todo el mundo, y me saca de allí. Me lleva en volandas por las calles bulliciosas de esa Pamplona tan bonita y que tanto nos gusta, y me mete en su coche, que le ha mandado a su madre traer hasta allí.

—¿Y ahora?

—Ahora a seguir celebrando que eres una auténtica campeona.

Y nada más. Ni una palabra que explique sus próximos planes. Ameniza el viaje, hacia ese destino desconocido, con la intensidad de 3 Doors Down y su poderosa *Kryptonite*, una de mis canciones favoritas. Y pienso en que él es un poco eso, mi criptonita particular. ¡Cuántas alusiones hay en nuestras vidas a la historia de Superman! Nuestras fortalezas de la soledad, nuestra criptonita... porque sé que, de algún modo, yo también soy la suya.

*If I go crazy then will you still
Call me Superman
If I'm alive and well, will you be
There holding my hand
I'll keep you by my side with
My superhuman might
Kryptonite.²*

Cuando para el coche, el atardecer se está comiendo los pocos restos de sol que quedan en el cielo sobre nuestras cabezas. Salgo del vehículo con lentitud porque sé lo que toca a continuación.

Me ha traído al lago de la cantera. Me ha traído al único lugar donde podía traerme a continuación.

Me mira con una intensidad que quema, al otro lado del coche, de donde él también ha salido despacio, como cumpliendo con un ritual que es necesario recrear en orden.

No hemos vuelto aquí desde aquel día. Aquel día que acabó abandonándome. Aquí fue donde empezó todo entre los dos, el principio de aquel final, la chispa que encendió la mecha. El primer acercamiento que iba a marcar nuestra posterior ausencia total.

Me tiemblan las piernas, me late el corazón de una forma que soy incapaz de controlar. Sé lo que tengo que hacer a continuación, pero los dedos no me responden, mi cabeza aún está paralizada. Sus ojos, ardientes, incandescentes, abrasadores, me retan a que sea audaz, me piden valentía, que lo haga, que me atreva...

Y me atrevo. Primero me quito la camiseta, luego las zapatillas, los calcetines y los pantalones. Cuando ya no quiero pensar en echarme atrás, y ya no tengo más excusas, me quito la ropa interior sin ningún pudor y corro hasta el borde de la cantera, al lugar desde donde nos lanzábamos al agua de adolescentes. Tiene que estar fría, porque ya refresca de manera considerable por las noches, pero no importa, porque hay que hacerlo sí o sí.

Me paro un instante, uno solo, hasta comprobar que él viene conmigo. Que también se ha desnudado y también está dispuesto a saltar. Me toma de la mano, me mira a los ojos impaciente, expectante, orgulloso. Y me hace el gesto de asentimiento que necesito.

Cuando saltamos al vacío, en el instante de suspenso que nos mantiene en el aire, cayendo hacia las aguas heladas, pienso en que estoy viva. Más viva que nunca, más completa y realizada que en toda mi vida, y que el camino, por oscuro que parezca, siempre va a ser asequible si le pongo el empeño necesario.

El impacto contra el lago es brutal, ensordecedor. Me priva de mis sentidos por un segundo infinito y tardo una eternidad en emerger de las aguas, como si estuviera renaciendo de algún modo.

Nos encontramos al salir a la superficie, ambos tiritando, pero sonrientes, lo hemos hecho, hemos ganado otra pequeña batalla, hemos borrado otra línea de la lista. Su piel y la mía están tan cerca que dan calambre, piel de gallina ahora mismo, por el frío, por la sensación de escalofrío que nos da la cercanía, estar tan mojados, tan desnudos y tan íntimos.

Pataleamos en el agua para mantenernos a flote, y para darle calor a las piernas, y al cuerpo en general, mientras a nuestro alrededor cae la noche que, poco a poco, va envolviéndonos como un manto suave y confortable. Poco a poco, el frío lo es menos y su intensidad va muriendo a medida que nuestro organismo se acostumbra a esta nueva temperatura.

Nadamos un poco, hacemos el tonto, ponemos algo de distancia, al menos durante un rato, para prolongar lo inevitable. Pero acabamos volviendo uno al lado del otro, en silencio, solo estando cerca y sintiéndonos. No hace falta mucho más.

Pasa un minuto, luego cinco y ya no puedo más. Debo intentarlo por última vez. Aunque el precio de hacerlo sea mi corazón. De su respuesta dependen muchas cosas. Sobre todo, permanecer a su lado.

—Dímelo. Por favor... Cuéntamelo.

Mi voz apenas es un susurro, no soy capaz de hacerlo mejor. Y él, que pinta de pena sus preciosos ojos azules, ahora del color de una noche de verano, solo se acerca. Despacio, con el dolor reflejado en cada movimiento, negando con la cabeza casi imperceptiblemente, pronunciando un “por favor” pequeñito y frágil que me rompe por dentro y me parte el corazón por enésima vez.

No va a hacerlo. No va a sacarme de este mar de dudas en el que llevo viviendo tantos años. No va a derribar el muro que nos separa. No va a dejarnos ser felices. No nos da ninguna oportunidad.

Y, sin embargo, le dejo cogerme de la nuca y besarme. Le dejo asirse a mis labios y que los suyos me recorran, marcándome con la brillante estela del dolor que los impregnan. Le permito que me ame sin abrirse, y me convierto en una marioneta muerta por dentro, pero viva al contacto de su piel.

No puedo perderlo y, sin embargo, ya sé que está muy lejos. Que se nos ha pasado la oportunidad y que nunca seremos felices porque él no puede anteponerme.

Le dejo, sí, le dejo porque estar cerca de él, en sus brazos y en sus labios, me recuerda que hay algo para mí en algún sitio y que yo, alguna vez, quizá, podré llegar a ser lo primero para alguien. Ahora lo soy, aunque sea fugaz y dure lo que dura el suspiro de una mujer con el corazón roto y rebosante de dolor.

Me saca del agua, me lleva en brazos hasta el coche y me deja un segundo mientras extiende una manta en el suelo. Me tumba, me observa con un deseo que ya no puede disimular y me toma como lo hizo hace tantos años, con la fuerza de un amor que estaba lleno de promesas y la luz de una juventud que ya no nos ilumina con aquella fuerza cegadora de los veinte años.

Me toma y me ama, lo hace a corazón abierto y, sin embargo, yo lo siento lejos, como si ya me hubiera empezado a despedir de él. No puedo evitar derramar una lágrima, dos, romper a llorar despacio y en silencio, amparada por esta noche sin luna en la que se ha convertido nuestro día, este día tan hermoso y tan lleno de sensaciones.

Mi último día antes de cumplir los treinta, el último día para alcanzar los propósitos de una lista inocente que se queda con los dos últimos puntos sin tachar, porque, por mucho que me empeñe en desearlo, no tengo en mi vida a ningún chico bueno que me haga reír, ni nadie que me dé besos perfectos bajo la lluvia.

Capítulo 21

Banderas de nuestros padres

Salir del abrazo de Rodrigo es la cosa más difícil que he hecho en toda mi vida.

Mi decisión estaba tomada desde antes de besarme en el lago y ya no iba a echarme atrás. Quedarme a su lado solo iba a traerme desconfianza y mucho dolor, y yo no podía lidiar con eso, no después del abandono sufrido a manos de Fer solo unos pocos meses atrás.

En el pasado, los dos hombres más importantes de mi vida me habían abandonado sin consideración, anteponiendo sus propias razones a su amor por mí, y no me iba a quedar esperando a que eso me volviera a pasar otra vez. Si me quedaba, podría volver a ocurrir, porque, aún hoy, no sé nada de Rodrigo, ni de sus motivaciones ni sus causas, y eso me impedirá siempre bajar la guardia.

Fer me hizo mucho daño y minó mi autoestima de manera considerable. Pero, al menos, me lo dijo a la cara. Fue sincero, dijo lo que sentía en ese momento, por mucho que luego se llegara a arrepentir. Pero Rodrigo... Rodrigo ha tenido once años para confesarme por qué me dejó, ha tenido todo un verano para sentarse a mi lado y contármelo. Sabe que, para mí, es importante saberlo y, pese a todo, me ha tenido dos veces en su cama sin explicaciones previas, sin una palabra que mitigue mis dudas y mate mis continuos debates mentales, siempre contraproducentes por lo excéntricos que pueden llegar a ser.

Llevo unos días refugiada de nuevo en casa de mi madre, como cuando comenzó toda esta historia. Esta noche nos vamos a Nueva York, primero, y a la península del Yucatán, en México, después. En total, estaremos fuera hasta Navidad y creo que es justo lo que necesito en este momento.

Rodrigo me ha llamado todos los días desde que me fui, todos y cada uno, y lo ha hecho como unas mil veces, todas ellas sin obtener ni la más mínima respuesta por mi parte. No he abierto sus correos, he borrado sin leer sus sms. No quiero que pienses que le estoy pagando con su misma moneda, ni que me estoy tomando la revancha. Es, simplemente, que mi corazón tiene tanta pena dentro que, si lo toca él en estos momentos, acabará por explotar y hacerme más daño del que soy capaz de soportar.

Aquella noche en el lago, diez días atrás, me dejó tocada por dentro, casi muerta, como si una de las pastillas de mi madre se me hubiera colado en el organismo y me hubiera bloqueado la capacidad para distinguir todas mis emociones.

Después de acostarnos en el lago y sentir que lo nuestro acababa de llegar a su final, fuimos a su cabaña, donde él se quedó enseguida dormido, abrazado a mí, manteniéndome en el hueco de su cuerpo para darme calor y hacerme sentir protegida.

Sin embargo, yo solo sentía frío. El frío que emitía el hielo que recubría mi corazón ante su última oportunidad de hacer lo correcto conmigo. Pese al cansancio extremo del día, con todo ese desgaste de la maratón, las emociones y el dolor del alma, no fui capaz de conciliar el sueño. En mi cabeza ya solo había un propósito, y era huir, correr a refugiarme lejos de él.

Por un instante me pregunté si eso era precisamente lo que le había ocurrido a él, si necesitó refugio después de aquella noche de hace once años. Si le hice sentir mal de algún modo, tanto que sintió la urgencia de dejarme atrás para protegerse.

Antes de salir de él, de su cuerpo, y abandonar esta relación (si es que se podía llamar relación) que lo único que ha conseguido de mí es producirme un dolor sordo y seco en el pecho, toqué su brazo. Una suave caricia. Y junté el mío con el suyo, uniendo en un vuelo libre y armonioso la hilera de pájaros que nos habíamos tatuado unas semanas atrás. Reseguí con mi dedo su vuelo eterno, sus alas negras, su majestuoso porte... así éramos los dos, volando siempre al frente, al lado, pero nunca juntos, nunca el uno en el otro.

Comencé a llorar en ese momento. Y me solté de sus brazos destruida, derrotada, herida y con el norte perdido del todo. Sintiendo el vacío más grande que nunca ha habitado en mi pecho. Las lágrimas me resbalaban por la mejilla sin contención, dejando un reguero de pena tras de mí.

Salí de su cabaña cuando aún la noche era cerrada. Volví a huir de ahí como la mañana siguiente a la fiesta de San Daniel, pero esta vez no era el paseo de la vergüenza, era el recorrido de la soledad del alma. Me sentía sola, sí, huérfana, viuda, abandonada... me sentía como la última persona del mundo, la de menos valor, la más desgraciada.

Recogí mis cosas en pocos minutos y llevé mi pequeña maleta conmigo hasta al cobertizo, donde mi coche descansaba desde principios de verano.

Comprobé con temor si funcionaba después de tantas semanas sin usarlo y, para mi alivio, lo hizo.

Dejar Las Cascadas me produjo una mezcla extraña de alivio y dolor. Me liberaba y, aun así, me condenada a estar sola, sin haber conseguido retener a mi lado lo más preciado que nunca había pasado por mi vida. Sí, Rodrigo era mi mejor amigo, mi cómplice, mi confidente, mi saco de los golpes... pero yo necesitaba que fuera algo más, algo que se negaba a ser con su silencio, mortalmente hiriente, que me había provocado un profundo agujero en medio de mi corazón.

Pese a lo temprano que era, apenas las seis de la mañana, me detuve en Unanua. No podía irme sin explicarle a Tata que necesitaba poner distancia. Creo que nadie mejor que ella lo iba a entender. No quería, bajo ninguna circunstancia, que creyera que, ya al final, abandonaba el barco y me largaba por la puerta de atrás. Era y no era así, y necesitaba que me comprendiera.

Aparqué junto a su puerta y llamé, muy nerviosa por molestarla a esas horas tan intempestivas, y esperando no asustarla. El amanecer ya se intuía en el horizonte y la temperatura no tardaría en comenzar a subir, hasta caldear otro bonito día de otoño. Uno sin lluvia ni esperanza de recibir besos. Un día que mi corazón pedía a gritos que fuera feo y gris, pero que, si las previsiones meteorológicas acertaban, sería tan brillante y hermoso como lo había sido el día anterior.

¿Sabes esa película dirigida por Clint Eastwood donde el gobierno americano pasea a sus soldados famosos por todo el país en busca de apoyos para la guerra que están librando? Por así me sentía yo en ese momento, un poco como los muchachos de *Banderas de nuestros padres*, intentando ganarme el favor de Tata tras haber realizado una gesta. Claro, que comparar una gesta bélica en el Pacífico en plena Segunda Guerra Mundial, con llevar un camping de forma favorable un único verano... pues igual no tenía mucho sentido. Aunque en mi cabeza, de algún modo, lo tenía. Funcionaba el símil.

Tras un minuto de espera, y ya perdida toda esperanza de que Tata me estuviera oyendo llamar al timbre, una luz se encendió dentro de la casa y, segundos después, ella misma apareció en la puerta. Somnolienta, sorprendida y, supongo, que aliviada de que fuera yo quien osaba interrumpir su sueño, y no un loco con una motosierra.

Se pasó la mano por el pelo y mi cara le convenció de que había una explicación perfectamente normal para mi presencia en su casa a esas horas. Mi cara y, asumo, también la tristeza que mis ojos reflejaban, rojos y aún húmedos por las muchas lágrimas derramadas esa noche.

Se apartó y me dejó pasar, sin mediar ni una palabra. Estaba vestida con un largo camisón blanco, como si fuera una reina del medievo. Su larga cabellera, entrecana y sedosa, esta trenzada hacia un lado, completando una imagen que me parecía irreal.

Fue hasta su cocina, en la parte de atrás de la casa, y puso la cafetera en marcha. Sacó tazas, calentó la leche, dispuso la mesa con un bizcocho casero y varias clases de galletas y cereales, y lo preparó todo a tiempo para servir el humeante y delicioso café que la cafetera había preparado en ese tiempo.

El festín ante mis ojos me dejó sin palabras y, pese a que había entrado en esa cocina con las ganas de comer consumidas por el dolor lacerante que me venía atormentando, mi estómago no pudo resistirse y se abrió de golpe... Y es que, desde las tapas y los bocados del día anterior en Pamplona, no había vuelto a ingerir nada de nada.

—Te vas.

Rompió el silencio cuando me estaba echando el segundo terrón de azúcar en mi café con leche, que me olía a gloria y esperaba que me supiera aún mejor. Levanté la cabeza de golpe, conmocionada por escuchar sus palabras, por haber oído esa verdad. Sí, me iba. No acababa ni yo misma de creérmelo, por eso, escuchárselo a ella me resultó tan sumamente chocante.

—Tengo que hacerlo —le dije con un hilo de voz—. Me estoy consumiendo.

Sus ojos me escrutaban como una profesional de las emociones humanas, y algo así era ella. Desde siempre, Tata me había visto con tal transparencia que me asustaba. Me aterraba comprobar cómo otro ser humano podía entender cosas de mí que yo no alcanzaba siquiera a empezar a comprender.

Estremecida y muerta de miedo por lo que ella pudiera pensar de mí, de pronto me di cuenta que esto no era tan buena idea. Que no había necesidad alguna de quedar bien con ella cara a cara, que una llamada desde mi destierro hubiera sido suficiente.

—Mi nieto es la persona más excepcional que he conocido en mi vida —aseguró ella con una mirada especial en el rostro—. Lo quiero como a

nadie en este mundo, pero tengo que reconocer que es terco, muy terco. Y leal. Eso, sobre todo. Pero lo que podría parecer una virtud, a veces, no lo es, y pasa una factura que puede hasta joderte la vida.

Tata habla así siempre, sin tapujos, empleando las palabras que mejor ilustran lo que desea decir. Por eso no me extrañó oírle decir eso de Rodrigo, su franqueza, que, hacía clara alusión a lo que nos mantenía tan separados como lo están la Luna y la Tierra.

—Tu nieto tiene sus razones para ser como es —dije tras asimilar sus palabras—. Y para hacer lo que hace. Y yo, al parecer no soy tan importante.

—Emma, cariño, no sé qué ha pasado entre vosotros, pero sé que Rodrigo es capaz de todo por ti, que se comería el mundo por ti.

—No, Tata, de todo no es capaz. Solo le he pedido que haga una cosa por mí y no lo ha hecho.

Cogí un trozo de bizcocho y me lo acerqué a la boca. Necesitaba tenerla ocupada de algún modo para no ponerme a gritarle a esta mujer que su nieto no era tan valiente ni tan especial como ella creía. Que a mí me causaba dolor a diario estar a su lado, y que ya no podía soportarlo más.

—Mira, niña —empezó con dulzura cuando notó que me estaba poniendo a la defensiva—. No sé qué ha pasado entre vosotros, pero sí sé que Rodrigo te quiere. Siempre lo ha hecho. A mí no me puede engañar y tampoco me lo ha ocultado nunca. Eso quiero que lo sepas, que lo tengas presente y que lo guardes en tu corazón. Quizá no sepa hacerlo mejor, pero eres importante, eres lo que más profundamente arraigado tiene en el corazón.

Sus palabras me hicieron reaccionar de un modo insospechado y, en lugar de seguir por el camino del enfado y del ataque, volvieron a brotar las lágrimas, que ya creía agotadas de tantas que había dejado salir de mis ojos desde anoche.

Tata me miraba con el semblante más dulce y compasivo que jamás he visto en mi vida, y alzó una de sus manos por encima de la mesa, para acariciar la mía, para darme amor y consuelo, y ofrecirme todo el apoyo emocional que sabía que necesitaba en esos momentos. Otra vez la lectora de emociones, la mujer delante de la cual me transparentaba entera, como si fuera un vestido de seda a contraluz.

—No es suficiente, Tata —lloriqueé sintiéndome pequeña y vacía—. Necesito solo una cosa de él y es la única que parece no poder darme.

—Emma, haz caso de esta vieja hippy loca. Ve a casa, si lo necesitas. Descansa, piensa en lo que tu corazón y tu cabeza quieren... y si en algún momento son la misma cosa, olvídate de todo y ve a por ello. No importa lo que sacrifiques, no importa lo que entregues a cambio. Si algo es lo suficientemente fuerte como para poner de acuerdo los dos enemigos naturales del cuerpo, si mente y latidos luchan por un mismo fin, y si ese fin es Rodrigo, ve a por él.

—En realidad, no sé dónde está mi casa —susurro entre hipidos—. No sé dónde empezar a poner de acuerdo a mi cabeza y a mi corazón.

—Cierra los ojos.

La obedezco sin rechistar.

—Ahora piensa dónde deseas estar, dónde te llevarían tus piernas si les dieras libertad. Dónde querrías tumbarte, entre qué brazos, con qué propósito...

Mi madre. Sí, otra vez. Ella acude a mi cabeza como primer reclamo, como ya me pasó con Fer. Las Cascadas, que hasta anoche me daba paz, se ha convertido en el último lugar donde estar si él está cerca. Y es mi madre, su refugio, sus brazos, sus paseos, su propuesta laboral, ese viaje largo y con tantas promesas narcóticas... eso es lo que conseguirá adormilar el dolor, seguro que sí.

No sé si conseguiré poner en algún momento a mis dos dictadores internos de acuerdo, porque el corazón siempre me tirará hacia el amor de Rodrigo, mientras mi cabeza nunca dejará de impedirme que dé un paso hacia él siempre que exista el muro. No sé si lo conseguiré, pero, desde luego, necesito tiempo, distancia y alguien que me escuche, me entienda y me dé un coscorrón cuando me ponga tonta. Y esa, irremediablemente, es mi madre.

Además, creo que, pese a la presencia en su vida del misterioso Arturo, mi madre también me necesita. Ese es el lugar, el destino, el refugio que preciso ahora mismo.

Sonreí antes de abrir los ojos. Fue una sonrisa triste, no sabía si algún día podría esbozar alguna de otra manera, pero era un paso hacia ese destino que me esperaba. Tata me estaba mirando con una dulzura beatífica en sus preciosos ojos llenos de mansa y calmosa tranquilidad.

—Siento dejar esto a medias, confiabas en mí. —Traté de excusarme por mi partida.

Ella negó con la cabeza, en un gesto que indicaba que no merecía que pensara en ello o le diera importancia. Pero para mí la tenía, de verdad que sí, quedaba poco, pero yo no estaría ahí para cerrar lo que había empezado, y eso me dejaba más devastada aún de lo que ya estaba. Era como otro puñal en el ataúd de mis intenciones: mantenerme a una distancia prudencial de Rodrigo para no sufrir, llevar la gestión de Las Cascadas de forma ejemplar... no había tenido éxito en ninguna de las dos tareas.

—Confiaba y confío, mi niña. Has hecho un trabajo fantástico.

Lo dudaba. Si no cierras la labor para la que te has comprometido, no vale el hecho de que lo hayas hecho bien el resto del tiempo, porque, al final, lo que cuenta es que huyes a la primera adversidad. Y a ver en qué currículum puede aparecer eso sin que suponga una mancha en tu historial.

—Pero no lo he acabado. Te he fallado.

—A veces, en la vida, hay que ser valiente para perseguir lo que deseamos. Pero, también, sensatos para ponernos a salvo antes de que nos alcance el huracán. Sé que no te vas sin una buena razón. Sé que necesitas hacerlo y que vas a estar mejor en un lugar donde no se ponga a prueba tu capacidad de sufrimiento a todas horas.

El agradecimiento en mis ojos debió de ser manifiesto, porque extendió inmediatamente sus brazos y me acogió dentro de ellos.

Hay veces que abrazas a alguien, alguien a quien amas, y no sientes ni la mitad de lo que te transmite el abrazo de una persona en cuyos brazos nunca anteste has refugiado. Tata siempre ha estado ahí, aunque nunca tuvimos una relación que incluyera abrazos. Es por eso que sentirla así por primera vez me dejó paralizada, me desnudó de miedos, de indecisión, de ese pánico atroz que me daba alejarme de Las Cascadas y que todo lo que significaba Rodrigo se me muriera dentro... Tata me sanó de algún modo, solo con tenerme ahí, en ese abrazo tan absolutamente maravilloso en el que me envolvió.

De algún modo, me hizo llegar su ternura, su amor por las personas, el hermoso modo en el que ella mira a los demás, sin velos, sin máscaras.

Separarme de ella me hizo hasta daño de forma física. Tan profundo me había llegado ese simple contacto que sentí de verdad tener que prescindir de él.

—Las Cascadas seguirá aquí el año que viene. Y el otro —dijo cuando sus brazos abandonaron mi cuerpo por completo—. Y siempre será tuyo porque sé lo mucho que te ata a este lugar, lo mucho que lo amas. Y

también sé que eres la persona idónea para mantenerlo así de joven y vital, tal y como lo ha sido este verano. Ojalá el tiempo ponga todo en su sitio, las piezas del puzzle encajen y tú regreses aquí, a tu hogar.

Cuando me volví a montar en mi coche, hacía tiempo que había amanecido, y mi alma, aún llena de pena y de dolor, estaba menos cargada con la angustia de haber fallado en mi cometido. Tata me dejaba marchar conocedora de la negrura que me asolaba por dentro, de mi incapacidad para gestionar unos sentimientos que me sobrepasaban. Quizá le daba lástima, cosa que hubiera lamentado profundamente, pero puede que solo me entendiera y me aflojara la cuerda que yo misma me había colocado al cuello.

Me inclino más por lo segundo. Esa vieja hippy, como ella se denomina, había conseguido deshacer hasta la lazada de la sogá que me tenía colgada del árbol. Al menos, ese dolor de cabeza, esa presión extra que yo me había añadido al pensar que podía estar fallando en algo tan grande, eso se había ido con las palabras de Tata.

Es cierto que aún me sentía como si no hubiera cumplido mi parte del trato, no pienses que sus palabras me habían retirado la responsabilidad completa de dejar la temporada sin cerrar, pero al menos me ayudaban a no asfixiarme y a centrarme en gestionar mejor el dolor producido por el silencio y la cobardía de Rodrigo.

Conduje toda la mañana, sin parar, sabedora de que, si lo hacía, podría inventarme una excusa estúpida e infantil para volver tras mis pasos y conformarme con un amor a medias. En el reproductor de música solo sonaban canciones tristes y confieso que volví a romper en llanto en más de una ocasión mientras conducía.

Por primera vez en mucho tiempo, no odié llevar el volante de mi coche. Me permitía tener algo que hacer, algo en lo que concentrarme, mientras ponía distancia y me intentaba convencer de lo valiente que había sido.

¿Por qué, entonces, me sentía como el ser más cobarde de toda la creación? ¿Por qué no le había obligado a confesarme su razón para dejarme, suplicarle si hiciera falta, con tal de saberlo y salir de esta duda que ya era una espina clavada en el centro de mi corazón?

No, no había sido valiente. No había querido confrontarlo, no había sido capaz de sacarlo de su zona de confort, de obligarle a darme la explicación que me debía. Y todo porque seguía siendo la niña buena que lo quería con

toda su alma, la que no podía soportar ver cómo lo pasaba mal, mucho menos siendo yo la razón de su angustia. Era una cobarde y, con cada kilómetro que recorría en el camino opuesto a él, me lo demostraba, pese a que, también a cada kilómetro, me decía a mí misma lo valiente que había sido al marcharme.

Cuando aparqué el coche, antes de salir de él y enfrentarme a las preguntas de mi madre y a fundirme con ella en el abrazo reconfortante que necesitaba, me di cuenta de que ese día, el más triste de mi vida, cumplía exactamente treinta años.

Llegamos a Barajas casi tres horas antes de la salida del vuelo con destino al aeropuerto JFK de Nueva York. Es un vuelo nocturno y ahora la tarde está a punto de perderse en la negrura de una noche que la está engullendo.

Este viaje me hace mucha ilusión desde hace años. No entiendo cómo mi madre, en su afán de sacarme de España para regalarme las vacaciones ideales, esas que tenían por objeto hacerme olvidar los veranos en Las Cascadas, nunca barajó la capital del mundo como destino ideal.

Hace solo diez días desde que regresé de Navarra. Diez días en los que mi madre ha tratado de animarme con todas sus fuerzas, y yo me he quedado anclada en una sensación de vacío de la que no logro sobreponerme.

Por las mañanas he salido a correr, como hacía cuando Fer me dejó, pero una vez en casa y duchada, me he quedado en mi cuarto, leyendo el manuscrito de mi madre, sorprendiéndome cada día con todo lo que ella ha guardado todos estos años en su interior.

Toda esa negrura, toda la viscosidad del miedo pegado a las entrañas, todo el dolor lacerante de ver cómo la vida se te escapaba sin poder hacer nada para recuperarla... me da un miedo atroz pensar que yo pueda convertirme, de algún modo, en ella. Así que uso sus palabras como catarsis, como terapia de choque para no caer en las garras de la pena, no dejar que una depresión de esa magnitud se haga con el control de mis emociones.

Así, al menos, siento que una batalla en mi vida la gano con mi fuerza de voluntad. Algo es algo para empezar a trabajar, ¿no?

Arrastramos nuestras maletas gigantes por la zona de facturación, hasta donde nos acompaña Arturo que, desde hoy, por fin, tiene cara, y cuerpo, y hasta voz, una voz tranquila y preciosa que entiendo que tenga a mi madre embobada completamente.

Sinceramente, no entiendo cómo ella no ha caído rendida a sus pies ya. O, al menos, eso dice. Insiste en que solo son amigos, pero no se me escapa el modo en el que se miran, o cómo bromean. La forma en la que él le lleva la maleta o ella le quita algo de la solapa de la chaqueta.

Arturo es altísimo, tiene un cuerpo de atleta y, pese a las canas y la perilla, pese a que intenta disimular su porte con gafas de pasta y un traje tweed superclásico y hasta desfasado, es un hombre de los que quitan el sentido. Habrá superado ya los sesenta, pero aún conserva intacto todo su atractivo, sobre todo cuando te sonríe y la risa, franca y limpia, le llega hasta sus hermosos ojos color chocolate.

Cuando mira con ellos a mi madre... Cuando la mira sé que él daría muchas cosas por ella, y que es mi madre la que se contiene. Sí, estoy segura de que piensa que mezclarse emocionalmente con él pondrá en peligro su recuperación. Cuando, en realidad, él es la misma causa de que esté superando su lacra triste y esté dando pasos en la dirección adecuada.

Si se dejara llevar, si solo dejara de pensar y se lanzara...

Pero claro, no soy yo la más adecuada para dar consejos, y si no, mira cómo he salido yo de este verano: devastada y rota. El mejor ejemplo de que hay que buscar el modo de estar bien consigo misma y disfrutar de esa relación que ha de durar el resto de tu vida.

Cuando facturamos las maletas, nos acercamos al paso de seguridad. La fila no es muy larga, se nota que la temporada estival ya ha acabado y ya no se viaja con la misma intensidad que en julio y agosto.

Mi madre se despide de Arturo y yo me alejo unos metros para darles la intimidad que la ocasión se merece. Mientras, compruebo mi teléfono y veo que hoy no hay mensajes de Rodrigo. Algo en mi interior se revuelve. Me alegra que por fin deje de torturarnos a los dos, aunque me da pena que se dé por vencido. Es una sensación agrisulce en la que no quiero profundizar mucho para no caer en el desánimo ni cometer ninguna estupidez.

Justo cuando voy a guardar mi teléfono en el bolso, las notas de la *Marcha Imperial* de *Star Wars* me indican que me entra una llamada. Me sobresalto pensando en que puede ser él, que vuelve a la carga, que no se ha rendido con nosotros. Pero no, el número que aparece en la pantalla es el de

Tata, y descuelgo guardándome la decepción en un rinconcito del corazón, adonde regresar luego a beberme las penas.

—¡Buenas tardes, Tata! —respondo tratando de parecer más alegre que la última vez que hablamos unos días atrás—. Me pillas en el aeropuerto, a punto de apagar el teléfono.

—Emma, soy Rodrigo...

Me quedo paralizada porque no me lo esperaba. Su voz contiene toda la tristeza del mundo, está rota, como sin vida, y a mí se me hace un nudo en la garganta que me impide hablar, colgar, o hacer nada que no sea permanecer así, quieta, congelada, con el teléfono en la oreja y ninguna palabra preparada para responderle.

—¿Te vas? —Su pregunta me saca de mi estado de parálisis y me pongo a resguardo, me protejo para salir indemne de esta conversación que ya no esperaba tener.

—Me voy lejos... necesito poner distancia para pensar —respondo con la voz más neutra que me sale. No estoy segura de conseguirlo del todo, porque creo que alguna emoción de las que trato de contener se cuela a través del teléfono.

—Emma...

—Lo siento, Rodrigo, no tengo tiempo para hablar y no quiero hacerlo. No tenemos nada que decirnos si no vas a abrirte y ser sincero. No me gustan estas encerronas, esto de cogerle el teléfono a Tata y llamarme... no sé, no me parece correcto.

Silencio de nuevo. Esta vez es él quien parece quedarse sin palabras. La situación puede prolongarse hasta bien pasada la salida de nuestro avión si seguimos así, en silencio, sin avanzar, sin decirnos las cosas que deberíamos decirnos... tengo que ser fuerte y tomar una decisión, aunque duela tantísimo que se me encoja en corazón. Debo mantener mi decisión de alejarme de él.

—Adiós, Rodrigo.

—¡No! ¡Espera!

—¿A qué? Devuélvele el teléfono a Tata y olvídate de nosotros. No la metas en esto.

—No se lo puedo devolver. Emma... Tata se ha ido. Esta mañana, se ha dormido y ya no hemos sido capaces de despertarla. Tata está...

Cuando rompe a llorar al otro lado del teléfono sé que Rodrigo se ha desintegrado por completo. La noticia me para el corazón por un segundo y

solo quiero correr a abrazarlo.

—Ven, Emma, ven...

Y no tengo más remedio que dejarlo todo y volar hasta allí. Sí, tengo que ir por él, por Tata y por mí misma.

OceanofPDF.com

Capítulo 22

El Paciente Inglés

Julio 1999

Emma se iba de viaje al día siguiente, un interrail por media Europa con el equipo de atletismo de la facultad. Era su modo de inaugurar aquel verano, uno de los que más ganas tenía por empezar.

Había llegado a Unanua a principios de semana, nada más acabar su último examen, para pasar unos días de descanso con su padre. Habían pasado un año bastante tenso, en el que Pedro no había acabado de aceptar que su hija ya fuera una persona adulta, ni Emma intentara comprender que, para un hombre como él, nunca sería fácil verla como tal.

Sus tira y afloja habían sido épicos a lo largo de esos últimos meses, y Emma no quería repetir la terrible escena de carnavales, ni empezar el verano con un regusto amargo o la sensación de que su padre y ella estaban ya en barcos diferentes, atravesando mares distintos, cada vez más y más lejos el uno del otro. No acertaba a encontrarle la razón a semejante situación, aunque, con el tiempo, la tensión se acabara aflojando, o eso quería creer ella.

Aquella tarde era sábado, el sol brillaba tan radiante como se le suponía a una tarde de comienzos de julio, y Emma se entretenía leyendo *Ensayo sobre la Ceguera*, de Saramago, arropada por las sombras del porche trasero. En el jardín, sin camiseta y con una gorra de béisbol naranja, Rodrigo regaba las flores de su madre.

También se iría pronto. Había conseguido plaza en un prestigioso Máster que se impartía en Boston, con posibilidad de hacer prácticas en algunas de las empresas más importantes del mundo en materia de tecnomecánica. Rodrigo estaba pletórico, era el sueño de su vida, ese para el que llevaba media vida preparándose.

Con la manguera en la mano, tarareaba suave con los auriculares puestos. Se intuían las notas de *Common People* de Pulp, una de las canciones favoritas de ambos. Cantaba despreocupado, bailaba y regaba las plantas, mientras el olor de las últimas lilas lo invadía todo. A Emma le encantaba ese olor, le recordaba todo lo bueno que ese lugar ofrecía.

Cosas buenas como el día de su llegada, cinco días atrás, cuando él se había acercado por detrás y le había susurrado “No hago más que pensar en ti, no te me vas de la cabeza”, rompiendo de pronto todas las reglas del juego entre ellos. Porque a ella le pasaba lo mismo, llevaba meses pensando en él, sin parar, sin sacárselo de la mente, sin separarse del recuerdo de aquella noche de su cumpleaños, en la que él recorrió novecientos kilómetros en tiempo récord solo para felicitarla.

Esa tarde de julio, Rodrigo la miraba de hito en hito, embobado por la despreocupación de ella. Las piernas, que dejaban al aire su pantalón corto, largas, torneadas, ligeramente bronceadas ya por los primeros rayos de sol del año, estaban cruzadas de cualquier manera sobre el balancín, mientras el libro, en su regazo, parecía tener toda su atención.

Pero Emma también le miraba, de soslayo, cuando él no podía verla o retiraba sus ojos de ella. También se percataba de su espalda morena, sus hombros anchos, el pelo largo y rebelde bajo la gorra... todo en él invitaba a la contemplación absorta, y ella debía recurrir a todo su autocontrol para no quedarse mirándolo embobada.

—Vamos al lago —propuso Rodrigo, de pronto—. Hace demasiado calor para desperdiciar un día así. Es eso, o la piscina del camping, que supongo que hoy estará a tope...

—El lago también lo estará...

—A estas horas ya no. Hazme caso, es la hora perfecta para ir a la cantera —aseguró él convencido—. ¿Qué me dices?

Le pidió cinco minutos para cambiarse de ropa y ponerse el bikini. La idea no era nada descabellada, y tenía ganas de visitar el lago una vez más antes de irse para pasar el resto del verano fuera.

Se montó detrás de él en la moto, la Mobylette roja que tantas buenas tardes de aventuras les había regalado. Se ajustó el casco amarillo pollo que le seguía quedando un poco grande, y partieron rumbo a la cantera.

Rodrigo sintió sus brazos rodeándole y dejó escapar un pequeño suspiro de felicidad. Solo le pedía eso a la vida, un día cálido, la brisa suave de julio en el rostro y su presencia, siempre, abrazada a su cintura, tan cerca, tan dentro de él.

El sol ya estaba descendiendo hacia el ocaso cuando llegaron a su destino y se bajaron de la Campera. Rodrigo tenía razón, a esas horas no quedaba nadie. Se quitaron la ropa y se quedaron con sus trajes de baño, que no tardaron en poner a remojo para paliar el calor del final de la tarde.

Se divertieron como cuando eran más críos y ese lugar les liberaba de todo. Chapotearon, se enredaron en bromas acuáticas y se mojaron entre risas. Todo parecía tan natural como siempre lo había sido, pese a que aquella tarde, de algún modo, todo estaba cambiando.

Salieron a tenderse sobre las rocas, cálidas por haber recibido los rayos del sol durante todo el día, y dejaron que el agua se les fuera secando del cuerpo poco a poco, con la brisa nocturna que, sin apenas notarlo, había comenzado a envolverles.

—¿Alguna vez has pensado que todo esto no es suficiente? —la voz de Rodrigo rompió el silencio absoluto del lugar, llenando el ambiente de una duda que llevaba en su interior mucho tiempo.

—¿Te refieres al lago o... a nosotros? —contestó Emma incorporándose ligeramente para observarlo mejor.

—A todo. El mundo ofrece tantas cosas y nosotros solo debemos estirar las manos y tocar el cielo. Podríamos ser tantas cosas lejos de aquí, juntos...

Ella guardó silencio un momento, como sopesando qué respuesta podía darle a eso sin apartarse de la verdad. Que ella no tenía mucha ambición por salir al mundo, que se sentía a gusto allí, donde él estuviera, no importaba dónde.

—Yo no necesito volar tan alto, de verdad que no. Pero a ti cerca sí que te necesito.

—Siempre me vas a tener —contestó él muy serio, mirándola con una intensidad que hizo vibrar el aire a su alrededor.

—Prométemelo —susurró Emma, muy consciente de que ese era el mayor deseo que albergaba en su interior. Y su miedo. Era su temor más profundo desde que le había confesado en febrero que se iría el año entero a Boston.

—Te lo prometo. Siempre.

—Prométeme que volveremos cada vez aquí y que seremos libres.

Sus miradas, clavadas en el iris del otro, adquirieron un poder especial, hablando por ellos, cuando las palabras ya no fueron suficientes. Rodrigo asintió en silencio y ambos fueron conscientes de que algo cambiaba a su alrededor, que el ambiente pasaba de relajado a tenso en apenas unos segundos, los que tardaron en darse cuenta de que sus brazos se estaban tocando, que su respiración se había hecho más profunda y que algo como una tormenta eléctrica les estaba rondando en el estómago.

Y no solo en el estómago. El primer relámpago, lejano, pero certero, les hizo estremecerse al unísono, a la vez que dibujaban sonrisas tensas en sus labios húmedos.

—Parece que va a llover —susurró Emma sin apartar sus ojos de los de Rodrigo, extasiada de algún modo en su profundidad azul.

Algo estaba sucediendo, lo notaba con el suave contacto de la piel de ambos, ese momento mágico, cuando te das cuenta de que no quieres apartarte, solo avanzar y avanzar más profundamente en el otro cuerpo. Su interior rugía de ganas de acariciarle la piel tersa del pecho, de su estómago esculpido por tardes de gimnasio, y ser rodeada por esos brazos fuertes, que prometían protección eterna.

Rodrigo, embriagado por el cuerpo tan vulnerable y frágil de ella, a punto estuvo de lanzarse a estrecharlo, de abrazarlo como si no hubiera más opción, como si fuera lo único coherente y lógico en su vida. Seguía frenado, como si su conciencia o los ojos ajenos no pudieran dar el visto bueno a una relación entre ambos.

—Podemos... podemos volver —acertó a pronunciar él cuando se oyó el trueno pocos segundos después—. Tiene pinta de ser una tormenta de las fuertes...

Emma, que no podía moverse ni un ápice sin dejar traslucir su decepción, cerró los ojos un segundo y asintió con la cabeza, consciente de que sus ganas y las de él eran iguales, pese a que ninguno de los dos se atreviera a dejar abierta la jaula de sus emociones.

Cuando se irguieron pareció que algo los dejaba huérfanos, como si se les creara un hueco en alguna parte del pecho, un agujero oscuro que no pudiera llenarse si no fuera con el tacto del otro. Un anhelo ansioso que amenazaba con consumirlos y dejarlos sin respiración.

Se pusieron la ropa sobre los bañadores aún mojados, de espaldas, como intentando alejar el deseo surgido, como negando lo que acababan de sentir ambos.

El corazón de Emma bombeaba a mil por hora y no era capaz de atinar con los cordones de las zapatillas, de tan nerviosa como estaba. Necesitaba deshacerse de la sensación de deseo y decepción que luchaba en su interior, y no sabía cómo enfrentarse a eso. Con Rodrigo era complicado porque no lo había previsto.

Cuando acabaron de vestirse, la lluvia ya estaba sobre ellos. El aguacero llegó con fuerza, sin preaviso, y no supieron qué hacer por espacio de dos

segundos. Se empaparon como si no les importara, como si no estuviera diluviando sobre sus cabezas y la luna recién salida fuera lo único de lo que preocuparse arriba en el cielo.

Rodrigo, que fue el primero en reaccionar, le tendió la mano para ayudarla a levantarse y poder irse rápido a refugiarse de la tormenta. Pero con el impulso, ella quedó cerca, demasiado cerca de él, rozando su pecho, sintiendo su aliento sobre la cara, que ya estaba anegada por el agua de lluvia.

Se miraron a los ojos, un instante mínimo, se evaluaron y se reconocieron en el deseo del otro. El pecho de ambos subía y bajaba con rapidez, presos los dos de unas ganas que ninguno acertaba a controlar. Él le acarició la mejilla y acercó ligeramente su rostro, con una calma que estaba lejos de sentir.

Pero cuando el beso, ese beso bajo la lluvia que Emma ansiaba recibir, estaba a punto de producirse, cuando ella cerró sus ojos en espera de sentir los labios de Rodrigo sobre los suyos, él se apartó de ella, con un dolor inmenso, con una frustración demoledora, y la tomó de la mano para llevarla hasta la moto.

Emma no podía creer que él hubiera decidido dejar pasar el momento. Su beso bajo la lluvia, sus labios reconociéndose por fin. Había pasado de largo y ella sintió que algo dentro se rompía de algún modo.

Empapados, recorrieron el camino de vuelta dentro de una pena que ambos sentían como una losa sobre sus cuerpos. En su cabeza, Emma no hacía más que recrear el susurro de Rodrigo cinco días atrás: “No hago más que pensar en ti” y la impotencia se hacía aún más fuerte dentro de su pecho. Al aparcar la moto, ella quiso salir corriendo para dar rienda suelta a ese dolor, a esas ganas de gritar y sacudirse el fracaso de su deseo.

—Usa el baño común, yo me secaré en el de la habitación de mi madre.
—Oyó que le decía Rodrigo cuando ya subía corriendo las escaleras.

La casa estaba desierta. Ane estaba en Salou, pasando unos días con las chicas de su cuadrilla. Soraya y Pedro habían ido a cenar a Pamplona y volverían tarde. Se notaban todas las ausencias en aquel hogar, intensificando aún más todo lo que acababan de vivir en el lago.

Se quitó la ropa empapada y se dio una ducha rápida, intentando deshacerse con el agua toda esa energía mal canalizada. Pero no lo consiguió. No fue capaz de sacarse a Rodrigo de la cabeza, de borrar el contacto de su piel. Seguía el anhelo, seguían las ganas de ser acariciada, de

tenerle en ella, de no dejarse escapar y convertirse en uno solo. Quiso llorar por culpa de lo que no tenía, y a punto estuvo de arder por combustión espontánea del calor que solo pensar en él le producía.

Y se sentía tan llena de reproches y deseo que no pudo evitar compararse con Katherine Clifton, la protagonista de *El Paciente Inglés*, con sus dudas, su sentido del deber y el amor irrefrenable que la ataba a Almásy de forma inexorable.

Salió del baño vestida solo con una camiseta y su ropa interior. No quería encontrarse con él y, sin embargo, nada deseaba más en ese momento. De la habitación de Rodrigo, que permanecía desierta y con la puerta abierta, llegaban las notas de *November Rain* de Guns 'N Roses, y sintió que su piel se erizaba aún más.

Cuando la puerta del dormitorio de su padre y Soraya se abrió y él apareció con unos pantalones cortos, el pelo húmedo y el mismo deseo que ella pintado en los ojos, nada pudo hacerse al respecto. Se miraron solo un segundo, antes de lanzarse, antes de dejarse llevar.

Fue Rodrigo el que cubrió la distancia entre ambos en apenas dos zancadas, cogiéndola en brazos y arremetiendo contra sus labios, fundiéndose así, por fin, en un beso largamente anhelado.

Se fusionó con ella, la hizo suya en un instante, reclamando su boca, a la que no le dio ninguna tregua. Con ella en brazos, se giró y entró en su habitación, la que tantas veces había sido el escenario inocente de su amistad. La tumbó en la cama, la observó un instante con ojos abrasadores, anteponiendo las ganas, y a Emma se le puso la piel de gallina. La anticipación iba a matarla.

Lo atrajo con sus manos, hizo que volviera a besarla, que no la soltara, que continuara con lo que había empezado antes de que ella acabara por devorarlo a él. Rodrigo la despojó de la camiseta y la piel de ambos entró en contacto, haciendo que saltaran chispas y se dispararan todas sus terminaciones nerviosas.

Una manada de elefantes la recorrió entera cuando él bajó de su boca hacia su ombligo, cubriéndola de besos y de caricias, deleitándose en sus pechos en su camino descendente.

Deseaba eso, lo deseaba desde hacía mucho tiempo, y las ganas no hacían sino incrementar las sensaciones.

Cuando él la tocó por encima de las bragas, de las que todavía no se había desecho, una corriente eléctrica la recorrió por entero, sin dejar

ninguna célula de su cuerpo inmune a las consecuencias de su tacto. Nunca había estado tan expuesta, nunca antes nadie la había visto así de desnuda ni la había tocado como él lo estaba haciendo.

Era su primera vez y no se le ocurría mejor manera de hacerlo que con él, la persona en la que más confiaba del mundo entero. La que mejor la entendía, la que más cerca sentía.

Cuando él metió la mano entre sus muslos y se entretuvo, juguetón, en la parte donde ella necesitaba que estuviera, empezó a considerar la opción de gritarle que fuera más rápido, la estaban matando tantas sensaciones desconocidas, con las que era incapaz de lidiar sin perder la razón.

Él, travieso, se movía con una lentitud exasperante, sabedor de que la estaba volviendo totalmente loca. Se coló en su interior con sus dedos, desatándola y llevándola a un lugar desconocido. La tocó y la rozó con maestría, pero también con ternura, porque sabía que era la primera vez para ella. Y porque Emma era algo así como una flor hermosa y delicada que él solo deseaba amar y cuidar.

Le deslizó la ropa interior con suavidad, dejando todo el cuerpo a su merced, desnudo y vulnerable, abierto, precioso y suyo. Él también se quitó los pantalones y se acomodó sobre ella, con tiento, con dulzura, como si el acto de amar se compusiera de actos parsimoniosos y corteses. Pero pronto se olvidó de ser dulce y comedido. Los ojos de ella suplicaban de necesidad y sus ganas estaban a la misma altura. Una vez que estuvo dentro de ella, cuando estuvo seguro de que no había sufrido con la entrada, la embistió con fuerza, justo lo que ella necesitaba.

La llevó a dónde quiso con su poder, con su deseo de ella, la amó, la saboreó y la hizo suya con una vehemencia que estaba a la altura de todos los sueños que había tenido con ella. Y cuando consiguió arrancarle gritos de placer al hacerla alcanzar el clímax, él también se dejó llevar, tocando el cielo juntos.

—Mi dulce Emma —susurró Rodrigo justo cuando sus corazones comenzaron a serenarse y él la acomodó entre sus brazos—. Eres tú o nadie ¿o es que todavía no te has dado cuenta?

Se acurrucaron juntos, como tantas veces antes habían hecho, pero esta vez, compartiendo algo más que la cama, más que la sensación de comodidad que siempre habían tenido.

Cuando la luz del alba irrumpió a través de las cortinas de la habitación, Rodrigo seguía despierto, centrado en la bella cadencia de la respiración de

Emma, que dormía sobre su pecho. Nunca la había visto así, tan vulnerable y hermosa, tan inocente y tan suya.

Escuchó pasos detrás de su puerta y supo que su madre y Pedro habían vuelto. Al final, había podido más su deseo y su amor por ella que su sentido del deber, lo que suponía tratar todo aquel asunto con mucho tacto para no herir la sensibilidad de nadie. Apartó con dolor el cuerpo de Emma y la acomodó sobre la almohada, mientras él se levantaba y se ponía un pantalón de deporte y una camiseta.

Bajó sin hacer mucho ruido al piso de abajo, donde su madre estaba preparando café. Se acercó por detrás y le dio un beso suave en la mejilla. Aspiró su aroma de madre, el de siempre, suavizante y flores silvestres.

Se sentó en su sitio, en silencio, esperando a que ella lo preparara todo, como cuando tenía diez años y las cosas eran sencillas entre los dos.

—He temido este día desde que Emma entró en esta casa por primera vez. —La voz de Soraya era firme pero también dulce, cargada de un dolor que a Rodrigo se le hizo insoportable.

Se volvió por fin, con dos tazas de humeante café en las manos. Se sentó frente a él y dejó una a su lado, como a él le gustaba, cargado, caliente y sin azúcar. Ella, en cambio, se echó tres terrones y un chorrito de leche templada. En eso eran diferentes, como la noche y el día.

Rodrigo tenía, de pronto, el corazón encogido y el estómago cerrado. La taza de café le reconfortaba, pero la mirada triste de su madre le paralizaba de miedo. Sabía que todo estaba a punto de cambiar. Otra vez.

—No me malinterpretes —siguió ella—. Es una niña dulce y maravillosa a la que adoro. Pero siempre he sabido que traería problemas. Desde ese primer día, cuando te vi con ella, sabía que esto iba a pasar. Y no sabes lo aterrada que he vivido desde entonces.

—¿Tan malo es que la quiera?

—Amar es hermoso, Rodrigo, vuestro amor, tan puro, tan natural, lo es —aseguró Soraya clavando sus ojos en el interior de su taza, quizá intentando buscar las respuestas que necesitaba—. Pero no saldrá bien. La harás sufrir de un modo u otro y seré yo quien pague las consecuencias.

—¿Tú? —Rodrigo no acertaba a comprender a su madre.

Ella guardó silencio unos segundos, completamente superada. Buscaba las palabras, intentaba sonar lo menos mezquina posible, porque, sobre todo, no quería parecer lo que no era. ¡Qué difícil luchar contra la felicidad de su hijo anteponiendo la suya propia! ¡Qué difícil pero qué necesario!

—Hagas lo que hagas, Emma acabará con el corazón roto —comenzó Soraya, muy seria, de repente muy segura de sí misma, como si hubiera ensayado ese discurso durante toda su vida—. Si te quedas por ella, lo acabarás lamentando, y tus frustraciones recaerán sobre Emma. Quizá no al principio, pero siempre lamentarás haber dejado pasar la oportunidad. Si te vas... bueno, si te vas sabes que ella no puede seguirte ahora, se quedará sola, con la promesa de un amor que, de repente, se quedaría en pausa, que no va a ninguna parte, que la tendrá encadenada y no le reportará ningún beneficio salvo la espera... ¿Quieres eso para ella?

—No sé lo que pasará, pero Emma no va a sufrir por mi culpa.

—Lo hará —terció Soraya convencida, tanto, que Rodrigo la miró con una preocupación nueva, que había empezado a sentir solo veinte segundos atrás—. Lo hará y todo se desmoronará para nosotros. Pedro la elegirá a ella si tú le partes el corazón, y yo me quedaré sola, porque tendré que ponerme de tu lado.

Un aire frío, helado, se paseó por la cocina, hasta instalarse en el corazón de Rodrigo, que apenas podía creer lo que su madre estaba diciendo. ¿Podía suceder tal cosa? Si Emma sufría por su culpa, ¿sería capaz de afectar eso al matrimonio de su madre?

Era feliz por primera vez en quince años, era feliz siendo la compañera de alguien, la esposa de un hombre bueno que la respetaba, la quería y la alentaba. ¿Podía él, mediante su amor por Emma, ser el causante de que eso acabara?

Negó con la cabeza, como intentando sacar todo eso de su interior, como si solo fueran disparates, el producto de la inseguridad de su madre, una idea sin pies ni cabeza que no debiera ni siquiera contemplarse...

—Yo... yo no me iré a Estados Unidos, me quedaré y ella no sufrirá. Tú tampoco lo harás y Pedro no tendrá nada que reprochar a nadie.

—No, Rodrigo, tú vas a irte porque llevas media vida con ese sueño a cuestas. Porque yo me he dejado la piel para que puedas cumplirlo y porque se lo debes a tu padre, que era lo que deseaba para ti. —La voz de Soraya, dura y llena de resolución, no dejaba margen para la duda.

Rodrigo, desde su sitio al otro lado de la mesa, sintió toda su determinación y supo que aquello no era negociable. Se quedaba sin opciones, su madre estaba anteponiendo su punto de vista y él se estaba muriendo por dentro, poco a poco, de forma inexorable.

Quiso gritar de frustración, quiso escapar o esconderse. Quiso volver a su cama, a los brazos tibios de Emma, a su suavidad y su belleza... quiso abrazarla sin pensar que podía ser la última vez. Una lágrima comenzó a deslizarse por su mejilla, su corazón no quería seguir latiendo, y había comenzado a dolerle tanto dentro de su pecho que sintió un deseo irrefrenable de arrancárselo y lanzarlo muy lejos. Era la felicidad de su madre o la suya... era una elección que no podía tomar, aunque bien sabía que ya estaba tomada.

—Siento ser la egoísta aquí —dijo Soraya en un susurro, con el semblante casi blanco y las entrañas tan encogidas por un dolor que la estaba torturando—. De verdad que lo siento, pero yo no tengo más opción en la vida que Pedro. Ya no sueño siquiera en que vuelva a tener tanta suerte. Tú... tú eres joven, y listo, y bueno... y tan guapo... lo lograrás de nuevo. Y ella, Emma será feliz si lo dejáis ahora, lo superará y podrá seguir adelante. Es solo una niña... Hazlo ahora que Pedro no sabe nada y que ella aún puede vivir sin ti.

Se levantó despacio, la miró con los ojos arrasados por un llanto que le sorprendió tanto como todos los sentimientos negros que lo estaban atravesando. No quiso dar nada por sentado, pero, de algún modo, ya lo había hecho. Su madre ganaba y él perdía el amor de su vida. Imposible decirle eso a ella, imposible ser valiente a su lado para admitir su cobardía.

No pudo evitar pensar en Emma, en lo que ella pensaría de él. En el daño irreparable que iba a infringirle solo para evitar el de su madre. No había ganadores en aquella historia, y se lamentó profundamente al comprender que la peor parada de toda la historia sería ella, que nunca sabría el porqué de su abandono.

Y, mientras salía de la casa con el corazón en un puño y un dolor lacerante y desconocido en mitad de su pecho, solo recordaba, con enorme pesar, la promesa que le había hecho a Emma antes de quedarse dormida entre sus brazos.

—¿Por qué no me besaste antes, afuera, bajo la lluvia? —había preguntado ella.

—Porque quiero borrarte los recuerdos de todos tus besos pasados con los míos, crearte nuevos, que los ames, que los revivas una y otra vez... y, algún día, dentro de un tiempo, te besaré bajo la lluvia y será el mejor beso de toda tu vida. Mientras tanto, ten paciencia, porque planeo besarte mucho para practicar... Si estás de acuerdo, claro.

—Lo estoy —dijo Emma con una sonrisa dulce en los labios y los ojos llenos de un amor entrañable, enorme, incondicional.

—Pues prometo no parar de ensayar ese beso. Prometo darte besos todos los días, muchos, muchos, muchos...

Rodrigo se paró frente a la puerta del porche, sabiendo que iba a irse sin verla más, con el corazón hecho pedazos y una sensación de viudez extrema.

Tardó diez años, nueve meses y veintisiete días en reunir el valor para volver y cumplir su promesa.

OTOÑO

[OceanofPDF.com](https://oceanofpdf.com)

Capítulo 23

Desayuno con Diamantes

Pese a todos los años que hacía que Unanua formaba parte de mi vida, en muy raras ocasiones había tenido oportunidad de visitar la casa de Tata. Si no contamos la mañana en la que pasé a despedirme y que, al final, supuso mi última vez con ella, habré estado aquí únicamente tres o cuatro veces.

Siempre había sido amplia y alegre, como ella, estaba llena de luz, de recuerdos de sus mejores momentos, de flores en los jarrones, de mariposas pintadas en las paredes. Esa casa hablaba de vida, de amor, de libertad y de naturaleza.

El contraste con el ambiente que la envuelve ahora, en su ausencia, con el manto lúgubre de la nada, es devastador. Parece más pequeña, más oscura, menos viva y acogedora. Parece el sepulcro frío que la vida eterna de Tata promete.

Entro con paso vacilante, escondida tras mis ropas negras y mis ojos hinchados. Llevo llorando la pena de su partida casi doce horas, y aún no me he acabado de creer que la injusticia de su muerte sea algo real.

El improvisado velatorio en su casa ha traído a gente de toda la comarca, y es que Tata era una persona cercana que cosechaba el cariño de todos cuantos la conocían. Su marcha no ha dejado indiferente a nadie y son muchos los que han decidido acercarse para presentar sus respetos a la familia.

Esta mañana se procedió a la incineración de su cuerpo, que preside el salón, encerrado en una bonita urna de ónice negro. A su lado, Soraya se seca sus continuas lágrimas con un pañuelo, mientras mi padre, con semblante serio y circunspecto, la sostiene para que no se venga abajo.

Sentada al fondo, con el rostro rojo por el llanto y el cuerpo inerte, Ane mira al frente sin fijar sus ojos en nada en concreto. No la había visto así jamás, tan entregada al dolor, tan ajena a lo demás, tan lejos de todo lo que le rodea.

Apoyado en la pared, con el rostro congestionado y los ojos cerrados, Pentxo, vestido con un solemne traje oscuro pasado de moda, parece el guardián de la casa, del funeral, de la memoria de Tata. Parece más alto, más fornido, menos humano y más espiritual. Da miedo, pero inspira ternura, una mezcla imposible pero enternecedora. Sonrió con tristeza y

compruebo lo mucho que ella significaba para él, el entendimiento ese que tenían tan especial. Una lágrima solitaria rueda por mi mejilla ante su imagen desolada, y una gran ternura me nace en el pecho hacia el hombre que más terror me ha ocasionado durante todo este verano que ya ha acabado.

Me acerco a mi padre mientras escruto el resto del salón, el pasillo y parte de la cocina, que es lo que, ahora mismo, está en mi campo de visión. No hay ni rastro de Rodrigo. Tengo el corazón en un puño, y lo tendré hasta que no lo vea y pueda estrecharle entre mis brazos, que es lo único que he querido hacer desde que colgué el teléfono tras oírle darme la peor noticia que he recibido jamás.

Mi padre me da un beso en la frente y yo me aprieto fuerte contra él, para demostrarle todo mi cariño. Me consta que él quería a Tata con todo su corazón y que era una parte vital en la vida de todos en su casa. Soraya me mira con una sonrisa tristísima pintada en sus labios pálidos. Me acerco y la beso en la mejilla, que tiene anormalmente fría, casi congelada. Sus ojos, dos lagos llenos de lágrimas y pena, me dan las gracias por venir, y dejan escapar una cascada de llantos silenciosos que me parten el alma. La abrazo, condensando en ese abrazo el sentimiento de pérdida que comparto con ella... no puedo ni llegar a imaginarme cómo es perder a una madre, el dolor indescriptible de una ausencia tan vital e irreparable... así que solo la abrazo, no añado nada porque ninguna palabra puede ayudar en un momento así. Son los gestos y ese intercambio de cariño tan puro, los que hablan por nosotras, mientras lloramos y se nos acartona el corazón.

Me gustaría preguntarle por su hijo, pero no quiero molestarla con preguntas impertinentes. No ahora, que es un momento tan delicado. La dejo con mi padre y doy una vuelta por la cocina, para tomar un trago de agua, que necesito con urgencia para ayudarme a deshacer el nudo de emoción que se ha instalado en mi garganta.

Entonces lo veo, a través de la puerta que da al porche, que está semiabierta.

Está solo, inclinado hacia adelante, sentado en las escaleras que dan al huerto de su abuela, donde tantas veces él jugó y la ayudó con el riego y la recolección de verduras y hortalizas. Mira al suelo, como si ahí escritas estuvieran las razones de la marcha de Tata, como si ella se las hubiera dejado transcritas, precisas, a modo de manual de instrucciones.

Me acerco a él en silencio y apenas se percata de mi presencia. Me siento a su lado y enlazo mi mano con la suya. Esa mano tan conocida, la que siempre me ha protegido y amado, la que nunca me ha dejado de demostrar que estaba tendida en mi dirección. Me mira. Me mira y se pierde en mis ojos, se ata a ellos en busca de esa estabilidad que ha perdido y asiente, despacito, con toda la pena del mundo inundado sus ojos azul tristeza.

Se acerca despacio y me abraza, intenta aplacar la tormenta que está a punto de hacerlo zozobrar. Se envuelve en mí, como si necesitara un ancla para no irse a pique, para no perderse entre las brumas de un dolor que amenaza con llevárselo a un lugar mucho más oscuro y aterrador.

Yo, sabedora de que me necesita como nunca antes lo ha hecho, lo acojo en mi regazo mientras él rompe a llorar y yo soy incapaz de contener mi propio llanto, que brota salvaje, libre, tempestuoso, por mis mejillas empapadas. El dolor es como un látigo, un cuchillo con el filo manchado de sal, que hace que escueza más.

Me la imagino mirándonos, y sé que estaría contenta de vernos juntos, cuando ya se daba todo por perdido. Aunque estemos juntos solo de manera provisional, solo para compartir la angustia de su partida prematura y la pena que eso nos causa. Tata, nuestra dulce Tata... el ser más íntegro e intuitivo que yo he conocido, se ha ido.

Casi me resulta imposible considerar el hecho de que, unos días atrás, en esta misma casa, había estado hablando con ella, como si nada, como si fuera a volver a verla a voluntad, mañana, pasado, cuando a alguna de las dos nos viniera en gana. Qué frágil es el hilo de la vida, pienso, con el cuerpo desgarrado de Rodrigo entre mis brazos, nuestras lágrimas formando un único reguero de dolor y pesar.

Lo acuno como si se tratara de un niño pequeño en busca de consuelo materno, y no soy capaz de desprenderme de este sentimiento de ternura infinita, que se mezcla con el sufrimiento por el modo en que a Rodrigo puede afectarle todo esto.

No es ningún secreto que Tata siempre ha sido su pilar y él, la persona favorita de su abuela. Les ataba mucho más de lo que yo o cualquiera llegará jamás a comprender, y ese hilo que acaba de quebrarse, le ha dejado, de algún modo, huérfano, desolado y tan vacío, que le resultará difícil superar la ausencia de Tata.

Hace algunos años, en una de sus visitas desde Estados Unidos (que yo me perdí, por supuesto), le trajo a su abuela un ordenador portátil de regalo. Se lo instaló, le contrató ADSL en su casa y la enseñó a usar Skype. No pasaban más de dos o tres días sin que él la llamara y compartiera sus cosas con ella. Siempre habían sido esas personas especiales el uno para la otra, y eso nunca cambió, ni con la distancia que interponían seis mil kilómetros y un océano entero entre ellos.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, juntos, enlazados en un abrazo que podría ser infinito, pegados uno a otro mientras nos consolamos las penas mutuas. Es agradable sentirlo de nuevo tan cerca, cuando ya lo daba por perdido, cuando no esperaba volver a tocarlo y sentirlo conmigo, al menos no en una buena temporada. Hasta que consiguiera dominar mis sentimientos en su presencia y lograra aplacar el dolor de no tenerle.

Hoy lo tengo, es mío de nuevo, aunque sea de modo tan efímero como un día de sol en invierno. Es mío y yo, suya, del todo, incondicionalmente. Hoy somos nosotros, nuestros, entregados. Hermanos, amigos, amantes, uno solo.

—Este dolor en el pecho es lo único que me queda de ella —acierta a decir entre sollozos—. Y lo odio... Dios, ¡lo odio!

Le abrazo aún más fuerte porque no sé qué decir. No quiero intentar consolarle con palabras porque sé que no acertaría con las correctas y, quizá, solo conseguiría agravar ese sentimiento de pérdida tan brutal que ahora le está atravesando. Pero le entiendo, entiendo que la situación le tiene sobrepasado y que se siente desarmado ante las circunstancias. Esto no lo va a solucionar con su arrojo, su tenacidad, su sentido del deber y su buena voluntad, esas señas de identidad suyas que le han conseguido todo lo bueno que tiene en este mundo (y que me han alejado a mí de su lado, todo sea dicho). Esto no se soluciona con quererlo, con lucharlo... esto solo se puede asumir, con dolor, con un pesar que le abrirá el pecho, con tiempo, con noches negras, muy oscuras, de esas que duran días...

Pero no se lo digo porque todo eso ya lo sabe. Ahora necesita que lo abraza y que le dé calor, que le haga compañía y le ponga en primer lugar. Así que eso hago, compartiendo lágrimas y acompasando el ritmo de nuestros latidos hasta convertirse en uno solo. Nada más. Y nada menos.

Cuando mi padre nos viene a buscar nos encuentra así, mezclados, llorando el mismo llanto, uno en brazos del otro. Es la hora de ir a cumplir

la última voluntad de Tata, y eso supone deshacer el nudo y volar cada uno por un lado hasta Las Cascadas.

Duele físicamente el acto de desprenderme de él. Me mira a los ojos un rato que dura eternamente, me deja en los míos palabras de amor no pronunciadas y me toma de la mano, incapaz de cortar esa unión del todo. No, hoy no me va a dejar alejarme, y yo no puedo ser más feliz de estar vinculada a él, del modo que sea.

Las Cascadas está desierto, lleno de una pena callada que dan las instalaciones estivales en los meses fuera de temporada. Está callado, vacío, acorde con el día que, gris y frío, quiere ponerse también de acuerdo con lo que nuestro interior, nuestro dolor y nuestra pérdida, reclaman. Unas nubes enormes, oscuras y amenazantes, cubren el cielo, también de funeral. La humedad se nota en el ambiente y me alegro. Que llueva, que truene, que los rayos nos deslumbren y el agua torrencial nos arranque las lágrimas con furia... así es como mi interior se siente y es justo que el exterior combine y coincida.

El camping que Tata creó de la nada está triste por ella, lo está como nosotros. Todo está recogido a nuestro alrededor. La campaña ha terminado y ya se ha preparado el lugar para el invierno. Me pregunto cómo han podido dejarlo todo tan limpio y ordenado en los apenas diez días que yo he estado fuera. Y me maravilla lo diáfano que es todo, sin gente habitando el lugar ni obreros haciendo de él un sitio ideal para familias y grupos de amigos.

Soraya, que ha traído la urna con las cenizas de su madre pegada a su pecho, se para cerca de la cabaña principal, la que acoge la recepción y el pequeño supermercado. La rodeamos, como si, de forma simbólica, le ofreciéramos consuelo y la arropáramos en su dolor. Tarda algunos segundos en reaccionar, en hacer el más leve movimiento, como si se hubiera quedado dormida o estuviera en trance. Cuando lo hace, cuando pestaña y mueve los brazos alrededor de la urna negra, parece que el hechizo se rompe, y soy capaz de volver a respirar. Ni siquiera era consciente de que yo también me había quedado como hipnotizada.

La mano de Rodrigo me aprieta con cariño. La noto suave, cálida, cercana. La siento como un ancla y sé que él tiene la misma sensación.

A nuestro alrededor, las caras se tornan borrosas. Son muchas las personas que han querido acompañar a Soraya y su familia en estos momentos tan oscuros. Miren, Aurora y Casilda, mis adoradas *Supernenas*,

compungidas, irreconocibles sin los colores flúor de sus ropas de deporte, pálidas y perdidas, como asumiendo que la edad no perdona ni a quien se siente tan bien como lo hacía Tata. Pentxo, retirado, aún con los ojos cerrados. Ane, arropada por los brazos de su marido, cobijada del dolor intenso que es incapaz de disimular. Andoni, el panadero, a quien yo siempre creí enamorado de Tata...

Soraya abre la urna por fin, despacio, como con miedo, como si aún no estuviera lista para desprenderse de lo único que aún es físico con relación a su madre recién desaparecida del mundo de los vivos. Mira el interior, esas cenizas que acaban de entregarle asegurándole que son ella, lo que queda de ella. Se despide con una oración o con un chiste o con un simple adiós. Se despide porque esboza una sonrisa triste, inclina la cabeza y se aclara la voz. Va a hablar, a falta de sacerdote que oficie una ceremonia religiosa, que Tata dejó terminantemente prohibida, es su hija quien debe liderar el acto de despedida.

—Mi madre adoraba esta tierra —comienza con la voz rota, tan queda y pequeña que debemos esforzarnos todos por escuchar sus palabras llenas de amor y pesar—. Llegó casi por casualidad y la eligió, por delante de mi padre, cuando él se quiso ir. Aquí construyó un hogar en el que me crio, pero también un sueño, en el que creyó más que en ninguna cosa. Un lugar para desconectar del mundo, ecológico, sostenible, medioambientalmente responsable, amigo de la tierra... Las Cascadas fue tan hijo suyo como lo he sido yo misma, nos crio de la misma manera, con amor y constancia, con sacrificio, confianza y una fe ciega en nosotros.

»Mi madre quería descansar aquí. Para siempre. Cerca de uno de sus hijos, el que la sobrevivirá por muchas generaciones. Quería ser parte de esta tierra que tanto amaba, formar parte del sueño, ser uno con su gran proyecto de vida.

»Por eso estamos aquí, para soltar su alma en este lugar que ella imaginó y levantó de la nada. Os invito a acercaros y tomar un pedacito de ella, de su alma que pide ser libre... y con ella en vuestra mano, caminar hasta el rincón que os parezca más bello, más tranquilo o más perfecto para soltarla y liberar su espíritu. Así lo quería ella... así la honramos.

Por un instante, nadie se mueve. Parece que el tiempo se ha quedado congelado y ninguno de los presentes somos capaces de salir de la catarsis de la que estamos presos. Mi padre, justo al lado de Soraya, es el primero en meter su mano en la urna. Con ceremonia, con respeto, con un amor

enorme pintado en sus ojos enrojecidos por un llanto que ya lleva un rato conteniendo.

Nadie le pone reparos a la acción de coger en sus manos un puñado de Tata, nadie se desentiende de la tarea de materializar su voluntad de volar libre por Las Cascadas con nuestra ayuda. Rodrigo la toma con una ternura que me inunda el corazón de lágrimas y afecto, y me invita a que lo imite.

Lo hago y me arrastra, sin soltar mi mano, hacia el pequeño lago interno, ese que Tata sacó a la superficie, el que mimó al extremo para que no pereciera con las continuas fluctuaciones de los cambios estacionales.

Los kayaks están recogidos, en su cobertizo; las aguas, mansas y oscuras, reflejo del cielo sobre nuestras cabezas. Todo invita a la calma en este lugar, el sitio perfecto para dejar a Tata, para hacer que sus cenizas jueguen con el viento y se unan con el remanso de paz que el lago ofrece. No se me ocurre lugar mejor y alabo la decisión de Rodrigo.

Nos miramos un instante y asentimos casi a la par, mientras abrimos nuestras manos y el aire, ufano y travieso, se la lleva casi al instante, esparciendo su esencia a nuestro alrededor. Rodrigo sonríe, lo hace por primera vez desde que estoy a su lado, y me llena el corazón de un sentimiento de alegría que me dibuja una sonrisa idéntica en el rostro. Pienso en Tata por un instante y creo que sería feliz, que, si está viendo esto, sintiéndolo, su sueño estará cumplido de un modo hermoso. Eso nos consuela un poco.

La vuelta a casa es, de algún modo, más ligera y esperanzadora. No soy capaz de describirla del todo sin temor a equivocarme, pero creo que hemos dejado un peso y algo del dolor que llevamos a Las Cascadas, y el regreso no nos quema los ojos con lágrimas, ni nos impide el paso ligero por las losas de pesar que nos tenían agarrotado el corazón.

La despedida, tal y como la deseaba Tata, ha tenido un efecto terapéutico que ayuda a asumir de otro modo esta tragedia. Es como si ella nos hubiera dado su bendición para continuar sin su presencia física, prometiéndonos que siempre la tendremos, aunque sea de modo simbólico o espiritual.

Tras los abrazos y los últimos pésames, la gente que ha venido a rendir sus honores a Tata, se va dispersando y volviendo a sus hogares. Quedamos los pocos que formamos este núcleo familiar un tanto extraño, en el que mi padre y yo entramos a formar parte de ya irremediable.

Nos acercamos a comer a Arbizu algo rápido. En la comida, tímidamente, las palabras vuelven a conquistarnos y se cuentan anécdotas, recuerdos, se manifiesta el cariño de forma tierna, se destierran las lágrimas y nos relajamos por un rato. Incluso Ane, la odiosa Ane, parece unirse de forma asertiva y agradable a la familia de la que forma parte, y todo parece de una normalidad que impresiona.

Sin embargo, la vuelta a casa es demoledora.

Soraya responde a una llamada antes de llegar a Unanua y se queda hablando en el porche más de media hora. Es el notario, que la llama con premura para atar varios cabos legales con respecto al testamento de su madre. Me parece una falta de tacto enorme, pero supongo que responderá a razones de peso.

Rodrigo me vuelve a tomar de la mano y me sube a su habitación. Esa en la que hace años que no estamos juntos, desde aquella noche, tan feliz y amarga al mismo tiempo, en la que me confesó su amor y me dejó atrás, todo en el breve espacio de unas horas.

Cierra la puerta y nos acurrucamos juntos en su cama. Ya no es un lecho de amor, no al menos ahora mismo. Es un refugio contra los embates de la vida, un lugar en el que cerrar los ojos y sentirse protegido de las penas diarias que asolan nuestro corazón. Es un sitio en el que Tata no se ha muerto, ni nosotros estamos tan distanciados como para no cogerle el teléfono en diez días.

Me abraza por detrás, hunde su nariz en mi pelo y dejo que su aliento inunde mi piel. Lo siento tan pegado a mí como si formara parte de mi organismo. Me muero de ganas de darme la vuelta y dejar que mis labios se fundan con los suyos, pero sé que ese sería el peor error ahora mismo, porque tengo asumido que, cuando el día de hoy llegue a su fin, yo me habré ido, esta vez de verdad, de su vida.

—¿De verdad estabas en el aeropuerto? —susurra en mi nuca, hundido en mí.

Se me para el corazón. No quiero hacerle más daño, ni que nos lo hagamos uno al otro. Ojalá no hubiera sacado el tema, porque no tengo ganas de hablar con él de esto y que, al final, los dos lo pasemos mal. Un día como hoy no hay necesidad de esto.

—Mi... Mi madre tiene un apartamento en Madrid que ha intercambiado unos meses. Nosotras nos íbamos, acogidas del mismo modo.

No añadido más. Ni destino ni tiempo ni razones. No son necesarias.

Rodrigo parece asimilar mis palabras, rumiándolas en silencio mientras me abraza aún más fuerte, más aferrado al nosotros que nota que se le vuelve a escapar de entre los dedos. No dice nada, pero no me suelta, retándome a que me vaya sin él, a que me suba a un avión que me lleve de su lado. A ver si lo logro con él prendido a mi cintura, como un niño a las faldas de su madre.

Nos dormimos. Caemos en un sueño pesado que se lleva lo malo y nos trae algo de tranquilidad en un día tan oscuro y viscoso. En algún momento de la tarde, la lluvia comienza a golpear las ventanas, ahora sí, perfectamente conjuntado con la tristeza de nuestros corazones funerarios.

No sé cuánto tiempo pasamos así, dormidos, tranquilos, ajenos a todo lo que no somos nosotros y esta cama que es paz y sosiego.

Cuando me despierto, estoy sola. Los brazos de Rodrigo no me rodean ni protegen, y empiezo a pensar en la terrible maldición que tenemos encima, esa que nos impide despertar y no salir huyendo, dejando al otro a merced de un sueño que, desde ese mismo momento, se convierte en una vigilia solitaria que ya nadie vela.

Somnolienta aún, con los ojos cargados de esas horas de siesta que me han procurado un descanso necesario y vital, me acerco al piso de abajo, donde mi padre está empezando a hacer la cena. Está solo, sin nadie más en la casa y solo el ruido rítmico de la lluvia detrás de la ventana como música de fondo.

—Huele bien —acierto a decir cuando entro en la cocina.

Me mira y sonrío. Se le dan bien los fogones.

—Algo tengo que hacer, si no, me da por pensar y lo paso peor.

—No sabes cómo te entiendo. —Y es verdad. Porque el truco en estos casos es estar entretenido para no darle a la cabeza—. ¿Sabes dónde están los demás?

—¿Los demás o Rodrigo?

Lo dice como si nada. Pero también como si todo.

Lo dice remarcando su nombre, dejando claro que es un tema que quiere tocar. Y me da miedo, mucho, porque no quiero que mi relación (o ausencia de ella) sea un tema de fricción en esta casa, entre mi padre y Soraya, o entre mi padre y el propio Rodrigo.

—Todos en general... y Rodrigo en particular, sí.

—¿Estáis seguros de lo que estáis haciendo? —pregunta mirándome a los ojos, dejando que perciba a través de ellos su enorme preocupación por todo esto.

—El caso, papá, es que no estamos haciendo nada. Ya no. —Y la tristeza que asoma a mi voz es tal, que a punto está de quebrarla.

Mi padre deja lo que está haciendo en la cocina y se me acerca. Me da un abrazo de oso, de esos que solo saben dar los padres, y me da un beso en la frente antes de soltarme.

—Ten mucho cuidado, ¿vale? No quiero que lo paséis mal.

—Papá, Rodrigo y yo... es complicado. No creo que podamos estar juntos nunca.

—¿Aunque os queráis?

Me deja sin palabras por un momento. ¿Qué le contesto yo a eso? ¿Que puede más el orgullo? ¿Que nos gana la partida el no saber decirnos las cosas? ¿Que, pese a todo, no nos antepone o no somos capaces de dejar el pasado atrás?

Le sonrío con tristeza, como si no tuviera respuestas para esa pregunta, pese a tener mil millones de ellas, ninguna concluyente ni satisfactoria.

—¿Sabes dónde está? —Cambio de tema para no ponerme a llorar de pena y frustración delante de mi padre, y porque quiero despedirme de él como Dios manda, hacer las cosas bien antes de irme mañana temprano, para coger el vuelo a Nueva York y reunirme con mi madre, tal y como hemos acordado.

—Rodrigo no sé. Se fue hace un rato, sin paraguas ni nada. Soraya y Ane están en casa de Tata.

Soraya se ha empeñado en comenzar a revisar los armarios y preparar la casa para la ausencia de su madre. Ha insistido en que quiere ir sola, pero Ane ha acabado acompañándola porque la llamada del notario ha dejado muchos interrogantes. Mi padre cree que no es una buena idea empezar a removerlo todo tan pronto, pero no se ha atrevido a llevarle la contraria en un día como hoy.

El hogar de Tata se ha quedado vacío por fin. No hay gente vestida de oscuro en el salón, ni voces quedas hablando de lo buena persona que era. Solo hay vacío, mucho, todo el que deja su enorme presencia ausente. Ane y Soraya están en el piso de arriba, en su alcoba, manteniendo una conversación airada que me llega sin problemas en cuanto comienzo a subir la escalera.

No quiero entrometerme ni fisgonear, y trato de anunciar mi presencia, aunque me quedo a un palmo de hacerlo, cuando oigo que es de mí de quien hablan.

—Mamá, si no haces tú algo lo haré yo, pero no pienso permitirle que se quede con nada. —La voz amarga de Ane, llena de un rencor tan parecido al que siempre me ha dedicado, me indica que soy yo el objeto de su enfado. ¿Quién si no?

—Tú no vas a hacer nada. —Soraya suena dura, como si un frío glaciar la hubiera engullido—. Era la voluntad de tu abuela y no puedes hacer nada por sacar a Emma de la ecuación.

—¡Siempre esos dos quitándonos cosas!

—¿Qué nos han quitado? —la increpa su madre con un dolor acuoso en sus palabras—. ¿Qué nos han quitado que tanto lamentas? Pedro ha sido lo más parecido a un padre que jamás has tenido, y tú solo le has respondido con reproches e insultos. Su paciencia es la de un santo y, menos mal, por mucho menos que eso cualquiera hubiera salido corriendo. Y Emma... bastante le hemos quitado ya a Emma.

Mi corazón se para por un segundo. No sé a qué se refiere, pero está claro que ha conseguido captar toda mi atención. Me entran unos nervios de repente que no sé cómo gestionar, y me tengo que sujetar mis propias manos, que comienzan a temblar de manera totalmente incontrolada.

—Mamá, venga, que alejaras a Rodrigo de ella para que no echara a perder su vida no es razón ahora para regalarle el camping de Tata —casi lloriquea Ane—. No es justo, lo mires por donde lo mires.

Ahora sí, ahora estoy al borde del colapso nervioso.

—¿Y qué es justo, Ane? ¿Que te lo quedes tú que nunca has mirado por él?

—Da igual lo que haya mirado por él. Es mío por derecho. A ella no le corresponde nada. Hay que impugnar el testamento. Y, sobre todo, tienes que hablar de nuevo con Rodrigo, decirle otra vez lo que le dijiste cuando se largó a California y no la volvió a ver más. ¿Tú has visto cómo estaban hoy? ¡Se le ha pegado como una lapa la muy zorra y apenas lo dejaba respirar!

Nerviosa o no, hay algo que no puedo tolerar, y aunque las ganas de seguir enterándome de todo y, sobre todo, oír a Soraya admitir que la razón de la huida de Rodrigo fue ella, sean fuertes, lo es más defender mi

dignidad y no dejar que la odiosa Ane siga insultándome de un modo tan grosero.

—Siento interrumpir —digo con una calma que estoy muy lejos de sentir—. Pero si te vuelvo a oír otra vez llamarme zorra, te juro que te comes el armario.

Soraya deja escapar un pequeño grito de angustia cuando me ve aparecer dentro de la habitación, y es plenamente consciente de que he escuchado la conversación que ambas estaban manteniendo sobre mí.

—No me das ningún miedo —me espeta Ane dedicándome una mirada cargada de odio—. Sé que te mueres por los huesos de mi hermano, siempre lo has hecho. Crees que con ponerle ojitos y reírle todas las gracias podrás llevártelo a la cama, pero te garantizo que si te trata bien es solo porque le das pena. Siempre lo ha hecho

—No sé qué te habrá llevado a insinuar algo así, pero te aseguro que entre tu hermano y yo no hay nada —digo intentando mantener una actitud distante y fría, sin que se note que me estoy muriendo de miedo por dentro.

—Me hace gracia cómo hasta intentas engañarte a ti misma. —Se ríe con un cinismo que me hielas el alma—. Ya hablaremos cuando no puedas contenerte y la acabes fastidiando a lo grande. Por mucho que creas que se preocupa por ti, solo te tiene lástima. No lo olvides nunca.

Lástima. La palabra exacta, la única capaz de hacerme saltar por los aires. Mis dedos se crispan, mis ojos se llenan de lágrimas de rabia, y mi corazón está a punto de explotar por toda esa tensión acumulada tan insana y dañina.

—Emma, cielo, no le hagas caso. —La voz dulce de Soraya trata de calmar los ánimos, justo cuando estoy a punto de explotar y salpicarlas a las dos con toda mi artillería, con todo mi dolor en forma de hirientes palabras lanzadas como dardos cargados de veneno.

—¿Que no le haga caso? ¿A qué? ¿A que Rodrigo me tiene lástima o a que tú lo alejaste de mí? ¿A qué no le hago caso?

—Emma yo...

—¿Qué? ¿Es verdad? ¿Fuiste tú? —pregunto con la rabia saliendo a borbotones de mi interior—. De Ane me lo hubiera creído. Incluso que él se asustó o que todo de repente le quedara grande y necesitara huir. Pero ¿tú? Tú me has tratado siempre bien, creí que me apreciabas, que me querías incluso...

—¡Y te quiero! ¡De verdad que lo hago! —exclama con el rostro descompuesto por el dolor—. Te quiero como a una hija. Por eso quiero resarcirte por lo que hice, por anteponer el éxito profesional de Rodrigo y mi propia felicidad con tu padre a la vuestra, por ser tan egoísta y destrozaros. Por eso no voy a dejar que el deseo de Tata se toque y Las Cascadas sea vuestro, de los dos.

Vuelve a llorar, como esta mañana. Pero su llanto ahora es convulso, eléctrico, como si la sacudiera un terremoto. Me mira y me suplica que lo entienda, que me ponga en su lugar, que tome su angustia como la señal más clara de su arrepentimiento. Pero me duele. El pecho me va a explotar de tanto dolor, de tantos años perdidos, de tanto pesar almacenado estos últimos meses. Haber estado tan cerca y no habernos dejado llevar ni ser quienes deseábamos ser por el deseo expreso de una mujer que se eligió a sí misma...

Necesito salir de aquí para no acabar muriendo por ahogamiento, porque, de repente, me cuesta respirar.

Me giro para escapar y lo veo. Los ojos de Rodrigo me miran indefensos, como si fuera un cervatillo cegado por los faros de un coche, herido, perdido, desorientado.

No lo puedo soportar y salgo corriendo. Salgo tan deprisa y con tanto ímpetu, que él no es capaz de retenerme cuando paso por su lado. Me llama, grita mi nombre y no le escucho, no le hago caso, no le dejo dominar este momento en que necesito deshacerme de mi ira salvaje si quiero evitar una explosión cuya onda expansiva se cargue todo, absolutamente todo lo que amo.

Corro hacia mi coche, aparcado a escasos metros de la casa de Tata. Pese a la cercanía, no puedo evitar acabar empapada por la lluvia torrencial que está cayendo sobre Unanua en estos momentos. Me monto e intento ponerlo en marcha con dificultad, porque mis manos, temblorosas, no quieren colaborar. Cuando estoy a punto de conseguirlo, noto que aporrean el cristal y lo miro. Lo miro a través de la lluvia que consume su rostro angustiado y descompuesto.

Arranco finalmente a pesar de él. Y me voy, huyo de la situación para no empeorarla.

Pongo el coche a la velocidad máxima que esta lluvia intensa me permite, y enfilo el camino del único sitio que me proporciona paz y es capaz de calmar mi estado de ánimo. Mientras conduzco, difícil tarea que se

agudiza por las condiciones meteorológicas absolutamente precarias y las abundantes lágrimas que me nublan la visión, solo recreo en mi cabeza las palabras de Soraya. Su confesión se me clava en la conciencia y me impide pensar en otra cosa. Solo existe su egoísmo y sus razones sin sentido para rompernos, sin miramientos, sin tenernos en cuenta. Y Rodrigo, tan cobarde, tan pusilánime... toda nuestra vida tirada a la basura por complacer a su madre... ¿Es que yo no contaba? ¿Es que mis sentimientos no importaban?

Llego al lago de la cantera y la lluvia no ha amainado. Su fuerza me gusta, se parece a la de mi furia, y salgo del coche sin miramientos, sabiendo que solo aquí, bajo el agua, sobre las rocas que tantos buenos momentos me han dado, seré capaz de apagar el volcán interior que amenaza con destruirme.

No pasan más de dos minutos cuando lo oigo acercarse. Conduce mejor que yo por estos caminos y su coche está mejor adaptado. Ha tardado en volver a su casa a cogerlo, pero una vez dentro, era fácil alcanzarme. Me da rabia que me conozca tan bien, que supiera exactamente dónde encontrarme. Porque yo aún no estoy preparada para él, aún quiero gritar, y pegar patadas a las rocas, y lanzar cosas al vacío. Lanzarme yo misma y desaparecer en las aguas turbulentas en las que el lago se ha convertido hoy bajo esta lluvia demencial.

—¡Emma! —grita mientras se aproxima, seguramente pensando que voy a saltar por mi posición y mi cercanía al borde de las rocas.

—¡Déjame! —respondo furibunda—. ¡Vete y déjame sola!

—¡Tienes que escucharme! Ven al coche y hablemos, vas a coger una pulmonía. —Suaviza su tono y viste su voz de dulzura y preocupación, mientras me intenta agarrar del codo para alejarme del filo del abismo en el que ando subida, el físico y el emocional.

Pero yo no le permito ni tocarme, y me zafo de su intento de atraerme a sitio seguro. Si me toca, si me coge y me retiene, quizá ya no sea capaz de mantener mi posición de enroque defensivo y eso, ahora mismo, no me lo puedo permitir.

—¡Vete de una maldita vez y déjame en paz!

Sé que no va a hacerme caso, pero no puedo evitar poner distancia, levantar un muro, aunque sea con palabras. Y como le conozco así de bien, sé que va a hacer todo lo contrario.

No tarda ni diez segundos en ponerse a mi lado y mirar abajo, a las aguas que se revuelven inquietas por efecto de la torrencial tormenta.

—Si quieres que lo hagamos por las malas, por las malas será — exclama para hacerse entender por encima de la lluvia.

Por un microsegundo se me olvida que estoy enfadada. Y casi consigue sacarme una sonrisa. Pero apenas dura eso, nada, un instante fugaz que la lluvia se lleva y me devuelve a mi rabia, a esa que me tiene desorientada y medio loca de pena y dolor.

—No podía contártelo porque ibas a odiarla y es verdad lo que ha dicho. Te quiere. Te quiere y te respeta, y sé que se arrepiente de lo que me pidió.

Sigo muda, mirando al frente, aún rumiando todas mis causas pendientes con aquellos que me han hecho daño. Pero le dejo que hable, porque por fin lo hace. Después de tanto desearlo y pedírselo, no seré yo quien le haga callar ahora. Necesito saber, necesito atar todos los cabos que me cambiaron la vida de tercio hace once años.

—Ella estaba asustada. Si tú y yo no acabábamos bien y sufrías por mi culpa, estaba convencida de que tu padre te elegiría sobre ella... toda la vida ha sido tan vulnerable y ha estado tan sola, que no pude defenderte, defender lo nuestro, por mucho que creyera en ello. Tanto como creo ahora. Emma, por favor...

Intenta cogerme la mano y esta vez le dejo. No es que me haya convencido, pero sé que necesita asirse a algo. Que tengo que darle una tregua porque, al fin y al cabo, cuando uno es tan responsable y leal como es Rodrigo, es difícil negarse a aceptar el chantaje emocional de una madre asustada.

—Emma... creía en nosotros. Creo en ti y en mí, juntos. Estamos hechos de la misma materia y de las mismas sensaciones. Yo no puedo pasarme otros diez años sin ti y sé que tú te desdibujarás sin mí. Por favor, Emma. Te quiero... te he querido toda mi vida, aunque no siempre he sido lo suficientemente valiente como para luchar por ello.

La tristeza le gana la batalla a su voz, y mi corazón se encoge dentro de mi pecho solo de pensar en sus palabras. Unas palabras que me consuelan y en las que creo. Creo tanto en ellas que ni siquiera necesitaba decírmelas porque las he sabido siempre. Desde que nos conocimos, Rodrigo me transmitió algo especial e indescriptible que convirtió mi vida en algo muchísimo mejor que lo que estaba destinada a ser antes de que él lo inundara todo.

Pero el dolor... la traición de Soraya sigue doliendo y siento que soy un ser tan vulnerable ahora mismo que, si me dejo llevar, acabaré sufriendo unas consecuencias que mis sentimientos no serán capaces de afrontar.

Niego con la cabeza, afloran nuevas lágrimas a mis ojos y bajo los hombros, derrotada por las emociones que me están bombardeando el pecho como si se tratara de granadas de mano, lanzadas con furia contra mi corazón.

Algo sigue inamovible dentro de mí y no sé qué es. No sé qué piedra se interpone en el camino hacia sus brazos, qué clase de orgullo me tiene paralizada y alejada de él.

—¡Emma! —grita Rodrigo de repente, sacándome de mi estado vegetal. Sabe que necesito un empujón, que la negrura se me ha tragado entera y que salir del pozo requiere medidas desesperadas.

—¿Qué? —respondo saliendo del trance, con la voz embrutecida por la contradicción interior que me tiene presa.

—¡Que te sueltes! ¡Que dejes de tener miedo ya de una vez!

Sus ojos, azul tormenta, a juego con la que nos envuelve, me suplican. Y yo, enajenada y confusa, sigo atada a mi arrogancia.

—No tengo miedo —le digo escupiendo las palabras.

—Estás aterrada, pero eres demasiado orgullosa como para admitirlo.

—¿Para admitir qué?

—¡Que me quieres!

—¡Estás loco!

—¡Dilo! —grita al viento mientras me coge por los hombros y me sacude para que espabile. Para que entre en razón. Su razón.

—¿El qué?

—¡Te quiero! Es fácil y liberador. ¡Venga, inténtalo!

En realidad, es complicado y aterrador. Es abrirse en canal y dejar mi corazón de nuevo en sus manos. No puedo hacerlo, no es tan sencillo.

—Déjame —digo intentando zafarme de su agarre, volver a huir, subirme al coche y marcharme lejos de este lugar en el que solo tengo miedo.

—¡No! ¡Solo dilo! ¡Dilo de una maldita vez!

—¡Que me dejes!

—Vamos, Emma, ¡Dilo! Di que tus besos bajo la lluvia siempre han sido una excusa. Que ha habido muchas, demasiadas entre los dos, todos

estos años atrás y todos estos meses, juntos de nuevo. ¡Dilo y bésame! ¡Aquí, bajo el aguacero! Deja que sea yo quien te bese bajo la lluvia.

Y me besa. Me besa él, pero me dejo yo. Estoy dispuesta para sus labios que anhelo sobre todas las cosas. Sobre la lluvia, sobre el orgullo, sobre mi furia y sobre sus actos. Llevo dispuesta toda mi vida para este beso, perturbador, agónico, trágico y cruel. Este beso lleno de pasión, ansia, ganas y deseo. Este beso que es amor, generosidad, ternura y puro sacrificio.

Es mi beso bajo la lluvia. El prometido, el que dijo que mejoraría todos los demás, el que me rescata y me condena. El beso que me ata a él y me rinde a todo lo que nos ofrece la vida siendo los dos. Emma y Rodrigo. Juntos... Siempre.

Somos como Holly y Paul bajo la lluvia, sin gato, pero con la misma promesa de amor pintada en el aire. Por fin me siento dentro del final de *Desayuno con Diamantes*, con mi beso, mi tormenta y mi persona, la persona que me entiende, me quiere y me completa.

Y mientras sus labios me sujetan y me deleitan, no puedo evitar acordarme de unas palabras que Abril siempre dice sobre aceptar el destino con nuestra mejor sonrisa: “Cuando la tormenta es demasiado grande es mejor tirar el paraguas, calarte y empezar a bailar”.

—Te quiero, Rodrigo —susurro convencida cuando me suelta, esperando más besos bajo la lluvia, y bailar, y saltar en los charcos, y afrontar así, juntos, el siguiente aguacero. Siempre.

Epílogo

—Hacer paracaidismo, pisar la Antártida (esta vez de verdad), plantar un huerto...

Sentada en una hamaca que Rodrigo colocó entre dos árboles en cuanto la primavera entró en el valle, escribo en mi pequeña libreta, mientras dejo que el sol de mayo me acaricie la cara.

—¿Se puede saber qué haces?

Acaba de llegar de Unanua con una cesta de picnic en una mano y la guitarra en la otra. El atardecer le favorece, resalta sus ojos claros y sus facciones bronceadas. Lleva una camisa azul de manga larga por fuera de unos vaqueros oscuros.

Estamos en el lago, nuestro lago de la cantera, celebrando que su Tesla ya ha pasado todas las pruebas y empieza su año sabático. Claro que, a menos de un mes para el inicio de la temporada en Las Cascadas, de sabático creo que va tener poco.

Le miro sonriente mientras prepara el rincón para nuestra celebración. Extiende el mantel y coloca con cuidado todo lo que previamente ha metido en su coqueta cesta campestre. Es meticuloso y perfeccionista, y no deja que nada quede fuera de su sitio.

Aún me cuesta creer que estemos aquí. Me cuesta asumir que ambos nos ganamos nuestra parte de felicidad después de tantos años separados. Es extraño pensar que yo podría haberme ido a Nueva York el otoño pasado y, quizá, no volver a saber de él en mucho tiempo.

Quizá Tata quiso unirnos de alguna manera y solo se le ocurrió dejarnos. Es lo que dice Rodrigo que hizo, sabedora de que lo que más anhelaba su nieto era recuperar al amor de su vida. Yo no lo sé, ni me lo quiero plantear, pero sí que le agradezco a la vida la oportunidad de enmendar todo lo que nos tuvo tanto tiempo separados.

Al final, pese a todo, me fui a Nueva York, pero dejé el Yucatán para Arturo, al que le hice prometer que me relevaría. No pusieron muchos reparos ni mi madre ni él, y yo pude tener lo que quería: tiempo de calidad con ella y una oportunidad para trabajar y pulir su libro, y volver a tiempo con Rodrigo, justo para que no se olvidara de que había dejado a una chica con ganas de más besos y más promesas.

El libro de mi madre me trajo muchas sorpresas. Primero porque la terminé de conocer de una manera que necesitábamos ambas y, segundo, porque me descubrió que las palabras que llevamos dentro también deben ser sacadas.

En ello he estado enfrascada desde entonces, escribiendo mis historias, poniéndolas en orden y preparando un pequeño libro de relatos que espero puedan ver pronto la luz, con una autopublicación que yo misma asumiré.

Así, de ese modo, tacharé el último punto de mi lista, aunque ya pasen algunos meses de esos treinta años que cumplí en septiembre. ¿Sabes? No me preocupa haber fallado después de haberme esforzado tanto, porque lo importante es el camino que me ha traído ahora, a donde estoy, a quien soy. Y eso pasa por haber ido tachando uno por uno todos esos objetivos que una niña de diecisiete años se marcó al imaginarse a esta edad.

Me queda mucho por avanzar, por recorrer, por conocer de mí. Pero sigo aprendiendo cada día. Aprendo de mi capacidad de racionalizar las cosas o de salir airosa de situaciones complicadas. De gestionar personas y sentimientos. De llevar a cabo planes y sueños.

Hace ya unos meses que mi relación con Soraya se ha normalizado (bueno, más o menos), después de la frialdad de los primeros momentos. He llegado a comprenderla, o al menos, casi lo he logrado. Quizá yo hubiera hecho lo mismo por salvar mi vida al lado de Rodrigo si la viera amenazada por algo, no lo sé. El caso es que ya no hay guerra fría, y mi padre y Rodrigo pueden respirar tranquilos durante las comidas familiares.

Ane y yo, sin embargo, procuramos coincidir poco. Mejor no tentar a la suerte, porque a ella sí que le tengo ganas, las mismas que me tiene ella a mí. Sigue sin asumir que Tata nos dejara Las Cascadas a Rodrigo y a mí, y no porque ella lo quisiera para sí, que ni loca se mete en la gestión de algo así. Pero saber que nosotros tenemos otra cosa más en común, algo que nos une aún más y nos aleja de ella, la tiene loca de celos.

Ane se quedó con la casa de Tata, lo que le cedía en su testamento. Y, las pocas veces que se acerca a Unanua, se recluye allí y apenas se deja ver. Un alivio para todos, sobre todo para mi padre, que sigue sin comprender, más de quince años después, por qué Ane aún no acepta que forma parte de la vida de su madre.

Rodrigo y yo estamos a punto de inaugurar nuestra segunda temporada en Las Cascadas, mientras decidimos nuestro futuro más a largo plazo, donde no nos faltan las opciones. Sobre todo, porque a Rodrigo se lo rifan

en muchas partes, y porque a mí no me importa irme un tiempo a recorrer algo de mundo. Solo le he puesto un veto: Ginebra. No quiero ni pensar en encontrarme con Fer dando un paseo por la ciudad.

—¿Me vas a contar de una vez qué haces? —insiste cuando termina de colocar y queda todo listo para nuestro picnic—. ¿O tengo que robarte la libreta para averiguarlo?

Le miro traviesa mientras oculto el contenido de mis notas y me hago la interesante. Él se incorpora y me hace cosquillas para arrebatarme el pequeño cuaderno, que no tarda en conseguir.

—¿Más listas? —pregunta divertido mientras enarca una ceja.

—Claro —me río de su gesto—. Tengo que poner en marcha la operación 'Cuarenta cosas que hacer antes de los cuarenta'. Ya sabes, seguir lo que he empezado: viajar a la luna, ver a los Rolling antes de que lleguen a centenarios, tener un hijo o quizá dos...

—¿Un hijo?

—Claro... ¿tú no pondrías eso en la lista? Si tú no quieres me busco a otro. Aunque me costaría encontrar tan buenos genes... sería una auténtica lástima.

Me toma por sorpresa y me baja de la hamaca al suelo, donde me besa y me acaricia mientras sigue haciéndome cosquillas.

—Tendré que hacer un esfuerzo —dice sonriendo con esa mezcla de niño grande y gamberro adorable—. Todo sea por pasar mis genes.

Un trueno se oye a lo lejos y nos saca de nuestras risas y nuestra batalla de cosquillas.

—Parece que va a llover —susurro con mis ojos clavados en los suyos.

—Lo estoy deseando.

Y yo no lo pongo en duda.

Agradecimientos

¿Sabéis lo complicado que es escribir justo la parte de los agradecimientos? Creo que cuesta más que toda la novela, incluida esa sinopsis que siempre se nos atraganta a los autores.

Soy muy propensa a decir la palabra GRACIAS. Como Emma, no me cuesta nada decirla. Es más, muchas veces me siento en la obligación de hacerlo y más de una persona, como Rodrigo le dice a ella, me han venido con eso de *“Sabes que no es necesario que estés siempre agradeciendo las cosas, ¿verdad?”*.

Pero me sale así, mi madre me enseñó y me sale solo.

Lo malo es hacerlo aquí, porque te entra una angustia muy grande pensando en todas esas personas que se pueden quedar fuera de esta lista por un olvido tonto, que luego no eres capaz de perdonarte.

Así que vamos allá y que sea lo que tenga que ser.

Gracias a mi pequeña familia. Siempre. Sin Raúl y Olivia esto nunca hubiera sido posible. Os quiero con locura y sois mi razón para seguir cuando todo se pone negro, frío, gris y desapacible.

Gracias a mi gran familia: mi padre, mis hermanos, suegros, cuñada... por estar sosteniendo el sueño, por alentarme, por promocionarme, por alegraros por mí, por levantarme cuando toco el suelo y la moral me abandona.

Gracias a Fernando Gómez Mancha por hacer realidad las ilusiones de esta soñadora, por dibujar para mí portadas preciosas que tocan el corazón de los lectores antes siquiera de abrir una sola de mis páginas.

Gracias a mis lectoras cero. A Pili, a Begoña, a Vanessa y a Patricia. Por tener la paciencia de leerme a mi ritmo, por darme valoraciones, por hacerme ver los fallos y ayudarme a que la historia haya quedado así de bonita. Sin vosotras todo sería mucho más difícil (y menos hermoso).

Gracias a Pili, de El Baúl de Pili, en Valderas. Por tu amistad incondicional y por empujar un sueño que ya nos tiene unidas tanto tiempo.

Gracias a Marta Lobo. No sé ni qué palabras dedicarte. Esta novela es tuya por muchas razones, sobre todo porque sin tus palabras y tu aliento, quizá no se hubiera ni escrito. Salir del bloqueo y querer seguir dando lo

mejor de mí es todo culpa tuya. Así que un solo gracias creo que no es capaz de abarcar lo mucho que te debo.

Gracias a esas personas que están detrás de ti, con confianza, esperando tu nuevo trabajo con las mismas ganas con las que se espera la mañana de Reyes. No sabéis lo mucho que me transmitís, algo que no acierto a convertir en palabras. Sois muchos, y seguro que alguno me dejo, así que aquí van algunos nombres que no puedo dejar de nombrar: Ana Pilar, Chus, Tati, Taide, Miriam, Ana Belén, Clara, Gema, Noelia, Patricia, Macarena, Valeria, Belén, Beatriz... sin vosotras, esto nunca hubiera pasado de la primera novela.

Gracias a todos los blogs que se animan a leer mis pequeñas historias y a reseñarlas con respeto y profesionalidad.

Gracias a todos los que presentaron batalla en mi nombre en los malos momentos, los que me cubrieron las espaldas, los que me sostuvieron... en momentos de bajón o de crisis, saber que hay quien carga para salvar tu honor, es un privilegio del que no me puedo sentir más orgullosa.

Y, por último, gracias a todos mis padrinos y madrinas, esas personas que me han ayudado para conseguir la edición en papel más bonita del mundo, esos visionarios, mecenas, buenas personas, que han dedicado un pedacito de su tiempo y su dinero a financiar el sueño precioso de una autora pequeña pero llena de ilusión.

GRACIAS. A todos.

PADRINOS Y MADRINAS DE *BESOS BAJO LA LLUVIA*

Amaia Ruiz

Ana Urrutia

Ana Belén Fernández

Ana Pilar Rived Gracia

Antxon Núñez y Pili Vicente

Arantza Arteaga

Ascensión Navarrete Murcia

Bea Bis

Bea RinCon

Bel Almodóvar

Begoña Arteaga

Carmen Calatrava
Carmen Serrano
Ceci González Baza
Clara Casero Tejada
Conchi García
Elena Montagud López
Emi Gómez Rodríguez
Eva Abella
Eva Vargas Cabrera
Fernando Gómez Mancha
Gema Alonso Pérez
Goretti Estebanez
Helena Sivianes Sánchez
Iratxe Celis
Irene Heredia González
Isabel Jimeno
Isabella Marín
Juani Hernández
Lorea Diez
M Jesús Sanz
Macarena Cordero
Magu Ojeda
Maite López Mas
Manoli Morcillo Ruiz
Mapi Sapiña
Mar Villastrigo Diez
María del Carmen Cordero
María del Carmen Pascual
Marijo Nicolás
Marisa Gallén Guerrero
Marta Lobo
Martha NC
Marta Sebastián Pérez
Marta Soraya Vega Paino
Mary Couso Pereira
Miriam Beizana Vigo
MJota Gómez

Mónica Barco
Nela Silva
Nere Gurutxeta
Noni García
Oihane Abeledo
Norma Bellver Recio
Patricia Navas Ortega
Pilar Pomarino Carnero
Pili Doria
Puri Pérez Gómez
Sandra Sam Sp
Sara Benítez
Sheila Pérez Navarro
Silvia Bahillo
Silvia Ortega Garvi
Taide Alfonso
Tati López
Texe Rafa
Toñi Martínez Gómez
Vane Zaldívar Laudeña
Vanessa Amorós (y Emma)
Vanessa Pérez

¿Te ha gustado BESOS BAJO LA LLUVIA?

Pues te ruego que me ayudes a que otras personas también conozcan mi obra dejando un comentario sobre ella. Puedes hacerlo en Amazon, Goodreads o en cualquier otra plataforma que te apetezca.

Los autores independientes nos nutrimos de esos comentarios para poder hacer llegar nuestras historias a más gente. Es por eso que te pido que dediques unos minutos y me hagas, así, muy feliz.

Si quieres decirme algo personalmente, te dejo mi relación de medios de contacto. Contesto a todo el mundo, y procuro no tardar mucho en hacerlo. No te haces una idea de la ilusión que supone que me cuentes qué te ha parecido esta historia o cualquiera de las otras que han salido de mi cabeza. ¡Anímate!

Mail:

joanasue.ja@gmail.com

Twitter:

@ParvatiEnserie

Facebook: <https://www.facebook.com/joanarteagautora>

Instagram:

@joana_arteaga

OceanofPDF.com

Notas

[← 1]

Escrita por Arthur Way Gerard, Robert C. Bryar, Raymond Toro, Bob Bryar • 2006.
Copyright © Reprise Records.

OceanofPDF.com

[← 2]

Escrita por Christina Rosenvinge • 1991. Copyright © WEA.

OceanofPDF.com

[← 3]

Escrita por Jon Mabe y Jessi Alexander • 2009. Copyright © Sony/ATV Music Publishing LLC, Walt Disney Music Company, BMG Rights Management US, LLC.

OceanofPDF.com

[← 4]

Se refiere a que la traducción del título de la canción que Emma ha puesto es, precisamente, 'No digas que se ha acabado'.

OceanofPDF.com

[← 5]

Estamos hablando de julio de 2010, cuando Google Street View aún andaba en pañales y no era tan conocido como ha resultado años después. De ahí la ignorancia de Emma.

OceanofPDF.com

[← 6]

Escrita por Daniel Marco y Despistaos • 2007. Copyright © Warner Music España.

OceanofPDF.com

[← 7]

Escrita por Bradley Kirk Arnold, Matthew Darrick Roberts y Robert Todd Harrell • Copyright
© Universal Music Publishing Group

OceanofPDF.com

Table of Contents

Y mientras sus labios me sujetan y me deleitan, no puedo evitar acordarme de unas palabras que Abril siempre dice sobre aceptar el destino con nuestra mejor sonrisa: “Cuando la tormenta es demasiado grande es mejor tirar el paraguas, calarte y empezar a bailar”.

Notas

OceanofPDF.com